# Miradas postreras

Roberto Gómez Junco

CONARTE

42 LÍNEAS PACAM

# MIRADAS POSTRERAS

ROBERTO GÓMEZ JUNCO

42 LÍNEAS PADAM

**Miradas postreras**
D. R. © 2022, Roberto Gómez Junco
Primera edición: noviembre, 2022

Grupo 42 Ediciones, S. A. de C. V. (Editorial 42 Líneas)
Hortelanos 792-11
San Pedro Garza García, Nuevo León 66230 México
www.editorial42lineas.mx
ISBN: 978-607-59338-8-7

Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León
Dr. José María Coss 732 Sur, Col. Centro.
Monterrey, Nuevo León 64000 México
conarte.org.mx

Fotografía original en portada: Kyle Johnson

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, así como la distribución de ejemplares ya sea por fotocopia, grabación u otros métodos, sin previa autorización por escrito de los titulares del copyright.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

*Para quienes algo pusieron en este libro*
*y para quienes en mucho contribuyeron sin darse cuenta.*

# ÍNDICE

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII

XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX

# I

Despertó esa mañana de octubre con la seguridad del triunfo y la gloria que alcanzaría esa tarde de Monterrey y noche de Estocolmo.

Si siempre consideró importante agradecer cada día de salud y bienestar, con mayor razón debía recibir éste con rendido agradecimiento, porque marcaría su consagración como escritor, el mundial reconocimiento, el apogeo de su meteórica trayectoria.

Según le comentaron algunas fuentes de alto grado de confiabilidad, este día tomarían la trascendente decisión los dieciocho miembros de la Academia Sueca.

Fueron para Vinicio semanas de euforia, de exaltación, de sentimientos encontrados desde que se produjo la confirmación de lo que ya se preveía por el tremendo revuelo que su más reciente novela, tras rebasar los ochocientos cincuenta mil ejemplares vendidos, seguía provocando entre los lectores de México y del mundo entero, de habla castellana y en diversos idiomas.

Era un secreto a voces que estaba entre los principales candidatos al Premio Nobel de Literatura de 2023, después del inusitado éxito de esa novela que propició múltiples entrevistas y viajes que nunca imaginó realizar.

Sabía que ese premio no solía otorgarse por una sola novela o un solo libro, sino por una obra más vasta, por toda una vida de creación, y que estaba destinado a escritores de renombre y en el ocaso de su carrera; pero eran varios los indicios y muy fuertes los rumores sobre la excepción que en ambos sentidos harían en esta ocasión los jurados escandinavos y toda su parafernalia.

En un principio esos simples rumores no le entusiasmaron gran cosa cuando a mediados de abril lo mencionaban entre los veinte aspirantes que seguían en la lid, porque era algo que daba por hecho y además sabía que entre esos veinte escritores varios contaban con mayores méritos para quedarse con el premio. Pero cuando en mayo se especuló que había quedado entre los cinco candidatos finalistas y conforme siguió constatando las sorprendentes repercusiones de su novela y los elogiosos comentarios de las voces más autorizadas en la materia, su inicial escepticismo se tornó en esperanza y finalmente se transformó en certeza.

Las críticas eran muy positivas en México, en España, Estados Unidos, Italia, Francia, Argentina, y sobre todo apreciaba los elogios

de ilustres personajes de la literatura, como Scherezada Mushdie y Sara Wizard. Mayor garantía no podía pedirse. No había quién pudiera arrebatarle el codiciado premio.

Lo de menos serían la medalla y el diploma y ni siquiera eran lo más atractivo de todo los novecientos cuarenta y cinco mil euros o lo que de eso le quedara ya pagado algún impuesto, aunque bastante le serviría esa lana (como ya le habían servido los abundantes ingresos por la venta de la novela) para resolver algunos pendientes y fortalecer su negocio de arte y antigüedades, que marchaba cada día mejor.

Lo que más le atraía, lo que en verdad lo seducía, era el prestigio que ese premio implicaba, el sentido de trascendencia que a su vida le proporcionaría. Y en el renglón económico, el sustancial incremento en el ya generoso volumen de venta de la novela en cuestión y de sus anteriores libros. Ya no digamos lo que se venderían los posteriores.

En cuanto se produjera la notificación oficial en unas horas, le pediría a su mamá que fuera ella quien lo acompañara en ese viaje de dos personas (con todos los gastos pagados) para estar presentes el día 10 de diciembre en el lujoso recinto de la Academia Sueca. O tal vez sería mejor esperar el momento idóneo para pedírselo, para darle a la petición la debida formalidad, acorde a la importancia del premio y la invitación.

Ante la emoción que sentía mientras preparaba el cotidiano café, parecía obligado realizar un recorrido mental a lo largo de esos cuarenta y seis años de su azarosa vida. Desde sus primeros cuatro o cinco por completo olvidados, desde la infancia de interminables desconciertos hasta la plenitud alcanzada en la madurez, pasando por esa adolescencia plagada de incertidumbres, por la juventud de efervescencias contenidas, por sus esfumadas aspiraciones de convertirse en futbolista profesional, por los sinsabores de su matrimonio con Graciela, desde hacía dos años finiquitado.

Paseó su pensamiento por sus primeras satisfacciones como escritor, por la inmensa alegría experimentada en cada uno de los nacimientos de sus hijos y al atestiguar su crecimiento como personas, pero también pensó en las desgastantes preocupaciones inherentes a la paternidad.

Recordó el dolor provocado por algunas pérdidas, primero la de su papá en 2007 y trece años después la de su hermano, una herida que aún no cicatrizaba; y en medio de todos esos recuerdos, siempre intercalada, la indeleble marca dejada por aquel terrible episodio que nunca olvidaría.

La recurrente visión de “La Esplendorosa” resultaba ahora más inevitable que de costumbre, pero también le venían a la mente otras excursiones al Ajusco, desde las que realizó a los catorce años llevado

por su padre, a veces ellos dos solos o con su hermano Mauricio, hasta las que semanalmente emprendió durante tanto tiempo con quien había sido su mejor amigo, Ponchelo, casi casi como otro hermano. O aquellas dos veces, por lo menos, en que también subió Graciela, o la única ocasión en que había ido con Vinicio, el mayor de sus hijos, tan lejanos desde que él se salió de su casa y ellos permanecieron con Chela; esos hijos cada vez más inescrutables para él, sobre todo desde que regresó a Monterrey para poner distancia de por medio con su exesposa, de la que no quería volver a saber nada.

El mayor, de doce años, llevaba su mismo nombre porque así lo decidió Vinicio para seguir con la tradición familiar, con la costumbre de cuatro generaciones. Su hija se llamaba Begoña porque ese nombre lo eligió Chela cuando para él todavía era "Grace". Y después estaba Alfonso, "Ponchillo", el pequeño de seis años, con el nombre de quien fue su mejor amigo durante veintitrés, hasta su abrupta desaparición del panorama a finales de 2016.

Como cinematográficas ráfagas se sucedían en su cabeza diversas imágenes de ese amigo y compadre (padrino de bautizo de su hijo mayor), desde el día en que lo conoció y lo sedujeron su desenvoltura, su contagiosa alegría y la serenidad de su mirada, hasta esa última del carismático Ponchelo, con los ojos desorbitados, como si transitaran entre el terror de lo que venía y la incomprensión de lo que había pasado.

# II

Desde que leyó la noticia, Luciano volvió a tener problemas con el sueño.

Si su tercer matrimonio fue un fracaso mayor que los dos anteriores, y en la actualidad atravesaba por la peor crisis económica y existencial de su vida, a ese calvario debía añadirle el estilete que sentía clavado en el alma desde que se enteró del posible premio que recibiría su antiguo amigo y recurrente némesis.

Luciano sabía que Vinicio, su examigo "Vini", estaba lejos de ser la santa paloma que la gente imaginaba, tanto sus allegados como la pléyade de lectores que le rendían pleitesía, lo idolatraban como escritor y lo consideraban un ejemplo de integridad y rectitud, de congruencia entre lo que hacía y lo que decía, entre lo vivido y lo escrito.

A él no podía engañarlo porque lo conocía muy bien desde hacía treinta años, cuando su visión del mundo era tan opuesta, a pesar de lo cual fue creciendo esa amistad cancelada siete años atrás, cuando Vinicio era un escritor desconocido, a diferencia de lo encumbrado que ahora estaba en el caprichoso ámbito de la literatura, que no siempre ubica en la cúspide a sus mejores exponentes, que convierte en refulgentes estrellas a simples escribanos de medio pelo, a mediocres elevados en exceso por esos incomprensibles mecanismos que entre los lectores accionan algunas novelas escasas de méritos en la forma y en el fondo.

Luciano sabía lo mucho que Vinicio había leído antes de estrenarse como escritor, pero dudaba que compitiera con él en ese rubro de la lectura.

Desde su adolescencia, cuando adquirió ese hábito, él se consideraba un lector de altos vuelos, un auténtico devorador de novelas, pero nunca tan presuntuoso como el otro, siempre hablando de lo que estuviera leyendo.

Si en el día Luciano no encontraba los espacios necesarios, por lo menos media hora o cuarenta minutos antes de dormir quedaban separados para dedicarlos al libro en turno; y al acabarlo, de inmediato elegía el siguiente.

Como lectores ocupaban similares escalones, aunque sus gustos no coincidían con los de su examigo, como algunas veces lo comprobó en las pocas ocasiones en que salió el tema. En una de esas

conversaciones sobre lecturas predilectas, el otro había tenido el descaro de confesarle que nunca había leído completa alguna novela de Saul Roaster.

Al saber que Vinicio se encaminaba a ganar el Premio Nobel a pesar de ser tan joven y por esa única novela, *Andanadas Pictóricas*, su cuarto libro, Luciano empezó a rumiar la idea de redoblar esfuerzos para lograr el desplome de ese aclamado astro tan cercano a su cenit, para enviarlo desde la cumbre hasta el abismo, desde la cima hasta la sima.

Era obvio que algo tenía que ver Vinicio con la desaparición de Ponchelo, como cariñosamente lo llamaba su gente cercana; del entrañable "Ponche" para los amigos íntimos, que siempre fueron tres.

Claro que aquel miércoles Vinicio lo había visto, y si se negaba a decirlo, de seguro era porque tenía algo que ocultar.

No había otra forma de explicar que Ponchelo fuera visto por última vez aquella tarde por Pedrito, el conserje, al salir de su departamento vestido en ropa deportiva que sólo usaba cuando se iba a la semanal rutina de la caminata, aunque eso siempre lo hacía los jueves y no los miércoles.

¿Y lo de la mención esa de Vini en la agenda de Ponchelo, lo que apuntó el día anterior, el martes? Aunque las autoridades no le dieron seguimiento a ese dato, el signo de interrogación al lado del nombre de Vini no podía ser casualidad.

Algo de culpa tenía en ese asunto y, además, Vinicio influyó en el desastre en que la vida de Luciano se había convertido; por alejarlo de su inolvidable amigo, porque ahora era demasiado el peso de esa combinación del dolor por la ausencia, lo lamentable que había sido su último encuentro con Ponche, el remordimiento por no haber estado presente en su vida alrededor del día en que se produjo su desaparición y, para colmo de males, el encumbramiento de Vinicio como escritor.

Esa injusticia le molestaba: Vinicio encumbrado y todavía en ascenso y Ponche borrado del mapa, como si de nada hubiera servido todo lo bueno que hizo, como si nunca hubiera existido, como si un simple chasquido de misteriosos dedos hubiera determinado el final de su existencia mientras la del otro alcanzaba su altura más elevada, de plenitud y de triunfo, de inmerecida apoteosis.

Indagó lo que pudo, recabó y ayudó a recabar numerosos datos y sólo sería cuestión de insertar con paciencia las piezas del doloroso rompecabezas.

Con las fuerzas que tenía y los recursos que le quedaran se empeñaría en hacer todo lo posible por convertirse en el generador de esa anhelada defenestración de Vinicio, que le produciría la mayor satisfacción jamás recibida en su vida. Era necesario emplear sus

afanes en ello.

# III

Su vocación como lector y futuro escritor empezó a manifestarse desde las primeras clases de Literatura en la preparatoria, impartidas por Rosario Island, una maestra que, con sus vastos conocimientos, su pasión y su elocuencia, lo hizo enamorarse de las letras, de las palabras, del lenguaje manejado con pulcritud y las historias bien contadas.

Gracias a esa maestra Vinicio conoció a Shakespeare, a Cervantes, a Sor Juana, Rulfo, Cortázar, Benedetti, Quevedo, Hemingway, Poe, Taylor Caldwell; e incluso a Saramago, Dostoievsky, Homero, Voltaire y Saint-Exupéry, a pesar de que esa materia era de literatura inglesa y castellana.

Primero floreció esa vocación de lector y después la de escritor explotó cuando frisaba los treinta y cinco años, y no los cincuenta, aunque de hecho aflorara mientras leía por tercera ocasión las aventuras de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, obra que al terminar la preparatoria lo había consolidado como lector diletante, inclinado sobre todo al género de la novela.

Desde siempre, o por lo menos desde que tenía un aceptable uso de razón y cierta capacidad para reflexionar, tal vez alrededor de sus catorce años, cuando se trasladó con sus papás y sus hermanos a radicar al entonces Distrito Federal, después de haber nacido y vivido en Monterrey, Vinicio fue un lector ávido de aventuras, de viajar con los libros a lugares y escenarios insospechados, de otra forma inaccesibles, incluso los que no eran ficticios. Pero fue aquella maestra de la prepa la que encauzó esa afición por el camino adecuado, quien lo enseñó a transitar por ese universo de conocimientos y entretenimiento.

Reconocía que desde entonces dos de sus compañeros en la prepa, Luciano y Plutarco, también fortalecieron el gusto por la lectura gracias a esa maestra; pero en él, Rosario Island dejó una huella más profunda y, por lo tanto, más productiva.

Si ese cambio de ciudad le dio un giro radical a la vida de Vinicio, y la lectura fue un refugio que con el tiempo se transformó en vital necesidad, a partir de su encuentro con la profesora Island ya nunca dejó de depender de un libro para llenar sus horas de ocio, y más adelante para soportar las esperas en los viajes que debía realizar. Y, por si fuera poco, para conciliar el sueño.

El único lapso en el que disminuyó la dosis de lectura de novelas, fue el de los cinco años de su carrera de administración de empresas, por el tiempo que debía dedicarle a ésta y porque en esa etapa de su vida Graciela se convirtió en el principal objeto de sus anhelos.

La conoció al terminar la preparatoria y desde ese momento quedó prendado, sin saber cómo acercársele, cómo abordarla, cómo ganarse el cariño de una chava tan guapa, tan simpática y solicitada por los demás.

Por fortuna el trato con ella se hizo más frecuente, cotidiano, aunque siempre fuera en grupo, o muchas veces entre tres, con Ponchelo como factor de enlace, hasta que Vinicio estableció con ella una relación más directa, ya recibido como Licenciado en Administración de Empresas y ella como Licenciada en Ciencias de la Comunicación.

Con el tema de Graciela felizmente resuelto, la dosis de lectura volvió a incrementarse hasta alcanzar su nivel más alto y todo lo leído germinó poco a poco desde que empezó a escribir, después del nacimiento de su primer hijo, durante ese periodo de cuatro años interrumpido por el fatídico suceso que lo marcó para siempre. Cuatro años que arrojaron sus primeros tres libros, que brotaron a borbotones, como si llevaran una década latentes en el subconsciente, como impulsados por una imperiosa necesidad de contar muchas cosas.

Cada cual en su momento, los tres libros gozaron de cierta aceptación entre los lectores. Primero publicó *Goliat el intrascendente*, una novela en la que narraba las andanzas y peripecias de un escritor y poeta incomprendido, de muchas luces y pocos reflectores; y tan satisfecho lo dejó ese libro de acuerdo a sus modestos parámetros, que apenas terminado inició el siguiente, *Los pequeños delitos*, una ligera novela policiaca cuya trama giraba alrededor de algunos crímenes relacionados con un futbolero grupo de amigos.

Dos años después, en 2016, con la idea de escribir algo muy distinto a lo anterior, maduró el proyecto de *Ambigüedades Mexicanas*, una mezcla de poesía y ensayo, obra publicada en julio de ese año, para la cual contó con la asesoría de su amigo, el ilustre poeta de nombre raro, célebre autor de *Musas Regionales*, más ducho que él en materia de versificación, más adiestrado en la tarea de escandir y escanciar octosílabos y endecasílabos.

En el mapa despliegas con jolgorio,
paradójico México tu propia
condición de país contradictorio.
A millones hundidos en la inopia
les enseñas –irónico y mordaz–

tu silueta sutil de cornucopia.
Alegórico pueblo perspicaz,
reverente y burlón ante la muerte;
si le temes, la enfrentas con disfraz.

Con terceros entrelazados, aderezados con una que otra cuarteta y entreverados con capítulos en prosa, Vinicio recorrió a su manera la historia de México, este maravilloso país plagado de contrastes, riquezas y rezagos, de carencias y posibilidades, de bellezas naturales y miserias humanas.

Apenas unos meses después de publicar ese tercer libro, cuando desarrollaba el proyecto del cuarto, sobrevino el malhadado incidente y a partir de ahí el prolongado periodo de improductividad literaria; esos seis años sin lograr escribir algo que funcionara, con tres proyectos inconclusos (y abandonados para siempre), hasta que surgió la idea de esta novela que ahora lo ubicaba al borde del éxito rotundo, inapelable, consagratorio.

Todo era cuestión de tiempo.

# IV

Al ingresar a la preparatoria en 1993, en la Universidad La Salle de Benjamín Franklin en la Ciudad de México, Luciano se topó por primera vez con Vinicio y con Ponchelo, quienes llegarían a ser sus mejores amigos durante una larga etapa de su vida, o por lo menos a ser percibidos así por los demás. Hasta que de uno lo separó su abrupta desaparición, y del otro su propia seguridad de que algo había tenido que ver con ella.

Esa certeza la sentía Luciano después de todo lo que investigó y dedujo, tratando de atar los diversos cabos, de acomodar cada pieza del rompecabezas donde correspondía, aunque a estas alturas no llevara colocadas ni la mitad de esas piezas.

Por eso seguía recorriendo en su mente y sus recuerdos las distintas etapas vividas alrededor de esa amistad entre tres primero, y entre cuatro después, amistad ahora deshecha por completo, difuminada, pulverizada, convertida en tristes añicos.

A los tres les encantaba el futbol y a través de él se conocieron cuando coincidieron en las pruebas a las que, al inicio de cada curso, eran sometidos los alumnos de primer año que pretendieran formar parte de la Selección de La Salle que participaba en la Liga Interclubes, de un alto nivel futbolístico, ampliamente reconocida en el ámbito amateur.

El mejor de los tres era Ponchelo, que fungía como “10” o como centro-delantero, y quien de inmediato empezó a distinguirse como la figura del equipo. Pero también Vinicio, quien desde el primer día les presumió que llevaba unos meses entrenando con las Fuerzas Básicas del Cruz Azul, desplegaba notorias cualidades en la media cancha, por lo que tampoco encontró dificultad alguna para ser seleccionado desde ese primer día, a diferencia de Luciano, quien terminó consiguiendo un lugar en el equipo mucho más por el esfuerzo, por su sacrificio para ir y venir, que por sus aptitudes y dotes técnicas como futbolista.

Tanto Vinicio como Ponchelo se convirtieron desde el inicio en titulares indiscutibles, y lo que nadie podía cuestionarle a Luciano eran su férrea voluntad y la determinación con que aprovechaba cuanta oportunidad recibía para ingresar en algún partido, aunque sólo fuera unos minutos.

Con ese equipo de La Salle, durante los tres años de la prepa Ponchelo fue la estrella, y Vinicio el segundo mejor jugador, el único

que a veces podía acercársele al gran Ponche, aunque no mucho. Y lo mismo sucedió años después, cuando ambos jugaron juntos en el Barcelona de la Liga Española, con Luciano ya retirado del futbol porque saliendo de la prepa empezó a subir de peso y cada vez le daba más flojera jugar.

Fue en esa cancha de tierra en que se realizó la prueba inicial de reclutamiento para la Selección de La Salle, donde Luciano vio por primera vez a Ponchelo y a Vinicio, de quienes supo que ya se habían conocido semanas antes porque estaban en el mismo salón, en el 38, ubicado en el llamado "sótano", no muy cerca del salón que le había tocado a él, en el segundo piso del otro edificio, a un lado de las canchas de basquetbol que también se usaban para jugar futbolito.

Entre Vinicio y él se estableció desde el principio una peculiar relación, *sui generis* de a madre, por definirla con los primeros eufemismos que le venían a la mente.

Durante los veintitrés años que duró esa relación, no hubo una sola vez en que uno buscara al otro específicamente, en que uno visitara al otro, en que hicieran algún plan para ellos dos solos, para tomarse un café, para irse a comer o a cenar, o a echarse unos tragos; para que la plática fuera nada más entre ellos. Ni siquiera recordaba alguna conversación telefónica entre ambos, que no fuera para lo necesario, para puntualizar la hora o la fecha de alguna reunión o evento.

Para que esa relación subsistiera, siempre fue indispensable la presencia de Ponchelo; y, sin embargo, en gran parte, gracias al futbol, muy pronto floreció lo que se asemejaba a una amistad entre los tres, aunque desde el arranque de ella Ponchelo le resultara a Luciano mucho más apreciable como amigo, ya no digamos valioso como jugador.

No entendía por qué nunca le interesó probar suerte para convertirse en futbolista profesional, lo que, según la percepción de Luciano, hubiera conseguido fácilmente.

También era evidente que Vinicio disfrutaba mucho más la convivencia con Ponchelo y que a Luciano sólo lo aceptaba como el añadido inevitable. Muy diferente a lo que sentía y demostraba Ponche, equitativo en sus afectos con respecto a sus dos amigos. Porque así era Ponchelo: generoso, accesible, solidario, carismático, entrañable.

El mejor de los tres como futbolista y como persona ya no estaba, y Luciano se sentía obligado a seguir investigando por qué.

Estamos en el umbral de una excepción, de un novel Nobel y por una sola novela, porque se trata de una obra maestra. Con su prosa cadenciosa Vinicio de Martín nos recuerda las alturas que las palabras pueden alcanzar cuando son pulcramente entrelazadas, tanto para componer su propia melodía como para contarnos una historia de la mejor forma posible.

Guillermo Raiter
*Lego Ergo Sum*

No recuerdo otra historia que me mantuviera a tal grado a la expectativa, que me llevara así del suspenso a la sorpresa y viceversa, y que en una misma página me hiciera derramar lágrimas furtivas para, unos renglones después, arrancarme una liberadora carcajada.

Xaviera Matías
*Gaceta Castellana*

# V

Su novela cumbre surgió con asombrosa facilidad. Concebida la idea en un momento de inspiración, o de lo más parecido a eso, sólo requirió de un esquema simple y bien estructurado, de los necesarios traslados de un lugar a otro, de una época a otra, de los ajustes y la transmutación de diversas circunstancias, para así lograr un producto final que desde ese inicio vislumbró encaminado al éxito, aunque nunca lo imaginara de tal magnitud.

Para que se produjera ese momento inspirado que se convirtió en el origen de su magna novela, mucho tuvo que ver el doloroso trance por el que pasó y seguía pasando por la muerte de su hermano Mauricio.

En varias pláticas que sostuvo con él desde su juventud, Vinicio le insistió en lo peligrosa que era esa costumbre de Mau de andar en motocicleta, y fue una competencia de motocross por el rumbo de Tequisquiapan, uno de esos eventos en los que participaba su hermano, lo que sentenció el final de su vida a los cuarenta y un años de edad, el 5 de enero de 2020.

Un terrible accidente, una tragedia que seguía lastimándolos en el corazón y en el alma; a él, a su mamá, a su hermana Tere y, sobre todo, a su cuñada Berthis y a sus dos sobrinos, Mau y Manolo, quienes se quedaron huérfanos de padre a sus nueve y siete respectivos años.

Viéndolo retrospectivamente, sólo un paliativo le quedaba a Vinicio como insuficiente consuelo: pensar en el otro accidente que su hermano tuvo a los diecisiete años cuando se volteó con todo y coche en la carretera, junto con dos amigos. Un accidente del que los tres salieron vivos de milagro, aunque muy lastimado su hermano durante varios días, con fuertes heridas en la cabeza.

Después de aquel fatídico 5 de enero, ese pensamiento era el único en el que Vinicio encontraba un magro alivio: el imaginar que su hermano pudo haber muerto desde aquel otro accidente en la carretera y que la vida le dio la oportunidad de disfrutarla durante veinticuatro años más.

Al cumplirse uno de la muerte de Mauricio, cuando seguía Vinicio en el afán de salir adelante en el proceso del duelo, tomó la decisión de divorciarse de Graciela y regresar a radicar en Monterrey, más de treinta años después de haberse ido de la Sultana del Norte, ciudad con la que nunca rompió el nexo, aunque en ese lapso sólo la visitó en

esporádicas ocasiones.

Así llegó el segundo aniversario de la partida de su hermano, cuando Vinicio tenía seis meses de haber regresado al terruño y seguía adaptándose (y ajustándose en términos económicos) a sus nuevas condiciones de vida.

Después de pensar en su hermano todo ese día de enero de 2022 (más que de costumbre, porque no había día en que no lo recordara por algo), en algún momento le vino a la mente Federico, aquel amigo michoacano de Mau, a quien su hermano conoció en la Secundaria Simón Bolívar.

Quico era un aspirante a pintor, de quien tenía mucho tiempo de no saber nada, pero en ese momento se le ocurrió que sería buena opción como referencia para el personaje de una novela, les dio vuelo a la ocurrencia y a la imaginación y la novela empezó a escribirse sola; con tal fluidez, que en tres meses quedó lista, revisada y tallereada. Publicada a mediados de mayo y traducida al inglés, al francés y al italiano a finales de ese mismo 2022.

A partir de su propia experiencia Vinicio desarrolló una especie de historia paralela. A diferencia de él como escritor regiomontano que ya gozaba de cierto prestigio, el protagonista de *Andanadas Pictóricas* (título que al empezar a desarrollar la trama le pareció el adecuado) sería un atormentado pintor michoacano de grandiosas dotes pero nulo reconocimiento, quien realizaría el esfuerzo necesario para hacer valer sus aptitudes como artista, pero también por encajar en una sociedad a la que no comprendía, a la que solía criticar con acritud penetrante y frecuencia enfermiza. Porque ese personaje, Fabrizio de la Mora, sería presentado como un hombre frontal, asertivo, descarado, iconoclasta.

Pero a pesar de algunas esenciales semejanzas era indispensable marcar cierta distancia entre autor y protagonista, y por eso, aunque el enemigo natural de Fabrizio en el origen era alguien de su entorno y muy cercano a él, nunca existió entre ellos aprecio alguno, y a través del tiempo ese enemigo se convirtió en un deleznable pero influyente crítico de arte que una y otra vez denostaba y destrozaba, con agudeza viperina, las obras del pintor ávido de reconocimiento.

Incluso pinturas al óleo muy bien logradas, que implicaban un titánico esfuerzo y una minuciosa revisión de los detalles, al pasar por los tendenciosos ojos y la venenosa pluma de ese crítico se convertían en bodrios pictóricos con los que más valía no perder el tiempo en observar siquiera.

A ese crítico Fabrizio lo había conocido desde antes de serlo, cuando sus aspiraciones como pintor afloraban y el “Morocho” Picana, su detestable compañero de la preparatoria en Morelia, empezaba a perfilarse como un pintor frustrado que por eso mismo terminaría

convertido en un amargado juez de la obra de los verdaderos artistas, pero muy reconocido y respetado en ese ámbito, para desgracia de Fabrizio, quien sufriría durante décadas los estragos de ese repugnante arácnido cuya telaraña se extendería hasta lugares que los demás consideraban inalcanzables.

El protagonista de *Andanadas Pictóricas* nació en Maravatío el 14 de marzo de 1957, pero a los trece años se trasladó a Morelia para iniciar sus estudios de secundaria, porque su papá, con la necesidad de mejorar la situación económica de la familia, emprendió el reto de abrir en la capital michoacana un negocio de compra-venta de curiosidades y piezas precolombinas de supuesto origen purépecha.

Lo de Maravatío se le ocurrió a Vinicio porque en algún programa de televisión escuchó y le llamó la atención el nombre de ese pequeño municipio michoacano de ochenta y cinco mil habitantes, y porque recordaba a Quico más de pueblo que de ciudad. Pero, sobre todo, para recurrir a esa comparación entre el protagonista de su novela y él mismo.

Porque Vinicio nació en Monterrey el 20 de abril de 1977 y a los catorce años tuvo que irse con su familia a vivir al entonces Distrito Federal, cuando a su papá le ofrecieron un puesto superior al que ya ocupaba en esa empresa nuevoleonesa con alcances internacionales, una compañía fabricante de cables industriales conductores de electricidad, "Transportadores Eléctricos Regiomontanos, Sociedad Anónima", TERSA.

El placer por la lectura de novelas, adquirido desde la juventud y gradualmente convertido en una necesidad de devorarlas con avidez, era otro de los rasgos que compartían Vinicio y el principal personaje de su obra cumbre; pero había una clara diferencia entre autor y protagonista: si el primero fue siempre deportista e incluso abrigó en su juventud aspiraciones de convertirse en futbolista profesional, el segundo desdeñaba todo lo relacionado con el ejercicio físico, y desde adolescente desarrolló su vocación artística y le dio vuelo a sus inclinaciones hacia la bohemia. A sus veinticuatro años ya era devoto consumidor de cerveza y de tequila, después perfilado como conocedor del buen vino, y en su madurez gozaba con la guitarra y la cantada en las duraderas tertulias que con frecuencia armaba con sus amigos pintores, escultores y uno que otro escritor de grandes pretensiones pero escasos logros.

Además de esas diferencias que paradójicamente los asemejaban, entre autor y protagonista en el resto de las respectivas historias abundaban las evidentes similitudes y los premeditados opuestos.

Fabrizio era un pintor casi desconocido y Vinicio un escritor reconocido a medias al momento de concebir y publicar esa novela que a la postre lo lanzaría a la estratósfera en el mundo de las letras.

La vida amorosa de Fabrizio fue siempre un desastre y la de Vinicio terminó siéndolo. Y si Fabrizio de la Mora era "Fabri" para sus amigos, Vinicio de Martín era "Vini" para los suyos, siguiendo esa rara costumbre de tanta gente empeñada en dirigirse a los demás con diminutivos, hipocorísticos o apócopes, sobre todo cuando se trata de los más cercanos. Como si decirles por su nombre implicara falta de cariño, con mayor razón en lo que respecta a las mujeres, que así ven reducirse a simples abreviaturas sus hermosos nombres: María Eugenia pasaba a ser "Maru", Lorena, "Lore", Érika, "Eri", Lucía, "Lucy", Daniela, "Dani" y Graciela, "Chela", con lo que el melodioso nombre deja de serlo.

Fabrizio de la Mora manifestó desde niño su proclividad hacia las artes visuales, primordialmente hacia la pintura, y creció como admirador y conocedor de las obras de los tres grandes muralistas mexicanos: Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros; pero después quedó enamorado de la sencilla técnica de José María Velasco para plasmar con elocuencia el paisaje campirano. Y en el ámbito de la literatura, los referentes de Vinicio fueron primero Cervantes y Allan Poe, y después Borges y Rulfo.

La vocación de Fabrizio como pintor era irrenunciable, pero nunca encontró en el seno familiar el apoyo que hubiera querido. Aunque su madre, Juana Inés, trataba de ayudarlo como podía, su margen de maniobra era mínimo ante su esposo, don Fabrizio, autoritario, intransigente y, con frecuencia, violento.

En esa parte de la novela Vinicio desarrolló, con la elegancia de su pluma, una larga disertación sobre ese añejo problema de los adolescentes y los jóvenes, cuyos planes de vida claramente visualizados se enfrentan a la resistencia de sus padres, empeñados en que estudien "algo de provecho", lo que para fines prácticos significa "algo que les permita contar a futuro con un ingreso económico estable".

A través de ese pasaje de la novela, Vinicio, el fallido aspirante a futbolista, trasladaba su propia experiencia hacia Fabrizio, el aspirante a pintor. Porque en su madurez Vinicio reconocía que sus aptitudes como jugador de futbol nunca fueron tantas como para convertirse en profesional, debutar en Primera División y después consolidarse y vivir de hacer lo que más le gustaba; pero en su juventud le quedó cierto resquemor con respecto a lo que en su momento percibió como insuficiente apoyo otorgado por sus padres en ese renglón. Pero al dibujar el perfil del papá de Fabrizio, en lugar de tomar como modelo a su propio y entrañable padre, Vinicio utilizó como referencia la detestable figura del papá de Ponchelo, ese "tío" que tan mal le cayó siempre.

Con Fabrizio le sucedió lo que en varias ocasiones comentaron que

podía suceder algunos de sus amigos de “Literatos Laterales”, ese grupo de seis o siete colegas escritores con los que desde hacía tres o cuatro años se reunía una vez al mes.

Su protagonista se convirtió en uno de esos personajes que parecen cobrar vida, que dan la impresión de actuar por sí mismos y de tomar derroteros que el autor no tenía contemplados al concebir la novela.

Era primordial respetar cada paso del adecuado proceso creativo al emprender la tarea de cualquier proyecto literario: primero estructurarlo y después desarrollarlo para acercarse a un desenlace que, según la perspectiva de Vinicio, debía ser contundente y de preferencia sorpresivo.

Ese final lo tenía contemplado desde el inicio, pero a veces el personaje parecía salirse del cauce normal para explorar diversos vericuetos o tomar inesperados atajos, aunque inexorablemente llegara, gobernado por la pluma de Vinicio, a esa culminación vislumbrada de antemano.

En *Andanadas Pictóricas,* Vinicio había puesto en práctica todo lo aprendido como lector y en su paulatino progreso como escritor. Era la magna novela que tantos escritores aspiraban a ver cristalizada, su obra maestra, su emblemático libro que, como lógica consecuencia, lo ubicaría en la cima.

A partir del propio sufrimiento lo concibió en un momento de inspiración, lo desarrolló meticulosamente, fue trabajado y pulido a conciencia y el consecuente éxito se lo ganó a pulso.

# VI

Es insuficiente un libro para contar una vida, muy poco de ella podría plasmarse en trescientas o seiscientas páginas o en mil quinientos o tres mil párrafos.

Si acaso puede capturarse la esencia de algunas vidas con trazos que a grandes rasgos señalen las coyunturas primordiales, con diálogos que rescaten parte sustancial de los momentos memorables, con testimonios directos de los protagonistas de esas vidas, sus experiencias, sus pensamientos y sentimientos, su visión del entorno, de la sociedad y del mundo entero, en cada una de las circunstancias que los rodearon y debieron asumir y acometer.

Para contar bien contada una historia resultan ineludibles su principio y su final, y en el caso de una existencia completa es obligado verla y contarla desde su nacimiento, o desde su gestación, hasta ese momento en que la muerte llega sin contemplación alguna.

Contar una vida sin abarcar esos cabos sería contarla incompleta, como de cualquier forma quedará cualquier vida que se cuente, porque resulta imposible el relato exhaustivo.

Cada vida es una historia con su propia dimensión, sus espacios para el gozo, los anhelos, las angustias, la diversión, el pasmo, los proyectos, los fracasos, las satisfacciones y los tintes de tragedia.

Desde afuera toda vida es incomprensible, inabarcable. Sólo quien la vive puede abarcarla y más o menos comprenderla, a medias, a ratos, con simples atisbos o esclarecedoras epifanías.

Aunque la trillada imagen resulte tan seductora, no hay forma de recordar y recorrer en el minuto final una vida entera que llevó meses y años forjar y transitar, con cada día plagado de sus propias circunstancias, los afanes, los retos, los apuros, los reveses, las victorias, los problemas que parecían irresolubles y terminaron en simple anécdota.

Observadas desde el entorno, o a través del tiempo, las distintas vidas parecen ofrecer diferentes grados de calidad y de importancia. Y, sin embargo, cada vida es la más importante de todas, porque es la propia, la que nadie más vive aunque algunos sirvan como cercanos testigos de ella.

A todas esas conclusiones, aunque con distintas palabras, llegaba Luciano mientras recorría mentalmente los diversos senderos que tomó la vida de cada uno de los cuatro amigos, la de “los inseparables

Vini, Ponche y Luchi", como en los viejos tiempos se referían los demás a ellos, y la de Graciela, que, muy pronto y con facilidad, enriqueció en su momento al trío, al grado de transformarlo en cuarteto.

La vida de uno desvanecida y en el olvido, la de él cada vez más desalentadora, la de Grace en una especie de ostracismo (al parecer, separada hasta de sus íntimas amigas) y la del otro rumbo a la plenitud y la gloria, ya desentendido de lo que pudo haber pasado con el gran Ponche, aunque al principio, durante los primeros años, Vinicio se hubiera hecho el muy preocupado, el consternado, según él preguntando por doquier por el amigo ausente, buscando, escudriñando con los contactos adecuados en las altas esferas sociales en que se movía. Pura faramalla, puro cuento.

Siempre pensó que el mejor ser humano entre ellos cuatro era Ponchelo, y el peor, Vinicio, y, sin embargo, la suerte les deparó a los dos esos destinos opuestos, evaporada la existencia de uno y encaminada a la consagración la del otro.

Luciano reconocía que su propia vida era anodina, que se tornaba más deprimente conforme avanzaba, que nunca destacó en nada, como sí lo hizo Ponchelo en el futbol y en el estudio, o al frente de su empresa, o como ajedrecista y, sobre todo, como amigo; así como también destacaba Vinicio en el ámbito de las letras, como escritor laureado y a punto de encumbrarse en el mundo entero y en la veleidosa y milenaria historia de la literatura.

Si la de Ponchelo ya no había forma de repararla ni modificarla, y la de Graciela no le atañía ni le interesaba después de todo lo ocurrido, era necesario hacer todo lo posible para cambiar el rumbo de las otras dos vidas que todavía podían cambiarlo: la suya y la de Vinicio. La suya, si desentrañaba el misterio de Ponchelo para así cerrar el círculo y resarcirse del error cometido la última vez que lo vio. Y la de Vinicio, si hacía lo necesario para desenmascararlo, para comprobar que algo ocultaba, para exhibirlo tal como era ante las multitudes que lo aclamaban.

Si lo idolatraban como escritor, que por lo menos lo conocieran como persona.

# VII

Durante ese lapso improductivo como escritor, *El asesino hipocondríaco* fue la primera novela fallida de Vinicio. Un intento inconcluso, una obra que dejó cuando creía llevar la mitad de ella y que ya acariciaba como una magnífica opción para regresar al género de la novela después de su incursión en el del "ensayo poético" realizado con *Ambigüedades Mexicanas*.

A partir de algunos casos de futbolistas profesionales que en su momento le interesaban, le dio vuelo a su imaginación para desarrollar una truculenta historia de enfermedades inventadas y muertes deseadas, como una especie de secuela o de historia alternativa de su segunda novela, *Los pequeños delitos*, mucho más apegada que la primera a los requerimientos del género.

En realidad aquella segunda novela podía considerarse la primera que calificaba como tal, como novela policiaca o detectivesca, porque la primera, *Goliat el intrascendente*, era una especie de biografía novelada revestida con variados testimonios del propio autor sobre diversos temas.

En cambio, *Los pequeños delitos* era una novela de principio a fin: pura ficción cuyos límites eran marcados por la imaginación de Vinicio apenas ejercitada como incipiente escritor.

Al retomar el género con *El asesino hipocondríaco*, la intención era desarrollar esa historia alternativa en la que, entre otras cosas, se redujera la cantidad de personajes para así poder profundizar más en cada uno, para delinear con mayor exactitud el perfil correspondiente.

De los ocho capítulos que llevaba escritos, al primero le dedicó mucho tiempo, revisó a fondo la puntuación, la sustancia y la cadencia de cada párrafo, las palabras que faltaban, las que sobraban, las que debían ser sustituidas por otras. Era indispensable evitar los excesos en la repetición de palabras y de cualquier idea, restringir el uso de los adjetivos, los adverbios y los gerundios, no abusar del pretérito pluscuamperfecto, eludir el "queísmo" y el "dequeísmo", lograr que el desarrollo de la trama fuera consistente, coherente con la esencia de lo que pretendía contar, y al mismo tiempo guardar la debida congruencia con respecto al desenlace vislumbrado por Vinicio desde la concepción de la historia.

No podía ni quería escribir para escritores, lo que deseaba era escribirle a la gente común, a los lectores promedio, comunicarse con

ellos de manera accesible y sencilla.

Ya pulido al máximo, atenido sin remedio a sus limitaciones como escritor, ese primer capítulo podía considerarlo como un producto terminado:

> Cada vez que algo le dolía reflexionaba y se consolaba pensando que por lo menos estaba vivo.
>
> No entendía por qué era precisamente a él a quien siempre debía dolerle algo y no sentía a su alrededor la menor empatía con respecto a sus dolencias. Nunca estuvo cerca de sentirla de parte de sus papás, cuando todavía hablaba con ellos, ni de sus principales amigos, aquellos con quienes vivió una larga etapa, inolvidable por peculiar y dolorosa. Ni siquiera de parte de su mejor amigo, tampiqueño de nacimiento, quien partió prematuramente en aquella aciaga noche recurrente en sus pesadillas.
>
> Quizá Dorotea, Dorothy, la dulce Doro, había sido la única que durante el feliz tramo final de su vida le brindó una cariñosa comprensión con respecto a lo que sentía, a los múltiples problemas de salud que una y otra vez sufría, comprensión ausente en su entorno durante su juventud y gran parte de su vida adulta.
>
> Esos frecuentes achaques surgieron desde su adolescencia, desde que participaba en las “cascaritas” de futbol en el barrio o en la escuela. Siempre, después de jugar, le dolía el cuerpo entero, y de esos dolores solían derivar otras leves molestias o insoportables sufrimientos, como el de aquella crisis que Darío tuvo con uno de sus pulmones, cuando, al parecer, le había entrado algo de agua y eso le provocaba un punzante dolor en cada respiración, sobre todo al soltar el aire.
>
> En lo concerniente a sus padecimientos, a los desgastantes episodios de salud quebrantada que se veía obligado a soportar, sus amigos sólo parecían darle por su lado, incluso los de su círculo íntimo, esos cinco que empezaron siendo simples compañeros y junto con él terminaron conformando ese sólido grupo de seis grandes amigos. Jóvenes pletóricos de energía, plagados de inquietudes, de proyectos y de planes; impetuosos, entusiastas, inmaduros, rebeldes, irreverentes, unos más pendejos que otros, quienes alentaban sueños de grandeza similares, aunque fuera notorio que contaban con distintos niveles de aptitudes y cualidades como herramientas para alcanzar esos sueños, para verlos cristalizados en la realidad.
>
> Seis solidarios amigos que quedaron estrechamente unidos desde aquel asesinato del entrenador de su equipo, a quien

cualquiera de ellos hubiera querido matar.

Fue esa la segunda vez que a Darío le tocó de cerca el deceso de alguien cuya muerte había deseado con todo su corazón aunque sólo fuera por un instante.

En la primera, la víctima fue su abuelo.

Así concluía ese primer capítulo de *El asesino hipocondríaco*, que, después del octavo, Vinicio decidió abandonar porque no le convencía, porque sentía que la historia no lo atrapaba como lector.

“Tal vez no te atrapa porque estás viéndola desde adentro, porque estás muy metido en ella, porque necesitarías observarla desde afuera para lograr apreciarla como se debe, para darle su auténtico valor”, le había dicho entonces Graciela como respuesta a la razón que él esgrimió para abandonar ese proyecto.

"No, no me atrapa porque no sirve, porque si una historia no atrapa al autor mucho menos atrapará a los lectores”. Así le respondió a su entonces esposa cuando ella, con toda la hipocresía del mundo, se hacía la muy interesada en su trabajo y su obra como escritor más o menos reconocido.

El desarrollo natural de esa novela fue interrumpido por aquel receso obligatorio de tres o cuatro meses, y después de ese lapso al tratar de proseguir con ella no logró retomar el hilo ni encontrar el rumbo adecuado.

Menos mal que el tiempo, como siempre, se encargó de poner las cosas y a las personas en el lugar que les correspondía. Si *El asesino hipocondríaco* y otros dos intentos no prosperaron, lo que sí hicieron fue abrirle el camino a su obra magna. A final de proyectos y de cuentas, todo había valido la pena.

# VIII

A la semana de no saberse nada de Ponchelo, una de las indagaciones más o menos formales la realizó Luciano al buscar a Mirna, la flamante novia de su amigo al momento de la desaparición, una chava que Luciano veía muy parecida a Graciela, a Grace, de cara, de cuerpo e incluso en su forma de hablar y su timbre de voz. Según su propia percepción, hasta podían ser confundidas. Era obvio que, entre tantas novias, Ponche seguía buscando a una lo más parecida posible a la esposa de su amiguito Vini.

La llamó por teléfono y quedaron de "ir a tomarse un cafecito" en un lugar al que ambos fueron una vez con su amigo y pareja; y ya instalados en la mesa, Mirna empezó por aclararle que Ponchelo y ella apenas tenían cuatro semanas de "andar", que ni siquiera habían cumplido el mes aquel miércoles en que Ponche había quedado de pasar por ella a las ocho y media de la noche, y que cuando no se presentó, ella se encabronó pensando que la había dejado plantada, como ya lo había hecho una vez, así que en ese momento decidió que ya no quería saber nada de él, pero que después le entró el remordimiento al enterarse de su desaparición.

–¿Y en los días anteriores habías notado algo raro en él, alguna preocupación o problema que trajera?

–Para nada. Ponche se veía feliz, muy emocionado con el viaje a Europa que estaba a punto de hacer con su mamá.

–¿A Europa con su mamá? ¿Cuándo?

–Pues se suponía que se iban el próximo domingo, pero parece que ya no.

–¿Y hacía mucho que había planeado ese viaje?

–Yo creo que un poquito después de que empezamos a andar, hace como tres semanas, más o menos, porque decía que era un viaje que le había prometido a su mamá desde hacía varios meses; creo que desde que murió el papá.

–¿Y las últimas veces que te tocó verlo estaba bien físicamente? ¿Se veía con la fuerza de siempre, o más débil o alicaído?

–Pues el último día que lo vi fue el lunes y se veía perfecto, entero, y después hablamos el martes en la noche, cuando quedamos de vernos al día siguiente, después de su ejercicio.

–No, pero los miércoles nunca hacía ejercicio, sería el jueves.

–Yo no sé, pero eso fue lo que entendí y lo que recuerdo de esa

llamada.

–¿Y dices que ese lunes lo habías visto tan bien como de costumbre?

–Sí, perfecto: animadísimo, lleno de energía, muy platicador y con ese valemadrismo de siempre.

–Pues hablando de valemadrismo a ti no te veo muy preocupada que digamos.

–No manches, Luchi, ni modo que me amargue la vida por esto. A lo mejor Ponche está escondido y no desaparecido, y, además, yo sabía que nuestra relación no iba a durar mucho. Hasta bromeábamos diciendo que estábamos por cumplir apenas un mes aunque nos parecía como un año.

Él sí lo extrañaba, desde entonces y hasta la fecha, él sí hubiera querido encontrarlo para decirle muchas cosas que quedaron pendientes entre ellos, sobre todo una. A él sí le pesaba su ausencia, que desde el principio Luciano sabía definitiva por más que tanta gente se empeñara en especular sobre la desaparición, que si estaba escondido por algún lío de faldas, que si la repentina huida estaba relacionada con la inminente quiebra de su endeudada constructora, que si se trataba de alguna disputa entre gays, que si cambió de identidad para ponerse a salvo de algunos mafiosos a los que frecuentaba y con los que había quedado mal en algún negocio. ¡Qué manera de entrarle a las especulaciones y a los chismes, de inventar cosas nada más en el afán de entretenerse con la vida de los demás!

Luciano sabía muy bien cuál era la única explicación razonable de la difuminación de su amigo: Ponchelo estaba muerto desde hace siete años y sólo faltaba encontrar la forma de probarlo, y, sobre todo, de demostrar que Vinicio sabía algo con respecto a esa desaparición, pero se hacía pendejo y no lo decía.

Nadie puede calificar como lector sin leer esta novela tan cautivadora que, a pesar de requerir nueve o diez horas de lectura, resulta imposible no acabarla antes de tres días. La leí, la releí y volví a leerla.

Ingrid Palax
*Read and Grow*

Con sutil ligereza la pluma de Vinicio de Martín surca el viento con suavidad implacable, arbitraria en su trayecto como indescifrable veleta, sólida en su tersura, y al entrelazar magistralmente los hechos, nos conduce por un laberinto de emociones que nos hace esperar con avidez el siguiente giro.

Ignacio Baily
*Ecos de Orleans*

Esta estremecedora novela ha marcado un luminoso hito en la historia de la literatura, en lengua castellana y en cualquier idioma.

MEG Casas
*Palabra de Mujer*

# IX

La amistosa rivalidad con Ponchelo en un inicio alcanzó elevados niveles, era un asunto inquietante para Vinicio, quien se convirtió en un oponente incapaz siquiera de fungir como tal.

En la cancha Ponchelo se desenvolvía cada vez con mayor soltura, se anticipaba a los movimientos y decisiones de los adversarios, desarrollaba cualidades físicas y técnicas que parecían estar fuera del alcance de Vinicio, talentoso, pero incapaz de esa brillantez que afloraba con frecuencia en el desempeño de Ponchelo como futbolista.

Su amigo exhibía una solvencia técnica natural, como si hubiera nacido con ella, como si no estuviera obligado a esforzarse gran cosa para controlar el balón con facilidad, aunque el pase del compañero no fuera del todo bueno y para pasar la pelota en corto y en largo con una precisión envidiable. También parecía innato el talento para elegir la jugada adecuada entre las múltiples alternativas que cada balón recibido o robado presentaba. Ponchelo daba la impresión de saber a la perfección, antes de que le llegara, lo que correspondía hacer con cada pelota para que la jugada progresara lo mejor posible en beneficio del equipo.

Ni siquiera se empleaba a fondo en los entrenamientos y, sin embargo, tenía más resistencia que los demás, y si en las pruebas de velocidad podían ganarle dos o tres, a la hora de los interescuadras y los partidos no había quien llegara antes que él a cada balón.

Tampoco podía competirle como estudiante: obtenían similares calificaciones, pero era evidente que Ponchelo le dedicaba menos tiempo, tal vez nada, a revisiones y repasos, como si cada conocimiento adquirido en el salón de clases no necesitara para él de refuerzo alguno.

Durante los exámenes mensuales, y sobre todo semestrales, mientras Vinicio se sentía obligado a encerrarse en su casa para estudiar y "machetear", Ponchelo seguía despreocupado y muy campante con su rutina normal, y después no había mayor diferencia entre las calificaciones obtenidas por ambos.

A los dos les gustaba el ajedrez, y en una época lo jugaban una o dos veces a la semana, desde el principio con ventaja para Ponchelo, que le ganaba tres o cuatro partidas por cada una ganada por Vinicio, quien, al ver ampliada esa desventaja al grado de ganar sólo una de cada diez o doce, prefirió dejar de jugar con su amigo y mejor hacerlo

contra esas “maquinitas” con las que podías elegir distintos niveles de juego sin tener frente a ti a nadie con quién encabronarte. Porque nunca logró Vinicio evitar sentirse agraviado por quien le ganara una partida de ajedrez.

Sólo en el ámbito de la literatura su amigo no representaba reto alguno, porque en realidad a Ponchelo no le interesaba competir en ese tema, como un día se lo manifestó con toda claridad.

–No, Vini, eso de andar leyendo novelas me parece una pérdida de tiempo. No entiendo por qué les gusta tanto a ti, a Luchi y a Pluto. Yo me conformo con aprobar la materia y ya. Se me hace suficiente con leer todos los días el periódico para mantenerme más o menos informado. Imagínate si además anduviera buscando novelas y leyendo cosas inventadas por alguien más.

–Pues no sabes de lo que te pierdes, lo que se puede aprender leyendo y lo entretenido que es.

–Con que me hagas un resumen de cada novela es suficiente. Lo más sintetizado posible, de preferencia.

–En realidad lo que yo quisiera es llegar a escribir una.

–Ah, bueno, si la escribes esa sí la leo completa. ¿Como de qué sería?

–No tengo idea, pero espero llegar a tenerla.

–Entonces sería bueno, ya que encuentres el tema, que le metieras un final de esos que quedan medio abiertos, como pasa en las mejores películas.

–¿Cómo que medio abiertos?

–Sí, de esos en los que el espectador, o el lector, no sabe bien qué pasó, porque no le cuentan la historia completa.

–Ah, esas historias que le dejan al lector la posibilidad de imaginar su propio final o de llenar como él prefiera los huecos dejados.

–Exactamente, así mero.

–Puede ser, aunque a muchos lectores es, precisamente eso, lo que les molesta, que a veces parezca como que al autor le da flojera redondear la historia y por eso prefiere que cada quien la complete a su gusto.

–Pues yo de lo poco que he leído, y sobre todo por lo que he visto en muchas películas y en algunas series, prefiero mil veces esos finales abiertos y no que te salgan con lo de colorín colorado, y sus equivalentes, y te den ya todo digerido.

–Bueno, me parece bien, lo tendré en cuenta para cuando logre arrancar como escritor.

–Pues me avisas cuando arranques.

–Claro, yo te aviso.

Además de ser tan bueno en todo lo que hacía, para colmo de males,

Ponchelo no tenía que esmerarse nada para conseguir que las mujeres se rindieran de inmediato a sus pies y lo buscaran como a ningún otro, cuando ese terreno y esa cancha parecían prohibidos para Vinicio: le resultaban inescrutables, temeroso de acercarse a ellas y de ser rechazado, incapaz de darle apropiada lectura a todo lo relacionado con el sexo opuesto, a las actitudes, las reacciones, las palabras, el lenguaje corporal y los gestos femeninos.

En ese sentido, y con respecto a las mujeres, Vinicio nunca aprendió a "leer", a diferencia de Ponchelo, que las leía a la perfección, así como en las canchas de futbol sabía leer el juego como nadie más lo hacía en el equipo.

De ningún modo sentía Vinicio que su amigo fuera más guapo que él, más atractivo físicamente, y, sin embargo, reconocía que algún encanto especial debía poseer para contar siempre con la preferencia de las mujeres, para tener ese pegue.

En el proceso de asimilación de la evidente superioridad ejercida por Ponchelo en los diferentes ámbitos, mucho le sirvieron a Vinicio las primeras incursiones en el Ajusco que compartió con su amigo, por ese estimulante camino entre pinos y encinos, no tan allanado como para ser considerado como vereda, aunque sí lo fuera en pequeños tramos.

Esa parte del cerro que años antes había explorado con su papá, se convirtió en un maravilloso espacio en el que poco a poco transformó en admiración al amigo lo que antes rayaba en envidia hacia el rival invencible. Fue al iniciar el segundo año de la preparatoria cuando, a sugerencia de Vinicio, decidieron realizar esos ascensos como parte complementaria de sus entrenamientos de futbol y pensando también en lo que así se enriquecería la convivencia cada vez más apreciada por ellos.

No le gustó a Vinicio que a esa bienvenida rutina, que se convirtió en semanal, se integrara muy pronto Luciano, el pinche "Luchi", pero no hubo cómo impedirlo. Menos mal que con frecuencia fallaba y que ya salidos de la prepa les avisó que sólo podría ir los primeros jueves de cada mes, y no cada semana como casi siempre lo hicieron Vinicio y Ponchelo durante más de veinte años. Primero durante los dos últimos de la prepa y como compañeros en la Selección de La Salle, después durante los cuatro y medio de la carrera, cuando ambos jugaron con el Barcelona en la Liga Española; y finalmente, ya semi retirados del futbol, durante más de diez años en los que esos ascensos formaron parte importante de la rutina semanal que les ayudaba a mantenerse en forma, rutina en la que ambos incluían visitas frecuentes al gimnasio, Ponchelo a uno de Santa Fe, y Vinicio a otro muy cercano al cruce de Insurgentes sur con Félix Cuevas.

Sería la cuarta o quinta vez que subieron al Ajusco, en una de las

ocasiones en que sí fueron los tres juntos, cuando un poco antes de esa cumbre, a la que solían llegar después de cuarenta o cincuenta minutos de ascenso, decidieron salirse de la vereda para ver qué paisaje se les ofrecía desde la orilla después de librar algunos matorrales y arbustos. Y lo que vieron al hacerlo los dejó maravillados.

Superados algunos metros de esa abundante maleza, podía accederse a una pequeña explanada al borde de un enorme precipicio, y desde ella el panorama era majestuoso. A través de la limpidez del aire podía contemplarse de cerca al dormido Xitle y al fondo el inacabable, aunque no muy transparente, Valle de México, custodiado por el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl.

Fue Vinicio, con esa sensibilidad que años más tarde afloraría en su escritura, quien bautizó ese lugar como “La Esplendorosa”, porque así era la vista que desde ahí se les ofrecía; y desde entonces no hubo ascenso que no terminara en esa explanada, solamente conocida por ellos, a la que siempre subieron a pesar de lo peligrosa que era, de las precauciones que debían extremar para no acercarse tanto a la orilla, a ese lugar más alto y de corte tan abrupto hacia el abismo.

Fueron esos los mejores tiempos de su amistad con Ponchelo, a quien Vinicio veía como el inevitable añadido de Luciano, el permanente comino, el insoslayable prietito en el arroz.

Sin estar presente quien fue durante tanto tiempo su mejor amigo, ya no existía nada en qué identificarse con el otro, ningún lazo o factor de unión, nada que lo ligara con el pobre Luchi, asiduo y ferviente lector de escritores de medio pelo.

# X

Luciano ubicaba el apogeo de la relación entre los tres amigos a finales de julio de 1996, en la fiesta de graduación de la preparatoria, que se llevó a cabo en el amplio espacio que ocupaban las canchas de basquetbol entre el gimnasio y la parte de abajo de los salones.

Esa noche los tres conocieron a Graciela, quien iba como acompañante de Nacho, cumplidor lateral derecho en la Selección de La Salle, con la que se coronaron como campeones en la Liga Interclubes en los dos últimos de los tres torneos anuales que jugaron.

Ponchelo llevó a la fiesta a su novia del momento, Lucy, una de tantas chavas con las que había salido y nunca permanecido más de unos meses, a veces semanas o incluso unos cuantos días.

Vinicio y Luciano asistieron solos, no porque así lo prefirieran, sino porque no había pareja posible a la cual invitar en aquella ocasión. Tal vez en eso era en lo único en que ambos coincidieron siempre por completo, en su dificultad para relacionarse con las mujeres; aunque a veces también sospechaba Luciano que el pinche Vini quería con Ponche algo más que una simple amistad.

En una mesa para ocho personas quedaron instalados él y Vinicio con Ponche y Lucy, Graciela, Nacho y otros dos compañeros del equipo que también asistieron solos, Rafa y Víctor, ambos magníficos jugadores (uno como mediocampista y el otro como defensa central) aunque ninguno al nivel de Vinicio y mucho menos de Ponchelo.

Rafa, quien a la postre sería el primero de ese grupo de amigos en casarse, el primero en convertirse en padre y a sus treinta y ocho años, en abuelo. Y Víctor, que además de terminar siendo un abogado dizque muy reconocido, desde joven se distinguía por lo bueno que era contando chistes y por su increíble facilidad para imitar, para hablar igualito que varios de los compañeros y diversos personajes de la política y la farándula.

A pesar de las restricciones que limitaban la ingestión de bebidas alcohólicas (sólo una botella de sidra y otra de vino rosado en cada mesa), el ambiente entre ellos fue de jolgorio, de júbilo, porque el futbol había fortalecido la amistad entre esos seis compañeros de equipo durante tres años, porque Ponchelo era ingenioso, vacilador, sarcástico, socarrón a veces; y porque Graciela encajó a la perfección en el grupo: inteligente, alegre, ocurrente y muy guapa, “feminista de las buenas”, a quien desde ese día supieron apreciar como una incisiva

defensora de la igualdad de derechos para las mujeres, pero sin pretender que éstas fueran iguales a los hombres.

Entre ambos impidieron que silencio alguno empañara la noche, y el propio Víctor, que en ese entonces todavía le caía muy bien a Luciano, se encargó de divertirlos un rato con sus imitaciones, principalmente con la de Nacho, la de Vini y la de Ponchelo. Si cerrabas los ojos, no distinguías si el que hablaba era él o el otro.

Casi todos en esa mesa gozaron a plenitud el momento, a tal grado que se antojó muy oportuno un comentario de Ponche, quien les dijo que ahí aplicaba realmente lo de *carpe diem*, lo de *seize the day* o *seize the moment*, pasando por la frase original en latín para presumir después su buena pronunciación del inglés, y tras hacer referencia a esa película que tanto les gustó a "los tres amigos", a Vini, Ponche y Luchi, la de la *Sociedad de los Poetas Muertos*, que entre otras cosas los hizo admirar desde entonces a Robin Williams, sobre todo en el caso de Vinicio, quien lo idolatraba.

Entre la felicidad desbordada sólo desentonaba Lucy, algo incómoda todo el tiempo, y más cuando se entregaron los anillos y cada uno de los seis hombres los presumieron, con Graciela muy insistente en que además de Nacho se los mostraran Vinicio y Ponchelo para ver bien las respectivas inscripciones, todas con la misma fecha bajo el escudo de La Salle, pero cada una con distintas siglas: las "AR" de Alfonso Rubirosa, "IG" de Ignacio Gutiérrez y "VdeM" de Vinicio de Martín; sin que nadie más que los respectivos destinatarios le pusiera mayor atención a los otros tres anillos, con las "LL" de Luciano López, "RM" de Rafael Montes y "VD" de Víctor Darín.

Desde entonces a Luciano le quedó arraigada una certeza: Grace siempre prefirió a Ponchelo, aunque a final de cuentas, quién sabe por qué, debió conformarse con el idiota de Vinicio.

# XI

En dos meses, en el agonizante otoño, como cada 10 de diciembre, sería entregado en los suecos lares el ansiado premio, ese lauro que se traduce en la anhelada consagración para cualquier escritor en el mundo.

Al cumplirse ciento veintisiete años de la muerte de Alfred Bernhard Nobel, todo el aceitado aparato de la Academia Sueca, encabezada por sus dieciocho miembros, estaría listo para galardonar esa noche a los ganadores previamente anunciados.

Aunque Vinicio sabía que el apellido y el premio debían pronunciarse "Nobél", se había acostumbrado a pronunciarlos como la mayoría, "Nóbel", porque entendía que además así se evitaba en castellano la confusión con la palabra "novel", también con acento tácito en la "e".

Al revisar una pequeña biografía del célebre personaje, Vinicio supo que el buen Alfredo nació en Estocolmo el 21 de octubre de 1833, y falleció a los sesenta y tres años el 10 de diciembre de 1896, en San Remo, Italia.

Sabía que Nobel fue un destacado químico, brillante ingeniero y mediano escritor, antes que todo reconocido en su momento como inventor de la dinamita, y en la actualidad, por haber creado y patrocinado (quién sabe si por sentir algún remordimiento con respecto a su explosivo invento) esos cinco premios anuales que desde 1901 llevan su apellido: el de química, el de física, el de medicina, el de literatura y el de la paz, éste último otorgado y entregado por el Comité Noruego del Nobel, que consta de cinco miembros, porque así lo determinó en su testamento el gran Alfred en el afán de fortalecer los lazos entre Suecia y Noruega, dos naciones cuya relación atravesaba por una etapa delicada a finales del siglo XIX.

No sabía Vinicio si era sólo una entretenida leyenda o un simple mito aquel que explicaba el porqué de la ausencia de un Premio Nobel de Matemáticas, supuestamente porque a la novia de Alfred la pretendió un profesor que impartía esa materia, un destacado matemático sueco.

Vinicio suponía que si ese fuera el caso, era muy probable que de parte de esa presunta novia de Alfred se hubiera producido cierta dosis de reciprocidad hacia ese profesor, porque de no haber sido así dichos celos no tendrían justificación ni sentido. No puedes ponerte

celoso solamente porque tu mujer es codiciada por alguien más, pero sí cuando ella parece no sólo agradecer el asedio sino, además, proporcionarle más amplia entrada.

Sin embargo, al meterse a investigar un poco, lo que entendió Vinicio es que Alfred nunca tuvo novia ni esposa alguna, y que sólo había estado enamorado de Bertha Kinsky, una mujer que no correspondió a ese amor y terminó casada o por lo menos viviendo con un hombre que nada tenía que ver con las matemáticas ni con la dinamita, pero sí con la realeza; con un barón, un tal Von Suttner, o algo así.

Por eso a Vinicio le sonaba más lógica otra explicación, mucho más prosaica: Alfred Nobel no instituyó ese premio simple y sencillamente porque no le gustaban las matemáticas.

Quién sabe qué tan cierto sería todo eso o cuál versión fuera la correcta, pero el caso es que para cubrir ese hueco surgió primero el Premio Abel de Matemáticas otorgado por la Academia Noruega de Ciencias y Letras, y después la Medalla Fields, ambos así nombrados en honor a sendos matemáticos muy destacados en su momento.

Vinicio se empapó del tema, de todo lo relacionado con el Premio Nobel, de cómo cada inicio de año la Academia Sueca recibía propuestas de posibles candidatos de parte de sus propios miembros y de los de otras academias, de exganadores del premio, de profesores de literatura y de presidentes de diversas organizaciones de escritores.

Sabía que nadie podía autocandidatearse, que cada año se recibían cientos de esas propuestas, no todas aceptadas, y que el premio solía otorgarse no por un simple libro sino por toda una obra, y no a escritores jóvenes como él, sino a figuras de la literatura ya consagradas. Pero también sabía que se habían producido algunas excepciones y que todos los indicios apuntaban a que la de su propio caso se convertiría en otra de ellas.

Tenía entendido que dichas propuestas debían ser recibidas antes del primero de febrero, y que a partir de ese día empezaban a ser examinadas por el Comité del Nobel, para que en abril la Academia redujera el campo de elección a unos veinte candidatos, y en mayo se aprobara una lista breve de cinco nombres, cuyas obras eran revisadas a conciencia durante los siguientes cinco meses, para que, en octubre, los miembros de la Academia votaran y al candidato que recibiera más de la mitad de los votos se le otorgara el Premio Nobel de Literatura.

Le parecía increíble que su novela, publicada en mayo de 2021, hubiera alcanzado ese meteórico éxito, a tal grado de provocar, en menos de nueve meses, que a alguien se le hubiera ocurrido incluir su nombre en esa lista de candidatos.

¿Ya habrían estudiado y analizado a fondo esos ilustres académicos no sólo sus *Andanadas Pictóricas*, sino también sus tres anteriores

libros? Y en ese caso, ¿qué tanto peso ganaría o perdería ante los ojos de esas eminencias su obra cumbre?

También supo Vinicio que la pandemia del Covid-19 impidió que la ceremonia de premiación de 2020 fuera presencial, impedimento que no se había producido desde 1944, cuando la causa no fue un virus, sino la Segunda Guerra Mundial.

Vinicio consideraba como una flagrante injusticia que entre los grandes ausentes en esa larga lista de ganadores del Premio Nobel de Literatura estuvieran escritores como Franz Kafka, César Vallejo, Vladimir Nabokov, Rómulo Gallegos, Julio Cortázar, Alfonso Reyes, Carlos Fuentes y Jorge Luis Borges, a quien, por cierto, un inculto y decepcionante presidente de México se había referido como "José Luis Borgues".

Vinicio aprendió que, a lo largo de su vida, Alfred Nobel registró más de trescientas patentes y que el primer ganador del Premio Nobel de Literatura fue un francés, Sully Prudhomme, en 1901.

Según le comentó su mamá al llamarle para felicitarlo cuando era considerada un hecho su inclusión entre los cinco finalistas, dicho premio fue rechazado por los ganadores en dos ocasiones: por el soviético Boris Pasternak en 1958 y por el francés Jean-Paul Sartre en 1964. Pero definitivamente en los planes de Vinicio no estaba rechazarlo.

Su mamá también le dijo que hasta el momento dieciséis mujeres habían ganado ese premio, entre ellas la poeta chilena Gabriela Mistral en 1945 y la poeta neoyorquina Louise Glück en 2020, ésta última como la cuarta mujer ganadora de ese premio en un lapso de ocho años, lo que servía como confirmación de ese positivo cambio, aunque todavía insuficiente, en cuanto a los derechos de las mujeres y a los espacios cada vez más amplios que se les ha permitido ocupar. Tal vez por eso a las grandes autoras de poesía, como las dos mencionadas ganadoras del ansiado premio, antes se les llamaba "poetisas" y ahora "poetas".

Al interesarse en el tema de este Premio Nobel y meterse a buscar los datos pertinentes, Vinicio supo que había sido Abdulrazak Gurnah, de Tanzania, el ganador en 2021, para así convertirse en el quinto escritor africano galardonado con el Nobel.

También supo que ya eran varias las veces en que Haruki Murakami, escritor japonés de gran prestigio, se quedaba entre los finalistas sin obtener el codiciado premio, y en ese sentido volvió a sorprenderle la designación del ganador en el 2022.

Sabía que sólo cuatro veces dicho premio fue compartido por dos escritores, pero según los expertos en esos menesteres, en ésta como en la mayoría de las ocasiones el ganador sería uno solo, el segundo escritor mexicano que así se inscribiría en ese Olimpo de las Letras en

el que desde hace tantos años deambulaba el alma de Octavio Paz.

¡Cómo o cuándo iba a imaginarse que el suyo sería el segundo nombre en esa que todavía no podría considerarse como lista!

Por lo pronto, habría que seguir empapándose al máximo de la vida y la obra de Alfred Bernhard Nobel, porque sería bien percibido el detalle de incluir un pequeño panegírico sobre el famoso personaje en el discurso de agradecimiento que en diciembre debería ofrecer al recibir el premio, discurso del que tanta gente estaría pendiente en distintos rincones del planeta, sobre todo en México.

En esa exposición oral, al recibir y agradecer el Premio Nobel, debería mencionar a cinco o seis personas, para así proyectar la adecuada imagen de hombre agradecido.

Sabía lo orgullosa que estaba de él su antigua maestra de literatura, Rosario Island, y sólo lamentaba que su hermano y su papá no hubieran atestiguado su apoteosis como escritor.

No sería mala idea, por cierto, aprovechar el escaparate de ese evento en diciembre para mencionar la sugerencia de su papá con respecto a la palabra “alabia”.

Trataba de imaginarse lo que hubiera pensado Ponchelo sobre tal éxito, por más que desdeñara la literatura y las novelas, y al margen de lo mal que terminaron las cosas entre ellos.

Pinche envidia que sentirían varios de sus excompañeros de la primaria del Regiomontano Contry, de la secundaria del Simón Bolívar, de la prepa y la Selección de La Salle, de la Facultad de Administración; y especialmente Pluto y Luchi, ya no digamos Chela y toda su familia.

# XII

Aquel lunes Luciano se presentó en las oficinas del negocio de la constructora-urbanizadora de Ponchelo, “Rubirosa y Asociados”, sólo para confirmar que ninguno de los siete empleados que trabajaban ahí tenía la menor idea de su paradero.

Nadie sabía nada de Ponche desde el miércoles anterior: ni Maru, su atractiva asistente de plena confianza, ni los dos ingenieros, ni la arquitecta, ni las dos secretarias; y mucho menos Benigno, el magnífico ayudante mil usos que tanto alivianaba a su amigo no sólo con las cosas y quehaceres de la oficina, sino también con los de su departamento y con sus asuntos personales, y que a veces incluso le servía como coartada para solapar las frecuentes mentiras de Ponche con sus efímeras novias o aspirantes a tales.

Todos ellos conformaban el círculo íntimo de Ponchelo en su empresa, y los siete coincidieron al manifestar que aquel miércoles al mediodía su jefe les avisó que en la tarde no regresaría a la oficina, y que al día siguiente no les preocupó que no se presentara, porque así sucedía con cierta frecuencia los jueves, en los que nunca iba por la tarde y muy de vez en cuando en la mañana. Pero, según su secretaria, al faltar también el viernes sin aviso alguno y sin que respondiera a sus llamadas durante todo el fin de semana, supieron que algo andaba mal con Ponchelo, quien también era “don Alfonso” para unos y “don Ponchelo” para otros.

Al día siguiente Luciano fue al departamento de su amigo en Santa Fe, con la idea de averiguar si alguien sabía algo de él, y empezó con el conserje del edificio, al que ya conocía bastante bien, después de haber platicado con él en varias de las múltiples ocasiones en las que asistió a las reuniones organizadas por su desaparecido amigo.

Al igual que con Benigno, con ese conserje Luciano había alcanzado cierto grado de familiaridad gracias a Ponchelo, cuya sensibilidad como ser humano quedaba plasmada en su amable trato con la gente de estratos socio-económicos más bajos.

Pedro Romero, Pedrito, como cariñosamente llamaban al conserje, le dijo que había visto a Ponchelo por última vez el miércoles anterior, como a las cuatro y media de la tarde, cuando salía del edificio a pie y no en su coche como normalmente lo hacía, y vestido con ropa deportiva, como la que siempre usaba los jueves en sus caminatas con Vinicio, a las que en algunas ocasiones se añadía Luciano.

–O sea, ¿vestido como casi siempre se vestía los jueves?

–Sí, pero saliendo a pie del edificio y no en coche como generalmente lo hacía.

–¿Y recuerda algún otro miércoles en que lo viera salir a esa hora y vestido así, Pedrito?

–No, para nada. Los miércoles salía siempre en la mañana, en coche y vestido para irse a su oficina, y regresaba hasta en la noche.

–Está muy raro.

–Sí, a mí también ahora me parece rarísimo, aunque en ese momento no le di ninguna importancia.

Era necesario preguntarle a Vinicio sobre esto, para saber si ese miércoles vio a Ponchelo y por alguna razón no quería decirlo. Aunque desde antes de la desaparición de su gran amigo se había fracturado en buena medida la amistad de Luciano con Vinicio, si es que alguna vez fue digna de calificar como tal.

No creía en la consternación de éste, en su actuación de amigo destrozado por la ausencia del otro, ni creía en el total desconocimiento que Vinicio decía tener con respecto a las causas de esa evaporación de Ponche.

Luciano estaba casi seguro de que algo tenía que ver Grace con todo eso. Por favor, si todos notaban lo interesada que se mostraba en Ponchelo desde el inicio, recién presentados, como también sabían que su entrañable amigo era tan incazable como incasable.

No había duda, Graciela lo prefería a él, y sólo aceptó casarse con Vinicio cuando vio que con Ponchelo no podría contar más que en la cama, lo que la obligaría a renunciar a lo que tanto pregonaba, eso de la vital importancia de llegar virgen al matrimonio, algo que, para Luciano, no embonaba con su imagen de feminista de vanguardia. Quién sabe si ya casada hubiera perdido el interés original, pero ni modo que Vinicio no supiera ni detectara lo de antes, aunque lo raro era que la amistad entre su examigo y Ponchelo parecía seguir muy normal hasta esos días de la desaparición.

Siempre le dio mala espina eso de la frecuente convivencia entre Ponche, Grace y Vini, como que muy compenetrado el trío, cuando se notaba que el pinche Vinicio estaba loco por Graciela, aunque también como que muy encariñado con su amigo, que Grace sólo tenía ojos para Ponche y que a éste le valían madre las dos cosas, o las tres.

Tan raro veía todo, que sí le pasaba por la mente y para nada descartaba por completo esa posibilidad de alguna relación homosexual entre Ponche y Vini, o, por lo menos, del deseo de éste último de que algo así sucediera.

No, eso sonaba descabellado, pero lo que más le molestaba era que ahora Graciela y Vinicio, aunque ya divorciados, seguían

comportándose como si no pasara nada, como si esa rara amistad de tres nunca hubiera existido y como si fuera lo más normal del mundo que Ponchelo desapareciera de repente, de la noche a la mañana y como por arte de magia.

Algunas piezas no encajaban en el dibujo del panorama completo y él se encargaría de descubrir cuáles y por qué.

Hemos atestiguado la irrupción del mejor escritor del siglo XXI en lengua castellana. En el fondo y en la psicología de los personajes, no se había visto nada similar desde Dostoievsky.

Bob's Voice
*Letters and Sounds*

Si ya leíste *El Quijote, La Conjura de los Necios, El Guardián entre el Centeno, La Sombra del Viento, Pedro Páramo, El Principito, Rayuela* y *Andanadas Pictóricas*, ya no necesitas leer nada más.

Aurora del Juncal
*Apuntes Heterogéneos*

Aunque desde el inicio los lectores logramos presentir cuál será el desenlace, con su manejo de los personajes y los tiempos, el autor se las ingenia para sorprendernos con lo predecible.

Editora Rod Luis
*Literatura Sustentable*

# XIII

Su segunda obra trunca, en ese prolongado lapso improductivo como escritor, fue la de *Yo Conmigo*, una especie de novela autobiográfica de la que sólo escribió unos cuantos párrafos:

> Soy yo pero soy ustedes y fui como serán algunos y seré lo que otros fueron. Hoy soy todo lo que recuerdo sin ignorar que terminaré en el olvido.
>
> Pero ya empecé al final y mejor corrijo el inicio.
>
> Recorro mi vida desde el principio, desde esa auténtica génesis, desde ese recóndito lugar al que mi mente no llega, al que sólo la imaginación desbocada puede crear la ilusión de llegar.
>
> Primero estoy donde no me acuerdo y nada conseguiré por más que me introspeccione, o me introspecte, o trate de verme hacia adentro de mí mismo con la necesaria profundidad. Por eso puedo solamente imaginar lo que sentía sin sentirlo ahora. La Nada, la ausencia de todo.
>
> Después, no entiendo cómo –porque además no sé ni lo que "entender" significa–, estoy en ese maravilloso lugar oscuro y cálido, protegido como nunca dentro de ese amoroso caparazón. Vengo de ganar una imposible carrera frenética de supervivencia y transformación. Triunfé sin saber cómo; sólo sé que agradezco haber triunfado y siempre hago todo lo posible por ser merecedor de ese triunfo.
>
> Antes de eso probablemente estaba donde estaré después; pero sólo cuenta lo que sé que soy, lo que sé que he sido, la gente que ha estado conmigo y los lugares donde estuve, quisiera estar y estaré. Lo demás no importa porque no me alcanza ni yo alcanzo a comprender qué es, como nadie puede.
>
> En el origen no me pregunto tanto y aprovecho lo que tengo sin haberlo pedido, o eso supongo. Me siento único porque todo eso es para mí: el vital alimento y la tranquila oscuridad, la milagrosa comunión y la paz completa. El amor incondicional, la absoluta entrega.
>
> Pero oficialmente nazco y mi mundo es otro.
>
> El impacto es brutal pero no me acuerdo, aunque después deduzca que a partir de ese momento se explican muchas cosas.

Cumplo días, semanas, meses, un año, empiezo a caminar y sigo sin acordarme; o lo recordado está tan escondido que no lo identifico ni descubro como recuerdo, como no sé si lo es el de mi abuelo sonriendo y dándome algo cuando acabo de cumplir ese año y él está a tres meses de morir.

Y lo mismo pasa, o casi, eso de no distinguir entre el recuerdo de lo realmente vivido y lo simplemente escuchado, cuando cumplo dos y tres y empiezo a comunicarme de mejor forma; y cuatro y cinco, y no sé si hasta seis y siete. Tal vez no, porque el recuerdo de los primeros pupitres sí creo tenerlo capturado desde siempre.

Mi nombre es uno pero me dicen otro y de tanto que me lo dicen me llamo distinto.

Me resulta imposible recordar la primera casa, pero de la segunda recuerdo mucho, de mis cuatro o cinco abriles a mis diez u once primaveras. Frente a esa casa, a mis casi ocho, pasan tres niños que no entiendo por qué quieren golpearme, pero sale mi hermano de seis y medio y los espanta a todos.

Años después, mucho me dolerá que mi hermano se vaya tan temprano, pero entonces no lo sé ni tengo idea de lo que esas partidas definitivas implican.

Aparece la pelota, que primero es diversión y después refugio. Mientras voy creciendo no sé si es normal mi crecimiento, si en mi cuerpo y en mi mente va pasando lo que se supone que debería pasar.

Al cambiar de casa los recuerdos se acumulan, se entremezclan y confunden.

Aprendo a defenderme con las palabras y también me defiendo con la pelota porque aprendo a atacar con ella.

Adolezco y sufro, adolezco y gozo, adolezco y descubro, adolezco y me pregunto si es normal preguntarse tanto y seguir adoleciendo.

Todo hubiera sido distinto en caso de haber permanecido en el mismo lugar, pero prefiero lo que sí fue, lo que en realidad siguió pasando. O será que a veces no nos queda más que preferir lo que sucede.

Son tardíos mis escarceos amorosos. Tengo ya dieciocho años cuando reconozco a las mujeres en su hermosa dimensión, y es durante esa etapa de mi vida cuando florece aquella gran amistad que a la postre terminaría en tragedia.

Pierdo un amigo y pierdo un primo, pero esas pérdidas no me duelen tanto como me había dolido la de mi padre, y un poco después entiendo la diferencia de perder un hermano.

Sigo leyendo y descubriendo otros mundos. Primero, lo más

sencillo, pero poco a poco voy entendiéndole a lo que no lo es tanto, y disfrutándolo más. Me gusta lo simple porque todavía no descubro ni detesto lo burdo de su excesiva simpleza.

Voy subiendo escalones aunque después sepa que los últimos no llegaré a subirlos. Pero disfruto leyendo porque al leer descubro otros mundos. Y entonces dejo de ser yo para ser el otro, el que fui antes o seré después.

Y soy el que quiero ser y cuando soy El Quijote sueño y vuelo, pero soy Sancho Panza cuando despierto y aterrizo. Soy Holden Caulfield y después seré Ignatius. O sus opuestos o sus espejos; pero es obvio que no lo soy. O tal vez seré Dumbledore cuando quiera hacer magia, pero Miguel o Pedro Páramo al volver a una realidad plagada de fantasmas, porque en verdad voy siendo lo que voy leyendo. Más o menos.

Dejé de ser el de antes cuando me casé y empecé a ser otro.

Llegaron mis hijos y desde entonces la mayor parte de mi vida quedó en la de ellos, y cuando lleguen mis nietos rejuveneceré aunque mi cuerpo se tarde en entenderlo.

Se me ocurre escribir este libro sin saber cuánto vale o para qué sirve. Solamente lo dirán los lectores y el tiempo, pero disfruto al escribirlo y con eso vale suficiente.

Cada vida es una historia y no sé cómo contar la mía. La cuento como puedo: con lo que tengo y recuerdo.

Todavía soy, y como sigo siendo, escribo hasta dejar de ser.

Aprendí a ser más feliz desde que dejé de preocuparme por mis músculos y empecé a ponerle más atención a mis neuronas.

Aré lo que pude, sembré lo que quise y sólo me queda agradecer la cosecha.

Tenía que escribir porque siento que son muchas las cosas que me han pasado, las que he vivido. O será que así lo vemos porque todo lo que nos pasa no les pasa a los demás, o porque todo lo que pase sólo cuenta cuando nos pasa a nosotros, cuando me pasa a mí.

Soy todos mis recuerdos y lo que he olvidado. Soy poco pero soy mucho, nada en el universo, pero todo porque soy yo mismo; nada para ti porque soy otro, todo para mí porque soy yo.

Soy lo que sueño y cómo pienso alcanzarlo; y he sido también lo que he soñado cuando he dormido.

Soy como soy y como me vean quienes me quieran si es que más o menos me entienden o alcanzan a descifrarme. Pero también soy en función de quienes yo quiero; y de lo que busco y pretendo, de lo que anhelo y disfruto, de lo que persigo y lo que agradezco.

Como no sé cuánto dure, mientras prosiga, trato de sacarle el mayor provecho posible al viaje, a cada día, al presente; para no ser parte de esa adormecida mayoría, de esos miles de millones de personas que seguimos siendo somos sin entender que seremos fuimos.

Y si no se me ocurría ni cómo debía iniciar esto que no sé si es una historia, una novela o puro cuento, mucho menos se me ocurrirá cómo terminarlo.

Hasta ahí llegó su segundo intento fallido de novela, abandonada porque después de varias lecturas y revisiones empezó a parecerle chocante, cursi, pretenciosa, chabacana. ¿O acaso podría revivirla al igual que las otras dos, aprovechando que su simple nombre se convertiría pronto en sinónimo de alta literatura? No sonaba tan descabellada la idea. Sería cuestión de analizarla con calma.

# XIV

La generosidad de Ponchelo se manifestaba en dos vertientes: en la del dinero y en la del tiempo. Aunque tanto las disfrutara como parte de la buena vida que supo forjarse, para ayudar a los demás era capaz de desprenderse de las cosas materiales sin empacho alguno. Empezando por el dinero, con el que una y otra vez alivianaba a su gente más cercana. En varias ocasiones lo había alivianado a él, y seguramente alguna vez a Vinicio; y para nada lo presumía, pero era obvio y a veces inevitable enterarse de rebote.

Podías contar con algo de su dinero y con mucho de su tiempo, siempre dispuesto a escuchar, a tenderles la mano al amigo y al ser querido, a mostrarse empático ante los problemas del otro, a entender las circunstancias de cada quien, consciente de que no todos podían disfrutar de los privilegios que él se ganó con su don de gentes y su dedicación, con su esfuerzo y su capacidad, con su carisma y su trabajo. Por sus apremios económicos, varias veces Luciano recurrió a él y siempre encontró esa mano amiga que tanto extrañaba.

Si antes de su desaparición ya era mucho lo que tenía que agradecerle a Ponche, no había palabras para hacerlo por esa sorpresiva ayuda póstuma; ni a quién decírselas.

Como agua se le escurrió entre las manos aquel millón y medio de pesos que tres años antes le llegó inesperadamente a Luciano de parte de su entrañable amigo Ponchelo, Alfonso Rubirosa, Ponche, destacado estudiante, espectacular futbolista, sobresaliente ajedrecista, carismático ser humano, tan codiciado por las mujeres como envidiado por los hombres.

Ya recibido como Licenciado en Administración de Empresas y colocado al frente del boyante negocio de construcción y urbanización de su papá, Ponchelo se convirtió muy pronto en un exitoso empresario y a lo largo de quince años logró incrementar el patrimonio familiar, que al esfumarse él, al evaporarse, quedó en manos de su mamá y de su hermana, porque el papá había fallecido unos meses antes.

Cuatro años después de la desaparición de Ponchelo, cuando su muerte fue oficialmente declarada, aunque para nada comprobada, Luciano recibió la llamada de un abogado, quien le avisó que al siguiente lunes podía pasar a su oficina para recoger un cheque por esa cantidad indicada en el testamento de su dadivoso amigo.

Qué detallazo de Ponche, sobre todo considerando que en los meses anteriores a su desaparición no se frecuentaron tanto, por culpa del pinche Vini que lo acaparaba, que se comportaba como posesivo mayate, como novio celoso más que como amigo. Y además de ese distanciamiento que tanto lamentaba, la realidad era que Ponchelo no tenía por qué incluirlo en su testamento.

"¡Qué mala onda que en mi último encuentro con Ponche haya hecho yo esa pendejada!", pensaba Luciano mientras derramaba lágrimas al recordar cómo le había conmovido la inesperada herencia y cómo ese dinero se le había desvanecido tan pronto.

¿También el hijo de la chingada de Vinicio habría heredado algo del gran Ponche? ¿Lo mismo? ¿Nada? ¿Más?

Sería de un imperdonable humor negro, una excesiva broma cruel, que se hubiera beneficiado económicamente con esa desaparición quien tal vez la provocó, quien de seguro mucho tuvo que ver con ella o por lo menos sabía por qué se produjo.

En el proceso de utilizar ese dinero para pagar deudas y solucionar pendientes, como elemental agradecimiento hacia su difuminado amigo, había renovado su decisión de dedicarle a la investigación de ese caso todo su esfuerzo, su capacidad de deducción, su total empeño y sus largas horas disponibles. De alguna forma debía pagar la deuda contraída con el generoso Ponchelo.

# XV

Vinicio y Ponchelo decidieron de común acuerdo estudiar la carrera de Administración de Empresas ahí mismo, en La Salle, en las aulas que décadas antes se abrieron a un lado y abajo de las canchas de basquet, con accesos por la calle de Francisco Murguía o por la de Carlos Zetina, más cómodos y funcionales que el de Benjamín Franklin, que hacía necesario atravesar el edificio principal de la preparatoria.

Sabían que esa carrera no implicaba mayor esfuerzo ni tampoco un gran aprendizaje, pero sí les permitiría cubrir los requisitos indispensables para manejar después sus propios negocios, Ponchelo al frente de la constructora de su padre, y Vinicio con la idea de abrir un establecimiento de arte y antigüedades con el dinero que su papá le prometió para cuando se recibiera de lo que fuera.

Lo de convertirse en LAE fue la decisión correcta, porque además le permitió fortalecer su relación con Ponchelo, a diferencia de lo que hizo Luciano, quien se distanció al meterse a estudiar Leyes en la Facultad de Derecho de la UNAM, carrera que, para colmo de males, dejó trunca el pendejo de Luchi.

A partir de la inolvidable fiesta de graduación de la prepa, Graciela se convirtió en una presencia frecuente como amiga de él y de Ponchelo, quien a diferencia de Vinicio no parecía abrigar con respecto a ella intenciones que llegaran más allá de la buena amistad que florecía.

Ya recibido y con el bazar de arte funcionando lo suficiente como para permitirle independizarse, surgió esa maravillosa etapa en la que Graciela pasaba a visitarlo, sobre todo a partir de terminar ella, en la Ibero, su carrera de Licenciada en Ciencias de la Comunicación, para así vivir ambos sus primeros y mejores momentos compartidos sin la presencia de Ponchelo.

Desde el día en que inauguró su negocio, “Antigüedades y Cosas”, Vinicio contó con la ayuda de Leonardo, un joven de diecisiete años muy eficiente, solícito y formal, hijo de la secretaria de don Vinicio, de Vinicio padre, quien desde que le entregó la lana para abrir ese bazar le pidió que le ofreciera esa chamba al muchacho, seguro de que le sería de gran utilidad, como en efecto siempre lo fue.

Al principio era Leo el único empleado, pero ya consolidado el negocio se hizo necesario contratar a otras dos personas, que por lo

general no permanecían mucho tiempo en el puesto, casi siempre por lo modesto del salario cuando era decisión de ellas, o de Vinicio cuando no les veía el entusiasmo y el compromiso indispensables para realizar sus labores de promoción y venta de los diversos artículos de arte (pinturas, litografías, esculturas) y de preciadas antigüedades que Vinicio conseguía a buen precio, gracias a una cadena de intermediarios prevista al abrir el negocio y cada vez más extensa y eficiente sobre la marcha del mismo.

Incluso logró Vinicio incursionar poco a poco en la compra-venta de libros de primeras ediciones, de novelas importantes que conseguía a través de un amigo bibliófilo, Carlos Puente, director general de "Incunables y más".

En esa época la relación con Graciela se estrechó poco a poco, desapareció la timidez, en cada visita a ese establecimiento el tono de los diálogos se tornó más íntimo y una de esas visitas Vinicio no la olvidaría nunca, aunque a la postre el dulce recuerdo adquiriera ese amargo sabor que en la actualidad tenía.

–Bienvenida, Graciela, qué gusto verte por aquí.

–Gracias e igualmente, Vini, pero ya te dije que por favor me digas "Grace", como me dicen mis amigas y casi todos mis amigos.

–Bueno, Grace, o mejor "Greisi", aunque Graciela me gusta más.

–Como prefieras y te sientas más a gusto.

–Me parece bien. Pues entonces que sea Graciela, que me encanta como nombre. O será que empezó a gustarme desde que te conocí. Y si en lugar de abreviar le añadimos algo, tal vez sea mejor que te llame "Graciela la Bela", que te queda a la perfección.

–Qué lindo, Vini, tú siempre tan caballeroso.

–Sincero nada más.

–Okey, pues entonces gracias por tu caballerosa sinceridad.

–No, de nada, pero qué gusto me da que hayas llegado antes de la hora del cierre.

–¿Por qué? ¿Ya te vas? ¿Ya vas a cerrar?

–Sí, ya mero, porque Leo tuvo que irse y yo al rato me voy al juego, pero me espero el tiempo que quieras. ¿O quieres ir conmigo?

–Me encantaría, pero no puedo. ¿A qué juego?

–Al del Cruz Azul, claro; recibe al Toluca.

–Ah, sí, le vas al Cruz Azul, ¿verdad?

–Por supuesto, como mi papá.

–Pues qué raro, ¿no? Siendo de Monterrey los dos, era para que le fueran a los Tigres o a los Rayados.

–Lo que pasa es que mi papá de joven les fue con todo a los Jabatos de Nuevo León, que estuvieron en Primera División de 1966 a 1969, de sus dieciséis a sus diecinueve años, antes de que ascendieran los Tigres.

–¿Jabatos? ¿Qué es eso?

–El jabato es el jabalí de bebé, de cachorro.

–Ah, okey. ¿Y esos Jabatos de Nuevo León desaparecieron, o qué?

–Descendieron, y recién descendidos jugaron y perdieron ante los Tigres el primer clásico regio en la historia, en Segunda División, en agosto del 69 en el Estadio Universitario. Y luego se fueron a la Tercera División y varios años después, por ahí del 89, desaparecieron después de haber regresado a Segunda y de haberse quedado en el umbral de la Primera.

–Oye, como que te sabes toda su historia.

–Bueno, es que te digo que mi papá era fanático y me ha platicado todo eso y me dice que desde entonces sintió que irle a otro equipo de Monterrey sería como traicionar a esos inolvidables Jabatos.

–Claro, lógico.

–Y como alrededor de esos años subió el Cruz Azul a Primera División y muy pronto empezó a ganar muchas cosas, como que se fue encariñando poco a poco, y para cuando nos vinimos a vivir acá, en 1991, ya los dos nos habíamos convertido en fanáticos de ese equipo.

–¿Fanáticos de plano?

–Sí, de plano, festejamos como locos el título de liga en el 97, aunque después sufrimos en la Final que increíblemente perdimos en el 99.

–Y el año pasado casi ganan otra vez, ¿no?

–Claro, el año pasado, pero no acá en México, sino en la Copa Libertadores, estuvimos a punto.

–¿Perdimos? ¿Estuvimos?

–Bueno, así lo sentimos nosotros, como si también jugáramos.

–¿Toda tu familia?

–No, mi papá y yo. Mi hermano Mauricio le va al América nada más por dar la contra. Y a mi mamá y a mi hermana Tere les da lo mismo porque no les interesa el futbol.

–¿Pero tú eres de los que casi casi lloran cuando pierde el equipo?

–Sí, casi casi, pero además, ahí en el Cruz Azul estuve en las Fuerzas Básicas más de año y medio, desde mis dieciséis hasta casi cumplir los dieciocho.

–¿En las Fuerzas Básicas?

–Sí, como veinte meses, y me salí antes de terminar el segundo de prepa.

–Ah, con razón había escuchado algo de eso. ¿Y por qué lo dejaste?

–Porque mis papás decían que estaba distrayéndome mucho de la escuela, y porque además no era tan bueno como para seguirle y aspirar a llegar más arriba.

–Mira, por lo menos lo reconoces. No como otros que dicen que fue porque se lastimaron la rodilla, o porque en su casa no los dejaban, o

por la envidia de entrenadores que no los ponían a jugar a pesar de ser mejores que otros que sí jugaban.

–Sí, como que hay de todo y sobran los pretextos.

–¿Y es cierto que Ponchelo era y sigue siendo buenísimo, y que, fácil, pudo haber jugado en Primera División si hubiera querido?

–Sí, yo creo que sí hubiera podido, por lo menos con el nivel que tenía en la prepa, que ya no es el mismo ahora que seguimos jugando juntos en la Liga Española.

–Ah, esos partidos que a veces tienen los sábados o domingos.

–Sí, aunque cada vez menos, como que ya vamos de salida.

–¿Entonces tú también jugabas mejor antes?

–Sí, claro, porque desde que empecé a estudiar la carrera también empecé a bajarle mucho al tiempo que le dedicaba al futbol, igual que Ponche.

–¿O sea que los dos eran mejores a sus dieciocho o diecinueve años, que ahora de veinticinco?

–Sí, fácil, pero Ponche mucho mejor en ese entonces, y claro que pudo haber jugado en Primera División, porque de mis compañeros de Cruz Azul ninguno le llegaba y dos de ellos sí alcanzaron a debutar.

–Mira, qué interesante, no sabía.

–Bueno, pues ya sabes, pero, ¿y tú ya te decidiste a irle a algún equipo?

–No, a ninguno; como les he platicado a ti y a Ponche, no sigo tanto el futbol, aunque sí me gusta. Y eso que mi papá le va a las Chivas como desquiciado; y yo, así como tu hermano Mau, algunas veces nada más para molestar le echo porras al América.

–¿Y qué hace tu papá cuando te pones así?

–Se ríe y se aguanta, porque no le queda de otra.

–Ya me imagino lo orgulloso que estará de su hija.

–Eso dice, que soy la consentida. Será porque soy la única.

–Ah, claro, como que no le queda de otra.

–Oye, ¿y cómo te va acá en tu negocio?

–Muy bien, cada vez mejor, y con la ayuda de Leo, que es muy importante.

–Sí, muy eficiente y muy amable el chavo. ¿Pero tú no te cansas de trabajar tanto?

–Bueno, a veces. Cansado pero contento, sobre todo cuando te apareces por aquí.

–Ya sabes que me queda en el camino a mi casa y sólo espero que no se entere mi papá de lo seguido que vengo, porque me mata.

–¿Y tu mamá qué dice? ¿Sí sabe?

–Sí, más o menos sabe, pero me aconseja que no venga tanto, porque dice que los demás podrían darse cuenta y empezar a hablar mal de mí; aunque sabe que eso me tiene sin cuidado, que lo del "qué

dirán" nunca me ha preocupado.

–Claro, que hablen lo que quieran, ¿no? Mientras tú y yo podamos hablar más entre nosotros y platicar tan a gusto como siempre lo hacemos.

–Eso sí. Y además que entiendan estos nuevos tiempos y dejen de juzgar a las mujeres con parámetros tan machistas.

–De acuerdo; y bueno, si vienes tan seguido es porque también algo disfrutas de nuestras pláticas, ¿no? Aunque no tanto como disfruto yo.

–Sí, claro que disfruto.

–¿Así como para venir una o dos veces a la semana?

–Es que además me gusta pasar a ver las pinturas.

–¿Ah, sí? ¿Y cuál cuadro te gusta más?

–Me gusta mucho el más grande, ese de en medio, el de "Anciano con Horizonte", pero yo creo que me gusta todavía más ese de allá, el de "El río y el tiempo", el de la muchacha sentada en la ribera de ese arroyuelo y observando muy pensativa hacia el otro lado.

–Qué elegante con lo de "ribera". Y sí, esos dos cuadros me encantan a mí también.

–El de la muchacha, con esa combinación tan padre de los colores, el verde de la hierba y de los árboles, el azul celeste del cielo, el café oscuro de la montaña, ese como gris azulado en el agua y el toque mágico que le da el rojo brillante del chal que trae puesto.

–Qué poética y qué facilidad para describir todo.

–No te burles.

–No, para nada me burlo, pero además, en realidad, a mí me gustan mucho más los distintos tonos y colores en tu cara.

–¿De veras? ¿Como cuáles?

–Sí, lo rosado de tus mejillas, el castaño claro de tus pestañas que hacen juego con tu pelo, el color miel de tus ojos y ese toque artístico y mágico que le da el rojo suave de tus labios. Impecable combinación.

–¿Eso crees?

–Sí, claro que lo creo.

–Pues muchas gracias, Vini.

–¿Cómo le haces para pintarte así?

Y como ese diálogo se desarrolló mientras la distancia entre un rostro y el otro se reducía, fue un beso en los labios lo que lo dejó inconcluso, lo que dejó sin respuesta la pregunta de Vinicio y sirvió para sellar lo que en ese momento él vislumbraba y sentía como el amor de su vida.

Un beso más buscado por ella en ese momento, pero deseado y soñado por él desde que la conoció cinco años y medio antes y a partir del cual inició otro tipo de relación, un noviazgo que culminó tres

años después con esa boda cuyo festejo se convirtió en otro de los momentos de plena felicidad en su vida.

Por fin había vencido a Ponchelo en algo.

# XVI

De inolvidables convivencias disfrutó Luciano cuando el trío de amigos se convirtió en cuarteto con la llegada de Graciela.

Desde la semana siguiente a la graduación, la presencia de ella empezó a ser frecuente en sus reuniones, al principio todavía en compañía de Nacho, cuando recién salidos de vacaciones los compañeros del equipo decidieron reunirse con cierta periodicidad, en el afán de mantener estrechos los lazos que a tal grado los unieron durante los tres años que jugaron juntos, con dos campeonatos de la Interclubes ganados en ese lapso.

Mientras cada quien tomaba su propio camino en diferentes universidades, quisieron establecer esa costumbre de las reuniones, si no podían ser semanales por lo menos mensuales; y a las primeras asistieron juntos Grace y Nacho, y para cuando rompieron la relación y acabaron con el incipiente noviazgo a los dos o tres meses, ya Graciela estaba por sí misma y por completo integrada al grupo, muy agradecida porque Ponchelo y Vinicio le dijeron que no necesitaba de la invitación de Nacho, quien un poco después de la ruptura dejó de asistir por un buen rato a esas reuniones cada vez más esporádicas.

A partir de entonces y durante algunos años, tanto Luciano como Ponchelo y Vinicio sintieron que sin el futbol de por medio no había suficientes puntos de unión con sus compañeros, que se habían vuelto endebles esos lazos, por lo que también fueron aislándose hasta reducir el grupo a cuatro, con la inclusión de Graciela.

Aunque de vez en cuando ampliaban el número, sobre todo porque les resultaban muy divertidas las aportaciones de "Víctor el imitador", como solían llamarle a su polifacético amigo, en realidad descubrieron que se la pasaban mejor cuando el grupo era de cuatro: Ponchelo, Vinicio, Graciela y Luciano. O como entre ellos se referían a cada uno: Ponche, Vini, Grace y Luchi.

Un grupo de cuatro amigos que se consolidó a partir del ingreso de Ponchelo y Vinicio a la carrera de LAE de La Salle, mientras Luciano optaba por estudiar Leyes en la UNAM, y Grace iniciaba su último año de preparatoria en el colegio Asunción, en la colonia Las Águilas, a unas cuantas cuadras de su casa en la avenida Manuel Gutiérrez Zamora.

Después, el eterno problema de la deficiente orientación vocacional hizo estragos en Luciano, quien a los dos años y medio

abandonó sus aspiraciones de abogado, se salió de su casa orillado a independizarse, empezó a vender seguros y entró poco a poco en esa vorágine existencial y económica de la que nunca había logrado salir. Podría hacerlo, tal vez, ya arreglado su tercer divorcio, y si antes lograba descubrir lo que pasó con Ponchelo y lo que Vinicio tenía que decir al respecto.

Le brincaba la actitud de éste, lo encabronado que se puso la última vez que se vieron cuando le preguntó por el anillo y por lo que estaba haciendo para encontrar a Ponche, para tratar de dilucidar lo que había pasado con su gran amigo.

No era normal que estuviera tan irascible, que se pusiera así por dos simples preguntas. Y tampoco parecía normal el comportamiento de Grace, más o menos preocupada, pero no al nivel que las circunstancias lo ameritaban.

¿Y eso de Ponchelo vestido el miércoles como si fuera a realizar esa rutina que realizaba los jueves? ¿Y los apuntes en su agenda? ¿Y el dizque viaje a Europa que estaba por realizar? ¿Y la nota como amorosa encontrada en su coche?

¿Y lo de las llamadas registradas en el celular de Vinicio? ¿Y sus contradicciones en cuanto a los días y las horas en que había buscado a Ponche? ¿Y la otra contradicción con respecto a lo que hizo esa tarde del fatídico miércoles, diciéndole una cosa a Leonardo y otra a los investigadores de la procuraduría?

Para nada encajaban los frágiles argumentos ofrecidos por este cabrón para explicar algunas de esas cosas. Ahí había algo muy raro, esa especie de careta que desde la desaparición de Ponche se había puesto Vinicio; y sería Luciano el encargado de desenmascararlo, de quitarle esa “cara de póquer” que traía, aunque la de pendejo se le quedara.

En esta portentosa novela, con la historia de Fabrizio se entrevera la del propio autor, como si fueran vidas paralelas, aunque al final siguen caminos opuestos; la del protagonista con su dramática decisión, y la de Vinicio de Martín rumbo a la gloria y a punto de recibir el máximo reconocimiento al que aspire escritor alguno.

Lore Vito
*Obras ejemplares*

En cuanto al manejo del lenguaje y la solidez de las argumentaciones es tan grande el brinco que ha dado el autor desde *Los Pequeños Delitos* hasta las *Andanadas Pictóricas*, que resulta inevitable sospechar que éste no es Vinicio de Martín.

Literatos Laterales
*Entre café y café*

Clasificar a esta novela como romántica o policiaca sería una imperdonable simplificación, porque en realidad abarca varios géneros e incursiona en ellos con total desenvoltura.

Érika Gege
*Pulso de Oriente*

# XVII

Vinicio hizo una pausa mientras releía su obra magna en el afán de revisarla y mejorar la siguiente edición, que en dos o tres semanas debería entregar. Mientras se servía otro café y se preparaba un bisquet con mantequilla y mermelada, le vino a la mente esa última plática que sostuvo con Luciano, muy compungido según él, preocupadísimo por la desaparición de su gran amigo Ponche, y con esa actitud de reclamo, como culpándolo o como dando por hecho que Vinicio sabía mucho más que lo que decía saber.

Incluso hizo un comentario sobre Graciela que a Vinicio le pareció mal intencionado y con evidente jiribilla, algo así como "Y me imagino que a Grace también la tiene muy preocupada esto, ¿no?".

Unos días después de aquella visita lo buscaron los dos pendejos de la procuraduría, dizque amigos de Luchi, quien seguramente decidió ensartárselos yendo de chismoso con sus propias conclusiones sobre lo que había platicado con él y con Chela.

Claro que en ese entonces, a finales de 2016, su matrimonio ya había entrado en una etapa muy distinta y la inicial pasión en la cama había desaparecido por completo, sobre todo de parte de ella, pero Luciano no tenía por qué andar insinuando nada ni por qué meterse en lo que no le importaba.

Si no sabía cómo había sucedido todo desde el principio hasta el final en la estrecha relación entre él y Ponchelo, que por favor no se hiciera el ofendido ni el agraviado. Y que no se metiera tanto en sus cosas, al grado de ir al bazar con el pretexto de buscar algún libro o alguna pieza antigua. Qué casualidad que lo hizo a la hora de la comida, cuando sabía que no estarían él y Graciela, nada más para ver qué podía sacarle a Leo; y sin comprar nada, claro, si el pobre Luchi apenas tenía para comer.

Su metiche examigo ignoraba, por ejemplo, que Vinicio recibió dos millones doscientos cincuenta mil pesos como herencia de Ponchelo a los cuatro años de su desaparición; dinero que en su momento le sorprendió mucho y le sirvió más, y que le entregó aquel ceremonioso abogado que lo buscó un poco después de ser oficialmente declarada la muerte de su ausente amigo, aunque nunca hubiera sido comprobada.

Dicho abogado le comunicó, además, que Ponchelo había dejado otros tres millones de pesos en un fideicomiso destinado a cubrir los

gastos y costos de la carrera que decidiera estudiar su ahijado Vinicio, con la esperanza de que ya recibido de lo que fuera, todavía le quedaría algo de esa lana.

Esa herencia confirmaba la dimensión del estrecho trato que había tenido con Ponchelo, y también podía interpretarse como el tamaño del remordimiento, aunque, en realidad, esos cinco millones y pico eran una minucia si se consideraba que por esa empresa de Rubirosa y Asociados la mamá y la hermana de su amigo recibieron vieintisiete millones de dólares al venderla a los tres años de la ausencia de Ponche, quien había estipulado que en caso de fallecer su treinta y cuatro por ciento incrementara a un cincuenta los porcentajes de doña Elvira y de Lauris.

Lo que sea de cada quien, era todo un ejemplo el de Ponchelo con lo organizado que siempre había sido, porque no a cualquiera se le ocurre tener tan en orden sus cosas desde tan joven, con todo y testamento.

Claro, tal vez era cosa obligatoria entre la gente rica y de seguro la muerte de su padre había obligado a su desaparecido amigo a realizar los debidos trámites para dejar bien protegida la empresa y el patrimonio de su mamá y su hermana, en caso de cualquier imprevisto. Debería Vinicio aprovechar tal enseñanza y organizar las cosas de su herencia, sobre todo ahora que el dinero empezaba a llegarle en ingentes cantidades.

Recordaba los momentos que él y Chela (cuando todavía era “Greisi”) disfrutaron con Ponchelo entre el 2001 y el 2002, cuando se notaba que ella gozaba con la compañía de ambos, sin que todavía se supiera a cuál de los dos prefería.

Y después, cuando quedó definido de quién era Graciela, porque así la vio a partir de ahí Vinicio, como una valiosa posesión, las conversaciones entre ellos tres adquirieron otra dimensión y subieron de tono:

–Yo digo que bienvenidas las diferencias.

–Claro, Ponche, bienvenidas; porque además son complementarias.

–Sí, felizmente complementarias.

–Así es, Vini; pero de lo que se trata no es de que seamos iguales, sino de que haya igualdad en los derechos, en las oportunidades. Es inaceptable que en cualquier trabajo se le pague un mayor salario al hombre nada más por serlo, aunque su capacidad sea la misma o a veces inferior con respecto a la mujer que aspira a ese mismo puesto.

–De acuerdo.

–Y ya no digamos lo que "se cotiza” un hombre que anda con muchas mujeres, lo admirado que resulta. Pero si es la mujer la que ha estado con varios hombres, entonces es percibida como una puta.

–Sí, bueno, así de machista es esta sociedad.

–Claro, y por eso cada vez más mujeres creemos que es necesario empezar a cambiar las cosas.

–Pues cuenten conmigo, porque además entiendo que también los hombres debemos contribuir a ese cambio.

–Por supuesto, es indispensable que contribuyan.

–Qué padre, se ve que Vini entiende todo eso mejor que yo. Por eso siempre supe que ustedes dos estaban hechos el uno para el otro.

–¿De veras?

–Claro, Vini, desde el principio se veía que Grace solamente tenía ojos para ti.

–No te creas, si bastante trabajo me costó conquistarla.

–En realidad, yo nada más me hacía la interesante, pero tiene razón Ponche, te eché el ojo desde el día en que nos conocimos, en la fiesta de graduación.

–No te creo.

–Sí, en serio, acuérdate de cómo me hacía como que quería ver tu anillo, nada más para tener un pretexto para acercarme.

–Pero también veías los de los demás, ¿no?

–Bueno, para despistarle hacía como que también quería ver el de Nacho y el de Ponche.

–O sea, nuestros anillos, ¿o qué?

–Sí, sus anillos, no seas grosero.

–Pinche Ponchelo siempre tan alburero.

–Qué mal pensados los dos.

–Yo cero mal pensada, pero tú siempre con esa mente tan cochambrosa.

–De acuerdo con Grace, se ve que ya te conoce. Oye, y por cierto, ¿mañana va Luchito con nosotros a la caminata?

–Yo creo que sí, güey, ¿por qué?

–No, por nada, sólo para saber, pero qué hueva.

–No seas tan gacho con él, pinche Vini, si te estima bastante.

–Qué chingaos me va a estimar, no mames.

Si Luciano no tenía la menor idea de tantas cosas, que por favor no se pusiera ahora en su papel de víctima, de detective improvisado, de abogado frustrado, de amigo consternado por la ausencia del otro. Si de veras lo quería tanto, ¿por qué dejó de juntarse con ellos y de acompañarlos a las caminatas aunque fuera una vez al mes?

Para no desperdiciar su tiempo ni sus pensamientos, para no echar a perder el momento, mejor seguía con la lectura y revisión de *Andanadas Pictóricas.* En cuanto a la técnica, en la obra de Fabrizio había una clara influencia de Velasco, aunque sus motivos no eran tanto los paisajes como las personas, sobre todo las mujeres, los ancianos y los niños.

Fabrizio de la Mora nació en 1957 en Maravatío, de donde se

trasladó a Morelia en 1970 a punto de cumplir sus trece años, porque su papá, en la búsqueda de un mejor futuro para la familia, decidió invertir sus ahorros para apostarle a un negocio de compra-venta de piezas prehispánicas que quería poner en la capital michoacana, a donde Fabrizio llegó para terminar su primer año de secundaria en un colegio marista. Ahí mismo inició dos años y medio después la preparatoria, y fue entonces cuando se acentuó su pasión por la pintura, ya esbozada desde su niñez y su temprana adolescencia en Maravatío.

A lo largo de ese pasaje de la novela Vinicio establecía otros evidentes paralelismos entre autor y personaje. Si Fabrizio cambió de ciudad de residencia a los trece años, Vinicio lo hizo a los catorce. El protagonista de la novela para trasladarse desde Maravatío hasta Morelia, y el autor de la misma para ir de Monterrey a la Ciudad de México.

Si uno llegó a una escuela marista apenas iniciada la secundaria, el otro llegó a esas mismas alturas a un colegio lasallista. Y ambos supieron, al terminar la preparatoria, cuál sería el amor de su vida, aunque el de Mireya para Fabrizio resultara siempre platónico y fallido, y el de Graciela con Vinicio sí prevaleció durante más de diez años.

Para uno nació antes de sus veinte la pasión por la pintura; y para el otro, la atracción hacia la literatura. Y si la declarada enemistad entre Fabrizio y el Morocho Picana surgió al terminar la prepa, la rivalidad entre Vinicio y Ponchelo había sido resuelta para entonces, aunque después renaciera y alcanzara otra dimensión.

Durante la preparatoria Fabrizio estudiaba lo necesario y pintaba cuando podía, por lo que antes de terminar esos estudios su vocación de pintor estaba por completo definida, y como parte del cierre de curso de la prepa consiguió, gracias a una ardua labor de convencimiento con el director de la escuela, que en el enorme salón donde se llevó a cabo el festejo fuera expuesta parte de su obra de esos tres años, con los veinticuatro cuadros que él consideraba mejores entre los treinta que había pintado.

En ese tramo de su novela, al final de uno de los sesenta capítulos que incluía, Vinicio ubicó uno de los tres puntos álgidos, cruciales de la misma; porque ese día de la fiesta de graduación que Fabrizio preveía como el de su feliz presentación oficial como pintor, en realidad se convirtió en el amargo inicio de un profundo antagonismo que mucho dañaría su obra y marcaría el rumbo de su vida.

> Siempre consideraría ese día como un hito, como un punto de quiebre, pero hacia abajo, en sus aspiraciones como pintor, porque al pinche Picana ya lo conocía desde que entró a la

prepa y estaba muy lejos de simpatizarle, pero a partir de esa noche de graduación Fabrizio empezó a odiarlo, desde el instante mismo en que concluyó ese ácido comentario que tanto festejaron casi todos los que estaban en esa mesa.

Cuando cada uno en ese grupo de tres mujeres y cinco hombres esperaba a escuchar su nombre para dirigirse al estrado a recibir su diploma y su medalla, uno de ellos mencionó que le habían llamado la atención algunos de los cuadros exhibidos en el salón; y de inmediato surgió el comentario que en el ánimo de Fabrizio instaló al Morocho Picana como su enemigo número uno:

–No, Fabri, yo que tú, mejor me dedicaba a estudiar algo en serio y pensaba en otra cosa, porque como pintor te mueres de hambre.

Entre las risas de unas y las carcajadas de otros, a pesar de la rabia contenida Fabrizio, apreció el silencio y la neutra expresión de Mireya, la más guapa de todas en la prepa entera y la única de la mesa que no festejó la hiriente broma del imbécil de Picana.

A partir de ese instante Fabrizio supo con transparente certeza cuáles serían sus dos grandes objetivos en lo que le restara de vida: consagrarse como pintor y algún día conquistar el amor de Mireya, de la hermosa Mire.

Sí, ese había sido uno de los tres momentos álgidos de la novela, a partir del cual, para Vinicio, resultó muy sencillo definir cuáles serían los otros dos.

# XVIII

Cuando Ponchelo fue declarado como desaparecido, a los diez días de no saberse nada de él por ningún lado, las autoridades empezaron a cumplir con el procedimiento y se abrieron varias líneas de investigación, conforme brotaban datos y eran recabadas las correspondientes declaraciones de la gente que lo veía con mayor frecuencia.

Ocho de esas líneas de investigación surgieron de inmediato, aunque la mayoría de ellas no condujo a ningún lado:

- El asunto de los boletos de avión que Ponchelo compró para ir a Europa con su mamá.
- Una agenda, encontrada en su departamento, en la que tenía escasas anotaciones, la mayoría de ellas un tanto crípticas.
- En esa misma agenda, una fatalista nota aparentemente escrita por él mismo.
- Un mensaje manuscrito, con letra de mujer, encontrado en la guantera del coche de Ponchelo.
- Unos pagarés con los que no quedaba muy claro si él le debía dinero a alguien o alguien más se lo debía a él.
- Los celulares de su gente cercana, las llamadas hacia él (o desde él) que durante esos días cada cual tenía registradas.
- Las llamadas recibidas en su oficina, y las que desde ahí fueron realizadas.
- Una tarjeta de crédito a nombre de Alfonso Rubirosa, utilizada en varias ocasiones después de su desaparición.

Para ayudar a que cada uno de esos asuntos se investigara a fondo, a que se agotara cada una de esas líneas de investigación, para buscarle por todos lados y tratar de sacar las adecuadas conclusiones, mucho le sirvieron a Luciano los conocimientos adquiridos durante cinco semestres y medio en la Facultad de Leyes de la UNAM.

Desde el primer año de esa inconclusa carrera de Leyes se vio obligado a disminuir la dosis de convivencia con sus dos principales amigos, de los que, en realidad, sólo a uno lo consideraba como tal. La frecuencia bajó a una o dos veces a la semana, lo que consideraba insuficiente, porque además le molestaba que Ponchelo y Vinicio se vieran casi diario como compañeros de carrera, además de sus ascensos de los jueves en el Ajusco y de haber empezado a jugar juntos en la Liga Española.

Menos mal que la paulatina inclusión de Graciela enriqueció al grupo, y tanto disfrutaban de su compañía que trataron de convencerla de integrarse a esa costumbre del ejercicio de los jueves, pero sólo en una ocasión consiguieron que los acompañara, porque ella les decía que prefería las reuniones normales y que no tendría tiempo para esa rutina semanal, mucho menos al iniciar su carrera de Comunicación en la Ibero.

Alrededor de esa época instauraron los cuatro amigos los esporádicos viajes por carretera (cada dos o tres meses) para ir a comer a Cuernavaca, donde había tres o cuatro restaurantes que les encantaban; aunque en realidad se tratara de un simple pretexto para disfrutar la convivencia, no sólo durante la comida, sino también en los trayectos de ida y vuelta, por lo general en el coche de Ponchelo, desde entonces con una situación económica más holgada.

El acomodo en el auto había quedado establecido por el conductor desde la primera vez: adelante Luciano como copiloto y atrás Graciela y Vinicio. Un gesto agradecido por el pinche Vini, que así entendía que su amigo no sólo le dejaba la vía libre con Grace, sino que, además, cuando así se ofreciera, sabría actuar como moderna Celestina.

De esos fugaces viajes a Cuernavaca (salidas al mediodía de la casa o el departamento de Ponchelo para volver ahí mismo entre las ocho y nueve de la noche) hubo uno que nunca olvidarían, por lo que sucedió en el trayecto de regreso.

Con los estragos de las cuatro o cinco cervezas que bebió durante la comida, al tomar una curva, Ponchelo perdió el control del coche, que se derrapó, se salió de la carretera y terminó impactado en un árbol; o mejor dicho en un arbusto, que amortiguó el golpe, se partió y detuvo el viaje del vehículo, lo que quizá les salvó la vida, porque más allá de ese arbusto y de algo de maleza había una pequeña hondonada en la que tal vez no la hubieran librado.

A pesar de traer abrochado el cinturón de seguridad, para Luciano el saldo del impacto fue una fuerte contusión en el húmero, varios raspones en las mejillas y en la frente, y tres o cuatro costillas bastante madreadas. Los demás salieron por completo ilesos, sin rasguño alguno y con el puro susto.

La pinche suerte en su contra, como siempre.

# XIX

Durante esa sequía literaria de 2016 a 2022, el tercer intento de novela fue el de *Los gramáfagos de la cumbre*, un proyecto que terminó en la basura, más incipiente que inconcluso.

Tras un inicio que se le antojó promisorio y lo dejó satisfecho, y con una idea definida de lo que sería el final, para el que ya sentía redondeados los últimos cinco o seis párrafos, fue en el desarrollo de la trama donde no encontró cómo seguirle, cómo hacerle para llegar del alentador arranque ya escrito, al sorpresivo desenlace claramente previsto.

"Tenemos que deshacernos de esa viejita", les dijo Sara, sin mayores preámbulos.

La agitación de la nutrida concurrencia hizo estremecerse a la repisa entera, y fue Noé el encargado de externar el sentir de la mayoría de los presentes:

"Cálmate, Raskolnikov, ni sabemos si es una viejita ni en caso de serlo tendríamos cómo deshacernos de ella".

"Yo sí sé y sí tenemos", insistió Sara, "sólo será cuestión de pensarle un poco para encontrar la forma, porque nuestra supervivencia depende de ello".

Todos admiraban en Sara su preclara inteligencia, su vasta cultura, su aguda percepción de los distintos asuntos, sus acendradas virtudes quijotescas, su soñadora visión del mundo, sus delirantes arranques de grandeza, su empeño en desfacer entuertos y ayudar a los desvalidos, su arrojo para acometer las grandes aventuras. Pero esto les parecía un exceso.

Tal vez era Noé, su pareja de antaño, enamorado a primera vista, atrapado por su belleza y su inteligencia, quien más la admiraba y empatizaba con ella, hasta que empezó a resultarle imposible mantenerle el paso a sus ideas incomprensibles, escasamente sustentadas desde la lógica científica de Noé, quien, en su momento, además de haber disfrutado con *Crimen y Castigo*, literalmente devoró aquel libro que más satisfecho lo había dejado en su vida: *Sobre el origen de las especies*.

Sara había desarrollado un inquietante delirio de persecución. Su sobresaliente perspicacia, desde hacía mucho tiempo admirada por todos, ahora la conducía hacia esa

recurrente pretensión de descifrar misterios insondables, de intentar explicar lo inexplicable, lo que todos sabían que no estaba al alcance de ninguno.

Desde muy pequeña Sara destacó del resto, con un alimento intelectual muy sólido y con las condiciones propicias para rebasar a los demás miembros de la comunidad en la adquisición de conocimientos, para ampliar su cultura a niveles nunca antes vistos en ese lugar.

Ni siquiera Noé lograba igualarla en esos renglones, y sobre todo a raíz de la reciente hecatombe le resultaba imposible sintonizarse en su misma, y para él, tan extraña frecuencia.

A ese doloroso y duradero estremecimiento que les había propinado la Madre Naturaleza, sin precedente alguno pero asimilado por todos como un designio más del Creador de Todas las Cosas, Sara insistía en buscarle otras explicaciones esotéricas, sin el menor sustento, descabelladas.

Para los demás, lo único indudable era que aquellos sucesivos temblores habían recorrido el mundo entero, producidos a intervalos; y que a las muertes sufridas de inmediato por cada uno de esos temblores, por desgracia, hubieron de añadirse las que más tarde causó ese alarmante enrarecimiento del aire que respiraban.

A ese primer capítulo que pasó por una razonable tallereada, le seguía otro menos desarrollado en su esencia, a la espera de ser ampliado, revisado y pulido.

Lo de deshacerse de la viejita sería tarea complicada, una empresa que se antojaba imposible, porque Genoveva contaba como enormes ventajas con su fuerza y la distancia, protegida por su propio mundo, inalcanzable para Sara, para Noé y para los cientos de seguidores de ambos.

Vivía sola y aislada en aquella antigua mansión ubicada en la cima de la colina, casa heredada hacía apenas seis meses, a la que se había mudado hacía tres semanas, aprovechando la existencial coyuntura.

Recientemente divorciada, a sus cincuenta y tres años de edad y con cuatro hijos distantes en el espacio y en cuanto al cariño que le profesaban, a Genoveva le cayó a la perfección esa casa como parte de la herencia de su tío consentido, como ella lo había sido para él entre todos los sobrinos.

Para el apetecido aislamiento mental, nada mejor que ese aislamiento físico que la mansión heredada le proporcionaba.

Más adelante, para la parte cercana al desenlace que tenía previsto, Vinicio preparó tres párrafos que según él acicatearían al máximo el interés de los lectores por ir descubriendo cuál sería el final de la historia.

> Aunque nunca vieron el sol, ellos percibían a la perfección la diferencia entre el día y la noche, y por eso medían su edad por cada uno de esos ciclos naturales.
>
> Tras la segunda hecatombe, sufrida siete ciclos después de la primera, para Sara adquirió carácter de urgencia deshacerse de esa viejita a la que aparentemente sólo ella era capaz de percibir, como una tenebrosa y gigantesca sombra cuyos cavernosos sonidos la estremecían por aturdidores e indescifrables.
>
> Estaban ante la imperiosa necesidad de eliminarla.

La idea de esa novela que nunca cristalizó, era la de dos mundos radicalmente distintos en el espacio y en las costumbres, que se conectaban de manera inesperada, para ambos y para los lectores, al entrar la historia en la fase del desenlace.

Los “gramáfagos” eran unos diminutos seres de dos centímetros de altura, cuyo universo entero estaba en una elevada repisa todavía con trece o catorce decenas de libros, todo un rectángulo que le daba la vuelta a las cuatro paredes de una amplia recámara, en una antigua residencia, largo tiempo abandonada, a la que llegó la nueva dueña para trastocar el mundo de esos minúsculos seres, al tratar de limpiar un poco esa repisa.

Era esa una labor muy incómoda para Genoveva, porque dicha repisa le quedaba alta y no había conseguido todavía la escalera indispensable para realizar el urgente aseo.

Se requería una escalera que supliera a la que utilizó su tío antes de terminar postrado en la cama; una escalera con la altura adecuada y esas rueditas que le permitían moverse por las cuatro paredes, pero ahora rota y carcomida, arrumbada en el cuarto de triques en que se convirtió el desván de la residencia.

Para esos fantásticos seres cada ciclo equivalía a un día de los nuestros, y lo que percibían como temblores, hecatombes y enrarecimiento del aire, en realidad eran consecuencia de esos intentos de Genoveva por limpiar esa repisa con escoba en mano, escoba que apenas alcanzaba a golpear la parte baja y los bordes de esas tablas.

Tal vez la combinación del ambiente encerrado, la humedad, la madera, las termitas, los microbios, algún otro bicho y quién sabe qué más, propició el surgimiento de esa especie, de los gramáfagos,

llamados así porque el único alimento de esos extraños seres eran los libros que ahí dejó el tío de Genoveva, sus hojas y sus pastas, y por eso Sara era la más preparada de todos, porque durante meses había devorado las más suculentas páginas de los mejores libros.

Eran “los gramáfagos” porque su alimento constaba de letras (o del papel que albergaba esas letras), y “de la cumbre” por vivir en esa alta repisa dentro de una casa ubicada cerca de la cima de una colina.

Vinicio le dedicó varios días a dilucidar qué intentaría Sara en su afán de deshacerse de esa ominosa presencia que sólo ella percibía. ¿Como qué podrían hacer los gramáfagos para llegar hasta Genoveva o para hacerle llegar algo que la aniquilara?

Nunca encontró alternativa alguna que lo convenciera, pero el caso es que ahí estarían otra vez, al develarse el misterio de ese peculiar mundo, al proponer el inevitable choque con el de Genoveva, y al hacer evidente el porqué del título unos momentos antes de asomarse al desenlace de la historia, esos elementos sorpresivos que Vinicio siempre buscaba en la parte final, que consideraba ingredientes *sine qua non* en una buena novela o en cualquiera que aspirara a serlo.

En aquella etapa de semiparálisis literaria, había sido ese su tercer intento fallido, cada uno más fallido que el anterior.

# XX

Al dolor por la ausencia de su amigo, Luciano debía añadirle el remordimiento que sentía por lo que sucedió la última vez que vio a Ponchelo. Lamentaba no haberlo buscado de inmediato, al día siguiente, algo que en su momento decidió no hacer porque no podía sospechar que ya no tendría la oportunidad de hacerlo, de explicarle nada, de tratar de justificar su incomprensible comportamiento.

No podía dejar de imaginarse la impresión con la que se habría quedado Ponchelo en las semanas finales de su vida, lo que su amigo del alma pensaría en esos últimos días con respecto a Luciano, y todo por culpa del garrafal error cometido por éste en aquella conversación que había fluido tan padre entre ambos.

Lo que pudo quedar registrado para siempre como el mejor momento vivido con Ponche, por la propia pendejez y por los tragos quedó como el peor de todos, como lo único que Luciano quisiera borrar del caset de su larga convivencia con su desaparecido amigo.

Las autoridades esperaron a que pasara más de una semana de esa desaparición para ponerse a investigar en serio, porque decían que en esos casos era muy común que la gente se tomara unos días de receso o de vacaciones sin avisarle a nadie, pero que sí podía considerarse como desaparición cuando se cumplía una semana sin que se supiera nada de esa persona. En el caso de adultos, claro, porque si se trataba de menores de edad, dicho lapso era de veinticuatro horas.

Desde los dos o tres días de no poder comunicarse con su amigo, con el que trató de hablar desde el jueves, Luciano era quien más había insistido en que algo grave había pasado, como una y otra vez se los dijo a los dos funcionarios de la Procuraduría General de la República, Javier Malaquías y Joaquín de Luna (“Jota y Jota”, como Luciano empezó a referirse a ellos cuando adquirió la debida confianza), con quienes desde hacía tiempo mantenía contacto, desde que recurrió a ellos como última alternativa para salir del berenjenal en que se metió con los trámites de su primer divorcio, el de la trastornada Lucrecia.

Sabía que pronto necesitaría de esos contactos para lo de su segundo rompimiento, ya en vías de legalizarse, pero antes quería meterse de lleno en el asunto de Ponchelo. Era lo menos que podía hacer por su desafortunado amigo como correspondencia por todo lo que le debía, por lo mal que había cerrado ese círculo de la más

apreciada de las relaciones que tuvo en su vida.

Así que podía postergar durante unas cuantas semanas los trámites del divorcio de Elena, de “la dulce Nita”, como le decían quienes nunca se vieron obligados a vivir con ella.

Claro que a Nita la conoció cuando ya iniciaba el franco declive económico de Luciano, pero era indudable que ella se había encargado de darle la puntilla en ese renglón, además de lo insoportable que se tornó la convivencia con esa mujer tan dañada, sin un ápice de caletre. Siempre empalagosa, metiche, inquisidora, fiscalizándolo en todo momento, tratándolo como una simple posesión, como si él debiera rendirle cuentas sobre cada uno de sus planes y pensamientos de cada hora y de cada día.

Y sin embargo en esos meses en que tanto se empeñó en investigar lo de Ponchelo, no podía imaginar Luciano que sería en su tercer matrimonio, con Amelia, en el que seis años después viviría y sufriría el peor de los calvarios, un escabroso viacrucis que dejaría en simples comedias lo de la loca de Lucre y la tontita de Nita, como solía referirse a ellas a manera de elemental desahogo.

No entiendo por qué ha sido tan aclamada una novela tan mediocre, predecible, bobalicona, plagada de lugares comunes y de personajes incongruentes y mal delineados.

Armando Mancino
*Bajo la Lupa*

Se ha exagerado al aquilatar a esta novela, pero sin ser nada del otro mundo ni en la forma ni en el fondo, sí consigue seducir y termina por ofrecer algunas horas de relajado entretenimiento.

Lope de Abarca
*Kuna de Relatos*

Al principio me pareció equis y nunca entendí lo del título, pero seguí leyéndola y me fascinó.

Mandy Lareggia
*Entre líneas y montañas*

*Simply awesome, astonishing, marvelous. This is by far the most compelling novel of the century*.

Louise Punitzer
*NYT*

# XXI

Desde joven supo Vinicio que contaba con muy buena estrella. Lo intuyó desde aquella insolación que sufrió a sus trece años de edad, durante un partido de futbol jugado el 14 de julio de 1990 a las tres y media de la tarde en Monterrey, a 42 grados de temperatura y en una cancha de tierra de las tantas que pisó desde niño.

Cuando le quedaban seis o siete minutos a ese partido que su equipo del Regiomontano Contry iba ganando 3-2 ante el Colegio Franco Mexicano (con dos de esos tres goles anotados por él), un exhausto Vinicio acometió, a toda la velocidad que le quedaba, un balón filtrado a fondo por un compañero; pero no logró impedir que esa pelota rebasara la línea de meta, y tras el explosivo esfuerzo se detuvo de golpe, "se le movió el piso", se le nubló la vista y se desplomó sin alcanzar ni a meter las manos, por completo desvanecido.

Al abrir los ojos vio que estaba en una cama de hospital y por una enfermera después supo que tenía un moretón en la frente, y que habían pasado treinta y seis horas desde ese desvanecimiento y la pérdida del sentido y el conocimiento.

Según le explicó a detalle su tío Graciano Valera, un doctor muy respetado en el ambiente médico de Monterrey, había estado al borde de la muerte por ese agudo "golpe de calor" producto de la insolación, de la deshidratación extrema; y desde que lo atendieron en la ambulancia que lo trasladó al hospital, lo habían mantenido sedado para tratar de estabilizarlo.

Gracias a su tío, ese día aprendió el significado de la palabra "canícula", ese periodo de cuarenta días de mayor calor en el año, de mediados de julio a finales de agosto, y que lleva ese nombre por la constelación Can Mayor, o Canícula ("perrita", en latín), nombre coloquial que le dieron los romanos.

En ese lapso, en el hemisferio norte, en los amaneceres se ve al sol acompañado de Sirio, la estrella más brillante de dicha constelación, y por esta coincidencia astronómica quedó que "canícula" también pasara a nombrar a la época más calurosa del año.

Además de agradecer por librarla y haberse recuperado por completo en cinco días, ese aprendizaje lo rescató de aquel momento crítico.

Años después, a sus diecisiete, ya instalado en la Ciudad de

México, cuando empezaba a manejar el vocho de su mamá y llevaba alrededor de diecinueve meses entrenando con la Reserva Especial del Cruz Azul, al dirigirse él solo a un partido de exhibición que jugarían en un pueblito cercano a San Juan del Río, contra una selección de ese lugar, sobrevino otro de los percances que nunca olvidaría.

Cuando estaba a veinticinco minutos de llegar, ya fuera de la carretera y mientras transitaba por un camino de terracería, se desató una tormenta, y diez minutos después, al tratar de pasar por un pequeño vado que atravesaba un arroyuelo, un corto y angosto puente por encima del cual corría una capa de agua que parecía no llegar ni a los diez centímetros de altura, sin prever la fuerza del caudal se deslizó hacia la derecha y se fue a pique con todo y coche hacia el arroyo.

Desconcertado e ingenuo pretendió maniobrar con el volante, que no respondía porque las llantas ya no hacían contacto con el piso, con el angosto caminito semi pavimentado, por lo que el coche se clavó hacia ese lado y se hundió sin remedio hasta el fondo de ese arroyo, cuya profundidad era suficiente para cubrir en su cóncava totalidad al Volkswagen.

Todavía sin saber qué hacer ni cómo reaccionar, tras hundirse, intentó abrir la puerta del auto sin entender que resultaría imposible porque en ese lado izquierdo golpeaba la corriente que lo sacó del camino y lo envió al lecho del riachuelo.

Por simple instinto se le ocurrió abrir la ventanilla girando la manivela, única forma en que esas ventanillas podían abrirse, y así logró salir nadando hacia la superficie, donde al instante volvió a sentir la implacable fuerza de la corriente que se lo llevó en su arrollador flujo, para obligarlo a flotar a velocidad como simple trapo a lo largo de cuarenta o cincuenta metros, hasta que logró asirse de una milagrosa rama de un árbol erguido a la orilla del arroyo, pero que tendía horizontal ese generoso brazo a su alcance, lo que le permitió ponerse a salvo.

Así se quedó sin jugar aquel partido y además faltó tres días a los entrenamientos, ocupado en conseguir la grúa y la gente necesarias para sacar su coche del fondo de ese arroyo, sólo para cumplir con el trámite que pedía la compañía aseguradora para poder reportar el vehículo como pérdida total.

Esa aventura la consideraba Vinicio como un parteaguas (nunca mejor usado el término) en su frustrado intento de llegar a ser futbolista profesional. Porque en esa ocasión había pedido permiso para llegar en su coche y no irse en el autobús que transportó al equipo desde las instalaciones del club, permiso que su entrenador le concedió a regañadientes.

A partir de ahí Vinicio se rezagó en la cotidiana lucha por tratar de

ganarse un lugar que le abriera camino a sus sueños. Para fines prácticos, hasta ahí llegó como futbolista y sin haber cobrado un peso como tal. Y hasta ahí llegó también la existencia del vochito de su mamá, pero él salió ileso del trance y a pesar de los pesares en esos días pensó por primera vez en lo de su buena estrella, porque también le vino a la mente lo que un año antes le había pasado con su hermano Mauricio, cuando, estando de vacaciones en el rancho de unos amigos, se espantaron con un ciempiés que vieron en el cuarto en el que ambos dormían.

A Mau se le ocurrió ir a la cocina a buscar algo con qué atrapar al impresionante bicho y muy pronto regresó con una escoba y un bote de un litro de helado, ya vacío; y después de acorralar al desagradable animal, ahí lograron meterlo entre ambos. Con el bote cerrado, pensaron que lo mejor sería hacerle unos pequeños orificios a la tapa, echarle algo de alcohol en el que quedara nadando el espantoso miriópodo, y después un cerillo encendido, para así calcinar de una vez por todas al temible espécimen.

Así lo hicieron, y la explosión que se produjo los dejó ensordecidos durante varios segundos, aturdidos, ilesos, pero sin entender lo que había pasado, con el bote hecho pedazos, uno de esos pedazos todavía envuelto en una pequeña llama, el ciempiés de seguro desintegrado, y los amigos que llegaron al cuarto para preguntar qué había pasado, y para reírse a carcajadas por la pendejada que a los dos hermanos se les había ocurrido hacer.

Tras el incidente del arroyo, el recuerdo de ese garrafal error cometido para deshacerse del ciempiés lo llevó a pensar en su buena estrella, para sentirse seguro de contar con ella cuando, cuatro años después, el pinche Ponchelo medio tomado se salió de la carretera cuando regresaban de Cuernavaca en su Altima, para dar varios tumbos y dejarlos estampados contra un árbol, accidente del que salieron indemnes él, Chela y el propio Ponchelo, pero bastante madreado el pendejo de Luchi.

Años después, a sus treinta y cuatro, cuando, en un viaje de trabajo de México a Guadalajara, un rayo impactó al avión comercial en el que volaba (impacto que se sintió como si el avión hubiera sido golpeado por una enorme piedra), lo primero en lo que Vinicio pensó fue en esa venturosa suerte, en esa buena estrella que otra vez lo había mantenido a salvo. Pero realizando las debidas consultas aprendió que esos impactos de rayos en los aviones son más o menos normales, que no pasan del susto y no causan daño alguno al no tener cómo ni dónde “hacer tierra”, a diferencia de lo fulminantes que resultan si te alcanzan cuando te sientes protegido de una tormenta bajo un árbol.

“Todos los días se aprende algo”, pensó Vinicio aquella vez,

después de ese incidente del que salió fortalecido por la convicción de la buena estrella con que contaba, estrella que también lo salvó en aquellas dos ocasiones cuando tuvo que salirse de la carretera manejando a toda velocidad, en la primera por culpa de un tráiler, y en la segunda por un muro de contención que obstruía el paso.

Desde 2016 hasta 2020 dicha estrella parecía haber descendido sin remedio, pero ahora, en este glorioso 2023, volvía a ubicarse no sólo en las alturas de siempre, sino ya muy cerca del cenit soñado.

# XXII

Nadie sabía nada de Ponchelo. Ni los excompañeros del equipo de la Selección La Salle, entre los que estaban sus principales amigos, ni los del Barcelona de la Liga Española, ni los del pequeño grupo del ajedrez a los que veía cuatro o cinco veces al año.

Tampoco sabían de su paradero sus empleados, ni los proveedores de la constructora, con quienes tenía contacto dos veces a la semana, ni alguna de sus anteriores novias o cariñosas amigas a las que Luciano logró localizar y preguntarles.

Pasados tres meses desde que Ponchelo se esfumara, según se enteró por sus amigos J y J de la PGR, había surgido una pista relacionada con una tarjeta de crédito de Ponchelo utilizada ocho veces en un lapso de cinco días, todas ellas en tiendas, establecimientos y restaurantes de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Durante dos o tres semanas le dieron a esa pista el seguimiento necesario, con Luciano muy metido en ello, dispuesto a colaborar en las investigaciones al máximo de sus posibilidades.

Pidió acceso a toda esa información, Javier y Joaquín lo concedieron, y se dio a la tarea de visitar cada uno de esos lugares: una mueblería, un supermercado, una gasolinera, una librería, dos tiendas de ropa y dos restaurantes.

En la mueblería se pagó con esa tarjeta un reposet de siete mil seiscientos pesos, lujoso mueble que el comprador se llevó a pesar de que le ofrecieron el servicio de entrega en su casa. En el supermercado, una compra de diversos productos y alimentos por un total de mil cuatrocientos setenta y cinco pesos. En la gasolinera el cargo era de quinientos cuarenta. En la librería, de novecientos veintinueve, por cuatro libros adquiridos.

En las tiendas de ropa los cargos eran de tres mil doscientos ochenta y cinco y de dos mil cuatrocientos sesenta y dos pesos. Y en dos restaurantes, de muy distinto nivel, y ubicados en zonas de la megalópolis muy lejanas entre sí, se pagaron sendas cuentas de trescientos quince y de dos mil novecientos ochenta y siete pesos.

El empleado de la mueblería describió como pudo al comprador del reposet, pero a partir de esa vaga descripción resultaba imposible determinar si se trataba o no de Ponchelo. Y además Luciano insistió en decirles a J y J que no tenía ningún sentido que su amigo hubiera comprado ese reposet, que Ponchelo nunca compraría cuatro libros,

que la gasolinera estaba en rumbos a los que nunca se acercaría, y que ni de chiste entraría a esa modesta fonda de la cuenta de los trescientos quince pesos por el consumo de dos personas, hombre y mujer, tampoco muy bien descritos por el nada memorioso mesero con el que había platicado.

Después de esos diecinueve días de ardua investigación en la que mucho colaboró Luciano, las autoridades dictaminaron que no había sido el poseedor de esa tarjeta quien la utilizó. O la robaron, o fue clonada por alguien que no volvió a utilizarla, tal vez por alguna de esas redes de clonadores que estaban de moda, capaces de compartir entre secuaces una sola tarjeta, o el número de la misma; porque según los registros, algunos de esos pagos ingresaron con seis o siete minutos de diferencia en establecimientos separados por doce o trece kilómetros. Es decir, por veinte o treinta minutos en coche, si se considera el flujo normal de vehículos en la capital mexicana.

Cuatro meses después de agotada esa parte de la investigación, a los ocho o nueve de la desaparición de su amigo, lo que más molestaba a Luciano era ver la tranquilidad con que todos los demás parecían tomar el asunto. No veía que alguien se moviera como lo hacía él y como lo ameritaban las circunstancias. Todos seguían con la rutinaria normalidad de sus vidas como si no hubiera pasado nada.

Pensaba en lo diferente que hubiera sido el comportamiento de Ponchelo, por ejemplo, si el desaparecido fuera Vinicio. No hubiera permanecido así de tranquilo, de resignado, sino que habría sido el primero en indagar, en promover y organizar la búsqueda, en movilizar a su gente cercana, en presionar a las autoridades para que utilizaran todos los recursos disponibles para encontrarlo.

Le vino a la mente aquel diálogo que sostuvo alguna vez con Ponchelo, una noche en la que se quedó con él como una hora, después de irse la parejita empalagosa al terminar una maratónica reunión, una de tantas cenas que acostumbraban compartir los cuatro, ya fuera en algún restaurante, o de vez en cuando en la casa de Graciela y Vinicio, o como en esa ocasión en el departamento de soltero al que Ponche acababa de cambiarse.

–Como que ahora estuvo más larga la convivencia, y muy padre como siempre.

–Sí, muy padre, pero estoy cansadísimo, agotado, como si me hubieran dado de palos.

–Pues siéntate y descansa, Luchi.

–No mames, pinche Ponche, a mí no me alburees porque yo sí me doy cuenta. No como el puñetas inocente de Vini, que ni se entera.

–Perdón, yo nomás decía, para que descansaras. Pero sí, estuvo padre, pero medio agotadora la reunión, aunque a mí lo que me gusta es lo contentos que se ven estos dos desde que empezaron a andar

juntos.

–Sí, así se ven, aunque yo sigo pensando que Grace quería contigo.

–No, güey, para nada, lo que pasa es que desde el principio nos llevamos muy bien, pero sólo como amigos.

–Pues como que ella no se veía muy conforme ni satisfecha con eso.

–Claro que se conforma y que siempre prefirió al Vini. Pero además, como él desde el inicio se veía muy clavado con ella, yo sería incapaz de estorbar, de meterme con la vieja de un amigo.

–Eso sí te lo creo, porque sé lo derecho que eres.

–Bueno, pues salud por eso y salud por ellos.

–Salud.

Así era Ponchelo: derecho, transparente, incondicional amigo, generoso, desprendido, y ahora a todos parecía valerles madre su ausencia.

Ya ni la chingan.

# XXIII

Aunque ahora le doliera tanto recordarlo, Vinicio debía reconocer que Graciela había sido una fuente de inspiración en su carrera como escritor.

Sabía lo cursi que en la actualidad sonaba, pero lo de él con ella fue amor a primera vista. Desde aquel día de la graduación de la prepa, cuando la conoció, quedó atrapado por su belleza, su presencia, su inteligencia, su sentido del humor, su entusiasmo en el tema de la defensa de los derechos de las mujeres. Y conforme creció la relación llegó incluso a admirarla, algo que ahora le resultaba risible.

Admiraba no sólo esas cualidades que la adornaban y la convicción de sus ideas, sino también lo cariñosa y solidaria que era con su gente cercana. Como hija única, siempre pendiente de sus consentidores papás, que la adoraban. Entregada a tope como amiga, como madre, y hasta llegó a creer que como esposa. Qué iluso.

Varios años antes de su primer libro, ya como marido y mujer, Vinicio recibió de ella una enriquecedora retroalimentación, el necesario “rebote de ideas” para fortalecer su vocación como escritor.

–Sólo te pido que por favor cuando escribas no recurras a los lugares comunes, como lo hace la mayoría.

–¿Como a cuáles lugares comunes?

–A tantas frases trilladas con las que muchos aspirantes a escritores llenan sus aburridas páginas.

–A ver, dame algunos ejemplos.

–Ya sabes a qué me refiero. A eso de decir que a tal personaje “le dieron gato por liebre”, o que “le salió el tiro por la culata”, o que las cosas “se pusieron color de hormiga”, o que “no cabía de felicidad”, o que "en el pecado llevó la penitencia”, o ridiculeces así, que solamente tuvieron algún mérito de quienes las dijeron por primera vez, y no en quienes las repiten por la incapacidad de encontrar las propias palabras para contar lo que desean.

–Es cierto, a menos que sea premeditado, como para burlarse de eso, como lo hacía Cervantes, por ejemplo, con los recurrentes y a veces retorcidos refranes de Sancho Panza.

–¿Ah sí?

–Sí, ya te he contado lo simpático que es ese personaje, que sí utiliza mucho las frases hechas y los refranes, casi siempre mal dichos, pero que a partir de ellos es capaz de ofrecer auténticas perlas de

sensatez y de sabiduría.

–Okey, así sí. Pero, ¿ya ves? Otro lugar común eso de “las perlas”.

–Sí, perdón.

–No, no importa tanto recurrir a ciertas frases trilladas al platicar, pero sí se me haría de muy bajo nivel utilizarlas al escribir.

–Sí, es cierto. ¿Y qué más?

–Bueno, además lo que siempre escucho que recomiendan es que como escritor debes encontrar tu propio estilo.

–Sí, claro, aunque suene un tanto vaga esa idea. Yo creo que más importante que eso es definir primero qué cosas quieres contar o decir, y después lograr decirlas y contarlas de la mejor forma posible.

–¿Pero como qué cosas?

–Lo que me ha pasado, lo que siento, lo que pienso, lo que me va sucediendo, lo que me llama la atención, todo eso aderezado por una historia inventada que logre cautivar o por lo menos entretener a los lectores. O todo eso como aderezo de dicha historia. Ni siquiera tienen que abordarse siempre temas tan relevantes.

–De acuerdo, pero tampoco decir cosas comunes y corrientes, que cualquiera diría sin necesidad de calificar como escritor.

–Claro, pero por ejemplo detenerme en detalles que a mí me atraigan, como el que mencionaron ayer en la entrevista que vimos, y tratar de profundizar en ellos.

–¿En la entrevista que vimos en la tele, después del noticiero? ¿Cuál detalle?

–Sí, eso que dijo uno de los actores entrevistados, creo que fue Germán Robles, de la importancia de cuidar tu imagen, de cómo en un segundo, por un tremendo descuido, por un acto irresponsable, por un incontrolable impulso, por un error garrafal, puedes quedar marcado para siempre a pesar de contar con una trayectoria intachable en toda tu carrera y en toda tu vida.

–Ah, sí, como también eso de que ilustres hombres o mujeres a veces son más recordados y recordadas por la forma en que murieron, a pesar de haber dejado maravillosos legados o realizado grandes cosas. Como Abraham Lincoln, John Kennedy y su hermano Robert, o Marilyn Monroe, James Dean, John Lennon. O Sócrates, o Rosario Castellanos, o incluso Colosio, o Paco Stanley, o hasta Pedro Infante y Jorge Negrete.

–Ándale, a eso me refiero, a cosas como esas, que para nada son comunes y corrientes, y en las que no se detiene a pensar la mayoría de la gente.

–Pues sí, me gusta la idea.

–A mí también, pero ya veré qué más se me ocurre.

Fueron los mejores años de su matrimonio con Graciela, como antes había disfrutado los casi tres del noviazgo.

Recién recibida como Licenciada en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Iberoamericana, Graciela empezó a colaborar en una revista cuyo taller de redacción, en La Condesa, estaba a seis cuadras del bazar de Vinicio, Antigüedades y Cosas, negocio que ya había superado el punto de equilibrio y marchaba cada vez mejor.

Esa cercanía de los respectivos lugares de trabajo la consideraba Vinicio como la afortunada circunstancia que favoreció el fortalecimiento de la relación con Graciela, con Grace, quien, con el pretexto de que le quedaba de paso, empezó a visitarlo con cierta frecuencia, primero una vez a la semana y después casi a diario.

Desde la primera de esas visitas Vinicio agradeció la diferencia que se establecía en esa relación sin la presencia de Ponchelo, que hasta ese momento había sido el punto de enlace entre ambos.

Sin la contribución de su amigo no hubiera logrado Vinicio desarrollar ese nivel de confianza que alcanzó su trato con Graciela; pero a partir de ahí, como bienvenida contradicción, sería la ausencia de Ponchelo, en esas pláticas de bazar con ella, lo que permitiría fortalecer esa relación y acceder a otros niveles, transformar la amistad de seis años en una historia de amor de la que Vinicio nunca esperó un final tan doloroso.

Aquellas visitas de Graciela a su establecimiento fueron poco a poco más frecuentes y también más duraderas. De permanecer ahí cinco o diez minutos, a quedarse durante una o dos horas, casi siempre con el pretexto de esperarlo a que cerrara para después irse juntos en el coche de él, ya fuera directo a casa de Grace o para pasar antes a una cafetería cercana que llegó a convertirse en “su lugar”, ese sitio que sentían exclusivo de ellos, en el que ni siquiera Ponchelo estaba incluido ni tenía cabida.

A partir de aquel inolvidable beso con que culminó una de esas visitas, y que sirvió para sellar ese pacto implícito de amor recíproco, la interacción con Graciela fue tornándose cada vez más cariñosa, más cercana, más íntima, y, sin embargo, Vinicio supo respetar el deseo y los tiempos de ella, su insistencia en que no debían acostarse tan pronto.

No exageraba Grace ni planteaba que eso no sucedería hasta que se casaran si así decidían hacerlo, pero sí defendía la importancia de no precipitar las cosas, de dar ese paso trascendente sólo cuando estuvieran seguros de que lo suyo sería para siempre.

Una y otra vez avanzaba Vinicio en los besos, en las caricias y en la exploración del cuerpo que tanto se le antojaba, y una y otra vez ponía ella el freno en algún momento, con la resignación de él disfrazada de dócil aceptación, pero también con su agradecimiento por haberle permitido llegar un poquito más lejos.

Fue en abril de 2003, casi siete meses después de aquel beso que

inauguró el noviazgo, cuando ella dio el anhelado consentimiento para que así Vinicio cumpliera con esa materia pendiente durante más de seis años y medio, desde aquel día que la conoció en la fiesta de graduación de la prepa, cuando hacer el amor con Graciela se había convertido en el más recurrente de sus anhelos. Una materia pendiente aprobada y disfrutada al máximo en ese proceso de aprobarla, en condiciones que quedarían para siempre grabadas en la memoria de Vinicio.

También con esa noche inolvidable tuvo mucho que ver Ponchelo. Se habían reunido los cuatro para cenar en su departamento y acabada la cena, por fortuna el pendejo de Luchi se despidió, bien deprimido el güey porque otra vez se había quedado sin chamba y seguía con su endémica premura económica.

Después de platicar los tres un rato más, el anfitrión les preguntó si no tendrían ningún inconveniente en que él saliera para resolver un asunto de la constructora, que se tardaría máximo una hora y que quería continuar la plática con ellos a su regreso, que por favor, con toda confianza, lo esperaran ahí en su "humilde depa".

A ellos les pareció bien, y al quedarse solos Vinicio no aguantó las ganas de acaramelarse más con Grace, de quien de inmediato sintió mayor entusiasmo que de costumbre en la respuesta.

Avanzó Vinicio en su exploración más que nunca, no encontró el acostumbrado freno, y cuando ambos estaban a punto de quedar por completo desnudos, decidieron pasar a la recámara para evitar ser sorprendidos *in fraganti* en caso de que Ponchelo regresara antes de lo previsto.

Ya en la cama, impetuosos y encuerados, desahogaron sus ansias durante cuarenta minutos que a Vinicio le parecieron al mismo tiempo tan efímeros como eternos.

Por fin había descubierto entero el cuerpo de Graciela y lo había conquistado. Sentía una plenitud que no recordaba haber experimentado, y ni siquiera era capaz de poner la debida atención mientras ella insistía tanto en decirle que había sido su primera vez y que por suerte no dejó rastro alguno aunque no entendía por qué.

Para Vinicio el tema de la virginidad no tenía ninguna relevancia, pero sí era obvio que Graciela no hubiera dado ese paso de la entrega física si no sintiera un amor similar al que él sentía y le profesaba.

Media hora después, al regreso de Ponchelo, lograron aparentar la debida normalidad, y la convivencia se prolongó un buen rato, con Grace y él muy animados y más platicadores que nunca.

Al día siguiente, jubiloso y revitalizado, se le antojó obligado contarle a su amigo lo que había pasado, y lo agradecido que por ello le estaría de por vida.

Recordaba lo que Ponchelo, con una elocuente sonrisa de

satisfacción, le había dicho en aquella ocasión:

–Hasta que se te hizo, pinche Vini.

Había vivido los momentos más felices de la relación con Graciela y eran los mejores tiempos de su amistad con Ponchelo.

# XXIV

Tal vez su dificultad para relacionarse con las mujeres, su excesiva timidez en ese renglón, el pavor que le tenía a tomar la iniciativa y correr el riesgo de ser rechazado, propiciaron que Luciano quedara muy pronto ensartado con la primera con quien las cosas empezaron a fluir sin esfuerzo alguno.

Al conocer a Lucrecia se entusiasmó por la forma en que ella se reía de lo que él decía, por la manera en que ella parecía apreciar su sentido del humor, aunque muy pronto entendería que eso a Lucrecia le pasaba con todos.

Al principio se sentía halagado y hasta llegó a creerse muy simpático, cuando veía cómo a ella le caía tan en gracia todo lo que él comentaba y decía; pero después supo conocerla en su patética simpleza y la decepción fue rotunda.

Recordaba aquella primera ocasión en que la escuchó carcajearse con una estupidez que había dicho Rafa, uno de sus amigos de la Selección de La Salle, al que Luciano a veces veía fuera de las reuniones de ese grupo de excompañeros de la prepa.

Por desgracia, ya era tarde cuando se dio cuenta y la conoció en su verdadera esencia, con sus vergonzosas limitaciones, lo vacuo de sus ideas, lo banal de sus conversaciones, la oquedad en sus razonamientos y sus frecuentes arranques de histeria.

Así de engañado al inicio de esa relación y después de un corto noviazgo, cuando a principios de 2006 empezaron a hablar de sus planes de matrimonio, Lucrecia le dijo que quería casarse en cuatro meses, el 3 de junio, porque ese día le encantaba por ser la fecha en que sus papás se habían casado hacía treinta años.

Luciano, todavía ilusionado pero indeciso al respecto, esgrimió como argumento el de sus recurrentes apuros económicos, y logró postergar la boda hasta el 16 de diciembre de ese año, con lo que de paso provocó el primer berrinche de su futura esposa.

Tan mal funcionó todo desde el inicio, que para enero de 2008 ya estaban separados, aunque el divorcio quedó formalizado en septiembre de ese año.

La segunda gran pendejada la cometió Luciano en 2012, al casarse con Elena el 27 de febrero, unión que quedó oficialmente disuelta el 24 de abril de 2016.

Aguantó más de cuatro años otra enfermiza relación con la tontita

de Nita (quien incluso lo hizo pensar que tal vez Lucrecia no era tan limitada como él había creído), una segunda convivencia matrimonial que fue tan insoportable como la primera.

En su momento ambas lo dejaron sin un quinto en sendos divorcios, a pesar de no haber tenido hijos con ninguna, como tampoco se le ocurrió tenerlos con Amelia, el tercer gran error de su vida, más imperdonable que los anteriores considerando que ya contaba con esos dos estrepitosos tropiezos.

Con "Ame la infame" se casó el 31 de marzo de 2021 y el suplicio continuaba, aunque ahora Luciano estaba tratando de asesorarse lo mejor posible para no salir tan perjudicado con el inminente divorcio.

Mucho le servirían para eso sus dos amigos "J y J de la procu" (o "Jey and Jey", como también llegó a referirse a ellos), con quienes había fortalecido la relación a raíz de la desaparición de Ponchelo, al buscarlos por la vía del WhatsApp por lo menos una vez a la semana, y al visitarlos cuando sentía que valía la pena actualizar el caso en persona.

A Nita y a Lucre sí las conocieron sus principales amigos, Ponchelo, Graciela, Vinicio, Rafa, Nacho, Víctor, Pluto; aunque no hubo mucha interacción porque Luciano prefirió mantenerlas al margen de ese grupo, consciente de que ahí no encajaban.

Inmerso en su tercera catástrofe matrimonial, y ante la ausencia de su principal amigo, resultaba obligado que Luciano recordara con cierta añoranza lo que en su momento no le gustó de Ponchelo, lo que le había comentado tras su segundo fracaso matrimonial:

–Con total franqueza y entre amigos, Luchi, con todo lo que te quejas de Nita y lo que te quejabas de Lucre, ¿no has pensado en que tal vez tú también fallaste en algo en ambas relaciones?

–¿Pero fallé en qué?

–No sé, ni modo que te hayas portado a la perfección con ellas.

–Pues no, a lo mejor a la perfección no, pero para nada estoy tan zafado como me salieron las dos.

–Te entiendo, ¿pero no crees que tal vez eres tú quien no está preparado o capacitado para la vida en pareja, como por ejemplo yo sé perfectamente que no lo estoy?

–Ah, pues no había pensado en eso, pero puede ser.

Sin remedio le vino a Luciano el pensamiento de lo que ahora se le ocurría como extemporánea respuesta: "Pinche Ponchelo, claro que tenía razón, y cómo se hubiera burlado en caso de haber conocido a esta otra loca y de haberse enterado de mi tercer fracaso matrimonial. Es obvio que estar casado no es lo mío".

De insaciable lector en perenne búsqueda de las mejores novelas contemporáneas en español, con inaudita facilidad Vinicio de Martín se convirtió en el autor de la más grandiosa de todas.

Carlos Puente
*Incunables y Más*

Hay novelas cuyo mérito está en contar varias historias sin detenerse en una, pero lo más seductor de *Andanadas Pictóricas* es que a pesar de contarte una sola te invita a elucubrar lo que podría pasar en otras que no ves pero sabes que ahí están, paralelas y al acecho.

Jennifer Collins
*Carolina's Window*

Nunca, en las ciento diecinueve veces que el Premio Nobel de Literatura ha sido otorgado, la decisión había resultado tan sencilla, aunque en esta ocasión se tome con base en una sola novela. Una obvia decisión que será aclamada por lectores y críticos de cualquier índole.

Humberto Urrieta
*Textos de La Mancha*

# XXV

Con su hermano Mauricio tuvo una estrecha relación desde la niñez. Como apenas había entre ellos un año y cuatro meses de diferencia, y como Mau fue más robusto y más despierto desde niño, pudieron compartir las mismas actividades y similares intereses conforme crecían.

Ambos estudiaron la primaria en el Colegio Regiomontano Contry, en Monterrey, con Vinicio un grado escolar arriba de Mau. Y como vivían en esa misma Colonia Contry (así, sin la "u", ya castellanizado el nombre), a ocho cuadras de ese colegio, de lunes a viernes iban y venían a pie para después seguir en su casa con la rutina compartida.

Al recordar esas caminatas, para Vinicio resultaba inevitable pensar en lo que su papá le platicó tantas veces sobre aquel día de enero de 1967, con esas mismas calles cubiertas de nieve, como nunca había sucedido ni vuelto a suceder en la capital nuevoleonesa.

Vivían él y su hermano en el mismo mundo, muy distinto al de su hermana Teresa, Tere, cuatro años mayor que Vinicio y por lo tanto con otros intereses y desentendida por completo de las actividades de sus hermanitos.

Cuando no andaban en la calle recorriendo la colonia, o paseando a los tres perritos shih tzu que en esa época tenían (Elvis, Apolo y Loki), o entrándole a las frecuentes "cascaritas" de futbol que se armaban en alguno de los parques que les quedaban muy cerca, Vinicio y Mauricio jugaban en el jardín trasero de su casa a la "pericocha", o a diversos juegos inventados por ellos, parecidos al futbol, al basquetbol o al beisbol, con el balón y las pelotas que para tales efectos tenían o se encargaban de improvisar. Y ya rendidos tras la agotadora jornada veían la tele durante un máximo de una hora y media, acotados por la restricción que en ese renglón establecieron sus papás.

No sabía Vinicio si la pericocha era un juego exclusivo de Monterrey, pero el caso es que nunca lo vio en otro lado, y de hecho dudaba que en el tercer milenio se practicara en tierra regiomontana.

Consistía en una especie de beisbol pero con tres palos en lugar de bate y pelota, y sin las tres bases pero sí con el "home" desde el cual se bateaba.

Los palos eran varas delgadas, con un grosor de dos centímetros y de distintas longitudes: una como de treinta que fungía como bate,

otra de veinte y una de quince; las dos más pequeñas, utilizadas para ser conectadas por la grande.

Varas lo más rectas que se pudiera, cortadas y sacadas del árbol de nísperos que tenían en ese pequeño jardín, o de algún arbusto, planta, ficus, trueno, o lo que estuviera disponible.

De preferencia se jugaba de uno contra uno, y a ese peculiar juego le dedicaron interminables horas los dos hermanos, aunque no tanto como las dedicadas al futbol, al que después empezaron a jugar en diversos torneos, ya en el once contra once y dentro de ligas bien organizadas.

Si no los separaban los límites de cada categoría y les tocaba jugar juntos, el problema fue siempre la incapacidad de Vinicio para ver a su hermano como un jugador más, para no insistir en exigirle por encima de lo que les exigía a los demás compañeros. A tal grado que al cumplir catorce años, cuando en el torneo interno del Club Asturiano ambos jugaban con el Sueve, harto de las constantes indicaciones y de los regaños de su hermano mayor, Mauricio decidió cambiar de equipo, irse al Laviana y convertirse en adversario de Vinicio cuando les tocaba jugar en la misma categoría.

Al pensar en el Sueve y en esa época en la que los dos hermanos jugaron juntos, para Vinicio era ineludible acordarse de aquella anécdota con su papá, ferviente seguidor suyo en sus afanes futboleros, en ese ajetreado lapso durante el cual conjugaba sus participaciones en el torneo del Asturiano con las de la Liga Interclubes, mientras se lo permitía su intento formal de convertirse en futbolista profesional por la vía del Cruz Azul.

Un poco antes, cuando Vinicio estaba por cumplir quince años, apenas con ocho meses de haber llegado a vivir al Distrito Federal, les tocó a él y a Mauricio realizar un viaje a Cuautla con el Sueve (de ida y vuelta en el mismo día), para jugar contra un equipo de dicho lugar y de la misma categoría, con jugadores de entre catorce y dieciséis años.

Un partido tan mal organizado, que a punto de iniciarlo, en una cancha de tierra rodeada por gradas en aparente proceso de extinción, sendos contendientes descubrieron que faltaba un pequeño detalle: el árbitro.

Cuando los respectivos entrenadores discutían sobre el asunto en la búsqueda de alguna solución, el padre de Vinicio se ofreció a fungir como silbante, la idea fue bien recibida y aceptada por ambas partes, en unos cuantos minutos le consiguieron un silbato, y así don Vinicio debutó como empírico árbitro a los cuarenta y dos años de edad.

Aunque al preocupado hijo mayor le pareció excelente el arbitraje de su papá, quién sabe por qué ni cómo pero el caso fue que el inolvidable partido “amistoso” terminó en bronca tras el polémico

triunfo de la escuadra visitante.

Imposible olvidar esa fugaz trayectoria como nazareno recorrida por su padre, como tampoco olvidaría nunca ese gesto de Mauricio unos meses después: el de haberse desmarcado de él para jugar en otro equipo, para recorrer su propio camino futbolero sin hermano alguno que lo atosigara.

Fue ese un aprendizaje importante para Vinicio. A partir de entonces aprendió a ser más tolerante con los demás, a entenderlos y aceptarlos con sus virtudes y sus defectos. Dentro y fuera del futbol dejó de juzgar al prójimo y lo asumió con sus particulares características y limitaciones, como él mismo debía tolerar las propias y lidiar con ellas.

Para que a él le respetaran su forma de ser, sus ideas, sus opiniones, su manera de actuar y de percibir las cosas, el requisito primordial era que él mismo respetara todo eso en los demás.

Avanzado en su madurez llegó a entender a la perfección, por ejemplo, que en sus actuales labores como escritor era imposible aspirar a una prosa y a un manejo del lenguaje como los de Javier Marías o Juan Villoro, por remitirse a dos de los escritores en castellano que más valoraba.

Lo importante era encontrar el propio estilo y desarrollarlo, pulirlo lo mejor posible de acuerdo a su grado de conocimiento del lenguaje, a su propia percepción de la vida y sus circunstancias, a su particular visión sobre los diversos temas.

Si cada cabeza es un mundo, debía explorar el suyo al máximo de sus alcances como escritor, sin ambages ni cortapisas, con alegría y desparpajo.

Era necesario tratar de escribir con decoro, pero sin detenerse tanto a pensar cómo “debe escribirse” y escribiendo como le naciera y según lo que sintiera al momento de elegir cada palabra, que en su caso no quedaba impresa en papel sino plasmada en su teléfono celular, costumbre adquirida desde su primera novela.

No se trataba de apantallar a nadie o pretender hacerlo con un lenguaje rebuscado, plagado de florituras o de palabras rimbombantes que obligaran al lector a recurrir con frecuencia al diccionario. No era la intención empeñarse en exhibir y demostrar un amplio vocabulario, un profundo dominio del idioma español o una elevada capacidad para recurrir una y otra vez a las embellecedoras metáforas. Lo indispensable, el objetivo primordial, era conectarse con la mayoría de sus potenciales lectores y para ello se requería un lenguaje sencillo, directo, accesible.

Había leído mucho y disfrutado esas lecturas, que además le sirvieron para confirmar que no se requerían los niveles de Borges o de García Márquez para convertirse en un escritor exitoso. Incluso

novelas que él consideraba de mediana calidad, sin grandes méritos literarios, se convertían en *bestsellers* y eran promovidas por casas editoriales de supuesto prestigio. En muchos casos, novelas de autores que en algún momento sí habían escrito algo bueno y después seguían viviendo de esa obra y escribiendo cualquier cosa a sabiendas de que sería consumida aunque su valor literario fuera cuestionable.

Con todo lo abrevado como lector y lo vertido en sus tres libros, se sabía Vinicio capaz de escribir algo mejor que varias de esas novelas tan exitosas que había leído. Sólo era cuestión de encontrar el tema y enfrentarse otra vez a la página en blanco para mancillarle esa blancura de la mejor forma a su alcance.

En algún punto de sus reflexiones se había producido el venturoso clic en su cerebro cuando experimentó esa especie de revelación y vio con claridad que dos tragedias tan distintas, la de finales de 2016 y la del inicio de 2020, que parecían haber cancelado cualquier posibilidad de volver a ser feliz, ya asimiladas y digeridas, podían servir como catalizadoras, ser aprovechadas como plataformas de lanzamiento hacia las alturas, catapultarlo hacia otra dimensión como escritor al encontrar el tema propicio para desplegar al máximo sus dotes literarias, cualesquiera que éstas fueran.

En reiteradas ocasiones había platicado con algunos de sus colegas de Literatos Laterales sobre esa vieja tesis del escritor atormentado cuya vida de sufrimiento propicia la gran obra.

El desequilibrio interno, la incomodidad con el entorno, la sensación de ser incomprendido, el sentimiento de rechazo, la incertidumbre, las pérdidas, las dudas existenciales, la infelicidad, la tristeza, la turbulencia interior, como terapéuticos arcos ansiosos por disparar la liberadora flecha de la imaginación, del acto creativo.

Se le había ocurrido que a partir de su propio dolor podía generar la magna novela, y lo había logrado con creces.

# XXVI

El martes, el miércoles, el jueves y el viernes posteriores a la desaparición, Luciano se encargó de peinar la zona del Ajusco por la que Ponchelo y Vinicio acostumbraban transitar una vez a la semana, acompañados por él cada cuatro o cinco.

Recorrió los múltiples atajos de las diversas veredas, subió en esas tres ocasiones al elevado lugar donde siempre terminaban las caminatas de los jueves, y desde esa explanada contempló y escudriñó el panorama, se asomó hacia abajo con el temor de ver algún rastro de su amigo, de toparse con algún cuerpo entre las abundantes rocas del impresionante precipicio.

En cada uno de esos recorridos le preguntó por Ponchelo a cuanta persona se topó, pero la mayoría le respondió que no sabía de quién hablaba; y los pocos que sí aseguraron conocerlo dijeron no haberlo visto.

Sólo uno le comentó que la semana anterior sí vio al otro, al que casi siempre lo acompañaba, al "cuate ese fornido, con su camisetita siempre apretada, medio mamón para correr", a quien ese día se lo cruzó mientras subía.

–Ese es Vinicio, pero, o sea, ¿él venía bajando y tú subiendo?

–Sí, y como que él bajando más aprisa que de costumbre, o sería porque venía solo.

–¿Más aprisa?

–Sí, mucho más rápido que cuando bajaba con su amigo, y con la mano en el abdomen, como le haces cuando empieza a dolerte en esa parte por el cansancio.

–¿Y qué día fue eso?

–No me acuerdo si el miércoles o el viernes, que son los dos días que yo siempre vengo.

Según recordaba Luciano, sólo una vez estuvieron los cuatro amigos juntos en esa explanada, al borde del elevado promontorio, un poco después de iniciado el noviazgo entre Graciela y Vinicio.

En un incomprensible estado de euforia parecían haber entrado los otros tres con respecto a ese tema, porque con esa estrenada relación no sólo se veían felices los flamantes novios, sino también Ponchelo, aunque no sabía Luciano si era algo genuino o una simple pose para ocultar su molestia por dejar escapar a una candidata bastante mejor que todas las novias que había tenido; aunque también era indudable

que su amigo nunca mostró el menor interés por aprovechar la disposición de ella desde el inicio, cuando los tres la conocieron en la fiesta de graduación de la prepa.

Tan contento como la pareja parecía estar Ponchelo, y fue él quien propuso aquel miércoles que al día siguiente los acompañara Grace en la caminata habitual de los jueves, y como a ella le encantó la idea, enseguida surgió la sugerencia de Vinicio de hacer de esa experiencia algo especial, y entre los cuatro decidieron que dicha excursión la convertirían en un día de campo, que llevarían algo de botana, queso, sándwiches, unas cocas, suficiente cerveza y una botella de vino para convivir como nunca lo habían hecho en plena explanada, en ese lugar cuyo panorama tanto le presumían a Graciela.

Luciano recordaba que en aquella ocasión los cuatro iniciaron el ascenso más temprano que de costumbre, que lo habían realizado con toda la calma del mundo por las cosas que cargaban y para disfrutar más el recorrido, y sobre todo recordaba lo impresionada que se mostró Graciela al llegar hasta esa cumbre y constatar el maravilloso paisaje que desde ahí se contemplaba.

–Está increíble, no entiendo por qué no me habían invitado desde antes.

–Es cierto, Ponche, no sé por qué no se nos había ocurrido.

–Sí, Vini, como que nos tardamos, pero bueno, ahora que ya es de la familia esperemos que venga más seguido.

–Por mí, que sea cada semana.

–Por mí también, claro.

–No, no tanto, pero sí apúntenme para una vez al mes.

Eso recordaba Luciano que habían comentado Graciela, Ponchelo y Vinicio, entre lo mucho que platicaron mientras tomaban vino o cerveza, y también las precauciones debidas para no acercarse a la orilla, y disfrutaban de aquel pícnic que nunca se repitió, o por lo menos no con él incluido.

Seguía pensando en la única vez que vio a Graciela y a Vinicio en ausencia de Ponchelo, cuando los visitó para platicar sobre la desaparición de su amigo, cuando la actitud del pinche Vini le pareció tan sospechosa, sobre todo al mostrarse tan indignado por la pregunta de Luciano sobre por qué no traía puesto ese anillo de graduación de prepa que nunca se había quitado desde que la terminaron, desde aquella inolvidable fiesta.

Apostaría cualquier cosa a que Vinicio sabía sobre el asunto de Ponchelo mucho más de lo que decía. El problema era descubrir qué y cómo probarlo sin necesidad de volver a ver a su examigo.

# XXVII

Con respecto a su novela era casi unánime el diagnóstico positivo, y en la mayoría de los casos entusiasta.

A Vinicio le daba risa pensar en esas tres casas editoriales que la rechazaron, con la ironía implícita en sendos comunicados de cuatro o cinco párrafos mal escritos, ambiguos, con pobre sintaxis y hasta con errores ortográficos.

Se imaginaba lo arrepentidos que ahora estarían esos "expertos" que no le veían posibilidades a su obra, al saber de su inédito impacto y de las pingües ganancias que le producían a la empresa editora que sí creyó en su novela.

Aunque lo sabía desde la experiencia vivida con sus anteriores libros, seguía sorprendiéndole el bajo nivel de quienes en algunas editoriales de cierto prestigio se encargan de decidir si vale o no la pena publicar determinadas novelas, si los diversos textos cuentan o no con los suficientes méritos literarios como para apostarles a los distintos proyectos.

Como sí confió en éste su actual casa editora, su apuesta había sido ambiciosa desde el inicio, con cinco mil ejemplares en la primera edición y cientos de miles en las siguientes; porque su novela había logrado un éxito abrumador, que se veía reflejado en las diferentes reseñas y críticas.

Al margen de la simpática puya de sus amigos escritores del grupo de Literatos Laterales, recordaba pocos comentarios negativos sobre *Andanadas Pictóricas*.

Uno de esos no le preocupaba nada, porque provenía del tarado de Armando Mancino, ese amargado crítico literario que siempre destrozó cuanto libro publicó Vinicio, y que de hecho le sirvió para perfilar al personaje del Morocho Picana, el eterno adversario de Fabrizio, y también empeñado en menospreciar la obra de los demás en lugar de generar la propia.

Desde *Goliat el intrascendente*, que en su momento recibió tantas críticas favorables como desfavorables, resultó notoria la animadversión del pinche Mancino, que no le reconocía ningún valor a esa primera obra de Vinicio, como tampoco le reconoció algo bueno a *Los Pequeños Delitos* y ni siquiera a sus *Ambigüedades Mexicanas*, ensayo poético muy bien recibido por la mayoría de los críticos.

Por eso lo de Mancino ni lo tomaba en cuenta, y sólo disfrutaba al

imaginar lo ardido que se sentiría con la multitudinaria aceptación de la que gozaba su revolucionaria novela, aclamada por doquier, incluso en rincones del planeta de cuya existencia no tenía Vinicio, hasta entonces, la menor idea.

Tampoco le interesaba gran cosa un comentario un tanto prepotente de una escritora rusa, una tal Mirna Minkot, de *Autoras Anónimas,* quien aseguró que no le otorgarían el Nobel por ser tan joven y no contar con una vasta obra.

Al acordarse de ella era inevitable pensar en uno de los maravillosos personajes de *A Confederacy of Dunces (La Conjura de los Necios*), y de hecho suponía Vinicio que lo de "Mirna Minkot" era un simple seudónimo para no usar directamente el de "Myrna Minkoff".

También resultaba obligado que al pensar en eso le viniera a la mente esa otra Mirna a la que nunca conoció Vinicio, la última novia de Ponche el padrote, esa chava muy parecida a Chela en todo, según Luciano. Tal vez valdría la pena buscarla algún día, para ver si eso era cierto, y si siete años después seguían siendo tan parecidas como decía el otro. Habría que apuntarlo entre los pendientes en su nueva vida, pero por lo pronto era contundente su conclusión con respecto a la ridícula Minkot. Lejos de resultarle molesto, le parecía risible ese comentario de la escritora rusa (de quien por supuesto no había leído ni pensaba leer nada), porque a través de fuentes fidedignas Vinicio comprobó que lo ahí mencionado no era cierto, y que la ilustre gente del Nobel *sí* había hecho algunas excepciones y también la haría con él, en el sentido de entregarle el premio a pesar de su "juventud" y sólo por su exitosa y vanguardista novela.

También había criticado su novela Plutarco Goicoechea, el pendejo de Pluto, ese excompañero de La Salle con el que siempre se llevó mal y que ahora se las daba de conocedor en materia de literatura, después de escribir dos novelitas cursis que resultaron un rotundo fracaso.

Pluto era el típico ratón de biblioteca, el nerd del salón, malísimo para los deportes, lambiscón con los maestros, sobre todo con la profesora Island, a quien muy seguido se acercaba para intercambiar opiniones, según él, sobre las novelas que ambos habían leído.

Nunca superó Pluto, ni la superaría por el resto de su vida, esa tremenda frustración que le causó la nula reacción de los críticos hacia sus novelas, que en términos generales fueron ignoradas, leídas tal vez por sus hermanos, porque ni siquiera sus papás vivieron lo suficiente como para incrementar el magro número de lectores, que cuando mucho llegó a treinta.

Era notorio el coraje que el pobre Pluto sentía por el éxito de Vinicio como auténtico escritor, aunque de hecho su crítica a la novela ni siquiera había sido tan fuerte, no tanto en plan de denostarla, sino tratando de minimizarla para que no se le notara la

envidia que sentía.

Había dicho que no logró leerla completa porque tenía partes algo tediosas, y que no entendía tanto boato para una historia tan simple, ni por qué la gente estaba tan entusiasmada con ese libro; y de paso se atrevió a criticar "los paupérrimos parámetros de calidad de algunas editoriales", o algo así.

Una más había sido la de otro idiota cuyo nombre no recordaba, quien había dicho que no le gustaba que la novela fuera de un solo tema, algo que a Vinicio le hizo pensar en una extensa plática que tuvo con Grace mucho antes de convertirse en Chela y de publicar él su primer libro.

No le afectaban esas críticas ni algunos otros comentarios no del todo buenos respecto a su novela, porque por cada uno de ellos había veinte positivos.

Tal vez la única reseña que le incomodó un poco fue la de Juana Archer, una escritora chilena a la que admiraba y con quien coincidió en una Feria del Libro de Guadalajara, ocasión que Vinicio aprovechó para decirle que su prosa le encantaba y que había leído cuatro de sus novelas, todas muy entretenidas, empezando por las de *El Criminólogo Higiénico* y *La Residencia de las Almas*.

Por eso le había decepcionado el comentario de ella al referirse a sus *Andanadas Pictóricas*, porque le pareció un tanto tendencioso, con cierto tufo de "tristeza por el bien ajeno", quién sabe si contaminada por los oscuros intereses de su propia casa editora, reconocida rival de la que publicó el exitoso libro de Vinicio. En primera instancia se le indigestó ese ramplón análisis de su novela, pero después le quedó como consuelo que por lo menos dicho comentario ella lo hubiera cerrado con algo así como que la historia valía la pena a pesar de sus defectos.

En realidad, Vinicio debía agradecer la enorme cantidad de comentarios elogiosos de parte de tantos periódicos y revistas literarias, y de colegas escritores no sólo mexicanos sino también de otros lares, incluso las de un italiano y un estadounidense de quienes se sabía que eran otros dos de los cinco finalistas aspirantes al Nobel.

El italiano, Patrizio Giunchetti, había escrito que la novela de Vinicio era "imperdible, deliciosa, estrujante, plena de maravillas desde el principio hasta el final". Y había otros elogios similares de diversas personalidades del mundo de la literatura; por ejemplo el de Sara Wizard, destacada escritora portuguesa, o el de uno de los principales editores de *Letras sin Fronteras*, reconocida revista literaria de Francia:

> He aquí la novela por excelencia, la lectura obligada del año: el artista Fabrizio de la Mora y su creador Vinicio de Martín

surgen de las sombras y, por sí solos y de la manera más deslumbrante posible, devuelven a México esa estatura de potencia literaria y creativa que ya no había sido la suya desde el siglo pasado.

O el entrañable elogio de Scherezada Mushdie, escritora palestina de reconocido prestigio a nivel mundial; o lo que escribió Louise Punitzer, la famosa periodista estadounidense amante de los adjetivos: "Simplemente sorprendente, asombrosa, maravillosa. Ésta es por mucho la novela más convincente del siglo".

A Vinicio le enorgullecía el impacto que en el público femenino había tenido su novela y agradecía también lo que dijo sobre ella su maestra de la prepa, y otro comentario escrito por Jennifer Collins, a quien no conocía y de quien no había logrado averiguar todavía si era o no la misma Jenny de la que una vez le habló su amigo el poeta de nombre raro. Aunque suponía que sí, porque su nombre aparecía vinculado a un sitio llamado "La ventana de Carolina", o algo así.

Le sorprendió la magnitud de la respuesta a su grandioso cuarto libro de parte de lectores y especialistas, porque desde el momento de acabar de escribirlo lo había dejado satisfecho, pero no tan optimista como para imaginar que provocaría todo eso, que se vendería a ese nivel, que sería traducido al inglés, al francés, al italiano, al alemán (y tenía entendido que también al árabe), y que en el afán de adquirirlo se formarían esas largas filas en Monterrey, en México, Guadalajara, Buenos Aires, Barcelona, París y Roma.

A esas tres ciudades mexicanas asistió para las respectivas presentaciones de su novela y para cumplir con esa misma tarea le había tocado conocer dentro del territorio nacional algunos hermosos lugares y otros con su muy particular encanto, como Tuxtla Gutiérrez, Xalapa, Monclova, Piedras Negras y Zacatecas. Y además tuvo el privilegio de viajar a la capital argentina y a la italiana, ciudades que así logró conocer y que de otra forma hubieran estado fuera de su panorama, lejos de su alcance.

En unas cuantas semanas, conforme se incrementaba el revuelo producido por su tercera novela, su vida, su mundo y su rutina habían cambiado por completo. De ser más o menos reconocido en el ámbito regiomontano, brincó a la fama y al prestigio nacional e internacional, lo que ya significaba un sorpresivo logro en sí mismo; y, sin embargo, todo alcanzaría otra dimensión incalculable con la obtención del Premio Nobel.

Le parecía increíble que algunos insistieran en que no podía entregársele ese premio a un escritor tan joven. Cualquiera que investigara un poco sabría, por ejemplo, que al británico Rudyard

Kipling se le otorgó unos días antes de cumplir sus cuarenta y dos años en 1907, a pesar de no contar con una vasta obra, como tantos decían que se requería, y con *El libro de la selva* como lo más reconocido, inferior en calidad con respecto a sus *Andanadas Pictóricas,* a pesar de lo entretenidas que, sobre todo para los niños, resultaban las aventuras de Mowgli. Así como tampoco el poema emblemático de Kipling, "If", podía competir con los mejores versos de las *Ambigüedades Mexicanas* de Vinicio, modestia aparte.

Por eso prefería ignorar ese tipo de comentarios, y mejor pensar en el discurso de diciembre al recibir el premio, allá en Estocolmo, en el histórico recinto de la Academia Sueca; obligatorio discurso de aceptación en el que, al llegar a la parte de los agradecimientos, empezaría con su padre y con su hermano Mauricio, como figuras primordiales en su vida, a manera de homenaje póstumo, y por supuesto seguiría con su mamá, que estaría presente en el evento, para después mencionar algo de Tere, su hermana, y probablemente referirse también a su maestra Rosario Island por la influencia que tuvo en él como lector y, en consecuencia, como escritor.

Para terminar ese importante discurso no sabía si mencionaría a sus hijos, porque Vinicio y Begoña estaban muy chicos como para enterarse y entender lo que eso significaría, ya no digamos Ponchillo, pero de cualquier forma podría hacerlo para dejar la debida constancia en ese discurso que sería tan escuchado y difundido en el mundo entero.

Se rehusaría, eso sí, a dirigirse a la audiencia como "estimades compañeres", o a decirles a los presentes "agradezco a todes", o a manifestarles algo así como "me da gusto verles reunides en este recinto", por más que algunas y algunos de sus compañeras y compañeros escritores y escritoras le hubieran entrado con alegría a esas ridiculeces del "lenguaje inclusivo".

Al reflexionar sobre todo eso, le parecía una bienvenida ironía que su consagración se hubiera dado por el camino de las letras y no del futbol, como durante muchos años pretendió que sucediera.

Desde niño soñó con llegar a ser futbolista profesional, debutar en Primera División y convertirse en una figura que tratara de emular en la medida de lo posible a Diego Armando Maradona, su máximo ídolo desde que en 1986, cuando Vinicio acababa de cumplir nueve años de edad, había ganado con la Selección de Argentina la Copa del Mundo, y cuya muerte tanto le había dolido hacía casi tres años. Aunque le parecía que Lionel Messi era el mejor jugador en la historia del futbol, para él Maradona seguiría ocupando siempre un sitio especial.

Ahora, sin embargo, Vinicio estaría, por lo menos, a la altura de otro gran personaje que nada tenía que ver con balones, ni patadas, ni goles; el escritor al que tanta gente decía que admiraba aunque no lo

leyera como debería hacerlo, el bien llamado “regiomontano universal”.

Si así era reconocido Alfonso Reyes, ¿cómo lo sería él a partir del Nobel y considerando esa misma condición de oriundo de la industrial Sultana del Norte?

Para como pintaban las cosas, de seguro le tocaría saberlo en vida, para después disfrutar de la fama, seguir escribiendo y acostumbrarse a vivir en privilegiadas condiciones.

No había decidido aún si su siguiente proyecto sería una secuela de *Andanadas Pictóricas,* para capitalizar al máximo el impacto que había tenido. Una idea seductora en el renglón económico porque una novela así garantizaría generosas ganancias y, además, en ese caso la posible trama también le atraía, con un Fabrizio famoso pero no por los motivos que siempre pensó que podrían convertirlo en celebridad.

También estaba la posibilidad de volver a cambiar de giro, mantenerse en el género de la novela pero con una historia de amor, o con algo más introspectivo, más reflexivo y menos lúgubre o de suspenso.

No descartaba la posibilidad de revivir alguno de sus proyectos inconclusos, de buscar la forma de continuar con *El Asesino hipocondríaco,* o con *Los Gramáfagos de la cumbre*; o con el de *Yo Conmigo*, que le representaba un mayor reto como escritor.

No quería llegar a ser catalogado como el amo de la novela trágica o de intriga, como ya empezaban a pretender clasificarlo algunos críticos, tras el alboroto causado por sus *Andanadas Pictóricas*.

Como su nuevo estatus sería el de nivel de Premio Nobel, necesitaba que el legado de su obra fuera más universal, que cubriera todos los gustos, tan variados entre los cientos de millones de lectores en todo el mundo.

Tenía que ofrecerles algo distinto, y entre otras ideas empezó a elucubrar sobre una historia futurista ubicada en el año 2085, las andanzas y vicisitudes de un intenso amor, pero inconcluso, de una relación heterosexual apasionada que no podía cristalizar porque era repudiada y prohibida en una sociedad en la que sólo se permitían matrimonios entre personas del mismo sexo.

Cuando un hombre y una mujer se enamoraban entre sí, o sentían una irresistible atracción física y recíproca, debían verse a escondidas, establecer una interacción clandestina, porque esa clase de relación no sólo era rechazada y mal vista por la sociedad entera, sino además castigada legalmente, penalizada con rigor carcelario.

Las parejas del mismo sexo sí podían casarse y tenían derecho a un hijo, o, cuando mucho, a un segundo si por algún motivo el primero nacía con la comprobada imposibilidad de reproducirse.

Si la pareja era de mujeres, podían optar por el embarazo de una

de ellas, para lo cual utilizaban el líquido seminal y los espermatozoides seleccionados entre los mejores hombres según los parámetros de la época; y cuando las parejas eran masculinas se usaban óvulos de las mejores mujeres para que fueran fecundados in vitro por espermatozoides de cualquiera de los integrantes de esa pareja, o de ambos.

Incluso para los matrimonios que por cualquier motivo no pudieran procrear por esas vías, se contaba con la posibilidad de recurrir a esa fecundación in vitro sin que en ella intervinieran óvulos, ni úteros, ni líquido seminal ni espermatozoides de los involucrados, algo que contribuía a "la elevación de la raza", como se referían a ese procedimiento las autoridades de esa sociedad futura. Así, con el máximo por pareja de un hijo con potencial de reproducción, se pretendía invertir la peligrosa tendencia de crecimiento desmedido de la población.

Tal vez metería Vinicio, como argumento para sustentar esa especie de distopía, una mezcla del cambio cultural y una alteración cromosómica que había llevado a la humanidad a inhibir la procreación como mecanismo de defensa contra la amenazante sobrepoblación, a su vez perfilada sesenta años antes como inesperado rebote por lo sucedido en varios países europeos cuyos habitantes decidieron en su mayoría, desde principios del siglo XXI, dejar de tener hijos.

No sabía si la idea sonaba un tanto mafufa, pero en realidad eso sería lo de menos, porque estaba seguro de la avidez con que de hoy en adelante los lectores devorarían cualquier cosa que él escribiera.

A diferencia de lo que sucedía con tantos escritores reconocidos, él no se conformaría con eso, con escribir cualquier cosa para seguir vendiendo cientos de miles de libros, o millones de ejemplares, sólo por el sorprendente éxito que había tenido con el más reciente.

Si estaba por convertirse en un escritor "categoría Nobel", de ese nivel tendría que ser su siguiente novela, futurista o no.

# XXVIII

Aquella nota encontrada en la guantera del coche de Ponchelo, como a las tres semanas de su desaparición, causó desconcierto entre los investigadores del caso, según supo Luciano unos meses después. En una pequeña hoja blanca, doblada a la mitad, estaba escrita la siguiente frase: “No tan juntos como yo quisiera”.

Tras analizar la nota, una grafóloga estableció que ésta no había sido escrita por Ponchelo, sino por alguna mujer.

Una frágil pista que en principio no los llevó a ningún lado, y a cuyos detalles Luciano tuvo acceso cuando se dio por agotada esa difusa línea de investigación, después de comparar dicha letra, según le informaron sus amigos Joaquín y Javier, con la de algunas de las exnovias de Ponchelo a las que lograron localizar, ninguna de ellas con un tipo de escritura que coincidiera con el de esa nota, de acuerdo a las pruebas realizadas por esa grafóloga dizque muy chingona.

Luciano sabía que esa frase, entre trillada y cursi, pudo haberla escrito cualquiera de las anteriores novias de Ponchelo, tal vez la propia Mirna, aunque la hubiera descartado esa grafóloga, ya que la mayoría de las efímeras parejas de su amigo solía caer en esa misma cantaleta de “nomás me quieres para divertirte un rato, pero se ve que contigo no puede haber algo serio”.

Unas semanas después Luciano logró sacarle una foto a esa nota que sus amigos de la procuraduría habían archivado. Por si más adelante se le ofrecía comparar esa letra con la de cualquier amiga o exnovia de Ponchelo que se topara.

Le parecía increíble la facilidad que tenía Ponche para ligarse a cuanta vieja se le atravesaba.

Siempre había reconocido Luciano que él era el menos atractivo de los tres amigos, o tal vez el único, para expresarlo con mayor precisión y sinceridad, que en lo referente al aspecto físico no contaba con atractivo alguno.

Medía un metro con setenta y cinco centímetros, tres o cuatro menos que Ponchelo y Vini, cuya estatura lucía similar. Desde que se conocieron, el más delgado de los tres había sido Ponchelo, Vinicio el más fornido y Luciano con mayor tendencia a subir de peso, proclividad que se convirtió en preocupante realidad, al grado de ubicarlo desde hacía varios años en esa categoría de los obesos cada vez más nutrida, por mal nutrida, en la República Mexicana.

Al momento de esfumarse, Ponchelo conservaba una condición física tan envidiable como la de sus mejores tiempos, y aunque a Luciano le molestaba reconocerlo, también el pendejo de Vinicio mantenía en la actualidad un magnífico aspecto a sus cuarenta y seis años. En ambos casos, porque no le fallaban a sus caminatas de los jueves y a sus respectivas visitas al gimnasio por lo menos otras dos veces a la semana.

Sin considerarse feo, Luciano sabía que su rostro era de esos que pasan inadvertidos, sin encanto alguno, a diferencia de los bien delineados rasgos de Vinicio, de nariz fina y respingada, labios delgados, dentadura perfecta, ojos claros con un ligero tono verdoso, frente chica y cabellera tupida, todavía sin esas entradas que siete años antes ya se veían en Ponchelo, quien, a pesar de eso, de las abundantes canas (desde sus treinta y tantos años), de su cara alargada y de esa nariz cuya sutil curvatura se empeñaba en disfrazarla de aguileña, resultaba en su conjunto más atractivo que Vinicio, como en tantas ocasiones había quedado de manifiesto con la evidente reacción de las mujeres al conocerlos a ambos.

Incluso en Graciela, guapísima y buenísima, había creído detectar Luciano esa predilección por Ponchelo, aunque a final de cuentas hubiera sido Vinicio quien se quedara con ella, tal vez porque Grace decidió tomar la segunda opción al ver como un sueño imposible la primera.

Algo que sólo las mujeres parecían percibir a la perfección, algo que iba más allá de la simple calificación que en el renglón estético se le otorgara a cada rasgo, hacía de Ponchelo un hombre si no más atractivo en la percepción de ellos, sí más apetecible para ellas.

Sobre las facciones estilizadas de Vinicio se imponía el empaque del semblante en la afilada cara de Ponchelo, sobre la dentadura perfecta prevalecía la sonrisa cautivadora, sobre la musculatura el porte, sobre los ojos grandes y aceitunados, la mirada expresiva, penetrante, inteligente.

Esos atributos y el carisma de su amigo ocupaban un lugar especial en la memoria de Luciano, a pesar de la paulatina difuminación de esas imágenes; tan abrupta y repentina en el caso del Ponchelo de carne y hueso.

El tema es entretenido, la prosa es buena y la novela es aceptable, pero no entiendo por qué el autor no se sale de ese mundito tan reducido, por qué no nos cuenta algo más alrededor de ese único tema, como si más allá del pintor y sus circunstancias no sucediera nada.

Anelli Dixit
*Baúl Uruguayo*

Como si hubiera compartido prolongadas tertulias con Edgar Allan Poe y Georges Simenon, tanto en la trama como en la forma de desmenuzarla el autor se ubica a medio camino entre la genial truculencia del primero y la cristalina sencillez del segundo.

Karen Kalzenbach
*Letter's Magazine*

*Questo è un imperdibile racconto, delizioso, struggente, pieno di meraviglie dall'inizio alla fine*.

Patrizio Giunchetti
*Scrittura Italica*

# XXIX

Su magna novela llevaba implícita una buena dosis de su personalidad, de su percepción sobre asuntos fundamentales, de lo que pensaba con respecto a la veleidosa sociedad de moral ambivalente, a la contaminada política y a la religión intrínsecamente dogmatizada.

A través de sus diversos personajes, Vinicio ponía de manifiesto su propia indignación ante la impunidad de la que gozaba la corrupción, ante la lacerante pobreza y la injusta distribución de la riqueza.

Ahí plasmaba su añeja convicción de que en el origen de los grandes problemas estaba siempre el bajo nivel educativo, y además en Fabrizio volcaba una parte sustancial de sus propias inquietudes y reclamos ante el pobre manejo del lenguaje y la endeble comunicación entre la mayoría de la gente, pobreza comunicativa y de expresión que tanto deploraba Vinicio, y que, sobre todo, le parecía inaceptable cuando provenía de supuestos profesionales del micrófono, empezando por los comentaristas deportivos de la radio y la televisión.

Aunque a diferencia de él su protagonista no era aficionado al futbol y de hecho lo menospreciaba como el simple circo que al pueblo se le ofrecía para olvidarse de la falta de pan, en un pasaje de la novela Vinicio de Martín utilizó a Fabrizio de la Mora para desahogar en la ficción lo que tanto le molestaba en la vida real.

Aunque cayó en una evidente inconsistencia cronológica que ninguno de los críticos le señaló (quién sabe si porque no la detectaron o porque nadie consideró importante señalarla) a través del pintor michoacano el escritor regiomontano se explayó y profundizó en la catilinaria contra los comentaristas de futbol, contra sus imperdonables deficiencias para comunicarse, su pobreza de lenguaje, la sintaxis inconsistente y arbitraria, las recurrentes incongruencias, las desagradables cacofonías e innecesarias reiteraciones.

Un Fabrizio encendido y persuasivo, cuya elocuencia crecía después de tres o cuatro copas, al final de una de sus disertaciones sobre dicho tema así redondeó el discurso ante sus amigos y colegas en una de sus maratónicas convivencias de fin de semana:

–Para ellos, todos los jugadores que cojean lo hacen "visiblemente", casi siempre son “dolorosas” las derrotas, los goles en contra caen “como baldes de agua fría”, el futbol de

algunos equipos va "creciendo como la espuma", y es muy importante estar atento en cada jugada porque "camarón que se duerme se lo lleva la corriente".

» Además, a cada rato, por poner sólo algunos ejemplos, dicen "de alguna u otra manera", sin entender que "alguna" ya indica indeterminación y por lo tanto sale sobrando lo de "otra". O dicen "habemos varios que pensamos tal cosa", o "nadie somos perfectos ni dueños de la verdad", o "hubieron resultados inesperados", o "han habido partidos mejores que éste". Bien confundidos con las conjugaciones, con los géneros, con el "haber" como auxiliar y el "haber" de que algo hay.

» Para colmo de males, su incapacidad para generar y exponer conceptos propios los lleva a empecinarse en las frases hechas y trilladas, en los lugares comunes, como ese de "ahora están obligados a poner toda la carne en el asador porque van perdiendo", o "los buenos aficionados son los que apoyan a su equipo en las buenas pero sobre todo en las malas", o "en este partido lo importante es ganar y no importa cómo", cayendo una y otra vez en esa falsa disyuntiva, como si fuera necesario jugar mal para ampliar las probabilidades de triunfo.

» O como lo otro, cada vez más repetido, de que "el hubiera no existe, ni en el futbol ni en la vida". Claro que el "hubiera" existe, por lo menos en el diccionario. Lo que para nada existe, por favor, es el "habemos", pero esos ignorantes improvisados dizque comunicadores no lo entienden, y cada vez se ve peor el asunto con la proliferación de exfutbolistas devenidos en comentaristas, cuando, muchos de ellos, la mayoría, lo único que tenían para decir sobre futbol ya lo dijeron en la cancha.

Cualquier lector medianamente atento podía detectar ese anacronismo, el de un Fabrizio que criticaba a los comentaristas de futbol de las décadas de los setenta y los ochenta como si fueran los de la segunda y tercera del tercer milenio; pero ese garrafal error no lo notó Vinicio hasta que leyó con calma la versión de su novela ya impresa, cuando no había remedio alguno, y, sin embargo, resultó positivo el único aislado comentario que le tocó leer con respecto a ese tema, el de una peculiar revista de literatura y futbol a cuyo editor o vocero le pareció "genial el atrevimiento del autor para jugar con ese anacronismo", o algo así.

Fabrizio disfrutaba con fruición esas convivencias semanales, a veces desde la noche del viernes hasta el mediodía del domingo; pero también apreciaba sus espacios de soledad, y

gozaba con la contemplación, sobre todo de sí mismo.

En ese "grupo de la bohemia" departía con pintores de similar reconocimiento que él (es decir, casi nulo), pero también con un escultor encumbrado a nivel regional, con un coleccionista de libros valiosos y con tres o cuatro aspirantes a escritores que habían publicado algunos libros tal vez leídos solamente por ellos mismos.

Esos ocho o diez artistas, más o menos incomprendidos, radicaban en Morelia, aunque solamente seis eran michoacanos de nacimiento, tres morelianos, dos nativos de Uruapan y él como el único maravatiense.

Uno de esos morelianos era notoriamente el mayor del grupo, Álvaro Valdivia, el aclamado escultor que, a diferencia de los demás, sí vivía exclusivamente del arte que producía, el decano fundador alrededor del cual fue creciendo esa "Tertulia de Babel", como muy pronto la bautizaría él mismo, considerando esa variedad de actividades realizadas por sus distintos miembros; y, por supuesto, como provocativa autocrítica por las deficiencias que también ellos exhibían al momento de comunicarse o de intentar hacerlo.

Saliendo de la preparatoria, Fabrizio se las había ingeniado para hacerse el encontradizo con el maestro Valdivia, quien le interesaba por dos grandes motivos: porque sabía que podía conectarlo mejor que nadie con el arte y los principales artistas michoacanos, y porque era el papá de Mireya.

Lo había buscado con el pretexto de mostrarle su obra, y a partir de ahí encontró también un mayor acceso a Mire, con quien no había logrado convivir lo suficiente en los tres años de la prepa.

Con el tiempo, más allá de su convenenciero motivo inicial, para Fabrizio la figura de don Álvaro fue convirtiéndose en lo más parecido a la del padre que hubiera querido tener, diametralmente opuesta a la del verdadero con el que nunca se había entendido, el hombre autoritario, distante, conformista y mediocre, incapaz de salirse un ápice de su intrascendente rutina, pero también de entender y aceptar los sueños de los demás, empezando por los de su hijo.

En el maestro, en Álvaro Valdivia, encontraba todo cuanto podía desear de un amigo, de un hermano mayor o de un padre. Y gracias a él hallaba también la mejor forma de acercarse a la mujer que, según la visión de Fabrizio, estaba destinada a convertirse en el amor de su vida.

Como suele suceder con los protagonistas de las novelas, iluso éste al ignorar que su creador, atormentado en esos menesteres al momento de pergeñar esas líneas, tenía vislumbrada la suya como la historia de un amor fallido.

Además, estaba pendiente dónde acomodar, en la parte del desenlace o cerca del mismo, ese otro ingrediente previsto, el del acto brutal, contundente, que marcara la vida entera de Fabrizio de la Mora.

Un simple impulso instantáneo, un exabrupto prolongado o una obnubilación de unas cuantas horas, suficientes para borrar la nobleza exhibida y los méritos acumulados durante décadas o en toda una existencia.

A final de cuentas, con su pluma como demoledora herramienta, con sus indefensos personajes, Vinicio podía desquitarse a placer y así lo haría.

# XXX

Fueron escasas las oportunidades que Luciano tuvo para convivir con Ponchelo a solas; y la última de ellas la desperdició lamentablemente.

En uno de esos viajes a Cuernavaca que realizaron juntos, sin sospechar siquiera que no volverían a realizar otro, al regresar los cuatro al departamento de Santa Fe cuando empezaba a oscurecer, Graciela y Vinicio se despidieron al bajarse del coche, y Ponchelo lo invitó a subir, "para seguir platicando y echarnos el tequila que me trajiste la otra vez".

Encantado, aceptó Luciano la invitación, porque en Cuernavaca sólo se había tomado dos cervezas, porque se le antojaba ese tequila, porque sabía que no eran muchas las ocasiones que tenía disponibles para poder platicar con su amigo sin el otro metiche acaparador, y porque a final de cuentas se regresaría a su casa en Uber, utilizando esa aplicación en pleno auge y que tanto le sirvió desde que tuvo que vender su coche para seguir librándola.

Subieron, se instalaron en el sofá de la sala frente al televisor, Ponchelo sacó el tequila, la sangrita y los tequileros, pidió unas pizzas, puso en la mesita sendos platos con dos tipos distintos de papas y otros dos de cacahuates, empezaron a ver un intrascendente partido de futbol del Torneo de Copa MX, y después de botanear y cenar, ya bien entonados con los tequilas, la plática empezó a incursionar en terrenos más personales.

–Por cierto, Luchi, aquí entre nos, fíjate que ya traigo novia otra vez, desde hace casi dos semanas.

–¿Ah, sí? ¿Y ahora quién?

–Mirna, la del ajedrez, a la que ya conoces, con la que fuimos aquella vez a merendar después de un torneo en el que perdí la final por apendejarme con el alfil. ¿Te acuerdas?

–Claro, a toda madre Mirna, la que se parece un chingo a Grace, ¿no?

–¿Se te hace?

–Sí, no mames, igualita.

–Pues precisamente a Grace y a Vini no he querido decirles nada, porque siempre están chingue y chingue con que cambio de vieja muy seguido.

–Sí, ya me imagino, pero no te apures, que por mí no van a enterarse.

–Gracias, Luchi, ya sé que siempre cuento contigo.

–Claro que cuentas.

–Aunque tal vez no dure mucho con Mirna, porque ya de novios como que ha dejado de gustarme, como que se me antojaba más como amiga.

–Sí, te entiendo, como ya te había pasado otras veces, con otras novias.

–Así es. Pero bueno, ahora dime cómo vas tú con tus cosas.

–Pues qué te diré, ahorita la principal cosa es la tontita de Nita, a la que ya mandé a la chingada, o nos mandamos mutuamente.

–¿De plano?

–Sí, aunque me falta realizar bien los trámites del divorcio para que no me deje en la calle, como la loca de Lucre.

–Claro, pero para eso te conviene contar con un buen abogado. ¿Por qué no le dices a Víctor, que ya ves que empezó a meterse en eso y parece que ya ha resuelto algunos casos?

–No, no me late Víctor y no tengo lana para ningún buen abogado, pero conozco a unos cuates de la procuraduría que pueden ayudarme, y en eso ando.

–Pero no es lo mismo. Si quieres yo te aliviano con algo para que busques un abogado que de veras le sepa a esas cosas. Yo puedo recomendarte alguno.

–No, Ponche, te lo agradezco, pero ya me has ayudado mucho.

–Con gusto sigo ayudándote mientras se pueda, y ahí sigo apuntándotelo, no te apures.

Quién sabe si fueron las lágrimas que no logró contener, o el cansancio por el viaje a Cuernavaca, o algunas señales que había confundido, o el efecto que causaron los seis o siete tequilas al mezclarse con las anteriores cervezas, o la combinación de todas esas cosas, pero el caso es que a Luciano, con los ojos anegados en llanto, le faltaron las palabras y lo único que le nació fue colocar su mano extendida encima de la rodilla de Ponchelo, para después deslizarla hacia arriba hasta topar con la entrepierna.

La reacción de su amigo fue instantánea, como eléctrica, se incorporó atolondrado, y retomada la calma, después de seis o siete segundos de pausada respiración, se dirigió a él, sereno pero firme:

–¿Sabes qué, Luchi? Mejor te pido el Uber para que ya te vayas a descansar.

–Sí, mejor.

Fue esa la última vez que vio a Ponchelo, dos semanas y media antes de su desaparición; y tan avergonzado quedó con él que prefirió aislarse unos días, y para cuando se animó a enviarle un mensaje de WhatsApp para tratar de explicarle lo que había pasado, ya no recibió respuesta porque dicho mensaje ni siquiera aparecía como

“entregado”, y porque seguramente Ponche ya no podía responder nada ni hablar con nadie.

# XXXI

La cena navideña de 2006 era la que mejor grabada en la memoria tenía Vinicio, la que con más cariño recordaba por diversos motivos.

En primer lugar, porque fue la última en la que estuvo reunida toda la familia: su papá, su mamá, su hermana Tere y su esposo Luis con Güichito de bebé, su hermano Mau y Berthis que empezaban a andar de novios, y Graciela y él con apenas año y medio de haberse casado.

En segundo, porque además de Leonardo, su indispensable brazo derecho y empleado de confianza en Antigüedades y Cosas, y de Berenice, la novia de Leo, también estuvo su gran amigo y compadre, a quien en ese momento consideraba como otro hermano, Ponchelo, que en esa ocasión asistió con Rebe, su novia de turno.

Y en tercer lugar, porque Luciano se había casado a mediados de diciembre con Lucrecia (pinche boda tan aburrida), y como de su viaje de luna de miel regresaban en enero, no pudieron asistir a la casa de Vinicio en La Condesa, recién remodelada y con una sala-comedor cuya amplitud les permitió a esas trece personas estar cómodamente instaladas.

Como siempre sucedía en ese tipo de convivencias familiares, las almas de la fiesta fueron sus papás, por lo divertidos que resultaban, por lo que cada uno aportaba en la plática, por la forma en que se complementaban, se retroalimentaban, por lo contagioso de su vitalidad y su alegría, por todo lo que transmitían como pareja.

Él con su arrolladora inteligencia, su capacidad para hablar sobre cualquier tema y mostrarse informado en cada uno, su fino sentido del humor aderezado a veces con ese sarcasmo no siempre comprendido o con bromas no siempre bien recibidas, pero también con su bonhomía y su generosidad para disculparse cuando lo consideraba necesario, con su habilidad para adaptarse a las circunstancias de cualquier grupo; y como curioso ingrediente extra, ese hábito de nunca reír con sus propias bromas pero sí soltar con frecuencia la carcajada con las de los demás.

Y su mamá con su ejemplar disposición para sacarle a cada instante el mayor jugo posible, su aleccionadora mentalidad positiva, su elegancia y pulcritud para moverse y para expresarse, su simpatía natural, esa cualidad de escuchar a los demás con verdadera atención, con genuino interés, la rara costumbre de poder hablar de la gente sin

caer nunca en indiscreción alguna, y con su empeño en aprovechar cada momento para ser un poco más feliz y hacer más felices a los demás, sobre todo si se trataba de sus seres más queridos, todos los cuales ahí estábamos, en aquella memorable reunión.

Como pareja, el pleno entendimiento, la evidente comunión, la misma visión en temas fundamentales, el inspirador espíritu solidario, la permanente atención para el otro y la preocupación por su bienestar. Y como salto de calidad ese compartido sentido del humor que los hacía reírse juntos, contagiarse entre ellos de esa risa y terminar por contagiarlos a todos.

Ayudadas por Yolanda (la muchacha que llevaba veinticinco años trabajando en casa de sus papás, dos meses antes de que Vinicio cumpliera los cinco) su mamá y su hermana se encargaron de la suculenta cena de esa noche del 24 de diciembre: arroz con pasas y nueces, ensalada César, espagueti "al burro", cuernitos, bacalao, romeritos y pavo desmenuzado inmerso y bañado en un "greivi" que le daba un sabor inigualable.

Como siempre lo hacían, sus papás generaron el ambiente propicio para que todos se sintieran lo mejor posible y la pasaran como nunca lo habían hecho en Navidad alguna, porque la familia había crecido y en esa ocasión las nuevas integrantes le dieron un plus a esa convivencia.

Aunque sólo Grace se había incorporado al clan familiar en términos legales (y ya tenía desde entonces muy buena relación con Tere), fue magnífica la química establecida entre ambas y las otras tres chavas: Bertha, Rebeca y Berenice. O sea, Berthis, Rebe y Bere.

En su papel de mujeres casadas y mayores, Tere a punto de cumplir treinta y cuatro años y Graciela de veintiocho, su hermana y su esposa aconsejaban cariñosamente a Rebe y a Berthis, tal vez de unos veinticuatro y veintiuno; y entre las cuatro a Bere, la dulce y tímida niña de diecisiete años que desde entonces se veía destinada a convertirse en la mujer de Leo.

En reuniones como esas Vinicio encontraba un especial sentimiento de orgullo al percibir a Grace como la más guapa de todas, ya no digamos la más simpática, aunque fuera evidente que las demás también tenían sus encantos. Todo ello, por supuesto, sin meter en ese paquete a su mamá, que en aquel entonces, a sus cincuenta y tres años, seguía siendo una mujer hermosa en todos los sentidos, como todavía lo era en la actualidad, recién cumplidos sus sesenta y nueve.

Le encantaba la sonrisa de Norma, de su mamá, que ese día se veía más feliz y rozagante que de costumbre, como también lo estaba su papá, ambos participando en las distintas conversaciones y una y otra vez orientando la plática por los cauces adecuados. Siempre sabían qué temas convenía tocar y cuáles no, de acuerdo a quiénes estuvieran

interactuando en ellos.

Todos se deleitaron con la opípara cena y la abundante bebida. Su papá disfrutando sus tequilas, blancos por supuesto, siempre tan medido al tomarlos, sin perder nunca la compostura, lo que de cierta manera comprometía a los demás a mantenerse en esa tónica. Entrarle a las cervezas, al güisqui, a las cubas, al vino, al tequila o a lo que prefirieran, pero con la debida moderación para no descomponerse ni descomponer la armoniosa convivencia.

Entre la agradable dinámica generada por las mujeres y la facilidad con que sus papás propiciaban que todos se sintieran relajados y a gusto, Vinicio gozó viendo cómo la reunión fluía, cómo disfrutaban su hermana Tere y su marido Luis, cómo su futura cuñada Berthis estaba tan acoplada con Mau y con el resto, lo cómoda y alegre que se veía Grace, cómo Leo y Bere lucían tan contentos, y sobre todo, cómo Ponchelo agradecía el poder participar en una convivencia de familia que en el caso de la suya resultaba imposible porque su papá era otra cosa, nada que ver con el de Vinicio, como tampoco podían compararse las respectivas madres.

Con el papá de Vinicio, además, había garantía de originalidad en las conversaciones:

–Riquísima la cena y padrísimo este convivio. Me siento muy agradecido por haber sido incluido.

–Qué bueno que te gustó, Ponche, y que disfrutes esta convivencia. Ya sabes que aquí siempre tienes tu casa.

–Muchas gracias, señora, y de veras que con esta familia me da envidia de la buena.

–O sea que en realidad te da algo así como "alabia", ¿no, Ponchelo?

–¿Cómo que "alabia", don Vinicio?

–Sí, así como entendemos la envidia como la tristeza por el bien ajeno, yo propongo la palabra "alabia" para definir a esa alegría que sentimos por el bienestar del otro, a ese verdadero gusto que nos da que a alguien le vaya bien.

–¿Cómo?

–Sí, hagan de cuenta que en el lado opuesto del envidioso que desea que al otro le vaya tan mal como a él, o de preferencia peor, hablaríamos del "alabioso", que quisiera que a él mismo le fuera tan bien como al otro, al tiempo que se regocija por ese bienestar del prójimo.

–Mira, está padre, si algún día escribo un libro tengo que incluir eso, aunque me van a decir que la palabra alabia no existe.

–Pues les cuentas lo de Unamuno, que creo que fue quien una vez dijo algo así como que le encantaba la "azulez" del cielo, y cuando alguien lo corrigió diciéndole que la palabra "azulez" no está en el

diccionario, de inmediato le respondió: “Pues entonces que la pongan”.

–Claro, porque sí existen las palabras “verdor”, “blancura” y “negrura”, por ejemplo.

–Así es, y en ese sentido les ha faltado incluir la palabra “azulez”; y por eso también debería existir la palabra “alabia”, como contrapeso de la envidia, para definir eso que Ponchelo llamó “envidia de la buena”.

–Muy interesante, hay que proponerla.

Así lo hizo Vinicio en el primero de sus libros, en *Goliat el intrascendente*, novela biográfica en la que uno de los personajes se explayaba al respecto y proponía que en el diccionario quedara registrada la palabra “alabia”. Porque aquella plática y la reunión entera quedaron grabadas para siempre en su memoria, aunque al pasar por el recuerdo sintiera todo tan distinto.

Una inolvidable cena en la que los asistentes estuvieron tan felices que a ninguno de ellos podía siquiera asomársele a la mente lo que tampoco Vinicio pudo haber imaginado en ese momento: que repentina y dolorosamente, menos de cuatro meses después su padre se iría para siempre.

# XXXII

No quería Luciano leer esa pinche novela, aunque sabía del éxito que había tenido, e incrementaba cada semana, en México y en todo el mundo. Por doquier se hablaba de ella, y las ventas y ganancias eran tantas que Vinicio había subido con rapidez varios peldaños en la escala económica nacional y mundial.

De ser un integrante más de la nutrida clase media que nomás se encargaba "de ir pasándola, de ir librándola", en unos cuantos meses pasó a formar parte de los ricos, de esa minoría privilegiada que en México era cada vez más boyante, por lo general en detrimento de la abrumadora mayoría cada día más numerosa y con más carencias.

Ya estaba su examigo instalado o a punto de instalarse en esa élite de fantoches que entre ellos solían decir cosas como que "tal cuate debe valer tantos millones de dólares", refiriéndose al monto aproximado de la fortuna en cuestión; como si realmente el valor de una persona guardara alguna relación con el tamaño de su patrimonio, con la cantidad de dinero que tiene.

Menos mal que había surgido la esperanza de que con la Cuarta Transformación, con la famosa "4T", se lograra el verdadero cambio y empezara a revertirse esa endémica y lacerante injusticia en la distribución de la riqueza.

Al pensar en el rotundo éxito económico de Vinicio y en ese inaudito fenómeno literario en que se había convertido su novela, lo que no entendía Luciano, entre otras cosas, era algo que había leído al respecto, aunque sabía que casos como ese eran frecuentes en el ámbito de la literatura: el rechazo que *Andanadas Pictóricas* había sufrido en el inicio, de parte de tres casas editoriales dizque muy reconocidas.

Como asiduo lector y tan interesado en el tema, Luciano sabía que muchas veces quienes evaluaban una obra no contaban con la capacidad necesaria para hacerlo, con los conocimientos adecuados para acertar en el diagnóstico.

Por un lado, obras de ínfima calidad que incluso podían llegar a convertirse en *bestsellers* porque eran muy promocionadas, y por el otro buenas novelas, de mayor calidad literaria, y que, sin embargo, pasaban inadvertidas, por la incapacidad que prevalecía entre muchos de esos improvisados "evaluadores".

Por eso se daban casos tan raros como el de esta novela, o como el

de la obra cumbre de J. K. Rowling, *Harry Potter*, por mencionar al único libro comparable con el de Vinicio en cuanto al impacto mundial que había tenido, y que también fue rechazado al inicio por dos o tres empresas editoriales. O como el caso de *La Conjura de los Necios*, de John Kennedy Toole, maravillosa novela que primero tardó demasiado tiempo en encontrar quien la publicara y después terminó convertida en *longseller* a lo largo de cuarenta y tres años y contando, desde su publicación en 1980.

De veras que había casos muy raros en la industria editorial, contaminada por el bajo nivel cultural, la improvisación, la falta de visión y otros intereses atravesados. Pero con respecto a la novela de Vinicio no podía decir con qué tanto sustento contaba como para alcanzar lo que había alcanzado; y no pensaba leerla para descubrirlo, porque todo lo relacionado con su examigo se le atragantaba.

Con frecuencia le venía a la mente aquella vez que el pendejo de Vini casi se ahoga con todo y coche cuando se dirigía a quién sabe qué pueblito a jugar un partido de exhibición con la reserva del Cruz Azul.

A Luciano se le quedó grabado ese episodio por varios motivos. Primero, porque Vinicio siempre lo utilizó como pretexto para justificar su salida del equipo cementero y celeste, cuando era evidente que en realidad no daba el ancho como para seguir alimentando sus guajiros sueños de convertirse en futbolista profesional de Primera División.

Además, porque esa misma noche se reunieron en casa de Ponchelo (cuando todavía estaba con sus papás), y ahí Vinicio les contó con lujo de detalles el incidente, reconociendo, eso sí, que había sido muy pendejo al intentar pasar con su vochito por ese inundado vado.

Y por si fuera poco, Luciano había memorizado esa fecha porque ese día asesinaron a José Francisco Ruiz Massieu, Secretario General del PRI, y por lo tanto ese asunto había terminado por imponerse en la plática sobre el otro, sobre el tema del peligro que por su propia pendejez corrió la vida de Vinicio.

–Pinche año tan aciago que hemos tenido.

–No mames, Vini, no te adornes con tus palabritas.

–Bueno, pero no me digas que no ha estado cabrón.

–Sí, de a madre, nomás faltó que te ahogaras. Primero lo de Chiapas, después lo de Colosio y ahora lo de este Ruiz Massieu que en realidad yo no sabía ni quién era.

–Ni yo.

–Pues yo sí, claro que sabía.

–Tú siempre tan enterado, Vini.

–Sí, más o menos trato de estarlo. Oye, pero sí está preocupante que estén empezando a matarse entre ellos.

–Más bien siguiéndole, porque empezaron desde el año pasado, desde lo del cardenal Posadas, ¿no?

–Sí, ya ni la chingan. Y barrunto que vendrán muchas muertes más.

–“Barrúntame” ésta, no mames.

–Qué pinche corriente eres.

–Y tú qué mamón, con esas palabritas que nadie más usa. Como que te sientes escritor.

–Pues ya verás que algún día lo seré.

–Esperemos que sí, y ya te dije que cualquier cosa tuya sí la leo.

–Perfecto, yo te aviso, Ponche.

Había sido terrible ese año, y ese día que marcó un claro fortalecimiento de la ahora perdida amistad, no podía Luciano imaginar siquiera lo que después sucedería con cada uno de esos tres amigos.

Resultaba obligada la conclusión de Luciano: "Qué mala onda que Vini no se quedó en el río”.

A tal grado de genialidad se ha elevado De Martín en su meteórico ascenso, que además de tomarse con desparpajo diversas licencias literarias es capaz de jugar con anacronismos como ese de la descripción de los cronistas deportivos de los añejos setenta u ochenta como si fueran los de los actuales veinte.

Clarence Candia
*Letras y balones*

Si algunos le atribuyen a Gregorio Samsa la simiente que propició el florecimiento del realismo mágico, nada raro sería que Fabrizio de la Mora se convirtiera en el origen de una corriente que podría ser denominada “Mágico Antagonismo”, o algo así.

Harktos de Atenas
*Palabras en la mesa*

Tal impacto ha tenido esta novela, que Maravatío no volverá a ser el mismo.

Eréndira la Esdrújula
*Tones y sones purépechas*

# XXXIII

A Vinicio le parecía muy original la historia de amor de su amigo el poeta de nombre raro. Un destacado versificador yucateco al que conoció cuando Vinicio estaba por terminar la preparatoria. Un laureado personaje, un poeta reconocido a nivel nacional e internacional, célebre por su corta estatura física y su grandiosa estatura intelectual. Invitado por la maestra Rosario Island, el insigne poeta había ido a la Universidad La Salle a impartir una serie de conferencias magistrales sobre la poesía mexicana de los siglos XIX y XX.

Sustentado en sus vastos conocimientos en la materia, el distinguido bardo desmenuzó las obras de Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Rosario Castellanos, Ramón López Velarde, Celedonio Junco de la Vega, Manuel José Othón, Salvador Novo, Carmen Boullosa, José Emilio Pacheco y Jaime Sabines.

Había profundizado en algunas de esas grandes obras y deleitado a la nutrida concurrencia (repleto el amplio auditorio de La Salle) con memorables versos, sonetos, décimas y epigramas de la más alta calidad poética.

Aunque la poesía no era algo que a Vinicio le interesara, aquellas conferencias lo subyugaron, lo embelesaron, y, por lo tanto, lo llevaron a incursionar en ese género que años después exploraría en su tercer libro, *Ambigüedades Mexicanas*, asesorado precisamente por el destacado poeta, cuya amistad logró cultivar primero y fortalecer después.

También en ese rasgo Vinicio de Martín, el escritor, se parecía mucho a Fabrizio de la Mora, el pintor: en esa habilidad y perseverancia para ganarse la simpatía de personajes ya encumbrados. En el caso de Fabrizio, con Álvaro el escultor, y en el de Vinicio, con el ínclito poeta chaparro de nombre raro.

Se le había acercado al final de cada conferencia, con toda la paciencia del mundo, formándose en las largas filas producidas en cada uno de los cinco días, de lunes a viernes, y después de las dos horas que había durado cada conferencia.

El lunes lo abordó con el pretexto de pedirle al poeta que le autografiara su libro, *Musas Regionales*, que Vinicio había adquirido al término de esa primera sesión. Y en los otros cuatro días para preguntarle algo sobre determinado poema, soneto o epigrama que a

Vinicio le hubiera gustado especialmente.

Una cuarteta del poema “A Gloria”, de Salvador Díaz Mirón, por ejemplo, había dejado pasmado a Vinicio:

Fiando en el instinto que me empuja
desprecio los peligros que señalas.
El ave canta aunque la rama cruja:
como que sabe lo que son sus alas.

O aquella décima, "Postal”, de Junco de la Vega:

La ilusión y la esperanza
son como pájaro y nave:
hacia el nido vuela el ave;
la nave al puerto se lanza.
Vida feliz la que avanza
ya en el aire, a cielo abierto,
ya del mar, sobre el desierto,
y halla por fin lo que anhela,
cuanto surca y cuanto vuela:
ave, el nido; barca, el puerto.

–¿Cómo puede alguien llegar a escribir así, maestro?

–Me imagino que algo viene en los genes, y después, leyendo mucho y abriendo la mente a la contemplación, a la reflexión profunda, a la liberación de tu energía cerebral.

Así le respondió el poeta al término de su cuarta conferencia, la del jueves, y en el convivio que en la noche del viernes se organizó para festejar el cierre del exitoso evento, con la presencia del director de la preparatoria, seis o siete maestros y alrededor de ochenta alumnos que cubrieron la cuota requerida, Vinicio logró acercársele otra vez al ilustre poeta, emocionado al comprobar que ya lo reconocía y apreciaba su amable insistencia, por lo que a partir de ahí resultó sencillo alimentar la incipiente relación.

Apenas se encaminaba Vinicio a los diecinueve años de edad, y aunque al principio veía al poeta de cuarenta y ocho como si fuera un anciano, con el tiempo y con el trato, la brecha se redujo al compartir la pasión por la literatura y la poesía, mundo este último en el que Vinicio se adentró con entusiasmado deleite.

Si al inicio el intercambio de palabras e ideas era entre alumno y maestro, entre admirador e ídolo, poco a poco se acortó la distancia y se estableció dicha relación entre iguales, sobre todo a partir del segundo libro publicado por Vinicio en 2014, cuando ya tenían dieciocho años de conocerse y habían convivido lo suficiente como

para considerarse íntimos amigos.

En el segundo semestre de 2015 se reunieron cinco veces (tres en Mérida y dos en la Ciudad de México) en el afán de darle forma al proyecto de *Ambigüedades Mexicanas*, un libro en cuyos créditos, a final de cuentas y deliberaciones, decidieron de común acuerdo prescindir del nombre del prohombre yucateco.

Durante una de esas inolvidables reuniones fue cuando el poeta de nombre raro, cada vez más afectuoso en el trato, le contó a Vinicio la parte esencial de su historia de amor con Cleotilde Ramos, una dulce yucateca con la que viviría hasta el final de sus días después de haber engendrado cinco hijos.

–La conocí en el mercado, a mis veintiún años, cuando yo estaba seleccionando unas frutas y de repente la vi al otro lado de esa "islita", a través de un vidrio o un acrílico, y desde ese momento pensé, al intercambiar por primera vez nuestras miradas: "Esta chavala es para mí".

–¿Y platicaron algo?

–No, nada esa primera vez, ni las posteriores, cuando yo seguía yendo al mercado a sabiendas de que ahí me la encontraría, y cuando así sucedía nada más la veía todo lo que podía sin que ella se diera cuenta.

–¿Y entonces?

–En una de esas ocasiones ella iba acompañada por una amiga, Alicia, y yo estaba con Mario, mi amigo el dentista, al que ya conociste, y fueron ellos, Alicia y Mario, los que empezaron a platicar, se presentaron entre ellos y nos presentaron a nosotros. Y a partir de entonces seguimos viéndonos los cuatro, hasta que me animé a ir yo solo a casa de Cleo, un día que la invité al cine a ver una película de Disney, *Pinocho*, y pasé por ella a escondidas de su papá, que no la dejaba salir con nadie todavía, aunque con el consentimiento de su mamá.

–Medio rara la elección de la película.

–Sí, bueno, lo que pasa es que de niño yo no vi nada de eso, y ya de adulto como que quise ponerme al corriente.

–Me parece bien. ¿Y después?

–Después ya. Seguimos viéndonos y a los tres años nos casamos.

–Como que muy escueta tu historia de amor.

–Bueno, Vini, es que todo lo demás como que es cosa entre Cleo y yo.

–Sí, claro, eso que ni qué.

–Como lo de nuestras idas a la casa de Mario, precisamente, cuando él salía de viaje y nos la prestaba.

–Ya, ya te entendí. Como que eso ya es cosa de ustedes nada más. ¿Y entre Mario y Alicia hubo algo?

-También fueron novios, tronaron en unos meses y años después ella se casó con un tapatío y se fue a vivir a Guadalajara. Y a Mario ya sabes cómo le fue, pobre.

–Sí, me dijiste, qué mala onda.

Así como el padre de Vinicio había sido para él también un amigo, a raíz de su abrupta partida, el poeta se encargó de ocupar una parte del enorme vacío creado en ese renglón del afecto paternal. Durante sus últimos diez años, lapso en el que lograron verse con mayor frecuencia, su famoso amigo fue lo más parecido al padre que tanto extrañaba Vinicio.

Por eso tras recibir la triste noticia sobre la enfermedad hepática que empezaba a consumir a su fraternal colega, de inmediato Vinicio se organizó para ir a visitarlo a Mérida en diciembre de 2017, para permanecer allá tres días y sostener con él las tres últimas de las prolongadas y enriquecedoras conversaciones que tuvieron a lo largo de veintidós años.

El 9 de mayo de 2018, en la capital yucateca, unas horas después del sepelio del poeta, Vinicio platicó largamente con Cleotilde, quien le contó los pormenores de los días finales y de la agonía de su marido, y trató de reproducirle, con la mayor fidelidad posible, su último diálogo con él, ante la presencia de sus tres hijas (Amparo, Marcela y Benita), unos momentos después de que los dos hijos habían salido de su cuarto:

–¿Cómo te sientes?

–Me siento cada vez menos.

–¿Cómo que cada vez menos? ¿Cada vez menos qué?

–Sí, como disminuyéndome, como consumiéndome, como de salida.

–No digas eso por favor, papá.

–Sí, papá, por favor anímate. Ya cerré la ventana, pero sigo viéndote con frío.

–Ha de ser el frío de la muerte.

–Ya deja de decir esas cosas. Vas a ver que pronto te recuperas.

–Todo mundo nos pregunta por ti y la mayoría nos pide que te hagamos llegar su admiración y su agradecimiento.

–Será que de algo sirvió la siembra.

–Por supuesto que sirvió y seguirá sirviendo, Maci, y además sigue incrementándose la lectura de tus *Musas Regionales*.

–Algo mío quedará en ese libro y en otras cosas, Cleo, pero casi todo queda en ti y en nuestras hijas y nuestros hijos, en nuestras nietas y nuestros nietos.

–Bien sabes que así como la memoria de tu padre quedó en la tuya, tu memoria quedará en la nuestra.

–Sólo les pido que al recordarme a través del tiempo sean

benévolos con mis yerros, mis equivocaciones, mis pecados.

–Por favor, papá, si eres un santo.

–No, nunca llegué a tanto.

–Has sido un ejemplo de vida para todos nosotros, y ese ejemplo lo honraremos siempre.

–Me conformo con que sean felices.

–Claro que lo seremos, y en gran parte lo hemos sido gracias a ti.

–Ah, pues bienvenida entonces la cosecha.

–Dime si te pongo la cobija, porque te siento muy inquieto.

–Pues es que sí es muy incómodo morirse.

Como colofón de aquella entrañable conversación con doña Cleo, ella le comentó a Vinicio que en ese lecho de muerte la última mirada de su desfalleciente esposo, su cansada, tierna y agradecida mirada postrera, le había hecho recordar la primera, juvenil y escrutadora, la que cuarenta y siete años antes intercambió con la suya a través de un vidrio, frente a unas frutas en el mercado.

# XXXIV

La mamá, la hermana y el cuñado de Ponchelo tampoco sabían nada de él después de diez días.

Luciano los visitó aquella vez y confirmó que su amigo tenía contemplado un viaje a Europa con su mamá, la señora Elvira, que los boletos fueron comprados desde hacía dos meses y que ella seguía tratando de rescatar algo de lo pagado, porque la salida estaba prevista para esa misma noche.

A la semana de no saber nada de Ponchelo, su mamá y su hermana fueron al edificio de Santa Fe donde vivía, con la idea de buscar esos boletos de avión y de revisar por si veían algo más que sirviera para entender qué había pasado.

Después de platicar un rato con Pedrito, éste les facilitó el acceso que necesitaban y ya en el departamento se dieron a la tarea de buscar y muy pronto encontraron, en un cajón de la cómoda de la sala, unas hojas impresas que servían como comprobantes de la compra de esos dos boletos de avión, y se las llevaron junto con otros papeles que no sabían de qué eran, y con una pequeña agenda que estaba encima de todo eso, también dentro del cajón.

–¿Una agenda?, ¿y ya la vieron?

–Estuvimos más o menos hojeándola, pero la mayoría de las páginas está en blanco, y además la verdad no aguanto ver la letra de mi hijo sabiendo que no está aquí, que algo malo le pasó, porque si pudiera comunicarse ya lo hubiera hecho.

–Claro, de acuerdo. ¿Y sería mucha molestia que me la mostraran, que yo también pudiera echarle una ojeada?

Mientras Luciano platicaba con doña Elvira, fue por la agenda la hermana de Ponchelo, Laura ("Lauris" para los más cercanos y "Güeris" para su marido). Y ya con esa agenda en las manos, mientras él mismo la hojeaba y la ojeaba, prosiguió la conversación.

–Sí, casi todas las páginas en blanco, incluso la de ese miércoles, cuando Pedrito vio por última vez a Ponche.

–Así es.

–Pero un día antes, el martes, sí está escrito eso de "Vini?".

–Sí, ya sabes que Ponche era muy práctico en eso de sólo poner el signo de interrogación al cerrar la pregunta.

–Como que muy gringo mi querido hermano.

–Es cierto, ¿pero qué querrá decir eso de "Vini?" con interrogación,

como pregunta?

–Quién sabe, pero si le buscas vas a ver otra, de hace casi un mes, en la que sólo puso tu nombre, también con interrogación.

–Ah, claro, aquí está: “Luchi?”. Qué raro.

En realidad nada raro en ese caso, porque Luciano sabía muy bien que ese “Luchi?” en interrogación lo había escrito su amigo Ponche aquella noche de la pendejada de la mano que se le pasó al acariciarle la pierna. ¿A poco el puto de Vini había hecho algo similar?

¿Qué significaba esa interrogación y por qué había escrito eso Ponchelo un día antes de su desaparición?

No era posible que estuviera escondido, como se especulaba. Su amigo no sería capaz de hacerle algo así a su mamá, a quien siempre había venerado, y menos se lo haría a esas alturas, cuando tenía apenas unos meses de haber enviudado, y con ese viaje a Europa en puerta.

Ahora, siete años después, estaba seguro de que algo sabía Vinicio, y tanto crecía su odio hacia él, que a pesar de ser un asiduo lector de novelas, Luciano se rehusaba a leer esa de la que medio mundo hablaba y todos elogiaban. Por doquier la aplaudían, la reverenciaban, hablaban maravillas sobre ella.

Que si te cautivaba desde el inicio, que si ya empezada no había forma de dejar de leerla, que si era increíble que con tal sencillez se pudiera contar tan bien una historia, que si el final era tan impactante que daban ganas de leerlo cinco o seis veces, que si los tres principales personajes estaban perfectamente dibujados, que si para muchos lectores era inevitable sentirse Fabrizio, que si entre las lectoras la mayoría se enamoraba de él.

Sobre todo en algunas reuniones de excompañeros de La Salle, a las que de vez en cuando asistía Luciano, era insoportable la frecuencia con que salía el tema y proliferaban los elogios para la gran obra y el consagrado escritor. Le parecía patético lo orgullosos que muchos decían sentirse nada más por conocer a alguien que había llegado tan alto.

A esas reuniones casi siempre asistía Víctor, y Luciano recordaba sobre todo aquella en la que, al salir por enésima ocasión el tema de la novela, su amigo los había divertido tanto con la imitación de Vinicio, con lo que solía decir en las entrevistas radiofónicas y televisivas en las que tenía meses apareciendo; con sus frases de cajón, su falsa modestia y algunas dizque reflexiones seguramente tomadas de otros escritores. Cosas como:

"Desde que empecé a escribir la novela, sentí como si ésta siguiera escribiéndose sola”.

"Es cierto que tal vez hubo algo de inspiración, pero sin duda hubo mucho más de sudoración”.

"Me siento afortunado porque sé que otros escritores mejores que yo no han logrado escribir una novela como ésta, que a mí fue saliéndome casi sin darme cuenta".

"A lo que más tiempo dediqué fue a pulir al final la historia, a quitarle lo que sentía que le sobraba, tanto en el fondo de la misma como en la forma de contarla".

"Ya estoy trabajando en mi siguiente proyecto y muy pronto les daré la sorpresa".

Todos coincidían en que no había forma de que la novela no te gustara, en que tenía sobrados elementos como para convencer a los lectores más exigentes y experimentados, en que incluso quienes no hubieran leído nada antes era muy probable que a partir de esta novela adquirieran el hábito de la lectura.

Había también un común denominador en cuanto a la opinión sobre la prosa de Vinicio, pulcra y elocuente, sencilla y directa, sin adornos ni garigoleos, sin redundancias ni exceso de adjetivos, adverbios y gerundios. ¿De veras esa novela sería tan buena y estaría tan bien escrita como todo mundo decía?

En el afán de descubrirlo, llevado por una acuciante curiosidad, y en contra de lo que con firme convicción había pensado durante varios meses, finalmente Luciano se animó a leerla, con la pretensión de encontrarle todos los defectos que tuviera y que le permitieran contradecir a tanto porrista de la pinche novela y de su agrandado autor.

# XXXV

Le parecía increíble cómo a Graciela pudo considerarla tan guapa en otros tiempos y cómo ahora simplemente no soportaba verla.

Al inicio quedó cautivado por esa cara apiñonada de rasgos tan finos. El cabello largo, castaño y lacio, los ojos grandes color miel de abeja, los labios carnosos, la hermosa sonrisa evocadora de otros mundos, las mejillas suavemente sonrosadas, las cejas claras y delgadas, la nariz perfecta, las pestañas cóncavas y largas (¿o acaso se veían así por esas como extensiones que algunas mujeres utilizan?). Y sobre todo, claro, esa presencia, ese porte, ese cuerpazo, firme, esbelto pero voluminoso donde más le convenía estarlo y tanto agradecían o envidiaban que lo estuviera quienes la miraban.

Como seductora añadidura estaban esa personalidad impactante y la "natural gracia de Graciela", como a Vinicio tanto le gustaba decir cuando atravesaban sus mejores tiempos y se ponía en plan cursi. Simpática como conversadora, siempre ocurrente, con la permanente sonrisa a flor de labios y dispuesta a las carcajadas que obligaban a los demás a reírse con similar desparpajo.

Así la veía entonces, a diferencia de como la percibía ahora: insípida, deteriorada, demacrada pero rechonchita, guanga, descolorida, con ojos inexpresivos, sonrisa falsa y risa forzada; calladita, muy parca y apagada últimamente, después de haber sido parlanchina hasta el hartazgo.

Una luna de miel de dos semanas, que en su momento le parecieron de ensueño, ahora se presentaba a ratos y en destellos en algunas de sus pesadillas.

Al delinear al personaje de Mireya en *Andanadas Pictóricas*, Vinicio tomó el molde de Graciela y se atuvo por completo a él, tanto en las características físicas como en su forma de ser, de comportarse y desenvolverse. Y también vertió en Fabrizio, con respecto a sus sentimientos hacia Mireya, todo lo que él mismo sintió y llegó a sentir por Graciela y contra ella.

Con una clara diferencia: si en el caso de sus personajes el amor de uno nunca fue correspondido por la otra, en el suyo sí hubo años de plena reciprocidad, o por lo menos eso había creído Vinicio. Entre Fabrizio y Mireya una relación por completo fallida, con ilusiones y planes de un solo lado, y entre Vinicio y Graciela algo que llegó a parecer una hermosa historia de amor, de color y de fuego, pero que

terminó desteñida, en decepción, en hielo, en un auténtico fiasco. Cosas del tiempo y otras causas.

Se imaginaba lo que en estos momentos estaría sintiendo y pensando Chela sobre su inminente encumbramiento como escritor, ella que en ese sentido conocía su trayectoria de principio a fin, y con quien tanto había platicado de sus iniciales proyectos literarios.

Desde el inolvidable, pero ahora doloroso en el recuerdo, viaje de recién casados, habían conversado al respecto en aquel vuelo inicial de México a Nueva York, donde conectarían rumbo a Roma para estar ahí siete días, para después pasar dos más en Venecia y desde ahí viajar hacia El Cairo y permanecer otros cinco en la capital egipcia.

En ese primer vuelo de cuatro horas rumbo al aeropuerto John F. Kennedy, Vinicio le comentó por primera vez a Graciela que su intención era convertirse en un verdadero escritor, o por lo menos en uno de esos que logran vivir de lo que escriben, que en su caso el primordial objetivo, aunque en ese momento lo viera como un sueño inalcanzable, sería el de llegar a ganar más como escritor que con su negocio de Antigüedades y Cosas, con el que le iba bastante bien, considerando que apenas llevaba tres años, cada vez mejor encarrilado con la valiosa ayuda de Leonardo, en quien había conseguido delegar gran parte de la chamba.

Ese tiempo libre que iba ampliándose gracias a Leo, Vinicio quería aprovecharlo para dedicarlo a sus afanes literarios, y como irónica pincelada del destino, había sido Grace quien le permitió ampliarlo aún más, porque ya casados ella se metió de lleno en el negocio del bazar, a tal grado que Vinicio llegó a darse el lujo de brindarle al mismo cuando mucho dos o tres horas diarias.

Graciela había dejado su trabajo en la revista seis meses antes de casarse, pero esos dos años y medio de experiencia le sirvieron mucho. Llegaba al bazar un poco después de las diez de la mañana, cuando Leo ya había abierto el establecimiento, y ahí permanecía hasta las seis veinte de la tarde, con el intermedio de dos horas que se tomaba, de dos o dos y cuarto a cuatro o cuatro y media, para comer en un restaurante de la esquina con Vinicio, quien al regresar con ella de esa comida permanecía en el negocio hasta las siete o siete y cuarto, revisando con Leo las cosas del día. A excepción de las tardes del jueves, que Vinicio siempre separó para sus ascendentes caminatas con Ponchelo, con el añadido del pendejo de Luchi de vez en cuando.

También lunes y martes esa agradable rutina semanal cambiaba un poco. Los lunes, porque Graciela se iba más o menos de tres y cuarto a siete y media a merendar con sus amigas comunicólogas de la Ibero. Y los martes, porque casi siempre reservaba ese día para visitar a sus papás y cenar con ellos, a veces junto con Vinicio, que en esas ocasiones volvía a dejar en manos de Leo el control y funcionamiento

del bazar.

Además de su deportiva convivencia de los jueves con Ponchelo, de las eventuales comidas y las frecuentes reuniones en fin de semana, por lo general los lunes en la noche Graciela y Vinicio cenaban con su amigo, a veces con el irremediable complemento del metiche de Luchi.

A pesar de no producir nada como escritor en esos primeros seis años de su matrimonio, esa etapa fue fundamental en la consolidación de esa vocación, en la tarea de echar a andar la imaginación, en la lectura y el estudio de obras y autores esenciales, en la ampliación del vocabulario y la búsqueda del propio estilo.

Esos tiempos y espacios extra, ampliados primero por Leonardo y después por Graciela, conjugados con la necesaria paz interior y con la serena felicidad que vivió en esa etapa inicial de su matrimonio, los veía Vinicio como factores fundacionales de su trayectoria como escritor, aunque antes lo fuera sólo “de medio pelo”.

Muy distinto había sido todo a partir de 2021, cuando empezó a vislumbrar la idea de su gran novela y todo fue alineándose como nunca en su vida y con respecto a sus planes, sus anhelos, sus quehaceres e inquietudes. Hasta el Cruz Azul salió campeón después de veintitrés años y medio.

Un pandémico año que, en términos futboleros, por cierto, había cerrado aún más raro con la coronación del Atlas, que así vio pasar setenta años, siete meses y veinte días entre su primero y su segundo título de Liga del balompié mexicano, según las cuentas que logró sacar Vinicio. Y para seguir en el camino de lo inusitado, ese mismo Atlas conseguiría su tercer título de campeón del futbol mexicano el 29 de mayo de 2022, apenas cinco meses y diecisiete días después de ese segundo que había tardado más de siete décadas en llegar.

Con el alarmante problema del Covid-19 más o menos resuelto, por enésima ocasión la humanidad se había visto ensombrecida con el negocio de la guerra en este año; y para colmo de males, en el ámbito del futbol mexicano se produjo a inicios de marzo un trágico suceso en el Estadio Corregidora de Querétaro. Uno de esos negros capítulos de violencia que cada vez alcanzaban más alarmantes niveles, sin que los peculiares dueños del balón y las distintas autoridades e instancias gubernamentales fueran capaces de acometer a fondo el problema, de actuar como deberían hacerlo, sin ambages ni cortapisas.

Como ironía de la indescifrable providencia, tres días después de aquel vergonzoso suceso había sobrevenido, prematura e intempestivamente, la muerte de Tomás Boy a sus setenta años; uno de los mejores jugadores en la historia del futbol mexicano, anotador en 1985 del primer gol en ese estadio queretano cuyas tribunas permanecieron inhabilitadas hasta marzo de 2023.

Así se oscureció el inicio de ese año, así de ominoso se había perfilado ese 2022 que culminó con la Copa del Mundo que en Catar se jugó del 20 de noviembre al 18 de diciembre, magno evento futbolístico al que la Selección Mexicana, para no perder la costumbre, había llegado con más dudas que certezas, con expectativas poco halagüeñas.

En contraste, en términos literarios y desde su particular perspectiva, para Vinicio el panorama empezó a lucir promisorio en el tramo final de ese año, ya no digamos a lo largo de este venturoso 2023.

Enfrentado una y otra vez como escritor a la incertidumbre de la página en blanco, había sido paciente y azarosa la siembra en un campo que parecía yermo y, sin embargo, terminó brindando abundante cosecha.

Tardados pero llegaron, suculentos, los frutos; y sólo faltaba la cereza, o el higo, o el kiwi, o la tuna, o el mamey o lo que fuera, la más codiciada de las frutas en el mundo de la literatura, esa fruta llamada “Nobel” que estaba a punto de caer en sus manos.

# XXXVI

Recordaba Luciano su conversación telefónica con Leo, el asistente de Vinicio en Antigüedades y Cosas, al día siguiente de aquella desafortunada visita a la casa de Graciela y del pendejo de Vini. O bueno, no tan desafortunada, porque le sirvió para confirmar sus sospechas sobre el probable papel que su examigo había desempeñado en ese asunto.

No sintió nada convincente a Vinicio cuando afirmó que aquel miércoles no había visto a Ponche, y por eso lo primero que se le ocurrió fue sondear a Leo para ver si de ahí podía sacar algo.

Llamó al bazar a las tres y media de la tarde, una hora en que sabía que difícilmente estarían ahí Graciela o Vinicio, porque rara vez le fallaban a sus idas a comer, y además tenía entendido que los jueves (¿o los lunes?) Grace se iba a merendar temprano con sus amigas de la Ibero.

Como lo suponía, Leo estaba solo y después de saludarlo, Luciano entró en materia, apegándose a lo que había pensado decirle.

–La cosa es que ando colaborando con mis amigos de la procuraduría en la investigación del caso de Ponchelo, y quiero ver si tú puedes ayudarme con algunos detalles.

–No veo cómo, don Luchi, pero usted me dice qué necesita.

–Primero, saber cuándo fue la última vez que viste a Ponchelo.

–Uy, pos yo lo veía muy poco, cada tres o cuatro semanas, cuando pasaba por el bazar y se quedaba platicando un buen rato con don Vinicio, o a veces con la señora Graciela, porque casi siempre pasaba antes de la hora de la comida; y creo que la última vez que lo vi sería hace como un mes y medio, cuando vino y estuvo como media hora con doña Grace, un poco antes de que ella se fuera a comer con el señor Vinicio.

–Ah, claro. Oye, por cierto, ¿y después de esas comidas el señor Vinicio regresa al negocio, en las tardes?

–Sí, casi siempre.

–¿Y te acuerdas si hace dos miércoles fue, el día 9?

–¿A dónde?

–Ahí, al bazar.

–O sea, ¿el miércoles que desapareció don Ponchelo?

–Sí, ese mero.

–Ah, no, ese miércoles no vino en todo el día, aunque normalmente

sí pasa por aquí todas las tardes, como a las seis, menos los jueves.

–¿Y sabes a dónde fue esa tarde de aquel miércoles?

–Lo que recuerdo es que me llamó al mediodía para avisarme que no vendría porque tenía una cita con su amigo de los incunables.

–¿Con Puente?

–Sí, creo que con él.

–Ah, okey, ¿y sabes cómo le fue en esa cita?

–No, ya no supe, y normalmente no le pregunto sobre esas cosas, sólo espero a que él me comente lo que considere importante.

–Sí, claro, como debe ser. Pues muchas gracias, Leo, creo que con eso tengo. Me dio gusto saludarte.

–Igualmente, y no hay de qué.

Al terminar la llamada, Luciano sentía que cada vez estaba más raro lo del miércoles de Vini, y con la idea de indagar más al respecto, para lo que tal vez sería bueno buscar al tal Puente, pensó que por lo pronto ya era hora de entrarle a la mentada novela de moda, tan festejada por multitudes.

Desde el inicio se vio obligado a reconocer que no estaba tan mal escrita y pronto empezó a encontrar varias similitudes entre lo que leía y lo que sabía que había vivido el autor de esa novela tan aclamada en todo el mundo.

Lo más obvio era cómo Vinicio de Martín se retrataba en el personaje principal, en Fabrizio de la Mora, un pintor que de Maravatío se trasladó a Morelia a sus trece años de edad, así como a los catorce Vinicio el escritor había cambiado su lugar de residencia de Monterrey al Distrito Federal.

Ambos como irredentos lectores y como grandes artistas más o menos incomprendidos en sus respectivos ámbitos, y los dos buenísimos para entrarle al trago, aunque más o menos controlados en ese renglón. Claro que Vinicio, nada pendejo, también había establecido las necesarias y a veces diametrales diferencias entre él y Fabrizio, para que el asunto no fuera tan evidente.

A Vinicio le encantaba el futbol y Fabrizio lo desdeñaba, y si el primero se había interesado siempre en los asuntos de la política del País, para el segundo ese tema casi no existía, no le interesaba, y lo único que en ese sentido decía y repetía, era que todos los gobernantes eran unos rateros; aunque aclaraba, eso sí, que unos eran más rateros y más burdos o más descarados que otros.

Al hablar sobre esa infancia de Fabrizio en Maravatío, había logrado su examigo plasmar a la perfección ese ambiente campirano, con la exactitud y la maestría que tanto aplaudían sus lectores, al mismo tiempo que esbozaba el perfil de un personaje claramente destinado a la tragedia.

A través del tupido ramaje del frondoso fresno, pretendía Fabrizio vislumbrar su destino, como ningún otro niño de siete años podría siquiera intentar hacerlo.

Sentía que ese futuro de sus anhelos no podría cristalizar en Maravatío, que ese tranquilo y placentero lugar sería magro recipiente para darle cabida a la magnitud de esos sueños.

A pesar de lo mucho que disfrutaba de esa vida en el campo, de la rutina diaria que iniciaba con su caminata de la casa a la escuela, para después atravesar ese diminuto bosque en los alrededores del pequeño pueblo, Fabrizio se visualizaba de adulto viviendo en Guadalajara, o en México, o por lo menos en Morelia, ya independizado de su familia, sobre todo de su padre.

Desde entonces sabía que en su realización como persona el arte ocuparía un lugar preponderante; que la sensibilidad y el espíritu creativo serían los hilos conductores hacia ese destino que ambicionaba, y que sería en el papel y el lápiz, en el pincel y la tela, en los colores y los lienzos, donde volcaría esos creadores ímpetus y todos sus artísticos afanes.

Tampoco era para tanto ese inicio de la novela, como para merecer los excesivos y entusiastas elogios de los críticos y de cientos de miles de lectores alrededor del mundo, pero Luciano debía reconocer que muchas veces había leído cosas peores.

Aunque le sorprendía que el pinche Vini fuera capaz de acomodar así las palabras, cuando al hablar trastabillaba y estaba lejos de la elocuencia que por ejemplo sí había distinguido a Ponchelo, ese buen acomodo no era tan brillante como para referirse a la prosa de Vinicio como “pulcra”, “tersa”, “conmovedora”, “magistral”, “contundente”, por mencionar solamente algunos de los ridículos adjetivos que supuestos expertos en literatura habían tenido el desatino de soltar al referirse a esa novela de moda.

“Pinche mundo tan raro el de los libros, las casas editoras, los lectores y los críticos literarios”, pensó Luciano al interrumpir por un rato la lectura, mientras decidía si continuar o no con ella esa misma noche.

El auténtico feminismo, bien ejercido por Mireya, es una de las enseñanzas aledañas en esta novela, plagada de bienvenidos satélites como ese, alrededor de una historia tan aleccionadora como trágica .

Merry Livas
*Tejedora de Palabras*

La profunda animadversión entre Fabrizio y el Morocho desde el principio nos obliga a los lectores a tomar partido, porque el autor nos introduce con sibilina sutileza en ese claroscuro espacio maniqueísta en el que todo es blanco o todo es negro, pero nunca intermedio ni en tono de gris alguno. Y al obligarnos a elegir, sin pensarlo dos veces, elegimos a Fabrizio.

Pablo Reyes
*Editorial Esmeralda*

# XXXVII

A Vinicio nunca le cayó bien Luciano. Si al principio lo soportó fue porque se convirtió en un ingrediente ineludible en las convivencias con Ponchelo, tan ecléctico el güey, que sí lo apreciaba.

Pero además eran obvios los celos que el pobre Luchi sintió siempre. Estaba como enamorado de Ponche y nunca aguantó que éste lo tratara como amigo de segundo plato, o de segunda mesa, o como sea que se dijera; aunque varias veces Ponchelo lo alivianó con algo de lana, a diferencia de Vinicio, quien nunca cedió un ápice ni un centavo ante los frecuentes préstamos que su dizque amigo le solicitaba sutil o abiertamente.

A leguas se le notaban los celos y la envidia, y además algún problema grave debía tener el idiota de Luchi con las mujeres, porque no podía entenderse que hubiera fracasado a tal grado con ellas.

Llevaba dos divorcios, primero con "la loca de Lucre" y después con "la tontita de Nita", como el propio cabrón de Luchi se refirió siempre a ellas. Y según había escuchado Vinicio, también en su tercer matrimonio estaba yéndole de la chingada.

Quién sabe cómo habría bautizado ya su examigo a la tal Amelia, a la que Vinicio no había visto más que en fotos. No muy guapa que digamos, como tampoco lo eran las anteriores, pero sí bastante mejores las tres que el insignificante y anodino de Luchi.

Como Vinicio se casó unos meses antes de que Luciano lo hiciera por primera vez, en ese breve lapso siguió la normalidad de las reuniones entre los cuatro amigos; aunque para Vinicio solamente uno lo era, porque el otro era un colado, y la otra, más que amiga, su mujer.

Durante esa pequeña etapa sólo en una reunión participó Lucrecia, cuando Luciano la llevó para presentarla como su prometida, dos o tres meses antes de aquella boda sin chiste, con mala comida y peor música. Y ya casados, en tres o cuatro ocasiones incluyó en esas reuniones a "la loca de Lucre", que en realidad siempre le pareció a Vinicio más cuerda que el pinche Luchi, así como años después, al coincidir dos o tres veces con "la tontita de Nita", se le hizo menos pendeja que su supuesto amigo.

Antes, cuando estaba cerca de casarse con Graciela, en 2005, Vinicio logró adquirir una casa ahí mismo en La Condesa, donde tenía su negocio de Antigüedades y Cosas. Una casa un tanto deteriorada,

pero de buen tamaño, que pudo comprar con las debidas facilidades, con un préstamo bancario de por medio para cubrir el enganche del cincuenta por ciento y para asumir el costo de la remodelación a fondo que se requería; y con el resto a pagarse en cinco años, con sesenta mensualidades que podía aportar sin mayores dificultades con las ganancias del bazar.

A esa casa llegaron de recién casados, y juntos se entretuvieron con esos trabajos de remodelación. Ella después de haber vivido su niñez y juventud en Las Águilas, y él en Coyoacán, en una casa construida por su abuelo materno en 1951, y regalada a su hija Norma cuando se casó en 1972.

Muy pronto esa remodelada casa de La Condesa se convirtió en el segundo punto de reunión de los amigos, porque el primero y principal tenía rato de serlo el lujoso departamento de Ponchelo, quien se había independizado de sus papás desde finales de 2002, siempre apoyado por ellos pero ya incrementando en abundancia su propio patrimonio con su constructora-urbanizadora "Rubirosa y Asociados", que había crecido enormidades desde que él asumió el mando como relevo de su padre, quien a sus tempraneros cuarenta y nueve años decidió iniciar el proceso de su gradual retiro para sólo fungir como asesor de su hijo, al ver la natural capacidad que desde el principio manifestó en el manejo del negocio, recién recibido como Licenciado en Administración de Empresas. Eficiente y pragmático al resolver los asuntos y tomar las decisiones, como si llevara años en el ramo de la construcción, la urbanización y la compra-venta de terrenos y propiedades en general.

En cambio con Luciano nunca contaron como anfitrión de reunión alguna. Ni cuando vivía todavía con sus papás en la colonia Roma (una pareja y una familia disfuncionales de a madre), ni cuando trató de independizarse sin conseguirlo a cabalidad, de departamento rentado a departamento rentado, cada uno de menor nivel que el anterior. Por pendejo y por huevón, algo difícil de comprender, porque en la cancha había sido incansable para correr y luchar, para ir y venir, aunque malito para jugar.

A diferencia de éste, tanto Ponchelo como Vinicio, se habían apuntado siempre como anfitriones, desde la prepa, desde que podías poner la casa solamente con el permiso de tus papás. Y Vinicio podía presumir de haberse convertido con el tiempo, no en más frecuente, pero sí en mejor anfitrión que Ponchelo, porque ya casado, de algo le había servido (lo que sea de cada quien) el toque femenino de Graciela, ese toque cuya ausencia se notaba en las reuniones que Ponchelo organizaba en su departamento en Santa Fe, más o menos quincenales, cuando eran para el reducido grupo de tres o cuatro, y trimestrales cuando incluían a más de ocho o nueve invitados.

O no era suficiente la botana, o los platos, vasos o cubiertos eran inadecuados, o faltaba alguna bebida a pesar de lo bien que había surtido la cava al estrenar su departamento. O había escasez de hielos, de servilletas, de salsas, de mayonesa o similares aderezos; o el ambiente no era tan acogedor ni tan limpio como debería.

Claro que todo eso era lo de menos y Vinicio siempre agradeció la disposición de su amigo para poner su departamento y fomentar la frecuencia de esas reuniones, que en la última etapa fueron de tres en la mayoría de las ocasiones: Graciela y él con Ponchelo. Pocas veces incluyeron en esas reuniones a alguna de las novias de Ponche, que cambiaban cada tres o cuatro meses; porque después de haber invitado en varias ocasiones a cada una de esas "fallidas candidatas a esposa" (como el mismo Ponchelo las llamaba), tanto su amigo, como Graciela y él prefirieron esperar a que surgiera "la buena", para integrarla adecuadamente al grupo.

Mucho de lo que vivió durante esa etapa de trece o catorce años en que la convivencia era por lo menos semanal, entre las reuniones en su casa, o en el departamento de Ponchelo, o las salidas a restaurantes, convivencia siempre acompañada por abundante ingestión de bebidas alcohólicas y todo lo que eso implica, Vinicio logró plasmarlo con fidelidad en su novela, al describir el ambiente y la tónica de las tertulias que Fabrizio de la Mora organizaba en las afueras de Morelia con sus amigos y colegas artistas o aspirantes a tales.

Al principio, con la convenenciera intención del pintor de ganarse el afecto de don Álvaro para así lograr acercarse a su hija Mireya, pero después porque Fabrizio llegó a necesitar de esas reuniones y esos nuevos amigos como único espacio en el que podía desenvolverse a placer, expresarse tal como era, hablar de la esencia, el significado, las motivaciones y la historia de cada una de sus obras ante quienes sí podían entenderlas y apreciarlas en su verdadera dimensión, ante quienes no lo juzgaban y sí lo aquilataban.

Entre esos amigos el más cercano llegó a ser el "Llanero", aspirante a escritor con el que Fabrizio compartía el gusto por la lectura, y que en su momento le recomendó libros y autores que habían acrecentado ese deleite por la buena literatura; empezando por *El lobo estepario*, de Hermann Hesse, novela que lo dejó marcado como lector a sus veinte años.

Esas veladas literarias y artísticas se constituyeron en parte esencial de la rutina semanal de Fabrizio y el ambiente que en ellas se respiraba, la dinámica que ahí fluía, el tono festivo que prevalecía, Vinicio logró reflejarlos con exactitud en su novela, porque era algo que comprendía a la perfección, porque se identificaba a plenitud con eso, porque había sido en aquellas semanales cenas con Graciela y

Ponchelo, en las reuniones en que convocaban a más gente, en ese lapso de su vida en que había sido más feliz que nunca, cuando había sentido en aquel exclusivo grupo de tres la plena empatía, primero con respecto a sus aspiraciones como escritor y después hacia sus primeros libros.

¡Qué tiempos aquellos y qué manera de torcerse primero y enderezarse después!

# XXXVIII

"Sí, claro, si no conoces al autor, esta novela te resulta cautivadora, te engancha, empiezas a leerla y no encuentras cuándo ni cómo dejar de hacerlo". Así pensaba Luciano mientras proseguía la lectura de *Andanadas Pictóricas*, e iba reconociendo, muy a su pesar, su elevado valor literario, el encanto de la historia y de la forma de contarla. La cadencia en la narrativa, esa rara virtud de dominar los tiempos para sacarles a los momentos culminantes de la trama el mayor jugo posible. Y la facilidad para delinear con unos cuantos trazos el perfil de cada uno de los personajes, para retratarlos físicamente primero y después pintarlos con exactitud en su esencia, con los adecuados brochazos psicológicos y las sutiles pinceladas quirúrgicas.

Para Luciano resultaba evidente a quiénes había tomado Vinicio como modelos para dejarlos perfilados en varios de los personajes de la novela, tanto por la apariencia física como en la manera de ser y de comportarse.

Era obvio que en Fabrizio estaba retratado el propio Vinicio, tanto en sus rasgos como en su forma de ver la vida y de encarar diversas circunstancias, aunque también saltaba a la vista que dicho personaje era una especie de idealización del propio autor, que en la vida real no tenía la sensibilidad ni las cualidades tan humanas acreditadas al protagonista de su obra maestra.

También en el "Morocho" Picana estaban esbozados tanto el aspecto físico de Ponchelo como su carisma y el especial atractivo que proyectaba hacia las mujeres, pero en ese caso al personaje ficticio se le atribuían características malévolas y maquiavélicas que había estado lejos de ostentar el entrañable Ponche. Aparentemente, y sólo para dibujar esa otra faceta de la personalidad del Morocho, Vinicio se había basado en ese crítico literario que a él le había tupido con cada uno de sus tres mediocres libros; un tal Membrino, o Manchino, o algo así. O tal vez para dicho efecto utilizó como modelo a su excompañero de la preparatoria, Plutarco, al mamón de Pluto, que desde hacía algunos años se había convertido según él en crítico literario.

Después estaban Graciela y Mireya, Grace y Mire, quienes parecían ser la misma persona, una de carne y hueso y la otra cobrando vida en el papel; aunque en ese caso la gran diferencia era que Grace estaba o había estado con Vinicio, mientras que Mire había sido pareja de Picana y no de Fabrizio, para quien no había pasado de ser su

imposible amor platónico, algo que le brincaba a Luciano, aunque entendiera que el autor de cualquier novela podía moldear a sus personajes a su antojo, modificarles virtudes y sentimientos, defectos y pensamientos.

Porque tampoco se daba la coincidencia, por ejemplo, con respecto al ajedrez: si en la novela el reconocido maestro en ese rubro era Fabrizio, en la vida real el pobre Vinicio nunca tuvo nada qué hacer ante un tablero si en frente se sentaba Ponchelo.

Después estaba don Álvaro Valdivia, generoso escultor cuya descripción en cuerpo y alma era una calca de lo que varias veces le había escuchado a Vinicio con respecto a su famoso amigo, el chaparro poeta yucateco de nombre rarísimo, del que tanto les hablaba en aquella época de las reuniones frecuentes, con la intención de apantallarlos.

También había en ese polifacético escultor michoacano algunos rasgos de don Vinicio, ese sí un chingón, y no como su infladísimo hijo. Un gran hombre al que nunca olvidaría, sobre todo porque además había sido la única persona que a Luciano le había tocado ver morir, cuando fungió como advenedizo testigo involuntario del hecho inesperado.

Incluso sospechaba Luciano que él mismo le había servido como molde para algunos de sus personajes al pendejo de Vini, porque a ratos sentía verse en parte reflejado tanto en el Llanero como en Diego Ladera, dos de los artistas frustrados que formaban parte de la Tertulia de Babel, sonoro y preciso nombre para ese grupo de la bohemia, pero que seguramente Vinicio le había plagiado a alguien.

El caso era que, con respecto a la realidad en que había vivido Vinicio, la novela lucía pletórica de coincidencias, aunque también marcara claros contrastes, y a Luciano le daba la impresión de que había algo más en todo ello, quién sabe si algo así como una intención terapéutica del autor, urgido de desahogar algunas cosas.

Si esas similitudes entre los protagonistas de la novela y gente de la vida real habían sido un simple punto de partida alrededor del cual Vinicio concibió y tejió la trama, Luciano se veía obligado a reconocer no sólo la creatividad de su examigo, sino también la fluidez y tersura con que contaba esa historia.

En infinidad de frases era palpable ese valor estético que tanto aplaudieron diversos críticos, pero lo más sorprendente era la capacidad del autor para superar con la siguiente frase la belleza de la anterior, para sembrar en el lector el deseo de seguir leyendo, no sólo para descubrir lo que seguirá pasando, sino también para ver cómo podría igualarse o mejorarse lo ya escrito y leído. Como ahora que llegaba a ese conmovedor pasaje en el que Fabrizio reflexionaba sobre lo que unas horas antes había sentido y pensado al platicar con Mireya

por primera vez:

> En cuanto la vi y empecé a escucharla, supe con regocijada transparencia que era ella la mujer en cuyos ojos yo quisiera, ya anciano de preferencia, depositar mi postrera mirada.

Tratando de olvidar quién era el autor de esas líneas, de qué cabeza habían salido para después cumplir con el proceso necesario para llegar a esa página, a Luciano le resultaba forzoso identificarse con el personaje, sentir una irresistible empatía, enternecerse con él, desear en su condición de lector que pronto fuera correspondido por Mireya ese repentino y maravilloso amor intempestivamente surgido del corazón de Fabrizio, como si irrumpiera de las entrañas de un volcán durante varios años dormido.

"Puta madre, ya estoy poniéndome también en la tesitura de escritor cursi", pensó Luciano al dejar el libro en el buró para ir por otra cerveza y regresar a seguir leyendo.

# XXXIX

Divertidísimas fueron algunas de sus convivencias con Ponchelo en la época en que Chela todavía era Grace, o Greisi; sobre todo en los primeros siete años del milenio. Al principio como tres grandes amigos y sin que Vinicio supiera a cuál de los dos prefería Graciela, después como novios tan festejados por el amigo, y más adelante ya casados y en plan de esperar que algún día encontrara Ponchelo a la pareja adecuada.

En ese entonces veía Vinicio demasiado exigente a su gran amigo con respecto a las novias que desfilaban en su vida. Que si Rebe no para de hablar, que si Pau es muy aburrida porque casi no habla, que si Momis está buenísima pero un poquito narizona, que si Nanis sería guapa si no estuviera medio gordita, que si Lupe es muy corriente, que si Prisci se cree muy fina, que si Meche es muy bruta, que si Corde se pasa de celosa, que si a Sara se le va la onda, que si a Vale siempre le duele algo pero se siente soñada y está cada vez más mamona.

Por lo visto no había cómo satisfacerlo, no existía mujer capaz de "llenarle el ojo" a su amigo, y con eso solían bromear y divertirse Grace y él, algunas veces en presencia del propio Ponchelo.

–Nada más estamos esperando para ver con qué vas a salir cada vez que cortas a una de tus novias o nos explicas por qué te cortaron.

–Es que todas terminan hartándome por algo, o, a veces, algunas salen muy delicaditas y no me aguantan.

–Pero me imagino que ya sabes que la mujer perfecta no existe. A excepción de Grace, por supuesto.

–Gracias, mi amor, tú siempre tan galante.

–Claro, ya sé que no existe otra mujer así de perfecta, pero tampoco me voy a quedar con una tan defectuosa como las que me han tocado.

–Tal vez el problema sea ese, que pones demasiada atención a sus defectos.

–No, el problema es que esos defectos se les van notando más, o como que se van acentuando entre más tiempo las trato.

–Sí, claro, lógico, pero de todos modos se me hace que el matrimonio no es lo tuyo, Ponche.

–Eso que ni qué, Grace, para nada es lo mío.

Fue durante esa etapa, a finales de 2003, cuando Graciela conoció al ilustre poeta de nombre raro, cuya amistad Vinicio había logrado

alimentar con esporádicos viajes a Mérida cuando utilizaba como pretexto el de ir a buscar allá determinadas piezas antiguas que servirían para su negocio, y, sobre todo, cada vez que el gran bardo iba a la Ciudad de México, algo que sucedía con frecuencia por lo solicitado que era para dar cursos y conferencias sobre poesía en castellano en varias universidades, o como parte de diversos eventos culturales.

A Grace le había encantado su amigo, al grado de empezar a interesarse por la poesía, aunque no le entendiera ni madre. Pero a partir de entonces le pedía a Vinicio que la incluyera en cualquier plan que involucrara al insigne yucateco, y a cada rato le pedía también que le recordara cómo iba esa parte de aquel poema que le había fascinado.

–¿Cuál dices, Grace?

–Uno de ese Nájera, cuando explica cómo quisiera morirse.

–Ah, "Para Entonces", de Manuel Gutiérrez Nájera.

–Ándale, sobre todo esa parte de apagarse poco a poco.

–Sí, claro:

Morir cuando la luz triste retira
sus áureas redes de la onda verde;
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

–Esa, genial, como el inicio, que también me encanta.

–Sí, muy padre:

Quiero morir cuando decline el día,
en altamar y con la cara al cielo,
donde parezca un sueño la agonía,
y el alma un ave que remonta el vuelo.

–Increíble que alguien pueda llegar a escribir tan bonito.

–Sí, increíble.

Sólo una vez coincidió Ponchelo con el poeta en una pequeña cena organizada por Vinicio para los cuatro, con Luciano excluido. Pero, a diferencia de Graciela, Ponchelo no se mostró muy interesado que digamos, sino todo lo contrario, aburrido y como pensando qué hacía en ese restaurante con tres personas que sólo hablaban de poetas, escritores, novelas, versos, sonetos, epigramas e insignificancias similares.

El poeta disertaba sobre el realismo mágico y los grandes autores latinoamericanos del siglo XX, y lo que Ponchelo hacía era simular que lo escuchaba y tratar de esconder sus bostezos hasta donde podía.

Sólo cuando regresaron al asunto de la versificación y oyó algo de un poema con el ajedrez como tema, pareció despertar de su letargo como por ensalmo.

–¿Cómo va eso, maestro?

–¿Cómo va qué?

–Esa parte final del poema que nos acaba de decir.

–¿El de "Ajedrez", el soneto de Borges?

–Sí, ese. Nomás lo último.

–Ah, lo último:

También el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y de blancos días.

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza,
de polvo y tiempo y sueño y agonías?

–Está chingón.

–Sí, magistral.

–Excelente. ¿O sea que nosotros también somos como piezas de ajedrez movidas por Dios, que a su vez es movido por otros dioses?

–Bueno, eso dijo Borges, más o menos.

Ese fue el único momento en que Ponchelo se metió un poco en la conversación, para después volver al silencio y ensimismamiento, al grado que el poeta se quedó con la impresión, como más tarde se lo comentó a Vinicio, de que su amigo era un poco penoso y muy introvertido. Y Vinicio, por supuesto, prefirió no aclararle que Ponchelo, en realidad, era muy platicador, extrovertido, vacilador, dicharachero, a menos que no le interesara el tema del que se estuviera hablando.

# XL

En esa parte de la novela empezaba a entenderse cuáles eran la magnitud y el peso del odiado villano:

> La influencia de Picana en el arte de Michoacán no tenía precedente alguno. Sobre todo en lo que se refería a la pintura, nunca nadie había dominado a tal grado la escena.
>
> Sus corruptos tentáculos se extendían hasta la capital del país, donde había sabido echarse al bolsillo (en algunos casos por descubrirles ciertos secretos y sutilmente amenazar con divulgarlos) a encumbrados personajes y a influyentes funcionarios del ámbito cultural, cuya estratégica posición aprovechó el Morocho en múltiples ocasiones para echar por tierra los intentos de Fabrizio por dar a conocer su obra.
>
> Inhibió la posibilidad de diversas exposiciones suyas en el Distrito Federal, e incluso logró que se cancelaran tres o cuatro que parecían un hecho. Y con mayor facilidad lograba que en Morelia, y la tierra michoacana entera, no hubiera una pared disponible para que el desconocido pintor colgara uno de sus cuadros.
>
> Aunque no lograron probarlo, también parecía ser Picana el autor intelectual de aquel incendio de la pequeña bodega que Fabrizio rentaba para guardar lo mejor de su obra, esos veinticinco cuadros que se rehusaba a malbaratar a pesar del permanente apremio económico en que vivía el artista. Preciosos lienzos sin seguro alguno, convertidos todos en cenizas, como sarcástica respuesta al científico enunciado de que “la energía y la materia no se crean ni se destruyen, solamente se transforman”.
>
> ¿Cómo recuperaría Fabrizio, transformadas en qué, la energía física y mental que le había costado producir esa obra y toda esa materia, y la obra misma, y la energía artística implícita en esos cuadros consumidos por las llamas?

Al cerrar el libro para descansar un rato de la lectura, Luciano sentía indignación al pensar en la impotencia de Fabrizio ante el golpe recibido, como si la sufriera en carne propia, pero después se puso a

pensar en el autor de esas líneas y recordó cómo en realidad nunca le cayó bien Vinicio. Soberbio, con un sentido del humor muy raro, cero solidario y medio agarrado con el dinero. Y, por si fuera poco, torpe como nadie más: no había comida o cena en que no derramara el vino, o se le cayera un plato, o rompiera un tequilero.

Luciano lo aguantaba porque parecía inevitable que fuera parte de las convivencias con Ponchelo, del que no se despegaba. A veces le daban la impresión de ser medio mayates.

En cambio, lo de Ponche siempre fue otra cosa; si lo conocías y lo frecuentabas no había forma de que no lo admiraras, no sólo por su carisma, por lo desprendido, generoso y simpático que era, sino porque además destacaba en todo lo que hacía.

Era increíble el pegue que tenía con las viejas y también su capacidad para platicar a fondo sobre cualquier tema; pero si con eso no te atrapaba, lo que hacía en el futbol era suficiente como para obligarte a rendirle tributo.

Recordaba Luciano con fidelidad varios de los goles de su entrañable amigo con el equipo de La Salle, sobre todo aquel golazo que anotó cuando estaba colocado apenas adelante del medio campo, todavía dentro del círculo central, y desde ahí prendió de aire un mal despeje de un defensor rival, para que el balón, tendido y perfectamente conectado, entrara a la portería también de aire, por el mero centro y menos de medio metro abajo del travesaño, con el portero a la altura del manchón penal y sin oportunidad alguna de reaccionar a tiempo.

Con ese golazo ganaron la semifinal en su segundo torneo en la Interclubes, a punto de terminar su segundo año de prepa; y en el partido final otra vez Ponchelo fue la figura encargada de anotar dos goles y de conducir al equipo, y a los agradecidos compañeros, al primero de los dos títulos que obtuvieron.

Se acordaba también de tantas veces que acompañó a su amigo a los torneos de ajedrez en los que le gustaba participar, de esos de diez minutos por partida para cada quien, sobre todo de aquella ocasión en que Ponchelo salió airoso como campeón después de vencer a cinco oponentes. Pensó en la cara de orgullo de Ponche cuando le mostró su trofeíto y el cheque que le habían dado, para después decirle que no había nada más fascinante que el ajedrez, y que tenía razón Borges cuando escribió que también nosotros somos como piezas que mueve Dios, o algo así.

Después regresaron a casa de Ponchelo, cuando todavía vivía con sus papás en Las Lomas, y Luciano recordaba que en ese camino de regreso su amigo le comentó, un tanto triste, que Vinicio nunca había querido acompañarlo a ninguno de esos torneos de ajedrez en los que participaba tres o cuatro veces al año.

Claro, lógico, si al pinche Vini nunca se le quitó lo envidioso, nunca soportó que Ponche fuera mucho mejor que él en todo, incluido el ajedrez.

"Qué mala onda que se me pasaran así los tragos y que me haya despedido de mi gran amigo de esa forma tan vergonzosa, tan incómoda", pensó Luciano antes de volver a abrir su libro para continuar con esa lectura cada vez más entretenida.

Estruja el alma de los lectores acompañar a Fabrizio en el titánico esfuerzo que realiza al elaborar cada lienzo, para después ver cómo el deleznable Picana destroza con una simple frase cada una de sus obras. Es increíble cómo De Martín puede darle ese dramático matiz a un asunto tan sencillo.

Henry Busher
*Consultorio de Letras*

Como auténticas andanadas pictóricas, en cascada nos invaden los adjetivos ante la pretensión de describir esta novela: provocativa, revolucionaria, disruptiva, luminosa, magistral.

Serafín Robles
*Canal de Conexión*

De las cuatro EMES al mundo: desde el folclórico Maravatío y la hermosa Morelia, esa historia generada entre la industriosa Monterrey y la señorial Ciudad de México, despegó para convertirse en una novela universal que pueden gozar todos los lectores en cualquier rincón del planeta.

Marco Ibargüengoitia
*Fórum de Xalapa*

# XLI

Resultó memorable, en diciembre de 2002, la fiesta para inaugurar el lujoso departamento de soltero recién adquirido por Ponchelo, ya convertido en un joven empresario exitoso.

Más que "depa", el de Ponchelo era un *penthouse* en el piso veinticinco de uno de los flamantes edificios en Santa Fe. De la lujosa pero antigua casa de sus papás en Las Lomas, su amigo había pasado a este moderno departamento aún más ostentoso y, seguramente, más caro que aquella residencia; y para estrenarlo decidió hacer una buena fiesta que Graciela y Vinicio le ayudaron a organizar.

Botana variada y abundante, cena sencilla tipo bufé con diversos platillos mexicanos; y, por supuesto, bebida en cantidades industriales. Decenas de botellas de distintas marcas de tequila, de vino, güisqui, vodka, brandy, ron, cerveza, refrescos, aguas minerales; porque Ponchelo decidió aprovechar la ocasión para surtir con creces una enorme cava que se convirtió en uno de los atractivos de la reunión.

Para garantizar la adecuada atención para sus invitados, el orgulloso anfitrión contrató a dos meseros recomendados por Maru, su inseparable asistente en la constructora-urbanizadora. Alrededor de cuarenta y dos personas asistieron. Doce o trece de los compañeros de La Salle, tanto de la prepa como de la carrera, la mayoría con pareja, pero además los cinco empleados que ya habían cumplido un año trabajando bajo las órdenes de Ponchelo en Rubirosa y Asociados; y también algunos amigos de la primaria y vecinos de su niñez en Las Lomas. Y para completar el gentío, Mauricio, con su novia Berthis, de la UNAM, además de las cuatro mejores amigas de Graciela, que ella había pedido invitar "para ver si así alguna de ellas agarra algún prospecto a marido".

Como Grace se veía feliz con su noviazgo recién inaugurado con aquel beso del bazar, parecía estar en la onda de conseguirles pareja a sus amigas de Comunicación, que asistieron muy ufanas en plan de "mercancía disponible".

Felices estuvieron ahí Yoyis, Magui, Chuchi y Lety, a la que sus amigas le decían "Teti", algo que los demás podían entender de inmediato al verla. Y fue precisamente ella la que cuatro meses más adelante tendría una efímera relación con Ponchelo, que ese día del festejo estaba sin pareja por un pleito que había tenido con Mili, su novia del momento.

Ya entonada la mayoría de los asistentes con la respectiva dosis de alcohol, en la amplia terraza se llevó a cabo la parte final, y más divertida, de aquella inolvidable velada.

Una extensa terraza, como de cuarenta metros cuadrados, más o menos a cien de altura, y desde la cual podía contemplarse no sólo la zona entera de Santa Fe, sino más allá. Y con un barandal llamativo, muy estilizado pero no muy alto, lo que obligaba a tomar las debidas precauciones, sobre todo considerando la condición etílica de casi todos.

Bromearon un buen rato con que "los tres amigos", Vini, Ponche y Luchi, nunca se quitaban su anillo de graduación de la prepa, y Yoyis le pidió a Vinicio que se lo quitara para verlo bien, después de preguntarle si seguiría usándolo dentro de dos o tres años, cuando se casara con Grace y en ese mismo dedo tuviera que ponerse su argolla matrimonial; y Vinicio se lo pasó tras responderle que, en ese caso, no veía ningún inconveniente en usar los dos y que, de hecho, buscaría que dicha argolla combinara a la perfección con ese anillo que tanto significaba para él.

Después de observarlo con detenimiento durante unos veinte segundos, Yoyis amagó con arrojarlo hacia la calle, broma que algunos festejaron pero que a él sí lo asustó un poco, porque ella le caía muy bien pero no la conocía lo suficiente como para saber si sería capaz o no de lanzarle su anillo hacia donde resultaría imposible encontrarlo.

Aunque terminó en algo simplemente anecdótico, en su momento sí se espantaron varios por lo que hizo Lety, con la que habían estado bromeando en repetidas ocasiones, diciéndole que no se acercara de frente a ese barandal porque podía desbalancearse con su excesivo peso delantero, y precipitarse al vacío.

Cuando el tema de conversación era otro, y sabía que no le ponían tanta atención, de repente Lety pegó un grito al tocar de frente la barandilla y asomar un poco la cabeza y el pecho, haciendo como que perdía el control y se caía, lo que provocó el estupor de quienes la vieron, aunque de inmediato sólo escucharan sus carcajadas, mientras se alejaba de ese barandal y hacía un esfuerzo por atenuar la risa.

Tras el susto casi todos festejaron la ocurrencia, pero Vinicio notó que Ponchelo seguía demudado, lívido, a tal grado que el barbero de Luchi, más cariñoso de lo debido, se le acercó para tranquilizarlo y ofrecerle algo de tomar para ver si así se reponía.

Ya recuperado después de darle algunos tragos a esa coca, Ponchelo les explicó que, en realidad, le tenía pánico a las alturas, que por lo mismo había dudado en adquirir ese departamento, que finalmente decidió hacerlo por lo padre que estaba y pensando en no utilizar tanto esa terraza.

Añadió que por eso también extremaba precauciones cuando subía,

una vez a la semana, a ese increíble lugar del Ajusco que hacía varios años había descubierto junto con Vini y con Luchi.

Un poco después de aquel inolvidable festejo fue cuando Grace empezó a ir a las meriendas semanales con esas amigas de la Ibero, que de vez en cuando se integraban también a las reuniones más íntimas, de siete u ocho personas, que Ponchelo organizaba en "su humilde depa".

Así surgió la fugaz relación entre Ponchelo y "Teti", que al terminar sí trastocó la dinámica de ese incipiente grupo, con el distanciamiento no sólo de Lety, sino también de Magui, Yoyis y Chuchi; pero la relación de Grace con ellas siguió siendo sólida durante casi dos décadas, a tal grado que Yoyis se convirtió en la madrina de bautizo de Begoña, y unos años después, Lety, en la de Ponchillo, aunque en realidad Vinicio, y de seguro también el bebé, la hubieran preferido como nodriza.

Durante ese pequeño lapso del peculiar noviazgo de Lety con Ponchelo, en una ocasión Vinicio y su amigo les cayeron por sorpresa a las cinco amigas en una de esas meriendas que apenas habían incorporado a su rutina, en una elegante cafetería cercana al cruce de Palmas y Reforma. Una sorpresa que todas recibieron con entusiasmo, sobre todo Grace y Lety. Y ya rota la mencionada relación, unos meses después, se le ocurrió a Vinicio "caerles" otra vez él solo sin avisarles, pero, por desgracia, se topó con que Graciela había cancelado a última hora por una cita que tuvo que hacer con el dentista, a pesar de lo cual las amigas lo convencieron de quedarse un rato a echarse un café y platicar con ellas.

Fue aquella una agradable convivencia que a Vinicio le permitió confirmar que ese era un magnífico grupo de amigas para Grace; todas ellas, "feministas de las buenas", al igual que su adorada novia. Fervientes defensoras de los derechos de las mujeres, pero sin percibir a los hombres como los enemigos a vencer. Inteligentes, simpáticas, ocurrentes, llenas de planes y de energía. Sobre todo Yoyis, la más guapa, que, además, parecía la más contenta con que se hubiera quedado un rato a platicar con ellas.

Pero a pesar de lo bien que le caían, en ese momento a las cuatro las consideraba Vinicio ubicadas claramente abajo de Grace, a diferencia de cómo las percibía ahora, aunque tuviera casi tres años de no verlas: sin duda alguna, por encima de Chela.

Aquella noche Graciela le comentó que sus amigas le platicaron que estuvieron encantadas con él, y que lamentaba haberse perdido de la sorpresa y la entretenida merienda por culpa de ese empaste que se le cayó y la obligó a esa visita de urgencia con el dentista.

Quién sabe cómo le hubiera ido a Vinicio con Yoyis, la única de esas cuatro amigas de Chela con la que tal vez pudo haber sucedido

algo, con quien varias veces tuvo la oportunidad de platicar muy a gusto y de quien sabía que se había casado con un exitoso empresario regiomontano, que con él vino a radicar a Monterrey desde recién casados, hacía como trece años, que también se había divorciado hacía dos o tres, y que, por algún asunto de chismes y malentendidos, se peleó con Chela y tenían buen rato de no hablarse.

¿Y si buscaba a Yoyis en unos días como para sondear el terreno y restablecer el contacto, ya con el Nobel en la bolsa?

Por lo menos, en teoría, sonaba buena la idea. Sería cuestión de descubrir si también en la práctica.

# XLII

Sus amigos de la procuraduría le decían una y otra vez a Luciano que no encontraban por ningún lado elementos suficientes como para sustentar sus sospechas con respecto a Vinicio.

Tardó Luciano más de dos semanas en conseguir una cita con Carlos Puente, de quien muchas veces había escuchado hablar, sin conocerlo en persona.

Cuando finalmente logró verlo, en su oficina de Incunables y Más, poco a poco pudo llevar la conversación por donde había pensado que más le convendría:

–Te agradezco que me recibas, y me da mucho gusto conocerte en persona, después de todo lo que Vinicio me ha platicado sobre ti.

–Nada qué agradecer, y tú me dices para qué soy bueno.

–Fíjate que quiero sorprender al Vini regalándole un buen libro. ¿Como cuál me sugerirías, que de preferencia no pasara de mil pesos?

–A ver, déjame pensar cuál.

–No sé si alguno del que él te haya hablado la última vez que te vio, hace casi un mes, el miércoles 7 de septiembre.

–¿El miércoles 7 de septiembre?

–Sí, creo que sí, que se vieron ese día. ¿O no?

–¿Y por qué tienes tan precisa esa fecha?

–Es que ese día desapareció nuestro amigo Alfonso, Ponchelo; me imagino que ya te lo platicó Vinicio.

–No, no sabía nada de eso, pero además esa semana que tú dices me tocó estar en Chiapas desde el lunes 5 hasta el viernes 9, entre Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas.

–¿Estás seguro?

–Sí, segurísimo, cada año hago ese viaje en la primera o segunda semana de septiembre.

–Ah, entonces me confundí de día, tal vez fue otro miércoles, probablemente antes de ese viaje que hiciste.

–Puede que sí. Pero además a Vinicio volví a verlo hace como quince días, aquí mismo en esta oficina, no me acuerdo si un martes o miércoles.

–Ah, okey; pero bueno, eso es lo de menos. Lo que me interesa es sorprender a Vini con un buen libro.

–Sí, estoy pensando cuál estaría bien, porque sí es muy exigente en eso de los libros, sobre todo desde que trae la onda de escribir su obra

maestra. Ojalá se le haga.

–Sí, ojalá. Y perfecto, me parece bien; pero no hay prisa. Si quieres piénsalo y después te busco.

–Mira, ya sé, tengo un libro que seguramente le encantará a Vinicio, el de las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, de una colección especial, que te saldría en seiscientos ochenta pesos, con una encuadernación y edición de lujo.

–¿Puedo verlo?

–Sí, claro, espérame tantito.

Luciano esperó ese "tantito", se hizo el emocionado al revisar dicho libro y después trató de despedirse del bibliófilo con la promesa de que muy pronto regresaría para darle el dinero que en ese momento no traía; pero al final se vio obligado a aceptar el insistente ofrecimiento de Puente, de que por lo pronto se lo llevara, que no importaba, que cuando pudiera se lo pagaba, le enviaba el dinero o pasaba otra vez para dejárselo y para platicar otro rato.

Ahora, siete años después, un poco avergonzado volvió a pensar Luciano en esa deuda nunca saldada, en dicho libro que le proporcionó dos semanas de una entretenida y aleccionadora lectura, y, sobre todo, en esa reveladora plática con el reconocido coleccionista de grandes obras literarias, conversación que sirvió para confirmar las inconsistencias en el testimonio de Vinicio con respecto al caso de Ponchelo y a lo que el propio mentiroso de Vini había hecho aquel fatídico miércoles.

Lo que seguía sin entender, era que dichas inconsistencias y tantas contradicciones no hubieran llevado a las autoridades, y ni siquiera a sus amigos Jey & Jey de la procuraduría, a reforzar la investigación en torno a Vinicio.

En todo eso volvió a pensar Luciano antes de retomar la lectura de la novela de su examigo, que se volvía más emocionante en esa parte, a la mitad de la historia, cuando Fabrizio le presumía a Mireya su más reciente obra, "Anciano hacia el Horizonte", y le explicaba, sin escatimar detalles, el enorme grado de dificultad, el tremendo reto que representó para él como artista.

Ahí detectó Luciano otra coincidencia con la vida real, porque recordaba muy bien ese cuadro, por el título y por la forma en que Fabrizio lo describía, porque esa magnífica pintura le llamó la atención esas únicas dos veces que visitó el changarro de Vinicio, en una ocasión en que ahí habían quedado de verse los cuatro, y cuando fue a platicar con el chismoso de Leo para buscar algún escrito de Grace que le permitiera comparar su letra con la de aquella nota encontrada en la guantera del coche de Ponchelo.

O sea que no había tanta invención de por medio, que era cierto que la imaginación de Vinicio estaba cabrona, pero también era

indudable que siempre la desarrollaba a partir de cosas que sí le habían sucedido, o muy parecidas.

A esas alturas de la novela, a pesar de ser el de Mireya un personaje secundario en la trama, le parecía muy interesante a Luciano, porque no era fácil definirla. Por un lado, además de ser muy guapa, era presentada como una mujer emancipada, independiente, culta, conversadora elocuente, con una encomiable visión feminista, de vanguardia en esa época, a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, dentro de una sociedad moreliana en la que esos temas de emancipación femenina, equidad de género y derechos de la mujer estaban lejos de aparecer en el panorama, como distaban de estarlo en la República Mexicana entera.

Había ahí una obvia correspondencia con las cualidades y características de Grace, como gemela de Mire, como una fidelísima copia solamente transportada a otra época y otro lugar; y de la vida real a la ficción, claro.

Esa formación y conformación de un pensamiento liberal y de avanzada, las había cultivado Mireya bajo la amorosa guía de don Álvaro, su padre, un artista adelantado a su época, quien le inculcó desde niña la importancia de valorarse a sí misma, de reconocerse y apreciarse, de hacer valer siempre sus derechos como mujer y como ser humano, de defenderlos a tope, contra viento y marea y a costa de lo que fuera.

Pero, por otro lado, como distintiva faceta, Mireya exhibía cierta altivez: se mostraba un tanto sobrada, rayando en la soberbia, tan segura de sí misma que esa seguridad parecía derivar a veces en un sutil menosprecio hacia los demás; y, sobre todo, insensible ante los intentos de Fabrizio por conquistarla, indiferente y fría ante esos requiebros, y hasta un poco burlona y como solazándose en el estéril esfuerzo de su perseverante aspirante a marido.

> –Veo tus ojos, Mire, y en ellos quisiera mirarme siempre yo mismo, como quisiera que a través de los míos pudieras penetrar a tal grado de escudriñar mi alma, de llegar a esas entrañas en las que vibra el núcleo de mi amor por ti, como si fuera mi propia primigenia materia a la espera del Big Bang que desencadene un armonioso universo de felicidad que juntos podríamos construir si tú te animas.

> –Cada vez más revueltas, más intrincadas y raras tus metáforas, Fabri, no la amueles, mejor sigue pintando.

Como al momento de su aparición en la historia el lector ya estaba sin remedio identificado a fondo con Fabrizio, era lógico que Mireya

le resultara chocante, como también era inevitable, en el caso de Luciano, que en Mireya, en Mire, viera fielmente retratada a Graciela, a Grace, o “Greisi”, como a veces se refería a ella el cursi de Vini.

Aunque a Luciano le parecía confusa la forma en que lo hacía, era obvio que a Vinicio le urgía desahogarse por algo.

# XLIII

Durante siete años y medio el matrimonio de Graciela y Vinicio marchó a la perfección, con ella muy involucrada en Antigüedades y Cosas, y con él disfrutando de los espacios propicios para darle cabida a sus incipientes ímpetus de escritor.

Cuando en abril de 2007 se produjo la repentina muerte del papá de Vinicio, Graciela fue un refugio vital, un incomparable bálsamo, y a pesar del dolor causado por esa pérdida, o debido a ella, tal vez fueron esos los meses en que estuvieron más compenetrados.

Un año después de ese inesperado golpe iniciaron esa etapa en la que gozaron más que nunca, no sólo la convivencia entre dos, sino también su nutrida vida social, con frecuentes comidas o cenas de parejas (a veces con las amigas comunicólogas de Graciela que en ese momento tuvieran novio), en los mejores restaurantes de La Condesa, La Roma, Santa Fe o Polanco.

Pero sobre todo disfrutaban con las bimestrales o trimestrales reuniones efectuadas en el departamento de Ponchelo, al que más en corto veían ellos por lo menos una vez a la semana, y a quien varios de sus amigos y amigas ya empezaban a llamar “el incazable Ponche”, así, con zeta, porque bromeaban diciendo que ni siquiera las más avezadas y aguzadas “depredadoras” podrían conseguir esa presa, atraparla, cazarla; que algunas podían jugar un rato con ella, pero nunca comérsela por completo. Si acaso, nada más merendársela de vez en cuando.

Una broma que tras agotarse a través de los años le dio paso a las especulaciones sobre las preferencias sexuales de Ponchelo, chismes bien alimentados por algunas de las exnovias, a tal grado que esos rumores de que “Ponche es gay” le llegaron en dos o tres ocasiones a Vinicio, y seguramente también a su amigo.

Que si era obvio y por eso no duraba con sus novias, que si con razón siempre andaba tan arregladito y se juntaba tanto con Vini y con Luchi, que si lo de andar con tantas viejas era para hacerse el Don Juan y así despistarle, que si el papá lo había corrido de su casa precisamente por eso.

Ni creía Vinicio en tales rumores, ni el tema era algo que le pareciera importante, porque siempre había pensado que cada quien cuenta con el legítimo y natural derecho de optar en el terreno sexual por lo que le plazca o se le antoje, mientras todo sea entre adultos, de

mutuo consentimiento y sin dañar a terceros.

Entre sus veinticinco o treinta principales amigos de La Salle había dos homosexuales abiertamente declarados, y dos más de quienes se sabía que lo eran aunque no se animaran a confesarlo, pero tanto él, como Ponchelo y la mayoría de los demás no hacían por ello distinción alguna con esos cuatro excompañeros; a diferencia del mojigato de Luchi, que se espantaba con el tema.

Sabía Vinicio que en ese sentido, por fortuna, las cosas eran muy distintas a lo que había sucedido con la generación de sus papás, como tantas veces le comentó el suyo, nacido en 1950. Le decía que en su época, en los sesenta o los setenta, no había quien saliera del clóset, porque quien osaba hacerlo era por completo repudiado y marginado por aquella sociedad francamente retrógrada desde la perspectiva actual, con los parámetros vigentes, por fortuna evolucionados en ese renglón, aunque no lo suficiente.

En el remoto caso de que las susodichas especulaciones resultaran ser verdad, Vinicio sabía que no cambiaría nada lo que él sentía y pensaba con respecto a Ponchelo. En ese hipotético caso solamente, eso sí, le habría desconcertado que siendo tan amigos nunca se lo hubiera dicho.

Pero al margen de bromas, rumores, especulaciones y chismes, esas reuniones con Ponchelo eran para Graciela y Vinicio la parte más esperada y divertida de la semana. Reuniones o salidas que a veces eran nomás de ellos tres, o de cuatro si en ese momento Ponchelo traía pareja y decidía incluirla, o de cinco si se colaba el metiche de Luchi, o de vez en cuando con más gente, aunque nunca con tanta como en el inolvidable festejo de inauguración del lujoso departamento de Santa Fe.

Fueron esos primeros siete y medio, u ocho, los mejores años de su matrimonio con Graciela, pero después, durante ese lapso de 2013 a 2016, entre *Goliat el intrascendente* y *Ambigüedades Mexicanas,* pasando por *Los Pequeños Delitos*, cuando esos tres libros brotaron como en cascada, la relación se había enfriado paulatinamente.

Vinicio lo atribuía al drástico cambio en su rutina, a las interminables horas dedicadas a la preparación de cada uno de esos libros, a los múltiples compromisos, entrevistas y presentaciones, y a los frecuentes viajes en esos años; pero el caso es que los encuentros sexuales, que a esas alturas de su matrimonio ya eran más o menos semanales, pasaron a ser mensuales tirándole a bimestrales.

Por eso a finales de junio de 2016, cuatro semanas después de la publicación de su tercer libro, recibió con agrado la noticia del tercer embarazo de Graciela, y para festejarla salieron a cenar ese día a un restaurante de comida mexicana que les encantaba, frente a la Fuente de Cibeles en la colonia Roma.

Esa noche, después de platicar sobre el pilón que venía y sobre lo poco que se había movido la venta de *Ambigüedades Mexicanas*, conversaron también sobre el proyecto del cuarto libro que empezaba a tomar forma en la mente de Vinicio. Era indudable que con Grace, antes de ser Chela, había gozado de abundante retroalimentación en el proceso de cada uno de sus libros.

Recordaba una plática que sostuvieron algunos años antes, cuando no habían llegado aún a los dos de casados y él empezaba a obsesionarse con la idea de escribir su primer libro, pero sin saber cómo empezarlo.

–Lo primero que necesitas es elegir el tema, la historia que quisieras contar.

–Es que la historia ya la tengo, la que ya te había dicho: sobre un poeta incomprendido, nacido en Matamoros y adoptado por Monterrey, de grandes alcances pero escaso reconocimiento, a nivel apenas regional y durante poco tiempo.

–¿Y entonces?

–Entonces, el problema es que no sé si ese tema sea suficiente.

–¿Cómo que suficiente? ¿No te convence como tema, te parece intrascendente?

–No, no es eso, claro que sí me convence. Lo que pasa es que yo creo que una sola historia, aunque sea muy buena, a veces no basta para que una novela valga realmente la pena.

–O sea, ¿que se necesitan varias historias?

–Eso creo, como en El Quijote, por ejemplo. Alguien podría decir que es una sola historia: la de un hombre que se vuelve loco leyendo novelas de caballeros andantes, y montado en Rocinante y acompañado por Sancho Panza sale en busca de aventuras por los caminos de La Mancha; pero en realidad esa es solamente la historia central, alrededor de la cual Cervantes nos cuenta otras.

–Ah, no había pensado en eso, y sigo sin haber leído completo ese libro, pero por todo lo que me has contado, es cierto, claro, son varias historias dentro de una.

–Exactamente: los duques, Cardenio, la ínsula con su improvisado gobernador, Ginés de Pasamonte y los galeotes, la pastora Marcela, el cautivo, la quema de los libros, el Caballero de los Espejos; y hasta esa pequeña novela, o ese extenso cuento, el de *El curioso impertinente,* que está enteramente insertado en la historia general, creo que en la primera parte.

–Sí, me encanta esa novela o cuento que sí leí de tanto que me la recomendaste, la de los dos íntimos amigos, ¿no?

–Esa, la de Anselmo y Lotario, y ese peculiar favor que el primero le pide al segundo, cuando lleva poco tiempo felizmente casado y enamoradísimo de su esposa.

–De Camila, sí, me acuerdo, muy padre y muy original ese relato; pero bueno, yo sin saber mucho de eso, me imagino que si primero te decides por una historia, tal vez al desarrollarla se te vayan ocurriendo otras, siempre y cuando una y otra vez regreses a la principal.

–Mira, puede que tengas razón.

–Sí, como si fueras por la carretera y de repente te metieras a otras callecitas o veredas, pero regresando siempre a ese camino original y siguiendo la misma dirección.

–Pero no sé si al mezclar varios temas la novela quede como una ensalada insípida, sin empaque, sin que se entienda cuál es el principal ingrediente.

–Yo creo que depende de cómo mezcles las historias y de que dejes muy claro cuál es ese ingrediente o producto primordial alrededor del cual giran los demás, para complementarlo, para darle más sabor. Hay ensaladas riquísimas.

Vinicio nunca había logrado eso en sus novelas, o no lo había intentado lo suficiente, ni siquiera con *Andanadas Pictóricas*, exitosa pero monotemática, con una sola historia, la de Fabrizio de la Mora y su amor tan fallido como sus fallidos afanes de triunfar y consagrarse como pintor.

Sin embargo, Vinicio debía reconocer que en aquellos tiempos Grace tenía mucho sentido común y era ecuánime y certera en sus apreciaciones, antes de transformarse en Chela, por desgracia.

# XLIV

Lo de la agenda de Ponchelo tampoco había servido para esclarecer nada. Eso de "Vini?", con el signo de interrogación solamente al final, podía significar cualquier cosa, y cuando uno de los investigadores encargados del caso se lo preguntó al propio Vinicio, éste le dijo que tal vez tenía algo que ver con la última conversación que sostuvo con Ponchelo, cuando lo llamó el martes para pedirle que lo aconsejara sobre una inversión que quería hacer.

Que esa vez Ponchelo le había dicho que le diera unos días para pensar bien qué le convenía, y que desde entonces no volvió a saber nada de su entrañable amigo, quien, seguramente, había apuntado eso en su agenda para tener presente el tema y brindarle su mejor consejo, como tantas veces lo había hecho, porque así de generoso y servicial había sido siempre el incomparable Ponche.

Era obvio que en todo lo que Vinicio explicaba o trataba de aclarar con respecto al asunto de Ponchelo, afloraban siempre su imaginación y sus virtudes como novelista, su capacidad para inventarse motivos o excusas, para improvisar historias creíbles cuando así le convenía hacerlo.

En esa agenda también estaba lo de "Luchi?", que sólo el propio Luciano sabía lo que significaba, y, por supuesto, no pensaba comentárselo a nadie.

Otra anotación, elocuente pero misteriosa, realizada dos meses y medio antes de aquel triste miércoles, era una pregunta escrita con letra más grande, y en ese caso sí con los dos signos de interrogación: "¿Y si me mata por eso?".

El inquietante mensaje hacía suponer que a esas alturas Ponchelo estaba metido en un grave problema, tal vez relacionado con su empresa, o con alguna deuda, o un lío amoroso, o con algún nexo con personas *non gratas*. Pero por más tiempo que se le dedicó al asunto, ningún otro elemento surgió como para empezar a desentrañar el significado y el porqué de la pregunta, que Luciano sentía como enviada desde ultratumba por su amigo.

Lo que llamaba la atención de Luciano en esa pregunta era que la conjugación del verbo estuviera en singular y no en plural.

"¿Y si me matan por eso?" hubiera implicado cierta vaguedad, o tal vez la referencia a un grupo y no a una persona, mientras que "¿Y si me mata por eso?" implicaba mayor familiaridad, más cercanía, la

referencia a una persona específica. Tan cercana y tan específica, que, en este caso, Luciano volvía a pensar en Vinicio; pero sus contactos de la procuraduría insistían en que no había cómo relacionar a su examigo con ese apunte de Ponchelo.

En todo eso y en el sólido muro con el que una y otra vez se topaban sus intentos de desvelar el misterio, pensaba Luciano antes de retomar la lectura de *Andanadas Pictóricas*, novela a la que dedicó por lo menos tres horas diarias.

Había empezado a leerla una noche con la idea de darle media hora de oportunidad para ver qué tan aburrida estaba, pero tanto y tan pronto se enganchó con ella, que esos previstos treinta minutos se convirtieron en dos horas y cuarto, y lo obligaron a organizarse mejor en su lectura a partir del día siguiente. Para el tercero, ya había rebasado la mitad y entrado en esos pasajes previos al desenlace, cuando la figura del Morocho Picana se tornaba más odiosa.

> Vuelve Fabrizio de la Mora a mostrar sus alarmantes limitaciones como aspirante a pintor. No sabemos de qué viva, ni quiénes lo asesoren o lo animen a seguir pintando, pero urge que alguien le haga entender que no nació para el arte de ningún tipo y mucho menos para la pintura.
>
> Tan inmerso está en esa especie de cofradía, o de pandilla de artistas frustrados, en ese grupo de vividores que como sanguijuelas se le han pegado al maestro Valdivia, que tal vez encuentra en ellos una falsa retroalimentación que lo convence de seguir pintando; o de seguir haciendo como que pinta.
>
> Su más reciente “creación”, “Anciano hacia el Horizonte”, no sólo es una burda imitación de otras obras y una risible reiteración de esa temática tan trillada, sino que además lastima los ojos con su torpeza técnica. Como lamentables andanadas pictóricas suelta una y otra vez sus anárquicos brochazos, sin ton ni son, desaseados y difusos.
>
> Por enésima ocasión resulta fallido su intento de pintar algo que valga la pena colgar en algún lado. Salta a la vista –y la daña– lo áspero de su brocha y la ausencia de esos sutiles detalles que sólo se consiguen con las geniales pinceladas que otros pintores sí son capaces de producir.
>
> Para este fracasado “pintador” de garabatos, esos indispensables detalles resultan imposibles. A tal grado, que nos obliga a preguntar si con el producto de la venta de sus anteriores bodrios (suponiendo que alguien le haya comprado alguno), no le alcanza para conseguirse unos buenos pinceles, y después a alguien que le enseñe a utilizarlos con elemental decoro.

¿Y si mejor le organizamos una coperacha?

Así de cáusticas y venenosas eran las frecuentes críticas del desalmado Picana hacia cada uno de los cuadros y pinturas de Fabrizio, y lo más indignante era que esta tendenciosa evaluación de su más reciente obra –comentario destinado a la columna que una vez a la semana se publicaba en el periódico más importante de Morelia, el *AZ Michoacano*– el Morocho la escribió una hora y media después de acostarse con Mireya por primera vez, tras haber logrado conquistarla en su afán de darle en la madre a quien tanto envidiaba desde que lo conoció en la preparatoria.

“Es increíble cómo consigue Vinicio que a los lectores nos den tantas ganas de que alguien mate a ese cabrón”, pensó Luciano al cerrar el libro y apagar la lámpara para tratar de conciliar el sueño.

Fabrizio de la Mora se ha instalado como uno de los más grandiosos personajes de la literatura gracias al “Morocho” Picana, el mejor villano posible para generar ese ambiente de agudo antagonismo que de principio a fin gobierna la apasionante historia. Cualquier semejanza de ellos con alguien que usted conoce, es mera obra de la maestría del autor para revestirlos de tal condición humana, con sus virtudes y defectos y con filias y fobias con las que muchos nos identificamos desde las primeras páginas.

Ene y Erre
*Fusión del 52*

Aunque alrededor de la historia del pintor están latentes varias posibles historias, el autor no cae en la tentación de contarlas, se remite a profundizar en la principal y deja a la imaginación de los lectores todo lo demás, algo que nosotros apreciamos y le agradecemos.

GJL y Asociados
*Colectores de Cuentos*

# XLV

El padre de Ponchelo también había muerto joven, aunque no tanto como el de Vinicio, en febrero de 2016, unos meses antes de que su hijo se esfumara.

Un fulminante infarto lo había mandado a la eternidad a sus sesenta y tres años, después de estar semi-retirado tras haberse convertido en un exitoso empresario de la construcción; trabajando mucho, claro, pero también explotando a sus empleados y sacándoles a sus proveedores y competidores ventajas no siempre lícitas y mucho menos éticas.

Se había preparado a conciencia como Licenciado en Economía y con una maestría en finanzas en el MIT de Boston (Instituto Tecnológico de Massachusetts), pero a su regreso a México se involucró en el negocio de la construcción y venta de casas, primero él solo con un "maistro de obras" como ayudante, y después de algunos años, cada vez con más chamba y más gente a sus órdenes.

Como así le convenía en términos fiscales para la cuestión del pago de impuestos, fundó en 1994 esa empresa constructora y urbanizadora, Rubirosa y Asociados S.C. (RASC), aunque, en realidad, los únicos asociados eran ellos, los Rubirosa, él, su esposa Elvira y sus dos hijos, Alfonso y Laura, o sea, Ponchelo y Lauris. Presumía ser uno de esos empresarios que generan fuentes de trabajo aunque sus salarios ofrecidos fueran de miseria y nunca le había importado enriquecerse y hacerse millonario sin mejorar gran cosa las condiciones económicas y el nivel de vida de sus trabajadores.

Se sentía muy orondo porque todos le decían "don Alfonso", como si el "don" se lo hubiera ganado realmente por su manera de ser, por su honestidad, por su comportamiento intachable o su categoría, cuando estaba muy lejos de enarbolar esas virtudes.

Inspiraba temor entre sus subalternos e incluso en su casa, pero no un verdadero respeto, aunque Ponchelo afirmara respetarlo mucho, admirarlo y para nada temerle.

Lambiscón con los de arriba y prepotente con los de abajo, déspota con quienes estaban a sus órdenes y con quienes veía como "inferiores" en su particular escala de valores. Y con una esposa "sumisa como las de antes", Elvira, Elvi, por completo a su servicio: una dócil y abnegada mujer que cuando estaban con más gente necesitaba de una mirada de anuencia de su marido para atreverse a

decir algo.

Pero a pesar de ser tan disparejo, él autoritario y ella doblegada a sus designios, el matrimonio de los papás de Ponchelo no era tan disfuncional como el de los papás de Luchi.

Ambas parejas muy lejos de la debida armonía, como sí la tuvieron siempre los padres de Vinicio, adelantados, en muchos sentidos, a los tiempos en que vivían, equitativos al tomar decisiones importantes y en la repartición de tareas y responsabilidades con respecto a la familia y al funcionamiento del hogar.

Enamorados, solidarios, empáticos, divertidos sobre todo cuando estaban juntos. Nada que ver sus papás con los de sus amigos, ni como personas ni como pareja.

Don Vinicio, él sí merecedor del "don", había sido durante sus últimos diecinueve años (tres en Monterrey y dieciséis en la Ciudad de México) un ejecutivo de alto rango, eficiente, leal, honrado, de esa empresa regiomontana de proyección internacional, TERSA; y con su inteligente y ardua labor construyó un patrimonio suficiente para dejar a su esposa Norma y a sus hijos, Tere, Vini y Mau, con la necesaria tranquilidad económica, además de lo que en su momento había podido alivianar a los tres para "echarlos a andar". En el caso de Vinicio, con esa buena lana para iniciar su negocio de Antigüedades y Cosas.

Excelente padre y marido, protector, cariñoso, siempre accesible. No, los papás de sus amigos no le llegaban ni a los talones, pero era imposible mencionarle todo eso a Ponchelo por más estrecha que había sido su amistad en aquellos tiempos, decirle que nunca le cayó bien su papá, que además era de esas personas que se creen muy graciosas y en realidad son las únicas que se ríen de sus propias "puntadas".

Quince años antes de morir había empezado a delegar los asuntos de su empresa en Ponchelo, recién recibido como LAE, y a Vinicio le constaba que su amigo, en cuanto pudo tener en sus manos la toma de ese tipo de decisiones, empezó por pagarles mejor a sus trabajadores, tratando de ser un poco más justo con ellos, más humano.

Con Ponchelo la constructora-urbanizadora alcanzó mayores alturas a través de los años, porque elevó el rendimiento de los empleados, que se veían mucho más contentos, comprometidos y con la camiseta de Rubirosa y Asociados bien puesta.

Recordaba Vinicio cómo en las capillas, en aquel fresco día de inicios de febrero de 2016, por fortuna sólo con un rato del metiche de Luchi atravesado, acompañó a su destrozado amigo durante horas, todo el tiempo, y trató de consolarlo aunque sólo fuera con su presencia, a pesar de que en esos momentos no podía evitar pensar que el papá de Ponchelo había sido "un cabrón bien hecho", como se

les dice a los cabrones mayúsculos, a esos que al morir hasta provocan el alivio de muchos, por no decir su alegría.

Un hombre acomodaticio, mentiroso, truculento, ventajoso, dispuesto a tirar de la escalera a quien le estorbara si eso le permitía subir un peldaño.

No podía haber sido más distinto el papá de Ponchelo al suyo, al auténtico "don", un hombre cabal en toda la extensión y el significado del término: honesto, transparente, sincero, magnánimo, con un arraigado sentido de la justicia y de la importancia de aplicarla al máximo en cada uno de nuestros actos. De mente abierta para platicar sobre cualquier tema sin temor alguno y sin dogmas ni prejuicios que lo contaminaran. Y de indeclinable mentalidad científica, algo normal en un brillante ingeniero civil como su padre lo había sido.

Un padre al que extrañaría siempre, un ejemplar hombre que se había marchado muy temprano, aunque no tanto como Mauricio. Por lo menos a su papá no le había tocado sufrir ese lacerante dolor que casi doce años después les había cancelado para siempre, a Vinicio, a su mamá, a su hermana y a Berthis, la posibilidad de aspirar a la felicidad plena.

Si se hubiera producido de diferente forma y en otras circunstancias, la partida de su padre, casi nueve años antes que la del papá de Ponchelo, pudo haber resultado menos dolorosa y más comprensible; pero no lo había sido, porque se produjo sorpresiva e intempestivamente, por culpa de aquella pinche aceituna.

# XLVI

A los seis meses de la desaparición de su amigo, Luciano fue al bazar de Vinicio, Antigüedades y Cosas, como a las dos y media de la tarde, porque suponía que a esa hora no estarían ahí ni Vinicio ni Graciela.

Su objetivo primordial era conseguir algún escrito o apunte donde estuviera la letra de Grace para compararla con la de esa misteriosa nota ("No tan juntos como yo quisiera"), a la que había logrado sacarle una foto.

No le costó mayor trabajo guiar la conversación con el comunicativo Leo por donde más le convenía, y con el pretexto de estar muy interesado en cómo funcionaba un negocio tan boyante como ese, terminó viendo sendas listas de clientes y de proveedores, ambas con la letra de Grace, a las que les tomó fotos después de enviar a Leo a buscar una edición especial de un libro que le habían recomendado: *El Guardián entre el Centeno.*

Cuando al llegar a su casa comparó con calma esas fotografías con la del papel encontrado en el coche de Ponchelo, pensó que no se necesitaba ser grafólogo ni grafóloga para detectar el enorme parecido, aunque también lamentó haber tomado tan mal aquella foto de la nota, con poca luz y un tanto borrosa.

Lo bueno era que sí se veían con claridad las fotos de la letra de Grace recién tomadas, por lo que podrían compararse con mayor precisión con la nota original archivada en la procuraduría.

Emocionado fue con Javier y Joaquín al día siguiente, sólo para escuchar que dicho papel no lo encontraban, que seguramente había ido a dar a la basura o se perdió por algún descuido, o por el desorden que prevalecía en sus archivos, y que las tres fotos del celular de Luchi no servían siquiera para mostrárselas a su grafóloga.

Una y otra vez se topaba con caminos sin salida, y ahora el cabrón de Vini, desentendido por completo de lo que sucedió con Ponchelo, por lo visto vivía muy a gusto en Monterrey, en su tierra, lejos de Grace y de sus hijos y a punto de ser premiado con el Nobel.

Luciano había pretendido ver a Graciela para preguntarle si sabía algo sobre Ponchelo, y para mostrarle y cotejar las fotos de la nota y de las listas de proveedores y clientes de Antigüedades y Cosas, elaboradas por ella; pero le resultó imposible verla, porque no se dignó a responder a ninguno de sus mensajes y llamadas; e incluso una vez que fue a visitarla a su casa de La Condesa, cuando ya estaba

divorciada y vivía ahí con sus hijos, salió la empleada doméstica (Liboria, la simpática "Libo") a decirle que "la señora no puede recibirlo y le ruega que, por favor, no vuelva a presentarse en su casa sin avisar".

Era increíble cómo Grace se había escondido de él y cómo se aisló por completo del mundo en el que antes vivió tan feliz. Hasta su chamba en el bazar había dejado, ahora manejado sólo por Leo y sus dos o tres achichincles.

Tal vez él mismo necesitaba hacer algo parecido a eso, o a lo que hizo Vinicio, irse a vivir y a probar suerte en otro lado, en otra ciudad o "en algún pueblito estadounidense de esos en los que tienes acceso a todas las comodidades del mundo moderno pero sin los problemas de las grandes ciudades y con un menor costo de vida", como decía Fabrizio en *Andanadas Pictóricas*, en la parte en que se desahogaba con don Álvaro entre tequila y tequila, quejándose de la enorme dificultad que tenía para vender cada uno de sus cuadros.

Esas esporádicas ventas le reportaban a Fabrizio magras ganancias con las que apenas le alcanzaba para comer y pagar la renta del modesto cuarto en que vivía, y de la pequeña bodega en que guardaba lo mejor de su obra; con el correspondiente déficit económico que provocaban los tragos, no diarios, pero sí semanales y a veces hasta perder el sentido. Tragos que en gran parte les subsidiaban, a él y a los demás integrantes de la Tertulia de Babel, don Álvaro el consagrado escultor y Diego el fallido muralista, quien no lograba producir lo necesario para vivir de sus desconocidos murales, pero sí pertenecía a una de las más adineradas familias michoacanas, "una familia de abolengo", como suele llamárseles a las familias que en realidad de abolengo sólo tienen las cuantiosas fortunas, las lujosas propiedades y las multiplicadoras cuentas bancarias.

Luciano se identificaba a plenitud con el personaje de la novela de moda y aunque en su caso no aspiraba a destacar en nada relacionado con el arte, sí veía cierta similitud entre el abogado frustrado que él era y el consagrado pintor que a Fabrizio le impedían ser; o le impedía, en singular, el venenoso Morocho Picana, dibujado con asombrosa exactitud por el pinche Vini, aunque con pocas páginas dedicadas a él, que aparecía intermitente en la novela, una figura ominosa que mantenía latente la posibilidad de reaparecer en cualquier momento, siempre para causar tremendos estragos con su presencia.

Un ser deleznable del que no se entendía a ciencia cierta (ya que en ese tema el autor dejaba gran parte de esas razones a la imaginación de los lectores) por qué tenía tanta influencia no sólo en el ámbito cultural de Michoacán, sino también en el del Distrito Federal y por lo tanto en México entero; por qué su sola enemistad y

el veneno que la acompañaba, parecían factores suficientes para impedir que la espléndida obra de Fabrizio de la Mora recibiera el menor reconocimiento, aunque fuera de vez en cuando.

Tampoco el personaje de Mireya aparecía mucho (en realidad el ochenta y cinco por ciento de las páginas eran dedicadas a Fabrizio y sus quehaceres, sus pensamientos, sus afanes e inquietudes), y, sin embargo, Vinicio lograba con leves pinceladas retratarla como esa guapísima mujer independiente y emancipada, de la que resultaba tan fácil enamorarse aunque tan difícil acercársele, llegarle de alguna forma a su endurecido corazón.

Algunas de esas cualidades quedaban esbozadas, por ejemplo, cuando Mireya reaccionaba a esos chismes que le llegaban con respecto al Morocho, que al parecer decía por doquier que a ella la había utilizado, que sólo quiso llevársela algunas veces a la cama para después desecharla cuando dejó de servirle.

> –En realidad fui yo quien lo utilicé y deseché, y no porque dejara de servirme, sino porque nunca sirvió en la cama como yo esperaba. Pobrecito machito que no se dio cuenta que el asunto era recíproco, que cualquier relación entre adultos es de ida y vuelta, aunque sólo sea física como en este caso.

Así quedaba pintada entera, con un simple párrafo, una mujer vanguardista y desinhibida, "no como las tres pendejas que se me atravesaron a mí", pensó Luciano.

Algo parecido lograba Vinicio con el personaje del papá de Mireya, con don Álvaro Valdivia, con unos cuantos trazos presentado como un hombre bondadoso pero firme, de personalidad arrolladora, original en su visión de las cosas de la vida, talentoso escultor que ponía ese talento al servicio de quienes pretendieran abrirse camino en el caprichoso mundo del arte.

Por un lado, el laborioso trabajo de Vinicio para desmenuzar y explorar a fondo al personaje de Fabrizio, pero por el otro esa rara capacidad para exhibir la esencia de otros personajes sin dedicarles tantas palabras.

Quién sabe cuándo y cómo habría aprendido su examigo a escribir así.

# XLVII

Aquel primer lunes de septiembre de 2016, tres días antes de la semanal caminata de los jueves con Ponchelo, Vinicio decidió ir solo a la montaña para ver si así le avanzaba a su cuarto libro, a su tercera novela, en el afán de aprovechar que Grace, como casi todos los lunes desde hacía varios años, se había ido a merendar al restaurante-cafetería de Palmas y Reforma, con su grupo de amigas de la Ibero.

Con respecto a su novela, Vinicio tenía una idea clara del tema que había empezado a desarrollar, ese de una especie de asesino involuntario, un aspirante a futbolista medio hipocondríaco en torno al cual se producían fallecimientos de gente cuya muerte él había deseado en algún momento, empezando por la de un director técnico al que odiaba porque lo tenía en la banca.

La idea se le ocurrió después de escuchar en un programa deportivo a un jugador de futbol que, al ser cuestionado sobre el legado que dejó un director técnico recién fallecido, respondió algo así como "No veo que haya dejado ningún legado y no creo que se haya perdido mucho".

El peculiar protagonista de esa historia, que se ubicaría en el Distrito Federal en las décadas de los setenta y los ochenta, aparecería como sospechoso de haber provocado varias muertes acaecidas en su entorno, cuando en realidad su única "culpabilidad" radicaba en lo mucho que en algún momento deseó que se produjera cada uno de esos decesos.

El personaje se llamaría Darío Tancredi, y sería un poblano con ascendencia argentina, el cual sí se parecería a Vinicio en un rasgo especial: también le encantaba jugar futbol, pero tampoco tenía las condiciones necesarias y suficientes como para brillar en el ámbito profesional; aunque, en ese caso, Vinicio haría que su protagonista sí consiguiera en algún momento debutar en la Primera División con el Atlético Español, equipo de la época en la que nació Vinicio, y del cual mucho le había platicado su padre.

Esa historia, de la que llevaba escritos ocho capítulos de quince contemplados, tendría como hilo conductor esa aguda animadversión que en el medio del futbol profesional pueden alimentar muchos jugadores que se sienten injustamente tratados por su director técnico. Y a partir de ahí conformó el perfil de su protagonista, al que se le ocurrió presentar como un simpático hipocondríaco, basándose sobre

todo en Chuchi, la amiga de Graciela a la que siempre le dolía algo y cuyos testimonios de recurrentes achaques y pasajes clínicos eran muy entretenidos.

Estaba no sólo satisfecho sino entusiasmado con lo escrito de esa novela hasta el momento, y con el primer capítulo ya pulido al máximo de sus posibilidades; pero era necesario redondear la idea, definir con claridad el rumbo que tomaría la trama y encontrar la forma de elevar la calidad del texto con un desenlace impactante y sorpresivo.

Llegó al amplio estacionamiento casi vacío, con sólo seis o siete coches a lo lejos, en un espacio para treinta o cuarenta en la parte plana más cercana a la ladera de costumbre. Empezó su recorrido en plan de hacerlo relajado y a paso lento, de no tomarlo tanto como la intensa actividad física que acostumbraba realizar cada jueves con Ponchelo.

Esperó hasta sentir los primeros efectos estimulantes del ascenso y de la limpieza del aire que respiraba, para así empezar a cumplir con el adecuado proceso de introspección, exigiéndole menos al cuerpo y a los músculos, para canalizar hacia el cerebro y su imaginación la energía disponible.

A los cincuenta y cinco minutos del pausado y reflexivo recorrido se sentía a punto de encontrar el rumbo definitivo de la novela, y después de salirse de ese pequeño tramo de auténtica vereda, para enfilar entre la maleza a la parte final de veinte o veinticinco metros que conducía a La Esplendorosa, cuando apenas llevaba recorridos cuatro o cinco, absorto en sus pensamientos y caminando muy despacio, elucubrando sobre el desenlace idóneo para *El asesino hipocondríaco*, del placentero silencio surgieron unos pequeños gemidos que lo hicieron detenerse. Y unos segundos después, la primera frase inteligible.

–¿Así te gusta?

–Aaay, aaah, mmm, aaah.

–¿Le sigo?

Pinche Ponchelo, por lo visto el cabrón se había traído hasta aquí a una de sus viejas, quién sabe si sería Rebe, Prisci, Momis o alguna otra de sus anteriores novias, quien sólo respondía con esas exclamaciones de placer hasta que logró articular algunas frases:

–Dime si le sigo y qué tanto te gusta.

–Me encanta, me fascina, me vuelve loca. Si ya lo sabes para qué preguntas.

–¿De veras? ¿Te gusta más que antes?

–Tan rico como el primer día, desde la graduación. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

–Es que no me canso de escucharlo.

–Pues no te canses y síguele.

A pesar de lo entrecortado de las frases y de los gemidos, susurros y suspiros que las aderezaban, esa otra pinche voz también le resultaba inconfundible.

Se quedó paralizado, atónito, impertérrito, congelado.

Claro que eran ellos. No cabía duda. Ahí estaban los dos, cogiendo como perros tras los matorrales, y bastante acostumbrados por lo visto y según lo escuchado.

Quién sabe cómo o por qué logró mantenerse inmóvil y en silencio. Tal vez era el morbo, o sería el deseo de comprobar plenamente la magnitud de la traición, de permitir que se agrandara el tamaño de la afrenta.

Buscó el adecuado ángulo de visión con movimientos lentos y silenciosos, y entre arbustos y hierbas alcanzó a distinguir las figuras de ambos, los dos por completo encuerados, no alcanzaba a notar si descalzos o no.

Él de pie atrás de ella, ella debidamente empinada y apoyando los antebrazos en esa roca que estaba apenas abajo de la explanada, de la parte más alta de ese promontorio; ambos jadeantes, concentradísimos en lo suyo, embonados a la perfección los hijos de la chingada.

Claro que la idea de aparecérseles de golpe entre los matorrales le resultaba muy tentadora, nada más de pensar en las caras de estupefacción y de pendejos que pondrían; pero hizo un esfuerzo para asimilar el madrazo, esperó a que la sangre le volviera a la cabeza y se dio la pausa necesaria para pensar con calma lo que más le convendría hacer tras el terrible descubrimiento.

No, no les pondría tan fáciles las cosas ni se conformaría con el tremendo susto que podía pegarles en ese momento. La venganza debía ser fría, calculada, contundente.

Cuatro o cinco minutos más para asimilar la dimensión de la doble traición, para procesar y rumiar la información adquirida, para confirmar que sí, que a ella le encantaba y le había encantado varias veces, y para iniciar después el regreso con el mayor sigilo posible para no producir el menor ruido.

Su cuarto libro, su tercera novela, tendría que esperar un buen rato.

# XLVIII

En torno al caso de Ponchelo eran varias las piezas sueltas y los datos aislados que debían ser acomodadas y conectados, diversos los puntos dignos de ser contemplados:

- Ponchelo visto por última vez el miércoles en la tarde, vistiendo la ropa deportiva que por lo general usaba los jueves.
- Alguien que aseguraba haber visto a Vinicio bajando del cerro solo, al parecer aquel mismo miércoles. Y Vinicio que lo negaba, y lo nervioso y encabronado que se había puesto cuando fue a visitarlo y le preguntó al respecto.
- La mentira de Vinicio a Leo, cuando le aseguró que ese miércoles tenía cita con Carlos Puente. Algo que Luciano les comentó a sus amigos de la procuraduría pero que, según ellos, no los llevó a nada importante por más que investigaron e interrogaron a su examigo, quien les había dicho que tal vez Leo se confundió, porque ese día él había ido a visitar otra librería, en la búsqueda de una primera edición de *El Corazón de Piedra Verde*, de Salvador de Madariaga, libro que, después de mucho tiempo, logró conseguir (otra vez sus habilidades de novelista mentiroso para componer las cosas).
- Lo de "Vini?" en la agenda de Ponchelo, apuntado el día anterior a su desaparición.
- Los indescifrables pagarés, aparentemente no formalizados.
- El otro apunte de Ponchelo en su agenda: "¿Y si me mata por eso?".
- El viaje a Europa que se suponía que realizaría su amigo en compañía de su mamá.
- El anillo de Vinicio, tan desaparecido como Ponchelo, desde la misma fecha.

- La nota encontrada en el coche de Ponchelo, "No tan juntos como yo quisiera", con una letra que, según Luciano, se parecía mucho a la de Grace.
- El comportamiento de Graciela, sospechoso y esquivo, haciendo imposible que Luciano pudiera platicar con ella sobre Ponchelo y sobre dicha nota.
- Las bolas que Vinicio se había hecho con lo de las llamadas registradas en su celular entre aquel martes y aquel jueves.
- En general, las incomprensibles actitudes de Graciela, pero sobre todo de Vinicio.
- Las semejanzas y diferencias entre la vida real y la exitosa novela del aclamado escritor.

Con respecto al asunto de esos pagarés encontrados en un cajón de la cómoda en la recámara de Ponchelo, a los que Luciano nunca tuvo acceso, sus amigos J y J de la procu le decían que el monto total era de doscientos cincuenta mil dólares, pero que ni siquiera estaba claro si esos documentos eran los originales o simples copias, y si Ponchelo era el deudor o el acreedor de dicha cantidad.

Luciano les aseguraba que era imposible que Ponchelo le debiera un peso a alguien, y que si en esos pagarés estaba el motivo de su desaparición, entonces era porque algún cabrón que le debía esa lana prefirió eliminarlo para ahorrársela.

Según sus amigos J y J, al consultar eso con expertos en la materia, lo que dedujeron fue que dichos pagarés no habían sido legalmente registrados, que les faltaba algún sello y por lo menos una firma, que al parecer eran una especie de borrador de algún trato que no llegó a concretarse.

En ese rubro tal vez su papá hubiera podido ayudarlo, porque le sabía mucho a eso de los préstamos y a cómo formalizarlos, cómo darles el adecuado cauce legal. Pero Luciano prefería quedarse con la duda, porque el problema era que con su papá no quería tener el menor contacto.

Nunca entendió por qué se habían casado sus papás, si todo el día estaban chingándose recíprocamente. Todo entre ellos era acritud, menosprecio, distancia, descalificación, gritos, insultos, amenazas, comentarios hirientes o bromas de mal gusto.

Tan desagradable era convertirse en obligatorio testigo de esa enfermiza relación, que desde sus dieciséis años, todavía en la prepa,

Luciano empezó a obsesionarse con la idea de salirse de su casa, de volverse autosuficiente para independizarse y edificar una vida propia, menos contaminada, aunque debiera pagar un precio al ajustarse como pudiera en el renglón económico.

Lo único "simpático" que recordaba haber vivido con sus papás, fue aquella ocasión en 1984, a sus siete años de edad, cuando se enteró de la muerte de su abuelo mediante una llamada telefónica entre ellos.

Cuando estaba jugando en el patio con sus hermanos, sonó el teléfono que tenían en la cocina y él corrió a contestar, pero al descolgar supo que su mamá ya lo había hecho desde su recámara en el segundo piso. Y como sus papás supieron por el inevitable "clic" que abajo había descolgado alguno de los niños, en ese momento empezaron a "hablar en la efe", sencillo lenguaje que ellos creían que sus hijos ignoraban, y así se enteró Luciano de la muerte de su abuelo, al escuchar esas "palabras" que su iluso papá suponía indescifrables: "Sefe mufu riofo mifi pafa drefe Tofo ñofo".

Él era el menor de tres hermanos, y el mayor, Andrés Manuel, que le llevaba siete años, le había dicho, cuando todavía estaban solteros ambos y seguían en su casa, que sus papás no siempre se habían llevado así, que el problema era que el original amor entre ellos disminuyó o desapareció por completo, y que conforme avanzaba el tiempo les resultaba más insoportable vivir juntos, verse las caras todo el día de todos los días.

–O de jóvenes confundieron el amor con una simple calentura.

–Sí, también puede ser, pero yo creo que sí se quisieron algo y que eso se acabó.

–Pues entonces que se divorcien y que no sigan amargándose así la existencia.

–No es tan fácil, acuérdate que son de otra época, cuando les inculcaban que divorciarse era fracasar rotundamente como persona.

–Sí, está cabrón cómo les preocupa el qué dirán y cómo se empeñan en cubrir las apariencias, cómo tratan de hacerse los muy lindos entre ellos cuando están con más gente.

–Claro, pero cada vez les cuesta más despistarle, esconder el odio mutuo que han ido alimentando desde hace tiempo.

–No mames, qué manera de desperdiciar la vida, espero nunca cometer ese error.

–Pues sí, Luchi, esperemos que a nosotros nos vaya mejor.

Era obvio que no había aprendido nada de la triste lección de sus padres, que acababan de cumplir cincuenta años de casados, y quienes desde sus treinta y veintiocho de entonces, hasta sus actuales ochenta y setenta y ocho, habían forjado y padecido esa enfermiza relación. Resultaba paradójico que habiendo sido tan infelices siguieran tan

sanos.

Por el corrosivo ambiente a cuya sombra había crecido, tal vez era imposible aspirar a una interacción armoniosa con cualquier mujer. Considerando el pésimo ejemplo que le habían dado, era lógico que a él le hubiera ido así de mal con la loca de Lucre, la tontita de Nita y la infame de Ame.

Con trazos tenues, pero precisos, de su estilizada pluma, De Martín va esbozando, como geniales pinceladas, las características y peculiaridades de un personaje que desde niño se percibe destinado a la tragedia, aunque al final no sepamos si logró eludirla.

Eri Glance
*Notas de Noviembre*

Resulta memorable la destreza del autor para describir en tres párrafos el momento crucial en que Fabrizio, el paradójico protagonista, se entera del noviazgo iniciado entre su acérrimo enemigo y Mireya, su inaccesible Dulcinea.

Voces de Julio
*Taller de Lori*

Provoca envidia de la buena la natural habilidad del autor para esculpir al monumental personaje, tormentoso y atribulado, irreverente y sarcástico, tan capaz de la genialidad en el toque artístico de singular belleza, como del acto ignominioso de la más baja estofa.

Lucy & Jessi
*Reseñas Primas*

# XLIX

Su papá fue una figura fundamental en su vida. Sin él no hubiera desarrollado a tal grado su gusto por el deporte en general y el futbol en particular; por la lectura, por el arte, el cine, la música clásica, por las matemáticas y el ajedrez.

Tampoco hubiera contado con ese negocio, con ese bazar de arte y antigüedades que le permitía sobrellevarla sin mayores apuros y sin depender del éxito o no que alcanzara con sus libros.

Ahora era distinto, por supuesto, ahora el dinero había empezado a llegarle a raudales gracias a sus *Andanadas Pictóricas*, algo que se incrementaría después del Nobel.

Pero tampoco ese monumental éxito lo habría alcanzado sin contar con el apoyo moral, económico, de aprendizaje y hasta existencial, apoyo solidario y cariñoso, de parte de su padre.

En 2010, el día de su cumpleaños treinta y tres y del tercer aniversario de la muerte de su papá, así había reseñado Vinicio el devastador suceso, intempestivo, impactante, acaecido el 20 de abril de 2007, cuando su papá contaba apenas con cincuenta y siete años de edad:

> Papá fue un hombre vigoroso, inteligente, culto, con mucho sentido común, generoso y con una idea de la justicia que muy poca gente es capaz de tener, ya no digamos de poner en práctica.
>
> Aparejado con esa inteligencia por encima de lo normal, estaba su fino sentido del humor, agudo, penetrante, contagioso.
>
> De mente abierta, irreverente, iconoclasta, agnóstico, enemigo de los dogmas, de los prejuicios, de las ideas preconcebidas y aceptadas sin pasarlas antes por el cedazo de un elemental raciocinio.
>
> Gozaba con la compañía de Mamá, dicharachera, simpática, con esa extraña habilidad para sacarle una sonrisa, hacerlo reír o de plano carcajearse.
>
> A esas alturas de su vida ya planeaba su jubilación –cuyo proceso había iniciado el anterior 19 de marzo–, dispuesto a disfrutar muchos años del merecido descanso.
>
> En aquel festejo en su casa de Coyoacán nos había platicado

sobre algunos detalles con respecto a ese plan de retiro, y se sentía feliz en la celebración de mis treinta años, plácidamente relajado con los tres o cuatro tequilas que llevaba, disfrutando de la botana, del indispensable queso con sus galletas saladas, del jamón serrano, que le encantaba, y de las sabrosas aceitunas que tampoco podían faltar.

En ese momento sus estentóreas carcajadas eran producto del chiste que mi mamá acababa de contar, imitando al final la cara de "¿quién sabe?" que ponía un perico o cotorra a manera de respuesta para alguien que le preguntaba a su dueño que si hablaba el animal.

¿Cómo entender que a ese momento de plena felicidad lo sucediera en una fracción de segundo el inicio de la tragedia?

Por el resquicio que una de esas carcajadas dejó desprotegido, se coló una aceituna antes de ser mordida; entera, ominosa, letal, y de inmediato sintió mi padre que se le iba la vida en ese instantáneo descuido, en ese pequeño detalle.

Ya batallaba para encontrar el necesario oxígeno cuando los demás nos dimos cuenta, primero mi mamá, después Graciela y yo, Ponchelo y Luciano, mi hermano Mauricio y su novia Berthis, mi hermana Tere y mi cuñado Luis, mi tío Gerardo y mis tías Cata y Mayo, mi prima Cristy y mis tres sobrinos. Todos los que estábamos en mi festejo, que yo había querido que fuera así de íntimo.

Mi papá no lograba respirar, ni expulsar la aceituna, ni tragarla por completo. De nada servían los golpes que le dábamos en la espalda, ni la insistencia en que tosiera con fuerza, porque la obstrucción provocada por la aceituna le impedía toser, y, sobre todo, lograr que el aire circulara en su organismo, desde el exterior hasta sus pulmones y desde ahí de regreso hacia afuera.

Fue mi cuñado Luis quien primero logró calmarnos cuando intentó aplicar en mi padre la Maniobra de Heimlich, que aseguraba conocer y dominar; pero a pesar de sus encomiables esfuerzos, el resultado fue nulo, sin beneficio alguno.

Aunque yo estaba espantado, recuerdo que me pareció inevitable que en esos momentos me viniera a la mente la película de *Mrs. Doubtfire*, que había disfrutado más de diez años antes, y en la que Robin Williams, disfrazado de mujer, realizaba exitosamente en una escena esa misma maniobra que con mi padre resultó infructuosa.

Ya se notaban en Papá los estragos provocados por la falta de oxígeno. Aspirar y espirar; qué fácil se decía y qué sencillo había sido durante cincuenta y siete años. ¿Por qué ahora no

podía?

Por la pinche aceituna, por esa imprevista fatalidad con todo y hueso, porque desde algún lado se le había enviado ese inapelable mandato de la muerte.

Los esfuerzos inútiles, las maniobras fallidas, la impotencia y el pavor, le dieron paso a la resignación, a la fugaz aceptación del inexorable desenlace. Y al final de su propia película, en su último instante de vida, nos veía pasmado, petrificado; y frente a él, anegado por el llanto, el entrañable y cotidiano rostro de mi madre, estrujante y conmovedora mezcla de amor y de asombro, de ternura y desesperación, de terror y de cariño.

Así se conectaron esas miradas postreras. Postrera la de ella con respecto a él, postrera la de él con respecto al mundo entero. Mi madre ya no lo vería vivo, y mi padre no volvería, nunca, a mirar a nadie más.

Eso lo escribió Vinicio el 20 de abril de 2010, al cumplir él treinta y tres años y cumplirse tres de la partida de su padre, cuando ya podía referirse al traumático suceso de 2007 sin que el llanto y el dolor le impidieran recorrerlo en su memoria y plasmarlo en el papel o en el celular de principio a fin.

¡Qué tétrico regalo había recibido en aquel día de su cumpleaños!

Y qué distinta, por cierto, había sido la última mirada intercambiada por sus papás, si se comparaba con las más recientes entre Chela y él, cada vez más distantes y frías. O con la fugaz y también postrera mirada intercambiada con Ponchelo.

Aquel terapéutico manuscrito lo compartió con su entrañable amigo después de hacerlo con su mamá, con sus hermanos y con Graciela; e inmerso en ese doloroso proceso de duelo, solamente con Ponchelo se sintió capaz de abrirse por completo, de pensar en voz alta, de exteriorizar sin ambages ni tapujos lo que sentía. Como le había sucedido en reiteradas ocasiones, porque sólo con su amigo podía hablar sobre cualquier tema y externarle con total apertura y transparencia lo que pensara o sintiera, lo que le preocupaba o le inquietaba, le dolía o le incomodaba, le alegraba o entristecía.

Esa vez, con la solidaria compañía y la comprensiva mirada de Ponchelo como eléctricos conductores rumbo a la catarsis, Vinicio había llorado como nunca y sacado en las copiosas lágrimas una buena dosis del dolor que durante esos tres años había sentido atorado entre el corazón y la cabeza, entre el vientre y el alma.

Habían sido los mejores tiempos de su amistad con Ponchelo, la etapa más honda de la profunda relación, cinco años después de casarse con Graciela y seis antes de que dicha amistad literalmente se

derrumbara.

# L

Entre más avanzaba en la lectura de la novela, menos podía Luciano dejar de leer, y a pasos agigantados y renglones devorados se acercaba al final de ella.

En uno de aquellos interminables cónclaves artístico-etílicos de fin de semana, al terminar el pequeño torneo de ajedrez que con frecuencia organizaban, y después de haber salido como airoso triunfador (como sucedía en nueve de cada diez ocasiones) tras haber vencido al Llanero en la última partida, Fabrizio quedó impactado, apabullado con el testimonio de otro de los integrantes de La Tertulia de Babel, Diego Ladera, ese aspirante a muralista aún menos reconocido que él.

–Ayer me dijo el dueño de esta cabaña que cuando me anime puedo pagarle pintándole algún mural aquí en la sala, en aquella pared o en la chimenea.

–Sí, a mí también me lo ha dicho. A ver si algún día nos ahorramos con eso unas cuantas semanas de la renta, aunque después ese mural nomás lo veamos nosotros mismos.

–Sí, ya veremos; pero bueno, déjenme acabar de contarles lo que hace rato les estaba diciendo, antes de que llegue don Álvaro.

–Órale, síguele.

–Rufino me asegura que ya medio tomado el pinche Morocho le dijo que un buen comentario sobre cualquiera de sus obras, o la de cualquier otro pintor o artista, tenía su precio.

–No mames.

–¿En serio?

–Sí, le presumió de su jugoso patrimonio generado principalmente con los “donativos” de aspirantes a artistas que sabían “aquilatar” el peso de su pluma.

–¿Así de descarado?

–Descaradísimo y prepotente, como sintiéndose o sabiéndose intocable; y ya medio ebrio, claro.

–¿Y qué hizo Rufino o qué más le dijo el otro cabrón?

–Nada más para sacarle más información, primero le preguntó que cuánto costaba una de sus columnas o, por lo menos, un buen párrafo, y el otro pendejo cínico le dijo que en

realidad se manejaba con mensualidades y que, dependiendo de la cantidad, él iba midiendo la frecuencia y el tamaño de los halagos. Pero cuando le mencionó las diferentes tarifas que manejaba, Rufino le aclaró que él no tenía ni para la más barata, a lo que Picana le respondió que cuando tuviera hablaban.

–No chingues.

–Sí, y que después añadió que por eso a Fabrizio de la Mora le había ido tan mal y así seguiría yéndole, porque desde que empezaba a pintar, el Morocho le había avisado lo que necesitaba para triunfar y Fabrizio solamente se había reído.

–Sí, me acuerdo, recién terminada la prepa, cuando empezaron a publicarle su pinche columna y coincidimos en una reunión.

–¿Y sí te reíste como dijo?

–Claro que me reí, porque pensé que estaba bromeando el hijo de la chingada.

–Pues ya ves que no, que para nada bromeaba.

–Me urge que ese cabrón desaparezca para siempre del mapa.

–Sí, de a madre, pero, además, lo peor de todo es lo que el Morocho le dijo al final a Rufino, ya perdido y cayéndose de borracho.

–¿Qué le dijo?

–Que estaba orgulloso de cómo había logrado joderse a Fabrizio desde siempre, a pesar de que era buenísimo como pintor, que sus cuadros se encargaba de quemarlos con su pluma o los quemaba en serio (y según Rufino ahí el Morocho soltó una carcajada festejando su dizque ingenioso juego de palabras); y añadió que a la Mireya nada más la persiguió para echársela a perder, que por eso la había mandado a la chingada después de cogérsela cuatro o cinco veces.

–Hijo de su putísima madre.

Así había culminado aquella conversación y uno de los capítulos finales de la novela (el quincuagésimo cuarto de los sesenta que la conformaban), con ese comentario de Fabrizio y con los demás tratando de tranquilizar al enfurecido amigo.

A Luciano, lo que volvió a sorprenderle, fue la empatía que había llegado a sentir con el personaje principal, porque esa misma frase (“Hijo de su putísima madre”), exactamente, se le había ocurrido a él mientras leía lo que Vinicio escribió que decía Diego que le había dicho Rufino que dijo el Morocho.

# LI

Ese lunes llegó destrozado a su casa y la rabia contenida la desahogó con fuertes golpes en la mesa del comedor, una y otra vez contra la gruesa madera, con un puño y con el otro, hasta que se lastimó el dedo anular izquierdo, donde siempre traía juntos la argolla de matrimonio y su anillo de graduación de la preparatoria.

La pequeña hinchazón lo obligó a lavarse con agua y jabón para poder quitarse ese anillo y dejarse solamente la argolla, para después ponerse una bolsita de hielo durante media hora, en el afán de evitar que la inflamación creciera.

Mientras decidía dónde ponerse ese anillo, lo dejó en el buró de la sala; y cuando una hora después llegó Graciela, muy sonriente y platicadora, sentado en su *love seat,* Vinicio tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para que no se le notara el encabronamiento, para que ella no supiera lo que él ya sabía de sus asuntos cerriles y montañeses.

–¿Cómo te fue?

–Bien, como siempre. Bien locas mis amigas, empezando por Chuchi, simpatiquísima con sus achaques y dolencias.

–Sí, me imagino.

–Bueno, déjame prepararme y en una hora estoy lista. ¿A dónde vamos hoy? ¿Va a ser en el depa de Ponche, o en algún restorán?

–No, me duele un chingo la cabeza. Yo creo que no salimos. ¿Tú me haces el favor de avisarle a Ponchelo?

–¿No quieres que te traiga unos advil? A ver si te sientes mejor.

–No, ya me los tomé, pero además estoy muy madreado, por favor dile a Ponchelo que lo dejamos para el siguiente lunes y que mañana hablamos.

–Okey, ni modo; déjame avisarle, y tú descansa y recupérate.

La certeza del engaño le había propinado un irreversible impacto en el ánimo, pero era la incertidumbre sobre el tamaño de la traición lo que le carcomía las entrañas.

¿Durante cuánto tiempo le habían visto la cara de pendejo?

¿Qué tanto se habrían divertido burlándose de su ingenuidad?

¿Y aquella vez que quiso sorprender él solo a la puta de Chela cayéndole en su merienda con las amigas?

¿Lo de la repentina cita con el dentista era mentira y en realidad se había ido a coger con el cabrón de Ponchelo?

¿Las amigas de esta elegante prostituta eran sus cómplices, la solapaban?

¿Sería capaz Yoyis de algo así?

¿Cómo era posible que nunca hubiera notado nada en la cara de Ponchelo cuando hablaban de Chela, ni en la de Chela cuando hablaban de Ponchelo?

¿Qué tantas caras y señas se harían entre ellos sin que Vinicio lo notara cuando estaban los tres juntos, o cuando había más gente?

Pensó en aquella estancia de quince días en Arabia Saudita, en 2014, cuando decidieron realizar ese viaje pagándolo con las inesperadas ganancias que había arrojado su segundo libro, *Los Pequeños Delitos,* viaje al que invitaron a Ponchelo, quien antes de aceptar se había hecho del rogar un buen rato, insistiendo en que prefería no hacer un mal tercio.

En su cándida ignorancia de lo que después descubriría, Vinicio había disfrutado al máximo aquel viaje, al que cada vez que se ofrecía el tema se refería como "una maravillosa experiencia que espero no volver a tener en mi vida"; porque le habían fascinado los distintos lugares que lograron conocer, pero también lo había dejado impresionado el pobre papel al que en aquellos arábigos lares eran reducidas las mujeres, para las que estaba prohibido el ingreso a diversos restaurantes y tiendas, y quienes no podían siquiera conducir automóviles.

Mujeres que en las calles se veían pasar a lo lejos y como deslizándose, sombrías figuras cuyos enigmáticos rostros era imposible ver, distanciadas de los hombres porque no tenían derecho a caminar con ellos.

Si por desgracia en México prevalecía una cultura eminentemente machista, para describir lo que había visto en Arabia Saudita, en particular en Riad, la capital, resultaba muy difícil encontrar las palabras y los adjetivos adecuados.

Visto en retrospectiva tras el doloroso descubrimiento, dicho viaje planteaba inquietantes interrogantes.

¿Qué tanto lo gozaron Chela y Ponchelo nada más entre ellos, al margen de lo que decían estar disfrutándolo con la convivencia entre los tres, y a pesar de las restricciones con que una y otra vez se topaban en cuanto a los lugares a los que ella podía entrar, y con la exigencia de que lo hiciera con la cabeza cubierta?

¿Acaso esas tres o cuatro veces que la pinche Graciela salió del cuarto "para caminar un rato por el lobby y recorrer las pequeñas tiendas dentro del hotel", en realidad había ido al cuarto de Ponchelo, que estaba tres pisos abajo?

Seguro que sí, sin saber el par de pendejos que corrían el riesgo de terminar en el bote, como habían terminado tantos que ignoraban que

en Arabia Saudita, por lo menos en esos años (y no creía Vinicio que eso hubiera cambiado gran cosa), la infidelidad era duramente castigada, considerada como delito grave, y que, por lo tanto, en reiteradas ocasiones iban a dar a la cárcel turistas casados que visitaban el país sin su pareja, sobre todo estadounidenses, a quienes se les hacía fácil tener una aventura, casi siempre con alguna compañera de viaje, porque entre las mujeres árabes no había cómo.

Si allá en Arabia de seguro se dieron vuelo estos dos cabrones, no quería Vinicio ni imaginarse lo que habrían hecho un año antes, en aquel viaje de cinco días a Las Vegas.

¿Y en cuántos de los recurrentes lunes en lugar de irse a merendar con sus amigas, dizque comunicólogas, se había ido Chela a que se la merendara en el cerro el cabrón traidor de Ponchelo?

¿Cuántos otros "pícnics" de dos habían armado en esa cumbre?

¿Y cuando él se acostó por primera vez con Chela en el departamento de Ponchelo? ¿Había sido premeditado lo de este hijo de puta, eso de dejarlos solos "porque tenía que resolver un pendiente en la constructora"?

¿Le había hecho de Celestina el descarado para ayudarle a su amante a pescar marido? ¿Se habrían reído juntos de eso mientras volvían a coger?

¿Y el fingimiento de ella aquella vez, como haciéndose la virgencita, la que no se acostaba con alguien así tan fácil, cuando el pinche Ponchelo se la cogió apenas a unas horas de conocerla?

¿O cuando ella dijo "tan rico como el primer día, desde la graduación" se refería a la de la prepa de ella, o a la otra de la carrera de Administración de ellos en La Salle, o a la suya de la Ibero?

No, ni madre, claro que había sido desde el día en que se conocieron, después de haberse librado del pobre cornudo de Nacho, por supuesto. Más puta imposible.

¿Y eso de que Ponchelo casi nunca incluía a sus novias de turno en las reuniones era porque "no encajaban"? ¿O porque a Chela le molestaba que las incluyera?

Y cuando ella se hacía la muy linda con la tal Rebe en aquella cena navideña, ¿seguían acostándose los cabrones de Ponchelo y Chela en ese entonces, o lo reanudaron un poco después?

¿A poco aquella vez en que el pinche Ponche había estado tan aburrido en la cena con su amigo el ilustre poeta de nombre raro no había sido porque el tema no le gustara, sino por algún pleito de amantes que había tenido con la putita de Chela?

¿Cuánto tiempo llevaban encamándose o yéndose al monte, y con qué frecuencia?

¿Y ni siquiera saber que ella estaba embarazada les impedía seguir cogiendo?

Quién sabe durante cuánto tiempo le habían visto la cara de pendejo esos dos hijos de la chingada. Quién sabe cuántas veces se habían dado sus escapaditas incluso en esas reuniones que Ponchelo organizaba en su departamento, no para los tres o cuatro de siempre, sino cuando invitaba a quince o veinte.

Pinches descarados hijos de su puta madre.

Cuando ya no había duda alguna sobre lo duradero de la traición, el impulso inicial de Vinicio había sido el de avisarle a Graciela que lo sabía, que la había descubierto como la reverenda puta que era, que se divorciarían y la dejaría en la calle y sin sus hijos para que siguiera con esa pinche vida deplorable de la que él la había rescatado once años antes.

Pero no, la venganza tendría que ser planeada con la necesaria frialdad, porque así surtiría mayor efecto. Encabronado se equivocaría, por lo que resultaba mejor procesar el encabronamiento y encauzarlo adecuadamente para después tomar las medidas y las decisiones que más le convinieran.

Lo primero era solucionar las cosas con el pinche Ponchelo, cuya traición le parecía más grave y por lo tanto imperdonable. Era necesario encararlo antes de recriminarle a la zorra de Chela su infidelidad. Incluso dudaba si sería conveniente mencionarle algo a ella más adelante; tal vez lo mejor era hacerse el desentendido y empezar por buscarse sus propias aventuras como revancha.

Pero con Ponchelo no podían quedarse así las cosas y había que actuar de inmediato, aunque todavía no hubiera decidido cómo, en qué sentido o empezando por dónde. Habían pasado más de veinticuatro horas desde el terrible descubrimiento y no debía pasar más tiempo, algo tenía que hacer y cuando más o menos dilucidó cómo lo abordaría para encarar el asunto, se animó a llamarle ese martes por la noche.

–¿Sí? ¿Vini?

–¿Cómo andas, Ponchelo?

–Muy bien, Vini, ¿y tú? ¿Ya se te quitó el dolor de cabeza?

–Sí, ya casi, bastante mejor, pero con algunas broncas. A ver si platicamos.

–¿Cómo que algunas broncas? ¿Como de qué?

–Nada tan importante, pero sí algunas cosas con Graciela que prefiero contarte en persona. ¿Te parece bien si nos vemos?

–Claro. Con razón, se me hizo raro que Grace llamara ayer para cancelar diciendo lo de tu dolor de cabeza.

–No, pero sí me dolía y no me sentía con fuerza ni para llamarte yo.

–Ah, okey. ¿Quieres caerle, te caigo, o nos echamos unos tragos en algún lado?

–Había pensado que podríamos hacer lo de la caminata mañana miércoles en lugar de ir el jueves, y así tenemos más tiempo para platicar sin que nadie nos interrumpa.

–¿Tan grave está la cosa? ¿No puedes adelantarme algo?

–No tan grave, pero sí es algo delicado que quiero rebotar contigo. Mañana lo platicamos, y por favor no le digas a nadie que vamos a vernos.

–Puta, me estás asustando.

–No, no es para tanto. ¿Pero cómo la ves? ¿Sí puedes y que todo quede entre nos?

–Sí, claro, cuenta con eso. Mañana en la tarde no tengo nada qué hacer, y si lo tuviera, lo cancelaría.

–A toda madre, ¿entonces paso por ti como a las cuatro veinte o cuatro y media?

–Si quieres allá nos vemos, para que no te desvíes tanto.

–No, no me desvío, porque a las tres y media tengo una cita con un cliente, ahí mismo en Santa Fe, muy cerca de tu depa.

–Ah, me parece bien, entonces aquí nos vemos; te espero afuera para que no batalles, y después pido un Uber ya que acabemos, o si prefieres me traes de regreso y así seguimos platicando acá, si quieres.

–Órale, así le hacemos, ya quedamos.

–Perfecto, acá te espero mañana.

–Sale. Un abrazo. Bye.

–Bye. Un abrazo.

Si lo de ella era una pinche infidelidad de las que se veían a cada rato, lo de él no tenía nombre. Claro, cuando se la cogió por primera vez no era la vieja de Vinicio, pero era obvio que después siguió cogiéndosela a pesar de haberse convertido en su novia, e incluso siendo su esposa.

Qué poca madre, eso no se le hacía a un amigo con quien tantas alegrías y tristezas habías compartido, empezando por las semanales victorias y derrotas en la Interclubes, vistiendo ambos con orgullo el uniforme de La Salle, la playera azul de manga larga, con dos franjas blancas verticales al costado izquierdo, como enmarcando al corazón.

Era ese uno de los valores que el futbol había fortalecido en Vinicio la capacidad para asimilar, para aprender a procesar tanto los triunfos como los fracasos, para adquirir el necesario equilibrio mental y no hundirse con las derrotas ni sentirse en las nubes con las victorias, porque no hay ánimo que aguante esos semanales altibajos.

Ahora era su mejor amigo quien ponía a prueba esa estabilidad emocional que el futbol tanto le había ayudado a fortalecer, pero como paso esencial para digerir el tremebundo golpe era indispensable aclararlo todo, y Vinicio sabía cuáles debían ser los modos, el lugar y el momento adecuados.

# LII

Eran abundantes las contradicciones, las suspicacias, las inconsistencias, las lagunas, las diversas interpretaciones sobre las reacciones de la gente más cercana a su desafortunado amigo.

Desde aquel lejano miércoles de septiembre de 2016 nadie lo había visto ni escuchado, ni recibido respuesta alguna a los cientos de mensajes enviados por tantas personas a su teléfono durante los dos o tres primeros meses. Los últimos de ellos mandados por simple nostalgia para desearle Feliz Navidad y Feliz Año Nuevo 2017, de parte de la mamá de Ponchelo, de su hermana Lauris y del propio Luciano. Y nada, ningún mensaje que en el Whatsapp apareciera siquiera como entregado o leído, mucho menos respondido. Tanto a su amigo como a su celular se los había tragado la tierra.

Su coche no se había movido del estacionamiento subterráneo en el lujoso edificio de Santa Fe y a los seis meses la mamá decidió que la mejor alternativa era que su hija Lauris utilizara ese flamante vehículo (un Accord que Ponchelo había comprado hacía menos de un año), pensando que probablemente eso sería lo que su hijo hubiera deseado.

Luciano sabía que dos años después la mamá de Ponche, todavía destrozada, había realizado con su hija aquel viaje a Europa que tenía planeado su hijo unas semanas antes de su desaparición y que, estando en Praga, una noche ella se desvaneció en un restaurante, fue trasladada de emergencia a un hospital, libró con apuros lo que le dijeron que había sido una leve embolia, tuvieron que prolongar tres semanas la estancia en la capital checa para que se recuperara y más o menos lo consiguió, para regresar a México muy deteriorada a seguir en su casa de Las Lomas, vegetando más que viviendo, siempre bien atendida por una enfermera, con su hija al pendiente, con un asistente, un chofer y dos empleadas domésticas. Porque dinero ahí había de sobra, pero, por desgracia para ella, ganas de vivir muy pocas.

Después de pensar en eso, a Luciano le vino a la mente, como en muchas ocasiones a lo largo de esos siete años, ese último encuentro que había tenido con Vinicio después de una semana y media de no saber nada de Ponchelo, quien se había esfumado como por arte de magia.

En esos diez días nadie lo había visto ni hablado con él, ni sus empleados de la constructora, ni su mamá, ni su hermana, ni alguno

de sus amigos o alguna de sus exnovias.

La última referencia era la del conserje de su edificio, Pedro Romero, quien aseguraba haberlo visto salir caminando aquel miércoles como a las cuatro y media de la tarde, vistiendo ropa deportiva, playera blanca, pants azules y tenis quién sabe de qué color.

Luciano se había armado de valor para llamar a Vinicio y decirle que quería platicar con él sobre el asunto de Ponchelo y en principio le sorprendió la amabilidad del pinche Vini, quien le dijo que por supuesto, que tenían que platicar y que si quería le cayera esa misma noche a su casa.

Así lo hizo, y al llegar, la actitud del hipócrita de Vinicio seguía siendo muy amable, demasiado como para ser auténtica. Lo invitó a pasar a la sala, se sirvieron sus tequilas y de inmediato empezaron a platicar sobre el suceso que los tenía preocupados, desconcertados, y a media plática se integró Graciela.

–No puede ser que alguien desaparezca así nomás.

–Sí, todavía no puedo creerlo.

–Nadie sabe nada, ni en su oficina, ni su mamá, ni su hermana, ni la novia que traía.

–Ah, ¿traía novia? ¿Quién?

–Mirna, una compañera del ajedrez, una chava con la que llevaba tres o cuatro semanas y que, por cierto, está igualita a Grace.

– ¿Cómo que igualita?

–Sí, yo hasta las he confundido, porque se parece un chingo: en la cara, el cuerpo, el pelo, más o menos de la misma edad y hasta habla igual, como que con el mismo timbre de voz.

–¿Tanto así? ¿Tan parecida?

–Sí, de a madre.

–¿Ah, sí? ¿Y cuándo hablaste con ella?

–Ayer fui a verla, nos tomamos un café y sólo me dijo que el lunes lo había visto por última vez, que el martes habló con él y que ese mismo miércoles que desapareció, Ponche había quedado de pasar por ella a su depa, pero ya no supo más de él.

–Mta madre, está cabrón, muy raro todo.

–Rarísimo. Y me imagino que también Grace está muy preocupada, ¿no?

–Sí, claro, preocupada como todos y sin entender qué pasó.

–Y además es increíble todo lo que la gente inventa y lo que especula.

–¿Como qué?

–Pues han dicho que seguramente está endeudado y por eso prefirió desaparecer, o que algún nexo tendría con los narcos, o que es un asunto de faldas y alguna mujer despechada o algún marido

engañado lo andaban buscando para matarlo, o que si es cosa de gays, o que... ¿cómo estás, Grace? Perdón, gusto saludarte.

–Bien, Luchi, igualmente un gusto. ¿Alguna novedad?

–No, ninguna, eso estábamos platicando Vini y yo, que, además de que Ponchelo no aparece, le han inventado de todo.

–Sí, Luchi, ya me imagino, les encanta y se ensañan sobre todo con los que no están para defenderse.

–Así es la gente de insidiosa y de metiche, ¿no, Vini?

–Sí, de a madre. Metiches y chismosos en serio.

–Bueno, y yo lo que he hecho es buscarlo en todos los lugares que se me han ocurrido, pero nada. Hasta en el Ajusco estuve preguntando si alguien lo había visto por ahí algún día de la semana anterior.

–Ah, pues me hubieras preguntado a mí, que el jueves me quedé esperándolo un rato, hasta que decidí subir solo.

–¿O sea que ese miércoles no se echaron juntos la caminata? Porque ya ves lo que dice Pedrito: que esa tarde lo vio salir con la ropa del jueves.

–No, para nada. Si lo hubiera visto el miércoles ya lo hubiera dicho.

–Pero tú sí subiste al cerro ese miércoles, ¿no? También en la tarde, más o menos a esas mismas horas.

–No, nunca he ido en miércoles.

–Qué raro, porque un cuate con el que platiqué dice que te vio ese día, cuando venías de bajada.

–Pues quién sabe con quién me confundió ese cuate.

–Sí, quién sabe, pero hasta describió muy bien tu forma de correr y una playera que dijo que traías, como las de siempre.

–Entonces se confundió de día y me vio el jueves, cuando sí fui y me quedé esperando un rato a Ponche, hasta que decidí subir solo.

–Está rarísimo, porque ese güey se veía muy seguro de que era miércoles o viernes. ¿Tampoco el viernes fuiste?

–No, tampoco; y sí, qué raro que ese güey te haya dicho eso. Y tú andas de investigador oficial del caso, ¿o qué?

–Sólo tratando de ayudar en lo que puedo. ¿Y desde el jueves que no llegó qué tanto has hecho tú para buscarlo, Vini? Oye, ¿y te pasó algo en ese dedo, o por qué ya no traes puesto el anillo de la prepa?

–¿Y qué chingados te importa a ti lo que yo haga o deje de hacer, o lo que me haya pasado en el dedo, o lo que traiga puesto, o lo que use o deje de usar?

–No, Vini, tranquilo, no te alteres. Entiende que Luchi está preocupado y a lo mejor no supo cómo preguntártelo.

–Pues sí, Grace, como que unos más preocupados que otros. Mejor me voy y cualquier cosa me avisan.

–Sí, mejor. Órale, llégale.

Así había terminado la fugaz reunión en la casa de su examigo en La Condesa, desagradable reunión desde la cual Luciano no había vuelto a ver ni a la pobre Grace ni al pendejo de Vini. Y según había logrado investigar desde entonces, éste no había vuelto a mostrar su anillo de graduación de la prepa. O lo había perdido, o se había deshecho de él por algún motivo, o simplemente había decidido quitárselo y guardarlo.

Todo estaba muy raro y tenía que comentarles a sus amigos Javier y Joaquín lo de esa plática y por qué seguía viendo tan extraña la actitud de Grace y tan sospechoso al cabrón de Vinicio.

De Martín dibuja con impecables trazos a ese villano crítico de arte sobre el que la mayoría de los lectores muy pronto empieza a desear que alguien lo mate, y así se genera esa especie de complicidad entre el autor, el protagonista y el lector.

Ricky Escoboza
*Semanario Cómo Dijo*

*Depois de ler este romance, é obrigatório pedir ao autor que escreva o próximo para nos dizer o que mais irá acontecer a Fabrizio. Como na famosa história do dinossauro de Monterroso, para além do que lemos, estamos interessados no que aconteceu antes desta história… e no que vai acontecer depois.*

Sara Wizard
*Plana Portuguesa*

*Nous voilà face au roman par excellence, à la lecture obligée de l'année: l'artiste Fabrizio de la Mora et son créateur Vinicio de Martín jaillissent de l'ombre et, à eux seuls et de la manière la plus éclatante qui soit, rendent au Mexique cette stature de puissance littéraire et créative qui n'avait plus été la sienne depuis le siècle dernier.*

Olivier Peyreux
*Lettres sans frontières*

# LIII

Pasó por Ponchelo ese miércoles 7 de septiembre a las cuatro y media de la tarde, y quien todavía se creía su amigo (sin saber que dos días antes había dejado de serlo) ya estaba esperándolo tan sonriente como siempre afuera del edificio donde tenía su ostentoso departamento de soltero.

En el trayecto hablaron sobre todo de algunas banalidades futboleras del momento y sobre los preparativos de un viaje de dos semanas a Europa que Ponchelo emprendería junto con su mamá diez días después.

Fue hasta que, por la carretera de Picacho, llegaron a la parte baja del Ajusco, se estacionaron, bajaron del coche, empezaron la caminata y recorrieron como dos kilómetros y medio de leve pendiente ascendente, cuando Vinicio decidió entrar en materia.

–Fíjate que a Chela la siento muy distante y hasta sospecho que tiene algún amante.

–No mames, ¿por qué crees eso y por qué le dices “Chela” y no “Grace”, o “Greisi”?

–Porque para mí ya es “Chela” y por lo que te digo, la siento cada vez más fría, como sin ganas de acercárseme.

–Bueno, es normal, la pasión entre las parejas va atenuándose, va disminuyendo con el tiempo, y ustedes ya cumplieron once años de casados, ¿no?

–Mira, qué bien te lo sabes y cómo te acuerdas.

–Claro, como amigo y como padrino ni modo que no supiera o que se me olvidara.

–La cosa es que en nuestro caso el cambio se dio muy rápido, ese enfriamiento de la relación, como que no muy gradual, como me imagino que sucede normalmente.

–Sí, bueno, pero cada caso es distinto, y eso no me parece suficiente como para pensar que Grace pueda tener un amante. Oye, ¿y por qué ahora traes el anillo en la otra mano, y no junto con la argolla?

–Ah, es que ayer me lastimé un poco al cerrar el cajón de mi buró y traigo medio inflamado ese dedo.

–¿Y sí te pusiste hielo?

–Sí, como media hora, y hasta xilocaína me puse, con ese spray que siempre tengo a la mano.

Le pareció evidente a Vinicio la intención de su amigo de desviar el tema y no quiso profundizar tan pronto en el mismo, porque además el cansancio de la subida les impedía a los dos platicar con la calma necesaria, por lo que siguieron un buen rato hablando sólo de esas dificultades que solían presentarse en cualquier relación de pareja, y en eso andaba la plática cuando llegaron a ese corte de la vereda que sólo ellos dos y Luciano conocían (ah, claro, y también Chela), y al instalarse en la pequeña explanada como en cada ascenso lo hacían, en esa parte bautizada por Vinicio como La Esplendorosa, después de normalizar la respiración, éste decidió darle de una vez al diálogo el curso que pretendía.

–¿Y a ti te ha pasado con tus viejas eso de que la pasión se enfríe tanto?

–Lo que pasa es que con ninguna he durado mucho que digamos.

–Sí, es cierto, nunca has llegado al año en alguna de esas relaciones, ¿no?

–No, ni cerca, porque ya sabes que prefiero no clavarme mucho y que todo termina siendo puramente físico.

–Claro, no te clavas mucho pero te encanta clavar, porque además a ti eso de coger se te da muy bien como deporte, ¿no? Tan bien como se te daba el futbol.

–Bueno, se hace lo que se puede con lo que se tiene.

–¿Y sí sigues muy activo con eso?

–Yo diría que tan activo como siempre.

–¿Y con alguna preferencia en cuanto a la edad de tus viejas, de tus conquistas?

–No, bueno, para nada discrimino a nadie mientras esté presentable, bien formada y sea cancha reglamentaria, pero sí prefiero normalmente a las chavas de entre veintidós y treinta y tres años.

–¿Y qué tal las de treinta y ocho, cabrón?

Al momento de formular airado esa pregunta, Vinicio empujó a Ponchelo hacia el precipicio, que a su amigo le quedaba como a dos o tres metros atrás. O trató de empujarlo, porque sus magníficos reflejos le permitieron a Ponchelo reaccionar instintivamente y jalar la playera de Vinicio, con lo que inició una lucha que duró muy poco, porque era mucha la ventaja adquirida con lo sorpresivo del contacto inicial, y porque Vinicio era más fuerte.

Después de esos pocos segundos de estériles movimientos en defensa propia, Ponchelo salió disparado de espaldas hacia el vacío, con esos ojos desorbitados que Vinicio nunca olvidaría, con esa atónita mirada mezcla de sorpresa por lo sucedido, de terror por lo que venía y de odio hacia quien ya podía considerarse su inesperado asesino.

¿Qué distancia habría recorrido en su vertiginoso descenso?

¿Cincuenta metros, sesenta, ochenta, ciento veinte, doscientos?

Cualquiera que fuera esa distancia, bastaba para que, al final del trayecto, un poco después de haberse producido el mortal impacto, lo único que Vinicio alcanzara a visualizar fuera un pequeñísimo manchón gris, un minúsculo óvalo equivalente a un grano de frijol sostenido en la palma de su mano. Una escondida mancha que era imposible volver a distinguir después de haber dirigido la mirada hacia otro lado.

En el fugaz, pero intenso forcejeo, Ponchelo le había roto su playera y zafado el anillo de graduación, que desde el día anterior Vinicio se había cambiado al dedo meñique de la mano derecha, mientras el anular de la izquierda volvía a su grosor normal tras la pequeña lesión provocada por los "terapéuticos" golpes contra la mesa del comedor.

Todavía conmocionado por lo que acababa de hacer, Vinicio buscó el anillo en la pequeña explanada y en la maleza alrededor, pero la búsqueda resultó infructuosa. Seguramente había caído al precipicio con todo y Ponchelo, pero nadie lo encontraría nunca, ni siquiera en el remoto caso de que alguna vez fuera encontrado ese cuerpo.

De todos modos, qué mala onda, porque ese anillo representaba mucho para él y ni para dormir se lo había quitado durante muchos años. Aunque, pensándolo bien, en realidad el especial significado del anillo tenía que ver en gran parte con su entrañable amistad con Ponchelo, que de cualquier forma se había ido por completo a la chingada, junto con su examigo.

A pesar de eso, apenas abandonado el inevitable lapso de estupefacción, Vinicio inició la interminable etapa de arrepentimiento. Se había consumado el crimen y ya empezaba el castigo.

¿Qué tan premeditados habían sido sus movimientos y qué tan calculadas sus acciones desde que decidió hablar con Ponchelo para invitarlo a esa caminata no programada?

Conforme pasaron los días, las semanas, los años, sus certezas con respecto a ese fatídico día fueron difuminándose a tal grado que ahora no lograba discernir si todo había sido producto de un colérico impulso, de un salvaje exabrupto o ineluctable consecuencia de un plan concebido y ejecutado con frialdad.

Después de revisar lo que debía ser revisado inició el descenso, a lo largo del cual se cubrió con la mano la parte rota de su playera, del lado derecho y a la altura del ombligo.

Al llegar a su coche procedió a cambiarse dicha playera, a quitársela para ponerse otra que siempre llevaba de repuesto en la cajuela, para después deshacerse de la rota en un bote de basura a varias cuadras de ahí, camino a su casa.

Cuando cuatro meses y medio después nació su tercer hijo, el 22

de enero de 2017, él había elegido que se llamara Alfonso, después de pensar en todas las ventajas que ese nombre tenía.

Como había decidido no decirle nada a Chela, resultaba necesario hacerse el consternado con la desaparición de su amigo del alma, y haber optado por ese nombre para su hijo había reforzado ante los demás esa falsa postura. Además de lo que sospechaba sobre la paternidad del niño.

De hecho, más que sospechar estaba casi seguro que no era suyo, porque calculaba no haber tenido más de dos oportunidades como para engendrarlo y era evidente que Ponchelo había recibido varias.

¿O acaso tuvo el cabrón de Ponche la delicadeza de usar condón en cada uno de esos clandestinos encuentros sexuales? No, para nada, si siempre decía que eso era como acariciar con guantes el rostro de la mujer amada, o alguna cursilería así.

¿Habrían sido semanales esos encuentros, o más frecuentes? ¿Y durante cuánto tiempo?

Por eso desde entonces y unos meses después prefirió dar por hecho que Ponchillo no era su hijo, aunque trataba de hacerse el cariñoso con él para no dar motivo a ninguna suspicacia de parte de Chela, ante quien, de paso, mantenía la apariencia de amigo destrozado por la ausencia del otro.

Entre su última llamada con Ponchelo y la hora en que pasó por él al día siguiente, ¿se habrían comunicado estos cabrones y aquel le habría comentado a ésta algo sobre dicha llamada y las broncas que Vinicio le había dicho que traía?

Tal vez, pero tampoco pudo haberle comentado mucho.

¿Le habría mencionado Ponchelo a alguien que ese día pasaría Vinicio por él para adelantar su caminata de los jueves? ¿A su mamá, a su hermana, a Pedrito el conserje?

Y además estaba esa pinche duda que le había generado aquella visita del idiota de Luchi, quien lo había desconcertado con ese comentario de que “Mirna se parece mucho a Grace, hasta en la forma de hablar”.

¿Habría sido tan pendejo como para confundir a Chela con la tal Mirna, entre tantos matorrales y considerando la distancia?

Esa duda lo desestabilizó durante meses, y fue hasta mediados de 2020 cuando Vinicio, con toda la discreción del mundo, con el pretexto de realizarles las pruebas de PCR que también él se haría para saber si se habían contagiado con el coronavirus, llevó a sus hijos a una clínica en donde además les tomaron, tanto a ellos como a él, unas muestras de ADN.

Al día siguiente recibió en su correo electrónico los cuatro resultados de los exámenes para detectar el Covid-19: solamente él resultó positivo, por lo que a partir de ese momento cumplió con el

protocolo y los cuidados debidos, aunque no había sentido ni sintió nunca molestia alguna.

Cuatro o cinco días después le llegaron los resultados de las pruebas que en ese momento eran más importantes para él, y que según su particular percepción confirmaban sus sospechas en una tercera parte: Vinicio y Begoña sí eran hijos suyos, pero en el caso de Ponchillo el resultado de la prueba aparecía como "no concluyente".

Era cierto que el niño no se parecía para nada ni a su amigo ni a él (igualito a su mamá el cabrón), pero sería demasiada casualidad que Ponchelo fuera inocente, que él hubiera confundido a Mirna con Chela y que Ponchillo sí fuera su hijo, pero por alguna razón el "porcentaje de coincidencia" en el ADN no fuera tan alto como en el caso de los dos mayores.

Claro, también existía la posibilidad de que el niño no fuera suyo y tampoco de Ponchelo, y que el "desliz" de Chela se hubiera producido con alguien más. ¿Pero con quién, cómo, a qué hora y dónde?

¿A poco aquello de "cita con el dentista" podía interpretarse también como una reunión en la cama con su amante odontólogo?

¿Pero entonces lo de "desde la graduación"? ¿Pudo confundir a Chela con Mirna y que fuera a ésta última a la que Ponchelo se cogía desde aquel día? ¿Y cuál graduación sería?

¿Valdría la pena buscar a Mirna para preguntarle si aquel lunes había visto a Ponchelo en el cerro, ya no digamos cogido con él?

¿O para preguntarle si lo había visto al mediodía, antes del subrepticio ascenso al cerro del pinche Ponche? ¿O en la noche, después de que ellos cancelaron la cena con su dizque amigo?

¿Con qué pretexto se lo preguntaría?

¿Cómo podría verificar si Mirna vio ese día a su excompadre, como le había comentado el tarado de Luchi la última vez que se vieron, cuando vino a su casa en plan de detective, a la semana y media de la muerte del otro?

No, ni madres, mejor se olvidaba del asunto y de Mirna, y en el afán de hacerlo primero imprimió ese resultado de ADN "no concluyente", después borró el correo y tras revisar a conciencia la hoja impresa, la guardó bajo llave en el cajón del escritorio de su oficina. Por si más adelante se ofrecía.

Seguro que la pendeja se había revolcado con Ponchelo desde soltera, pero de recién casada había suspendido el intercambio sexual (tan linda ella), y unos años después volvió a liberarse la zorra cuando ya no aguantó las ganas.

Nunca le daría el gusto de decirle que lo sabía todo. Sólo había decidido ampliar su distancia con respecto a ella y esperar a que pasara un tiempo razonable y a que la relación llegara a ser tan fría que la única salida fuera el divorcio, que se produjo ese mismo año,

unas semanas después de las pruebas realizadas a sus hijos.

Un divorcio que él llevaba mucho tiempo preparando con su amigo y excompañero de la Selección de La Salle, Víctor, quien había estado en su mesa en la fiesta de graduación, y que, además de ser tan entretenido en las reuniones, se había convertido en un abogado de gran prestigio (ese sí había estudiado, a diferencia del pendejo de Luchi), con una bien ganada fama de especialista en divorcios y en cómo chingarse sobre todo a las mujeres en esos trámites. Aunque ni siquiera a él le comentó, como nunca se lo dijo a nadie, lo de la puta de Chela con el traidor de Ponchelo.

Incluso divorciado, Vinicio siguió empeñado en que Chela continuara pagando la imperdonable traición por el resto de su vida. Le restringió al máximo la ayuda económica y la obligó a que se partiera la madre con los dos hijos de él y el otro de ella y de quién sabe quién.

No importaba que ella no entendiera por qué tanta saña y que se quedara con esos dos hijos, porque de cualquier forma él no podría atenderlos como lo requerían.

En noviembre de 2021 Vinicio regresó a su terruño, a radicar en Monterrey, para así poner mayor distancia de por medio. Lo importante era que Chela nunca sospechara que él lo sabía todo, y por lo menos era esa la impresión que ella daba, y que, poco a poco, día tras día y para siempre, siguiera pagando lo que debía.

A diferencia de Ponchelo, que había pagado al contado desde aquel día, cuando quedó instalado en las insondables profundidades de ese precipicio, entre rocas, riscos, piedras y polvo.

# LIV

Incluso a una sesión espiritista le entró Luciano en su afán de descubrir qué había pasado con el evanescente Ponchelo.

En una de las reuniones de excompañeros de la prepa, a dos años y medio de la inexplicable desaparición, cuando el tema volvió a ser abordado, a Nacho se le ocurrió proponer que fueran a consultar a una médium que le recomendaron, con enorme prestigio, según él, porque en varias ocasiones había logrado comunicarse con los espíritus de fallecidos, y así llegaba a desentrañar misterios como el de Ponchelo, o por lo menos conseguía brindar algún consuelo a los seres queridos del espíritu en cuestión.

Le dieron vuelo al asunto, contactaron a esa médium y programaron una sesión, a la que por recomendación de ella asistirían tres amigos del ausente, que para ellos resultó muy fácil designar: Nacho, quien se encargó de organizarla; Plutarco, ese medio amargado compañero que se las daba de crítico literario; y Luciano, reconocido por todos los de ese grupo como el segundo mejor amigo de Ponchelo.

Nada casual resultaba que en esa tarea se unieran con tal entusiasmo los tres, quienes, para entonces, compartían en mayor o menor medida, no sólo su preocupación por el amigo perdido, sino también una franca animadversión hacia Vinicio.

Nacho, porque siempre pensó que Graciela, la mujer a la que más quiso, la única, en su momento lo había dejado por culpa de Vinicio, con quien terminó casándose, circunstancia que Nacho veía como la principal causa de los posteriores fracasos sufridos en sus esporádicas y fugaces relaciones con las mujeres.

Plutarco, Pluto, porque decía que Vinicio era un escritor mediocre y no entendía cómo sus tres libritos habían sido, en su momento, más reconocidos que las dos novelas escritas por él, que habían pasado inadvertidas para los lectores y los críticos.

Y Luciano, al que nunca le simpatizó Vinicio, de quien, además, sospechaba que algo sabía sobre el caso de Ponchelo y no lo decía.

Desesperado porque dicho caso no avanzaba, Luciano se animó a participar en esa sesión espiritista a pesar de suponer que la médium sería una simple charlatana como otras y otros que ante los incautos presumían esos falsos poderes que les permitían comunicarse con la "gente" del más allá.

Quién sabe por qué, al pensar en eso, a Luciano se le ocurrió

entrecomillar en su mente la palabra “gente”, aunque después dudó, porque le parecía muy brusco que al morir no sólo te fueras para siempre, sino que además dejaras de ser considerado como persona inmediatamente después del fatídico instante.

Al concertar la cita, Nacho había proporcionado los datos correspondientes y pagado por anticipado mil quinientos pesos, costo cubierto entre él y Pluto, porque Luciano les aclaró que, además de no traer lana, no estaba dispuesto a darle un centavo a quien se dedicaba a timar a los ilusos.

Así fue como aquella noche, cinco días después de dicha reunión de excompañeros de la prepa, los tres asignados asistieron a la programada sesión con la médium, quien los recibió en un lóbrego cuartucho, un tabuco, un cuchitril que tenía en su modesta casa, a unas ocho o diez cuadras de la Terminal 2 del aeropuerto capitalino.

Un cuarto pequeño, no muy limpio y en penumbras, porque solamente lo iluminaban dos garigoleados candelabros (con sus respectivos pares de velas) y tres rudimentarios quinqués, uno de éstos sobre la mesa cuadrada, de aluminio, ubicada en el centro de la habitación, con sus cuatro desvencijadas y endebles sillas.

Una de las paredes la ocupaba por completo una deteriorada cómoda, atiborrada de cachivaches y trebejos. Además de uno de los dos candelabros y uno de los tres quinqués (ambos encendidos), ahí se amontonaban objetos de diversa índole: varios frascos de vidrio de distintos tamaños, sobre cuyos viscosos contenidos parecía mejor no averiguar; unos cuantos botecitos de plástico, con sus respectivos medicamentos y milagrosas sustancias; por lo menos diez figurillas de personas, de deidades y de animales mitológicos, tal vez de barro, de arcilla o de argamasa, cuyo origen pretendía dar la impresión de ser oriental, aunque probablemente provinieran de Oaxaca. Dos pequeños ventiladores desconectados y con aspas oxidadas, una vieja y polvorienta videocasetera en evidente desuso, tres velas apagadas, insertadas en sendos envases de refresco, y seis o siete cables enrollados, de distinta longitud, cuya utilidad o función resultaba imposible determinar.

En otra pared, perpendicular a esa de la vetusta cómoda, había un rústico librero, también con madera carcomida, plagado de libros de autoayuda y ejemplares sobre temas esotéricos, aparecidos, fantasmas, encuentros cercanos del tercer tipo, mundos paralelos o alternativos, leyendas tenebrosas, posesiones demoníacas, conexiones extra sensoriales y asuntos de similar jaez.

Además, atravesado para formar un pequeño triángulo con una de las esquinas, estaba un desgastado y raído biombo con pálidas ilustraciones aparentemente hindúes.

Todo eso, aderezado con un fuerte aroma de canela y yerbabuena,

en el que se colaba un sutil olor entre ajos y cebollas, ingredientes muy utilizados en la cocina de “Olga la enlazadora”, como en esa zona era conocida dicha médium.

A esa cocina se llegaba por una puerta que estaba atrás de su anfitriona, frente a la que los tres amigos habían franqueado para ingresar al lúgubre cuarto, sin ventana alguna.

La poca luz, esa penetrante mezcla de aromas y la notoria falta de una adecuada limpieza, en general, conformaban un ambiente al que, según la percepción de Luciano, si ya nada más fueras espíritu no se te ocurriría acudir por ningún motivo.

Bastaba con ver a Olga, mujer morena, esquelética y madura, cuyos toscos rasgos no alcanzaban a distinguirse por el excesivo maquillaje, con una túnica de diversos colores chillantes, una mascada y un turbante descoloridos, algo que parecía una desteñida esmeralda como incrustada en la frente; y en la mejilla izquierda, un oscuro lunar que en realidad calificaría mucho más como verruga.

Muy parca en el saludo, sin mayores preámbulos los hizo sentarse ante la mesita del centro y les sirvió sendas tazas con un té verde endulzado con piloncillo, que a los tres les encantó, y sobre el que más tarde sospecharían que incluía alguna sustancia alucinógena utilizada para encaminarlos hacia la sobrecogedora experiencia que vivirían al ponerse en contacto con otra dimensión, tan desconocida como inquietante.

A pesar de ser admirador de *Twilight Zone*, esa serie de programas precursores de la televisión estadounidense y mundial, que inició en 1959, Luciano no creía para nada en esas conexiones entre universos tan distintos. Era algo que le atraía como ficción, pero se consideraba un escéptico en esa materia.

Le caía en gracia cómo en el tono de hablar de la estrambótica Olga se percibía un fallido intento de hacerlo como venezolana, cuando, en realidad, se le notaba a todas luces un acento jarocho.

Después de cuatro o cinco minutos su extravagante anfitriona les pidió que entrelazaran sus manos, con Plutarco a su derecha, Nacho a su izquierda y Luciano en frente.

El imponente silencio era apenas vulnerado por una leve música de fondo, lejana, lenta, tranquilizante, como de arpas, liras, cítaras y violines.

Pasados cuarenta o cincuenta segundos embebidos en ese musical silencio, Olga se puso como en trance, como ida o como yéndose, y con voz ligeramente aguardentosa dijo:

–¿Estás ahí, Ponchilo? ¿Nos escuchas? ¿Puedes venir a platicar con estos amigos que tanto te extrañan? ¿Con Luchi, con Nacho y con Pluto?

Le molestó mucho a Luciano que la supuesta médium ni siquiera

hubiera dicho bien el nombre o apodo de su entrañable amigo, pero decidió no decir nada y seguirle con ese cuento para saber en qué terminaba.

Otras dos veces repitió Olga esas mismas preguntas, y otras dos veces dijo "Ponchilo" en lugar de "Ponchelo". Pero cuando Luciano estaba a punto de intervenir para corregirla o para reclamarle, como si proviniera del cuarto entero se escuchó una voz medio distorsionada que dijo:

–Aquí estoy, soy Ponchelo, no Ponchilo, y yo también los extraño un chingo.

Los tres amigos se quedaron estupefactos, pero con una marcada temblorina que no sabían si era de emoción o de miedo. Porque los tres identificaron, sin lugar a dudas, aunque un tanto apagada, como era comprensible que se escuchara al proceder de otra dimensión, la peculiar e inconfundible voz de Ponchelo. Nadie atinaba qué decir, y no quiso Olga interrumpir ese silencio de indecisión y de asombro, hasta que volvió a escucharse la voz de ultratumba:

–Oigan, ¿y por qué no vino Vini?

Seguían los tres sin saber qué decir, hasta que Nacho se animó a responder:

–Vini no pudo venir, Ponche, pero lo que nosotros queremos saber es cómo estás tú, y qué pasó contigo.

A los tres o cuatro segundos volvió a escucharse la fantasmal voz:

–Estoy a toda madre, y lo que pasó, fue que, yo, estaba...

Tras la prolongada pausa que siguió a la respuesta inconclusa de la misteriosa voz, finalmente intervino Luciano, algo desconcertado pero también emocionado y ansioso:

–¿Qué fue lo qué pasó, Ponche? Por favor dinos.

Otra vez un corto silencio, y después la esperada respuesta:

–Lo que pasó, Luchi, fue que, yo estaba, estaba… –y en ese momento la escondida voz dejó de escucharse apagada, se convirtió en carcajada, se cayó el biombo de la esquina y los tres participantes en la curiosa sesión espiritista vieron en ese rincón a su amigo Víctor, tambaleándose de risa, en cuclillas y con un vasito de plástico en la mano izquierda.

Un agudo ataque de risa del que Nacho y Pluto se contagiaron de inmediato. A diferencia de Luciano, francamente encabronado en ese momento, a tal grado que no pudo guardarse lo que le nacía decirle a Víctor:

–Chingas a tu madre.

Mientras los otros tres seguían carcajeándose y Luciano rumiaba su encabronamiento mezclado con decepción, una histérica Olga les exigió a gritos a los cuatro que se fueran de su casa en ese instante, lo más rápido posible; como haciéndose la muy digna y la sorprendida y

ofendida con la aparición de Víctor, quien, en realidad, como después lo supieron Luciano y los otros dos, le había ofrecido a esa farsante otros mil quinientos pesos para que lo dejara jugarles esa broma a sus amigos.

A esas alturas, Víctor ya le resultaba antipático, porque se las daba de abogado muy chingón y como que le restregaba a Luciano que él ni siquiera hubiera terminado la carrera; pero con esa pinche bromita en el tugurio de Olga la embaucadora, Victorcito quedó instalado, sin saberlo nunca, como su enemigo número dos.

Muy lejos de Vinicio, por supuesto.

# LV

Al día siguiente había regresado a esa cumbre por dos motivos: para seguir como si todo estuviera normal y respetar la rutina de cada jueves, y para revisar que no hubiera dejado rastro alguno.

Si por casualidad se topara con alguien conocido, sólo le diría que estuvo esperando a Ponchelo en la salida, y de hecho le envió un mensaje y le marcó dos veces a su extinto amigo, para dejar constancia en su celular por si más adelante se ofrecía; y las dos veces entró el buzón, por supuesto, y el mensaje aparecía como no entregado.

Al llegar arriba revisó que en la explanada y alrededor de ella no hubiera señales de la fugaz lucha del día anterior, con la leve esperanza de encontrar por ahí su anillo, aunque ya lo daba por perdido.

Ni encontró nada ni había huellas de lucha alguna, y al asomarse hacia el abismo no pudo distinguir esa pequeña mancha gris que el día anterior sí había notado porque había seguido hasta ese punto el último y no solicitado viaje de su examigo.

Volvió a marcarle varias veces al celular, como lo hubiera hecho si no supiera por qué no había llegado Ponchelo a la cita de siempre, para reforzar ese registro por si fuera necesario, y además para estar seguro de que ese teléfono celular no había quedado por ahí cerca. Y no, ni se escuchaba nada ni se veía por ningún lado. Seguramente estaba junto a su desafortunado amigo, quién sabe si tan destrozado como él.

Fue hasta dos jueves después, gracias a unos binoculares que se llevó al volver a realizar ese recorrido tras avisar a diestra y siniestra que lo haría en honor a Ponchelo, cuando Vinicio pudo distinguir el cuerpo de su amigo en avanzada descomposición.

Pero sin ese apoyo de los prismáticos y sin saber hacia dónde enfocar, era imposible que alguien descubriera ese cuerpo al fondo de ese cañón inaccesible, o al que sólo podrían acceder alpinistas de alto rango que para nada visitaban esos rumbos.

Se olvidó del asunto y con el tiempo se acomodaron las cosas, aunque nunca dejó de sentir cierto temor de que aquel oscuro pasaje de su vida saliera a la luz y lo aniquilara por completo.

Al imaginarse esa remota pero escalofriante posibilidad, volvió a pensar en su amigo, el ilustre poeta de nombre raro, y en el escándalo

que hacía cinco años había estallado en las entrañas de la sociedad yucateca, cuando se descubrió la existencia del hijo que su amigo engendró a principios de los ochenta, fuera de su matrimonio, con una arqueóloga estadounidense que después del embarazoso suceso desapareció del panorama.

En agosto de 2015, cuando Vinicio viajó a Mérida y se alojó en casa del poeta durante una semana con la intención de seguir trabajando a fondo en el proyecto de *Ambigüedades Mexicanas*, en una de las desveladas que compartieron con un buen vino a la mano, su insigne amigo le había revelado el añejo secreto que a veces lo abrumaba.

–A nadie se lo he contado nunca, y menos a Cleo, por supuesto, pero tengo un hijo que no es de ella y que no conozco.

–¿Cómo?

–Pues así nada más, como se tienen los hijos.

–No, ya lo sé, digo que cómo es posible, ¿desde cuándo supiste de la existencia de ese hijo?

–Desde antes de que naciera, hace más de treinta años, cuando tenía dos meses el embarazo de Jenny, cuyo nombre preferiría no recordar, como preferiría no haberla conocido a ella. Más o menos al cumplirse esos dos meses me llegó su críptico telegrama.

–¿Por qué críptico?

–"Bebé en camino. Urgente hablar. Llego miércoles. Lugar nuestro 6 PM". O sea, críptico para cualquiera que se lo topara y lo leyera. Pero no tanto para mí.

–¿"Lugar nuestro"?

–Sí, yo sabía que se refería al Antojito Yucateco, una fonda en la que habíamos merendado juntos varias veces.

–¿Y fuiste?

–Claro, el telegrama me había llegado el lunes y dos días después acudí a la cita todavía sacudido por lo de "Bebé en camino", y preocupado por lo que pudiera decirme y por la actitud con la que me toparía.

–¿Pero qué tan estrecha o duradera había sido esa relación?

–Tan estrecha que produjo un hijo, aunque en realidad fue una aventura de tres semanas que derivó en esta interminable pesadilla.

–¿Sólo tres semanas?

–Sí, más o menos los veinte o veinticinco días que ella estuvo realizando sus investigaciones arqueológicas en la zona. En esos días Cleotilde acababa de dar a luz a mi hija Amparo, la tercera, y no sé si la cuarentena me tornó más vulnerable o más pendejo, pero el caso es que me metí de lleno en esa relación, calenturiento y feliz, embobado con esa voluptuosa gringa a la que en ese momento veía como toda una diosa del erotismo.

–¿Y cómo se llama tu hijo? ¿O es hija?

–Hijo, y se supone que se llama igual que yo, con todo y apellido, y que debe andar ya por los treinta y dos años.

–¿Cómo, pero por qué permitiste que el niño llevara tu nombre y apellido?

–Porque no me quedó de otra, porque ella podía registrarlo con el nombre que quisiera, porque eligió el mío a sabiendas de lo inconfundible que resultaría, y porque el apellido tuve que avalarlo ante su velada amenaza de difundir lo de su embarazo y el posterior nacimiento. ¿Te imaginas lo que eso hubiera provocado en la Mérida de aquellos años?

–Pues sí, algo peor que ahora, que no sería poco.

–Cuando nos reunimos, ella me aseguró que sólo quería un pequeño apoyo económico, y que si yo le ayudaba con eso ella se haría cargo del bebé, que en ese momento no sabíamos si sería niño o niña, y que ya contando con esa ayuda no sería necesario que volviéramos a vernos, que ella seguiría con su vida en Estados Unidos y que incluso dudaba regresar algún día a Yucatán en general, o a Mérida en particular, porque ese viaje lo había organizado para solucionar todos sus pendientes en esta zona, entre ellos el de mi inesperada paternidad y el mínimo de responsabilidad que me correspondía asumir, según ella.

–¿Y de cuánto era el pequeño apoyo económico que pedía?

–Me pidió setenta y cinco mil pesos, de aquellos del 82, de los viejos, con lo que, según ella, podría cubrir todos los gastos del embarazo, del parto y de los tres o cuatro primeros meses para la manutención del bebé.

–¿Y se los diste?

–Le pedí un mes para conseguir esa cantidad, aunque yo sí la tenía, pero no quería pintarle tan fáciles las cosas, temiendo que siguiera pidiéndome lana.

–Sí, bien pensado.

–Un poco después de cumplido el mes volvió a reportarse desde Estados Unidos, por medio de otro telegrama. “Saludos. ¿Setenta y cinco listos?”; y también por telegrama le respondí que sí, que ya tenía el dinero y que sólo requería del número de cuenta donde debía depositarle o hacerle la transferencia. A los tres días me pasó el dato y en el cuarto le envié la lana.

–¿Así tan fácil?

–Sí, y como dos meses después me llegó otro telegrama. “Niño en marzo. Nombre acordado”.

–“¿Nombre acordado?”.

–Sí, en nuestra reunión en la fonda, después de explicarme cuándo y cómo había confirmado lo de su embarazo y por qué estaba segura

de que el hijo era mío, me había avisado también que si era niño pensaba registrarlo con mi nombre y apellido, porque además sabía que yo nunca utilizaría ese nombre con alguno de mis hijos con Cleo, como no lo había utilizado con el mayor, con Chava, que en ese entonces tenía tres años; y como tampoco se me ocurrió utilizarlo dos años y medio después, cuando nació Eugenio, mi querido Feno.

–Sí, ya me has dicho que no te gusta tu nombre.

–Claro que no me gusta, lo deploro, y además no soy tan vengativo como para cobrarme con un hijo lo que me hicieron mis padres.

–Por eso en tu familia es tan conocido ese epigrama tuyo, ¿no? Ya sabes cuál; ¿cómo dice?

–Dice:

Provocan mi desventura
dos cosas, según lo veo:
ser de tan corta estatura
y llamarme así de feo.

–Muy simpático el epigrama.

–Sí, tan simpático como mi nombre, que a esa gringa amante de las peculiaridades folclóricas sí le encantaba, según me decía. Y como ya te lo mencioné, a mí no me quedaba cómo impedir que se lo pusiera al niño, ni con qué oponerme.

–¿O sea que el niño lleva así, tal cual, tu nombre y tu apellido?

–Sí, porque no hubo manera de impedirlo, y aunque ya no supe más de él, me imagino que sí, que lleva mi nombre y mi primer apellido; y lo paradójico es que al registrarlo seguramente omitieron el apellido de Jenny: Collins.

–Sí, pinches gringos tan raros. Con las mujeres dizque con sus derechos más o menos equitativos con respecto a los de los hombres, a diferencia de lo que sucede en México; y sin embargo en sus hijos no está el apellido de ellas, que de hecho ellas mismas pierden al casarse.

–Incongruentes de a madre. Pero el caso es que Jenny cumplió con su palabra y se quedó instalada en Estados Unidos, en Raleigh, la capital de Carolina del Norte, y ya no volví a saber casi nada de ella ni de mi hijo. Sólo recibí en marzo del 83 una escueta confirmación de su nacimiento ("Arribó. Todo excelente"), y veinte años después me llegaron dos fotos de ellos, una frente a las ruinas de El Tajín y la otra con los voladores de Papantla al fondo. Fotos que ella tuvo la delicadeza y el buen tino de enviar a mi oficina, pero yo estaba tan asustado que ni siquiera le respondí, porque prefería mejor ya no moverle al tema.

En efecto, su amigo el poeta chaparro de nombre raro nunca volvió a saber de ellos, pero seis meses y medio después de su muerte, a

finales de 2018, se produjo ese metafórico terremoto con epicentro en Mérida.

Al realizar quién sabe qué búsqueda, un periodista sonorense descubrió por casualidad que en una cárcel de Huntsville, en Texas, estaba como "inquilino" un tal Macileo Carrizo, de treinta y cinco años de edad, declarado culpable de tráfico de piezas arqueológicas sustraídas ilegalmente de territorio campechano, chiapaneco y veracruzano.

En la ficha del convicto se le mencionaba como estadounidense nacido en Raleigh, Carolina del Norte, pero radicado en San Antonio desde 2001, detenido en esa ciudad en 2012, y sentenciado a quince años de prisión, de los cuales ya había cumplido seis, por el delito cometido y legalmente comprobado.

Las indagaciones correspondientes arrojaron información que sacudió al ámbito literario en México, y sobre todo a la sociedad meridana y yucateca.

> El recluso número 50615 es hijo de Jennifer Collins, arqueóloga estadounidense cuyo paradero se desconoce desde hace varios años, desde la detención de su hijo, y quien a mediados de 1982 realizó un trabajo de investigación arqueológica que la retuvo durante un mes en Mérida y sus alrededores, periodo durante el cual sostuvo un tórrido romance con Macileo Carrizo de la Viña, destacado poeta mexicano y yucateco, autor de Musas Regionales, obra poética que en 1989 se convirtió en un parteaguas de la literatura mexicana.
>
> En ese entonces, cuando sostuvo esa ilícita y bochornosa relación, el famoso poeta no había publicado aún su obra magna, pero ya estaba casado con Cleotilde Ramos, ahora viuda, con la que a esas alturas de su matrimonio ya había engendrado tres hijos de los cinco que finalmente procrearon.
>
> Y como producto de ese clandestino intercambio amoroso y sexual con Jennifer, en marzo de 1983 nació Macileo en tierra estadounidense, aunque su existencia se había mantenido oculta hasta que debido a ese reportaje sobre la penitenciaría de Huntsville se produjo el hallazgo.

Con esa nota un tanto cursi y no muy bien redactada, pero sí publicada en los principales diarios de la República Mexicana, fue abruptamente descubierto el añejo secreto de su entrañable colega y amigo.

Una nota acompañada de una foto del prisionero a sus veintinueve años, cuando fue fichado en la penitenciaría. Igualito el cabrón a su

padre poeta, o por lo menos mucho más parecido a él que los otros cinco hijos; y según los datos ofrecidos al pie de esa foto, bastante menos chaparro que el papá y los hermanos.

Esa ironía del destino le resultaba evidente a Vinicio: que el encarcelado hijo se pareciera mucho más que los otros cinco a su ilustre amigo el poeta de nombre raro.

Así fue como se desató el escándalo del que por doquier seguía hablándose; un tremendo escándalo yucateco y nacional, literario y en general.

Menos mal que a su inolvidable amigo, Macileo Carrizo de la Viña, ya no le tocó vivirlo. Era obvio que le había salido mejor morirse.

# LVI

Luciano acabó la novela en la madrugada, después de nueve o diez horas de lectura repartidas en cuatro noches.

Fabrizio lo había pensado fríamente: era necesaria una medida radical para solucionar las cosas y allanarle el camino a su consagración como pintor.

Se le antojaba insoportable que una y otra vez cada uno de sus cuadros fuera menospreciado, infravalorado, después del tremendo esfuerzo físico y artístico realizado en cada creación, en su obra entera.

Había sido el colmo la confirmación de sus sospechas con respecto al incendio de la bodega que rentaba. Y por si todo eso fuera poco, en sí mismo lo relacionado con Mireya, con la esquiva Mire, resultaba más que suficiente.

Durante dos días preparó todo, empezando por pedirle prestado a don Álvaro para poder pagar el anticipo de la renta por treinta y cinco días de esa cabaña que le encantaba, "La Espirituosa", bautizada así por él mismo; cabaña a la que había ido varias veces con ese grupo de colegas y amigos artistas de la bohemia, de La Tertulia de Babel.

Después elaboró una lista de los diversos materiales y productos que se daría a la tarea de comprar con la debida discreción, y para el día siguiente ya había conseguido todo.

Finalmente el viernes, alrededor del mediodía, realizó el necesario esfuerzo y llamó al Morocho Picana para decirle que ya era hora de aclarar varios puntos, que quería platicar extensamente con él y lo invitaba esa misma noche a echarse una botella de un magnífico güisqui en una cabaña que le había prestado un amigo, apenas a veintidós kilómetros y medio del centro de Morelia; que él podía pasar a recogerlo al cuarto para las siete, que lo invitaba a quedarse a dormir allá, y que por favor no se lo comentara a nadie porque tocarían temas delicados y prefería que todo quedara solamente entre ellos dos.

Con total ingenuidad y mucho gusto Picana aceptó la invitación, tal vez pensando que por fin el pobre aspirante a pintor famoso se había rendido ante el peso de su pluma y le

ofrecería pagarle por tenerla de su lado, sin saber lo caro que iba a costarle, la "tarifa especial" que le tenía preparada desde hace tiempo, siempre confiado en que tarde o temprano aceptaría someterse a lo inevitable.

Tal y como habían quedado, al cuarto para las siete pasó por él, todo el trayecto lo invirtió Fabrizio en hacerse el dócil, el doblegado, y a las siete veinticinco ya estaban ambos cómodamente instalados en la sala de esa cabaña, animados y bebiendo los tragos que el solícito anfitrión había servido.

Dos horas después, cuando quedaba menos de la mitad de la botella, el pintor empezó a expresar con total franqueza lo que sentía y pensaba en relación a las reiteradas críticas de su huésped con respecto a su obra, cuyo elevado valor artístico era indudable. E incluso se atrevió a mencionar el "accidental" incendio que había dejado transformados en cenizas a sus mejores cuadros.

Y cuando se veía el Morocho muy receptivo ante los leves reclamos que con cuidada amabilidad seguía haciéndole Fabrizio, súbitamente cambió éste a un tono agresivo y burlón, cuando estuvo por completo seguro de que habían producido el debido efecto los güisquis de Picana, y sobre todo el veneno que les había puesto, claro; un veneno de efecto lento pero muy efectivo, que Fabrizio había elegido minuciosamente tras una exhaustiva investigación del tema.

–Parece como que te estás muriendo, cabrón.

–Me, sien to, mmuy, mmal, co mo ma, rea do.

–Bueno, pero trata de hablar mejor. Hace rato farfullando y ahora con tus palabras inconexas; y por favor no me veas así, muy culera tu mirada para ser la última, pinche mirada postrera tan negativa y tan jodida.

–Pin, chea, sesino, hijo, de, tu puta, mmmadre.

Con una sonrisa recibió Fabrizio esas últimas palabras que con tal dificultad trató de hilar o de enhebrar el Morocho Picana, y al comprobar que ya no respiraba, le quitó de la mano el vaso al difunto, dejó a un lado su propio vaso con el *ginger ale* que tanto había disfrutado fingiendo que era güisqui, recogió y limpió lo necesario, y después de trabajar siete horas más en arduas labores de albañilería, esa madrugada durmió hasta pasado el mediodía con una placidez que hacía mucho tiempo no experimentaba, con la tranquilidad de saber que a partir de ese momento, tanto su obra como las de algunos de sus grandes amigos, serían debidamente aquilatadas y reconocidas, ante la ausencia de quien tanto las había denostado, de quien ahora reposaba cobijado por ladrillos, en

vías de ser considerado como desaparecido, como desde hace mucho tiempo debió estarlo, adecuadamente emparedado en ese espacio tan propicio que dejaba la chimenea de esa cabaña que tanto le había gustado a Fabrizio desde siempre.

Esa misma tarde y los siguientes días los dedicaría a pulir su flamante obra, a darle los indispensables acabados, a pintar en esa nueva pared un mural con motivos prehispánicos –que irían desde la búsqueda de Aztlán hasta La Conquista–, para así diluir el contraste entre esos ladrillos y los originales.

Y después, a detenerse en los detalles finos, a realizar la necesaria limpieza para dejarlo todo como si nada hubiera pasado, para tener la cabaña impecablemente presentada para recibir en dos semanas a esos amigos-artistas-contertulios, quienes ya tendrían como principal tema de conversación el raro caso del desaparecido Morocho.

Hasta resultaría divertido comprobar si alguno de ellos notaba algo diferente en esa cabaña; además del mural, por supuesto.

En casi cinco semanas, en treinta y cuatro días para ser preciso, nadie más se acercaría a ese lugar; y para entonces, Fabrizio ya estaría pintando en otro lado, tal vez junto con Mire si de alguna forma la convencía, probablemente en alguno de los pueblitos estadounidenses que tanto se le antojaban para vivir, y quizá utilizando otro nombre.

Al terminar de leer, lo que deseaba Luciano era que todo eso se cumpliera, que el crimen de Fabrizio quedara impune, que adquiriera como pintor el reconocimiento que su calidad como tal ameritaba, y que, junto con Mireya, viviera feliz en un “para siempre” de por lo menos cuarenta años.

Como buen final, dejaba abierta a la imaginación de los lectores la posibilidad de llenar cualquier hueco, de responder a las preguntas que quedaban pendientes y elucubrar sobre lo que podría pasar más allá de esa última página y de la palabra “nombre”.

Releyó cuatro veces ese último capítulo que le había encantado y después revisó con mayor detenimiento varios pasajes de la novela, porque algunas cosas le habían brincado por lo mucho que se parecían a otras que él sabía que sí le habían pasado a Vinicio, o por lo menos sucedido en su entorno.

Algo había entre líneas, algo que no encajaba como debería (¿o encajaba demasiado?), algo que le producía cierto resquemor y fortalecía sus inquietudes con respecto al pinche Vinicio y su relación con el caso de Ponchelo.

Pero era muy buena la novela de este cabrón, lo que sea de cada quien.

El gracioso manejo del lenguaje me pareció provocativo, retador, vanguardista, y es digna de rendida alabanza la transparente capacidad del magnífico escritor para hilvanar una y otra vez, con envidiable soltura, los certeros y elocuentes adjetivos con los que adorna su sorprendente historia.

Dani Gojugo
*Visión de Futuro*

ذلك مساحاتهاl من خلال متاهة رائعة من التناقضات ، مع ثناياها المظلمة وك المضيئة ، يقودنا المؤلف نحو نتيجة مأساوية تنتهي باختياره الدقيق للكلمات والعبارات بتقديمها لنا كنهاية سعيدة.

A través de un prodigioso laberinto de contrastes, con sus oscuros dobleces, pero también sus espacios iluminados, el autor nos conduce hacia un desenlace trágico que con su minuciosa elección de palabras y frases termina por presentarnos como final feliz.

Scherezada Mushdie
*Mil y una madrugadas*

# LVII

Quién sabe cuánto tiempo habrían durado el engaño de su mujer y la traición de su amigo, el descaro de la primera y las recurrentes cuchilladas traperas del segundo. Ponchelo ya no podría decírselo y a ella no pensaba preguntárselo.

No le daría ese gusto ni le abriría la puerta a la posibilidad de que Chela empezara a sospechar algo con respecto a esa desaparición de la que tantas veces habían platicado, la primera de ellas el siguiente lunes, cuando les tocaría cenar con él, con Ponchelo. En esa ocasión, con Vinicio haciendo un tremendo esfuerzo para lucir como se supondría que luciría si no hubiera hecho lo que hizo ni supiera lo que sabía.

–¿Entonces no tienes idea de dónde esté, Vini?

–Ninguna idea, ya te dije que el jueves fui como siempre a la montaña, y él no llegó.

–¿Habían quedado de verse ahí?

–Sí, como cada jueves a las cinco de la tarde desde hace años. Y de hecho yo le había hablado el martes para disculparme por haber cancelado la cena del lunes. Y también lo llamé el miércoles al mediodía, como a las doce y cuarto, para ver si quería que al día siguiente pasara por él, y para preguntarle si de casualidad no había dejado mi anillo en su departamento, porque tenía varios días de buscarlo en todos lados y no lo encontraba, como sigo sin encontrarlo.

–¿Y qué te dijo?

–No, que no lo veía por ahí, pero que colgando conmigo revisaría bien. Lo que pasa es que hace dos semanas me lastimé un poco este dedo, al abrir una lata, y desde entonces había estado quitándome y poniéndome el anillo, porque a veces me molestaba, me apretaba por la hinchazón. Y no sé dónde lo habré dejado.

–¿No lo dejarías en el bazar?

–Puede ser, en alguno de tantos recovecos que hay por ahí. Voy a encargarle a Leo que me lo busque a fondo. Pero bueno, ahorita el anillo es lo de menos.

–Sí, claro. ¿Y normalmente Ponchelo no fallaba los jueves?

–Muy de vez en cuando, pero sí había fallado algunas veces, y por eso no le di tanta importancia cuando no llegó.

–¿Y desde ese día empezaste a llamarlo?

–Sí, lo llamé dos veces y le envié mensaje desde antes de empezar

a subir y después, al llegar arriba, y otras tres o cuatro cuando regresé aquí a la casa después de haber hecho yo solo el ejercicio de siempre. Le llamé en total seis o siete veces y le envié tres mensajes.

–¿Y ninguna respuesta?

–No, ninguna, esos mensajes me siguen apareciendo como no leídos, y ya para el viernes supe que tampoco se había reportado a la constructora, ni con su mamá ni con su hermana.

–Está rarísimo.

–Sí, muy raro. Espero que nada más sea una de sus bromas y reaparezca en cualquier momento.

–Pero ya va a ser casi una semana sin que se sepa nada de él. Como que para broma sería demasiado, ¿no?

–Pues sí, pero claro que el pinche Ponchelo sería capaz de eso y más.

Claro que hubiera sido capaz, como era obvio que lo había sido de peores cosas, aunque en este caso Vinicio sabía que su amigo no estaba desaparecido. O bueno, sí lo estaba, pero para siempre y ya pudriéndose donde nada más Vinicio sabía que sus restos habían quedado.

Y la mosquita muerta de Chela haciéndose la que nomás preguntaba como que no quiere la cosa, cuando se notaba lo preocupada que estaba la pendeja, bien intrigada sobre lo que pudo haber sucedido con el cabrón que se la cogía de vez en cuando, o tal vez muy seguido.

En ese lapso de cuatro años (entre el "accidente" y el divorcio) él había disfrutado observándola, al detectar el esfuerzo que al principio hacía para aparentar la debida normalidad, y después al ver cómo se acostumbraba conforme pasaba el tiempo y no le había quedado más que resignarse y entender que ya no regresaría su amante, del que Vinicio no sabía qué tan enamorada estaba ella, aunque sí le constara que para coger le encantaba.

A las dos semanas del empujón, como no lo había hecho antes, Vinicio empezó a aprovechar cuanta oportunidad se le presentó de acostarse con quien se le antojara y le diera entrada. Cambió por completo su rutina, con frecuentes llegadas de madrugada a su casa, y claro que la puta de Chela no se atrevía a reclamarle nada, porque además creía que todo se debía al tremendo dolor que él sentía por la ausencia del amigo. Qué bruta.

Para redondear la farsa, de vez en cuando tenía intercambios sexuales con ella, nada más para utilizarla, para que no sintiera tan brusco el cambio, para que no sospechara nada. Pero cada vez le costaba más y se le antojaba menos, por lo que esos encuentros en la cama se tornaron aún más esporádicos de lo que eran cuando ella andaba en otras camas, o en otros montes.

Con el tiempo, la traición debidamente vengada se había convertido en un pasaje casi anecdótico, y ahora Vinicio se disponía a organizar su nueva vida después del giro de ciento ochenta grados que daría tras la inminente obtención del Premio Nobel de Literatura 2023. A partir de ahora habría un antes para ser digerido y un después para ser disfrutado.

No se cansaba de ligar una y otra vez las cuatro palabras y de imaginárselas escritas, tres de ellas con mayúscula. Premio Nobel de Literatura. Premio Nobel de Literatura.

Durante los seis o siete meses posteriores a lo que ya se atrevía a calificar como un crimen (sólo consigo mismo, claro, cuando nada más estaban él y sus pensamientos), había sentido cierto temor de que todo se descubriera; pero pasados los años ese temor se desvaneció por completo. Si antes no habían encontrado los restos de Ponchelo, mucho menos lo harían ahora, e incluso dudaba que pudieran identificarlos en el remoto caso de que los encontraran.

En el cine, sobre todo en el hollywoodense, te ponían como cosa fácil lo de la identificación de los restos de cualquier persona varios años después de convertidos en tales, pero él sabía que en México las autoridades correspondientes y los peritos forenses estaban muy lejos de ser tan eficientes como los estadounidenses eran exhibidos cinematográficamente.

Como miles y miles en la historia de México y de la humanidad entera, su crimen había quedado impune; pero a diferencia de otros, el suyo había estado plenamente justificado, porque no había otra forma de responder a una trastada de ese tamaño, a una chingadera como la que Ponchelo le había hecho.

Haya sido producto de un simple exabrupto o consecuencia de un plan fríamente calculado, por el delito cometido no recibiría nunca ningún castigo ni sanción alguna. Tan seguro estaba de ello, que ni siquiera veía el menor riesgo en esa mención de "La Espirituosa" en su novela, como clara referencia a La Esplendorosa de la realidad.

Y tampoco representaba peligro alguno el haber dejado al villano Picana sin vida y "escondido" tras unos ladrillos, porque nadie relacionaría eso con la muerte de Ponchelo, que sólo Vinicio sabía cómo se había producido y en qué condiciones había dejado a su fenecido examigo.

De aquel crimen no sólo había salido impune y airoso, sino que además le había proporcionado elementos primordiales en la concepción y el desarrollo de su exitosa novela.

La idea de un protagonista entrañable y un antagonista despreciable, de un artista al que no le queda más remedio que deshacerse de su enemigo, que después de hacerlo lo deja emparedado. Y como simple guiño a sí mismo, el nombre de La

Espirituosa en honor de La Esplendorosa; una cabaña en el campo bautizada con ese adjetivo tan parecido al asignado por él mismo a esa maravillosa cumbre hace tantos años descubierta por ambos amigos, cuando todavía lo eran. Ese nombre con el que sólo Ponchelo y él se referían al emblemático sitio.

Utilizar en su magna obra un nombre parecido era un simple juego consigo mismo, porque no había cómo alguien más lo entendiera, ni siquiera Luciano, suponiendo que la leyera. La sutil referencia a ese lugar donde fue testigo de la mirada postrera de Ponchelo con él como receptor de ella, ese mismo lugar donde había descubierto la traición de su amigo y de su entonces esposa, aunque ellos nunca se hubieran enterado. Con ese "nunca" que para Ponchelo duró dos días y para Chela llevaba siete años.

Por la importancia que para bien y para mal había tenido en su vida, merecía La Esplendorosa esa única mención de La Espirituosa en la mejor de sus novelas, en su obra maestra, en ese grandioso libro que tantos autores de alta literatura hubieran querido escribir.

¿O sería mejor quitar eso en la siguiente edición, cuya revisión estaba a punto de concluir?

Tal vez no, porque a tantos críticos tan pendientes de sus *Andanadas Pictóricas* ese detalle podría llamarles la atención y resultaría contraproducente.

De cualquier forma, para decidirlo primero tendría que alejarse un poco del texto, porque tan atrapado estaba en él, que le costaba apreciarlo con claridad, como siempre le había costado con cada uno de sus libros en ese proceso de concebirlos, desarrollarlos y después tratar de pulirlos haciendo gala de sus dotes literarias paso a paso robustecidas.

Además estaba esa otra tarea que le habían encomendado: la de revisar y aprobar una versión sintetizada de su novela, encaminada a facilitar que le llegara a ese numeroso público para el que resultaba imposible darle seguimiento a una historia que implicara diez horas de lectura, pero sí dispuesto a leer algo de hora y media como máximo.

O se metía de lleno en esa revisión de la versión completa y de la sintetizada, o dejaba su novela como estaba y mejor dedicaba sus creativos afanes a la elaboración de esa futurista historia que en su cabeza empezaba a cobrar forma.

Sería cuestión de definirlo, para después avisarles a sus editores; de preferencia, ya con el Premio Nobel en sus manos.

# LVIII

Era tan bueno el último capítulo de *Andanadas Pictóricas*, que para Luciano resultó obligado volver a leerlo cuatro veces y más despacio, darle el tiempo necesario para disfrutarlo y digerirlo; y tanto esas relecturas del impactante final de la novela, como las minuciosas revisiones de algunos pasajes y párrafos de capítulos anteriores, vinieron acompañadas de la revelación que creyó ver en todo ello, como si fueran todas y cada una de las piezas que le faltaban para visualizar completo el complicado rompecabezas.

Eran demasiados los mensajes cifrados que apuntaban a la misma dirección, sobre todo en la parte del desenlace. No podía todo eso ser obra de una simple coincidencia.

Qué casualidad que seis años después de aquel doloroso suceso, Vinicio había empezado a escribir su aclamada novela con tantas similitudes con la vida real, evidentes para un lector atento como Luciano, para un observador inteligente y memorioso como siempre lo había sido, y quien, además, conocía mucho de la vida del autor y sus circunstancias.

Tal vez la soberbia de Vinicio era tanta que daba por hecho que nadie notaría nada, pero él sí se acordaba de muchas cosas desde la época de la preparatoria, cuando se conocieron los tres amigos.

No podía negar que la novela era muy buena, que no había cómo descalificarla, que merecía las críticas tan favorables que había recibido, pero por lo visto no todo salió de la imaginación del pinche Vini.

¿"La Espirituosa" nada más por no decir "La Esplendorosa"?

¿Era un simple acercamiento al nombre de esa explanada en la cumbre que tanto le gustaba? ¿O en realidad era un alegre juego del autor consigo mismo, un guiño hacia algo que nada más él sabía con respecto a ese lugar?

¿"Cobijado por las piedras"?

¿No habían comentado los tres amigos, en varias ocasiones, no sólo lo impresionante de la vista desde ese promontorio, sino también la desazón que se sentía al observar hacia abajo, hacia ese precipicio plagado de piedras y rocas en el fondo?

¿"Esa cabaña que tanto le había gustado a Fabrizio desde siempre"? ¿O esa explanada en la cumbre que tanto le gustaba a Vinicio y que fue bautizada por él?

¿"En vías de ser considerado como desaparecido, como desde hace mucho tiempo debió estarlo"? ¿Así como seis o siete años antes resultó necesario que Ponchelo desapareciera?

¿No le había dicho Fabrizio a uno de sus amigos artistas de la Tertulia de Babel algo así como que "me urge que ese cabrón desaparezca del panorama"?

¿Fabrizio urgido de desaparecer a Picana, y Vinicio con la urgencia de dejar a Ponchelo desaparecido para siempre?

¿El protagonista de la novela invitando a su enemigo a una cabaña, y Vinicio invitando a su supuesto mejor amigo a una caminata en un día que no les correspondía?

¿Acaso había una relación directa entre La Esplendorosa y la desaparición de Ponche?

¿Habría sucedido eso, terrible, espeluznante nada más de imaginarlo, lo que ahora le venía a la mente y se le presentaba como una revelación, como una estremecedora epifanía?

¿"Debidamente emparedado en ese espacio tan propicio que dejaba la chimenea"?

¿O adecuadamente ubicado en el fondo del abismo y "cobijado" por las piedras entre las rocas y los riscos?

¿La Espirituosa y La Esplendorosa como cadalsos tanto en la novela como en la vida real? ¿Ambos como improvisados patíbulos, uno verdadero y el otro en la imaginación del auténtico verdugo?

¿Envenenado el antagonista en *Andanadas Pictóricas* y arrojado al precipicio el enemigo en la realidad?

¿Y el evidente parecido físico y de personalidades entre Graciela y Mireya, entre Grace y Mire?

¿Acaso no se veía en todo eso el intento de una especie de catártico desahogo del autor?

Con emoción anticipada por las esperanzas que abrigaba, Luciano decidió ponerse en contacto con sus valiosos enlaces, con Javier y Joaquín de la PGR, a quienes ya consideraba como amigos de tanto que los había buscado y de lo bien que siempre lo trataron.

No importaba lo inoportuno de la hora, después del desconcierto inicial ellos lo entenderían.

Cuando logró comunicarse, después de disculparse en sendas llamadas "por el atrevimiento", le explicó a cada uno lo que pensaba, recorrió dos veces su interpretación de la historia de principio a fin, ofreció sus deducciones con respecto a la novela y sus mensajes ocultos, los convenció a ambos con argumentos bien sustentados y junto con ellos planeó la excursión al Ajusco para el día siguiente.

Al fin y al cabo, tal vez sí había servido de algo leer la entretenida novela del pendejo de Vinicio.

# LIX

Habían pasado más de tres años y medio desde la muerte de su hermano Mauricio. Su inseparable compañero de juegos en la niñez y en la juventud se había ido demasiado temprano.

Claro que toda muerte es prematura, como alguna vez había leído Vinicio, no se acordaba dónde ni escrito por quién; pero es muy diferente morir a los cuarenta y un años de edad que despedirse a los noventa y cuatro. De hecho, le sonó muy adecuada la diferencia de términos, porque si es a los veinte o a los cincuenta te mueres, pero si te toca a los noventa y cuatro, lo que haces es despedirte, como diciendo "ya estuvo, ya fue suficiente, me dio mucho gusto y allá los espero, sin prisa alguna".

Cada pérdida traía consigo su propia carga de dolor, pero en su caso no había otra comparable con la provocada por esa temprana ausencia de su hermano.

Otra vez como elemental desahogo había surgido la necesidad de dejar constancia, en el papel o en el celular, de una parte de lo que sentía, porque plasmarlo todo resultaba imposible.

Contigo en el cielo
no hay tregua ni calma,
no encuentro consuelo,
mi hermano del alma.

Mientras rumiaba ese dolor pensaba que algo similar podría haber escrito con respecto a Ponchelo si su muerte no hubiera sido la que fue, ni decretada por él, ni por las causas que lo llevaron a hacer lo que hizo y jamás olvidaría.

Porque Ponchelo había estado muy cerca de ser como un hermano, aunque después la partida de Mau le hubiera recordado a Vinicio que no hay cariño hacia amigo alguno que logre compararse con el que puede profesársele a un verdadero hermano, a quien lo es en el trato y en la sangre.

Esa dolorosa ausencia lo había enseñado a ubicar cada problema en su justa dimensión, a no preocuparse por banalidades, a tratar de sacarle el mayor provecho posible a cada uno de los días con los que contara por el resto de su vida.

El siguiente paso había sido divorciarse, delegar el manejo de su

bazar de antigüedades a Leonardo, irse a vivir a Monterrey, y ahí ponerse a escribir esas *Andanadas Pictóricas* que fluyeron a borbotones y ahora lo tenían en el umbral de la gloria.

Según la mayoría de los expertos no había obra literaria del año que compitiera con la suya, tan aclamada que había bastado para convencer a los académicos suecos de hacer una excepción, de salirse de su costumbre y otorgar el premio con base en esa única novela de inusitadas repercusiones.

Su exitoso libro ya había ganado otros importantes premios, y seguramente seguiría ganándolos después de obtener por sí mismo el de mayor prestigio en el fascinante mundo de la literatura.

Como admirador del buen cine argentino (sobre todo desde que vio primero *El hijo de la novia* por ahí del 2002 y varios años después *El secreto de sus ojos*), Vinicio había disfrutado recientemente con *El ciudadano ilustre*, una película que inicia cuando el protagonista recibe el Premio Nobel. Un escritor nacido en un pequeño pueblo de Argentina pero radicado en tierras europeas durante cuarenta años; con una inteligente y peculiar visión sobre el significado de ese premio en particular y sobre la función y las implicaciones de la literatura en general.

Aunque su propia percepción con respecto a esos temas no coincidiera con la de ese brillante escritor (con mayores alcances intelectuales que él), Vinicio interpretó como una maravillosa señal el haberse topado a finales del mes de julio con dicha película, y ahora le resultaba obligado recordarla al pensar en su próximo discurso de aceptación del premio, que, por supuesto, sería muy distinto al expuesto por el protagonista de ella.

Todos los rumores lo señalaban como ganador, y por eso ese día se había despertado con la ansiedad generada por la certeza de la consagración inminente.

Después de volver a transitar en el recuerdo por las vicisitudes, las alegrías y las tristezas, las satisfacciones y los asombros, los múltiples avatares que lo condujeron a este momento de apoteosis, de plena realización como escritor y como ser humano, tras la tercera taza de café, Vinicio decidió organizar algo en la Ciudad de México para el siguiente fin de semana. Si el anuncio cristalizaba tenía que festejarse como lo ameritaba la obtención de ese premio largamente anunciado.

Contaría con varios días para armar una cena en la casa de su mamá, en Coyoacán. Ella aceptaría encantada y podrían invitar a otras ocho o nueve personas, a Tere su hermana y Luis su marido, a su cuñada Berthis, a Leonardo y a su esposa Bere, a sus amigos Víctor y Rafa (con sus respectivas parejas, Baby y Paty), compañeros de La Salle que se habían convertido en los más cercanos desde la muerte de Ponchelo y el rompimiento con el tarado de Luciano.

Sólo esas personas que en estos momentos estarían también entusiasmadas con la inminencia del anuncio. Si algunos de los pocos amigos de Monterrey con los que se había reencontrado querían festejarlo, ya sería cosa de ellos, pero él lo haría en México, con su gente del círculo íntimo.

Se sirvió la cuarta taza de café y en ese momento volvió a pensar en Yoyis, a preguntarse cómo estaría yéndole en tierras regiomontanas; y se le ocurrió que sería un buen pretexto aprovechar la ocasión para buscarla desde ahorita, para invitarla a ese festejo, aunque pareciera tan improbable, si es que la encontraba y le contestaba, que se animara a realizar ese viaje desde Monterrey hasta la capital del país.

Entusiasmado y encafetado, sólo necesitó varios mensajes con tres o cuatro de sus contactos para conseguir el de ella, y finalmente logró establecer comunicación con Yoyis por ese conducto y le envió un mensaje, saludándola con afecto y preguntándole si podía marcarle.

Muy pronto recibió la alentadora respuesta (“Claro, Vini, encantada, cuánto tiempo y qué milagro”), por lo que la llamó de inmediato.

–¡Qué gusto escucharte!

–Más para mí. Años de no saber nada de ti, ¿cómo te trata Monterrey?

–Bueno, me adapté rapidísimo y estoy feliz, sobre todo desde que me libré de mi marido.

–Sí supe.

–Y por cierto, qué mala onda lo de Grace y tú, pero ya sé que en lo demás te va muy bien, cada vez más famoso. Y padrísima tu novela.

–¿Sí te gustó? ¿La leíste?

–Claro que la leí y por supuesto que me encantó, seguro que te dan el Nobel.

–Así parece, y precisamente por eso te llamo, para invitarte a un festejo que pienso organizar en una semana, o en cuatro o cinco días.

–Encantada, qué honor, aunque no sé si le moleste a Grace, pero claro que voy.

–No, no creo que tenga por qué molestarle, y a lo mejor ni se entera.

–¿Y dónde y cuándo sería el festejo?

–Esa es la cosa y ya sé que no está tan fácil, pero pienso hacerlo en México, el siguiente fin de semana. Si te animas te invito el viaje completo.

–Uy, yo tengo programada una ida a México, pero en un mes. Está difícil ir antes.

–Bueno, piénsalo, y si no puedes se me ocurre que por lo pronto podríamos ir un día de estos a cenar por acá, y así festejo primero

contigo.

–Ándale, eso sí me late mucho. Si quieres vamos mañana o pasado mañana, hablamos antes y nos ponemos de acuerdo en la hora y el lugar.

–Perfecto, ya quedamos. Mañana te busco. Un abrazo.

–Igualmente un abrazo, y qué gusto que me hayas hablado. Nos vemos mañana. Bye.

–Sale. Bye.

Ya estaba, bien dispuesta la Yoyis, qué buena onda. Fuera o no fuera a ese festejo en México, por lo pronto la vería mañana y ya quedaba establecido el contacto. Había mucho qué platicar y qué hacer con ella, quien además podría sugerirle algo para que ese evento en la casa de Coyoacán fuera todo un acontecimiento.

Tal vez una suculenta cena, como la que varias veces le había encargado a la señora Berumen, que cocinaba tan rico; y bebida suficiente, unos buenos quesos y la correspondiente botana.

En otras ocasiones Vinicio había organizado festejos con más gente, cuando obtuvieron el segundo campeonato en la Interclubes en el último año de la prepa, cuando se recibió de LAE, cuando selló su compromiso con Graciela o cuando nacieron sus hijos. Incluso por el nacimiento de Ponchillo, como parte del fingimiento al que Vinicio se apegó con rigurosidad en los momentos cruciales, en los más difíciles que le tocó afrontar.

Como episodio culminante de ese festejo que ya saboreaba, le pediría a su mamá, no sólo que lo acompañara en ese viaje de diciembre a Estocolmo, sino que además aceptara pasar con él al estrado (o lo que fuera) a recibir ese Premio Nobel que tanto habían ambicionado famosos escritores que nunca lo obtuvieron.

A manera de algo parecido a la justicia divina, le daría un encanto especial a ese momento cumbre que su mamá estuviera con él frente al rey Carlos XVI Gustavo (qué extravagantes los suecos con eso de ponerle el segundo nombre después de los números romanos), suponiendo que siguiera vivo y continuara como rey, seguramente con su reina Silvia ahí a su lado.

Según sus confiables fuentes, entre las once de la mañana y las dos de la tarde de Monterrey, se anunciaría en los suecos lares el nombre del ganador.

¿Cómo lo darían a conocer y quién lo haría? ¿Cómo se escucharía su nombre pronunciado por alguna de aquellas eminencias nórdicas, por alguno de los distinguidos escandinavos miembros de la prestigiada Academia?

Al servirse la quinta taza todavía esbozaba una sonrisa al imaginar cómo sería pronunciado su nombre en unas horas y en un sitio tan lejano, hasta que sus ensoñaciones fueron interrumpidas por el sonido

del timbre de la puerta principal de esa pequeña casa ubicada en el límite de Monterrey con Santa Catarina.

Tan ensimismado estaba, que, en lugar de asomarse primero por la mirilla, decidió abrir de una vez la puerta, todavía sonriente y viendo al vacío, por lo que tardó varios segundos en registrar y procesar la escena que se presentaba ante sus ojos: como si lo escoltaran dos hombres trajeados que se le hicieron conocidos y que mostraban sendas placas con tres siglas inconfundibles, al frente y con una rara actitud triunfal estaba su examigo y compañero de escuela y de equipo, Luciano, el pinche Luchi, sosteniendo entre las manos una bolsita de un delgado plástico a través del cual podía distinguirse, a pesar de estar oxidado y cubierto de barro, ese anillo de la prepa que a Vinicio lo trasladó de inmediato siete años atrás y lo instaló en La Esplendorosa, en esa explanada de aquella cumbre en la que había estado personalmente en incontables ocasiones y durante diez o doce veces en sus más vívidas pesadillas.

# LX

Con la satisfacción del deber cumplido, sentía una placentera serenidad en su espíritu y en el alma, en su corazón y sus entrañas.

No le dolió tanto confirmar la muerte de su inolvidable amigo, porque de antemano se había resignado y la daba por hecha. Sólo le había causado cierto malestar imaginar cómo se produjo esa partida, pensar en lo que Ponche sintió en sus últimos instantes de vida.

Ahora sí estaba listo para corregir el rumbo de la suya, para solucionar todos sus problemas, para mandar a la chingada legalmente a la infame de Ame, para organizar mejor su rutina y empezar a producir más gastando menos; y sin volver a casarse, por supuesto, sin volver a cometer el garrafal error en el que incurrió en tres ocasiones y que tan caro pagó en cada una de ellas y con cada una de esas.

A pesar de lo confundido que estaba en ese tema, una cosa era indudable: Ponchelo era la persona a la que más había querido en su vida, y ahora sí podría descansar en paz, con lo que Luciano sentía haber saldado la deuda contraída a través de veintitrés años, y ampliada la última vez que lo vio.

Su entrañable amigo prematuramente muerto, a sus treinta y nueve años. Su generoso y solidario amigo, quien sin duda alguna habría hecho lo mismo por él si los papeles se hubieran invertido y el desaparecido hubiera sido Luciano.

Todo había valido la pena. Preguntar una y otra vez por Ponche, hablar con su familia, con Pedrito, con su novia y sus exnovias, con su gente de la oficina, con Maru, con las secretarias, con Benigno. Todo ello en el intento de recabar el máximo de información.

Incluso había resultado productivo visitar a Graciela y Vinicio para confirmar desde entonces que algo tenían que ver en el asunto, sobre todo el cabrón asesino de Vini, sin su pinche anillo porque Ponche se lo llevó en su descenso hasta las profundidades de ese abismo, seguramente después de haberse defendido como pudo ante el cobarde embate de su traicionero amigo, y habiendo caído de espaldas según lo establecieron los peritos forenses.

¡Qué muerte tan espantosa la del gran Ponche!

¿Cuál habría sido el motivo que llevó al pendejo de Vinicio a convertirse en criminal?

¿A poco fue una bronca entre gays, de celos o similares?

¿O por alguna deuda de Vinicio con Ponche, quien tal vez lo

alivianaba para que la librara con su pinche changarro de antigüedades?

¿O sería que el padrote de Ponchelo se andaba cogiendo a Grace, lo que más o menos haría comprender la actitud tan rara de ésta a partir de la desaparición de su amante?

¿Acaso no embonaría eso con la nota encontrada en el coche de Ponchelo, con esa letra tan parecida a la de Graciela?

¿Habría sido Ponche amante de Grace y de Mirna al mismo tiempo?

¿Se habría sentido realizado por coger con dos viejas tan guapas y que parecían gemelas? ¿Como si estuviera con Pili y Mili, aunque de una en una?

No, eso era prácticamente imposible, considerando el nivel de lealtad como amigo que siempre había regido a Ponche.

Quién sabe cuál sería el motivo, y seguramente muy pronto se daría a conocer, pero el caso era que de mucho había servido todo eso, todo lo que Luciano hizo, todo el tiempo y el esfuerzo dedicados a ese asunto, así como haber indagado lo que pudo al darle seguimiento a cada línea de investigación que se exploraba. Había rendido sus frutos el mantener siempre abierta la comunicación con sus contactos y amigos en la PGR, el insistir tantas veces con ellos y con otras autoridades para que nunca dieran el caso por cerrado.

Además se había entretenido en ese proceso aunque en algunos casos resultara infructuosa la investigación realizada, como sucedió cuando se metió a fondo en aquel asunto de la tarjeta de crédito de Ponchelo que alguien utilizó unos días después de su muerte, cuando surgió esa única lucecita de esperanza en que el mejor de sus amigos estuviera vivo.

Hasta la sesión espiritista de aquella farsante, estropeada o desnudada por el imbécil de Víctor, había servido para divertirse y para renovar esfuerzos en la investigación del caso.

Pero sobre todo, lo mejor y más productivo, había sido leer a la fuerza, de tarea y de cabo a rabo, esa tan aplaudida novela, la de *Andanadas Pictóricas;* pinche nombre mamón.

De veras que era de risa lo sucedido en Estocolmo, lo del académico sueco que pronunció de la chingada su nombre al mencionar a Vinicio de Martín como ganador del Premio Nobel de Literatura, sin saber que en ese momento, en ese mismo instante, el premiado asesino estaba ingresando al penal de Apodaca en Nuevo León, escoltado por "*Jey, Jey and* Él".

Ganador efímero el flamante preso, claro, porque cuarenta minutos después de ser mencionado fue despojado de ese premio, declarado desierto en este 2023.

Y claro que también había valido la pena gastarse en el viaje a

Monterrey casi la mitad de lo que a Luciano le quedaba en el banco.

Nunca se le olvidaría la cara de tarado que había puesto Vinicio cuando muy sonriente les abrió la puerta; su mirada de sorprendido, como que tardando un rato en entender lo que estaba pasando, en procesarlo, en deducir por qué estaban ahí Javier y Joaquín con sus placas, y por qué traía él, dentro de la bolsita de plástico, ese anillo que desde hacía siete años no había visto el otro pendejo.

De colección esa mirada de Vinicio, su atónita y ridícula mirada de idiota, como para tenerla grabada en el celular y reproducirla mil veces.

Lástima que no se pudo.

Se antoja de novela macabra eso de los dos anillos encontrados en las esqueléticas manos de Alfonso Rubirosa, desde hacía tanto tiempo exánimes e insepultas, o sepultadas a medias. Uno insertado en el hueso del anular izquierdo, y el otro atrapado entre las porosas falanges de la mano derecha, como póstumo regalo de la víctima para su victimario. Resulta obligado pensar en la mirada postrera del tal Ponchelo mientras se precipitaba de espaldas al vacío. Este caso se ha convertido en el mayor escándalo en la historia de la literatura, en el misterio más profundo, literalmente hablando. A su lado palidecen por inanes asuntos como el del apócrifo Quijote de Avellaneda, la misteriosa autoría de *La vida de Lazarillo de Tormes* o la dudosa capacidad de William Shakespeare para escribir la vasta obra que se le atribuye. Y para colmo, después del éxito mundial de *Andanadas Pictóricas* surge éste de *Imposible Amor del 85*, la retadora y futurista novela escrita en la cárcel, y que sigue rompiendo récords de ventas cuando el autor lleva ocho meses y medio recluido en ella. ¿Ganará De Martín el Nobel en este desafiante 2024?

RVGJV
Agosto 27, 2022

Miradas postreras
se terminó de imprimir en
noviembre 2022, en los talleres de
Cerro de la Silla Editores ubicados en
Monterrey, Nuevo León. Se hizo uso
de la familia tipográfica Garamond.
La edición estuvo a cargo de la
Editorial 42 Líneas.